

CRONOS

CIENCIA FICCIÓN



GREGORY BENFORD
MARTIN H. GREENBERG

HITLER VICTORIOSO

EDICIONES DESTINO

GREGORY BENFORD
MARTIN H. GREENBERG

HITLER VICTORIOSO

Once historias
sobre la victoria alemana
en la II Guerra Mundial

CRONOS
9

Colección dirigida por
Domingo Santos

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Título original: Hitler Victorious
Traducción: Domingo Santos
© 1986 by Gregory Benford and Martin H. Greenberg
© Ediciones Destino, S.A.
Consell de Cent, 425. 08009 Barcelona
Primera edición: enero 1990
ISBN: 84—233—1847—8
Depósito legal: B. 3.498—1990
Impreso por Limpergraf, S.A.
Carrer del Riu, 17. Ripollet del Valles (Barcelona)
Impreso en España — Printed in Spain

Scan: Elfowar
1ª Corrección: Centurion (septiembre 2002)

Índice

Prefacio: IMAGINEN EL ABISMO Gregory Benford	6
Introducción: HITLER VICTORIOSO Norman Spinrad	8
DOS DESTINOS C. M. Kornbluth	11
LA CAÍDA DE FRENCHY STEINER Hilary Bailey	36
CARRETERA SIN DESTINO Greg Bear	55
WEIHNACHTSABEND Keith Roberts	58
THOR SE ENFRENTA AL CAPITÁN AMÉRICA David Brin.....	79
LUNA DE HIELO Brad Linaweaver	96
LA PAZ DEL REICH Sheila Finch	130
NUNCA NOS ENCONTRAREMOS DE NUEVO Algis Budrys.....	142
¿OÍIS LLORAR A LOS NIÑOS? Howard Goldsmith.....	151
TRANSMISIONES ENEMIGAS Tom Shippey.....	159
VALHALLA Gregory Benford.....	170

A todos aquellos que sufrieron
bajo el Tercer Reich

Prefacio:

IMAGINEN EL ABISMO

Gregory Benford

¿Qué significa pensar en nuestro mundo como surgiendo de una enorme serie de posibilidades del pasado? ¿Es decir, alentar la noción de que nuestra situación es en principio precaria..., sensible a sucesos en apariencia arbitrarios, aunque actualmente sellados por la historia con una aparente inevitabilidad?

Esta visión ha intrigado a gran número de escritores de nuestro siglo, muchos de ellos fuera del campo de la ciencia ficción. J. C. Squire publicó en 1931 una recopilación, titulada *Si; o la historia reescrita*, que contenía ensayos de personalidades tan notables como Winston Churchill, G. K. Chesterton, André Maurois e Hilaire Belloc. Examinaban lo que podría haber ocurrido si, por ejemplo, ciertos asesinatos hubieran fracasado, o si (un tema común en obras posteriores) el Sur hubiera ganado la guerra civil norteamericana. Muchas novelas generales de éxito se han basado en las posibilidades de los «mundos alternativos», como, por ejemplo, *The Alteration*, de Kingsley Amis, que nos muestra un mundo donde fracasó la Reforma.

Imaginar senderos no tomados es un método de pensar en el impacto de la historia en el presente y de la gente en la historia. Inherente a los incontables esquemas posibles se halla la batalla entre dos modos de ver la historia. Hay aquellos que contemplan los grandes acontecimientos como algo inevitable, con las actuaciones del azar a escala humana finalmente barridas si se sitúan en contra de la marea del tiempo. Otros prefieren una visión más inquieta, en la cual un fallo de la mano de un asesino puede salvar una nación. Este tipo de historias y artículos pueden convertirse en experimentos de *Gedanken* que iluminen uno u otro lado.

La primera utilización de los mundos alternativos apareció como ciencia ficción en la novela de Guy Dent *Emperor of the If* (1926). Se trataba de una narración inmersa de lleno en el sentido de la maravilla, cuyo poder derivaba de la sorpresa de la propia idea de los mundos alternativos. Más tarde, los escritores de ciencia ficción consiguieron mucho más ocupándose de una posibilidad concreta y confiando en los métodos de la novela realista. Entre las obras más importantes del género se halla la novela de Keith Roberts *Pavana* (*Pavane*, 1968), en la cual la reina Isabel I fue asesinada. A partir de ahí, los acontecimientos cayeron como fichas de dominó: la Armada venció, la Reforma fracasó, y la Inglaterra de nuestros días es un país tecnológicamente atrasado, postrado bajo una Iglesia católica militante. La novela de Ward Moore *Lo que el tiempo se llevó* (*Bring the Jubilee*, 1953) sigue siendo el más conseguido tratamiento del Sur triunfante en la guerra civil norteamericana. Incluso las novelas de fantasía, como *The Dragón Waiting* (1983) de John Ford, han utilizado ese motivo.

Hasta ahora, sin embargo, el tema más popular de todos ellos es el impacto de una victoria nazi en la Segunda Guerra Mundial. Es interesante destacar que la primera de tales novelas apareció antes de la guerra. *Swastika Night*, de Katherine Burdekin, reflejaba una Gran Bretaña derrotada; fue publicada bajo el seudónimo de Murray Constantin por el editor Gollancz en 1937. (Para un examen más detallado, véase *Women's Studies International Forum*, vol. 1, 1984, págs. 85—95.) La guerra en sí produjo varias novelas, que eran en su mayor parte propaganda, con títulos como *When Adolf Came*, *When the Bells Rang* y *Loss of Eden*. El tema demostró ser especialmente popular entre los escritores británicos después de la guerra, como en *El cuerno de caza* (*The Sound of His Horn*, 1952), de Sarban, seudónimo de John W. Wall, donde se mostraba a los nazis cazando a los británicos por deporte. Un deprimente filme de estilo documental, *It Happened Here*, apareció en 1963. Para muchos la idea, en la actualidad, parece sólo marginalmente relacionada con la ciencia ficción, de modo que cuando en la década de 1980 apareció *SS—GB*, de Len Deighton, las críticas apenas hicieron mención de su carácter especulativo. De hecho, casi al mismo tiempo apareció una descripción «no de ficción» de un asalto alemán contra Inglaterra coronado por la victoria germana en el libro ¡Invasión! de Kenneth Macksey, dirigido a los entusiastas de la historia militar.

Los dos ejemplos más sobresalientes de este subtema son *El hombre en el castillo* (*The Man in the High Castle*, 1962), de Philip K. Dick, quizá su mejor novela, y *El sueño de hierro* (*The Iron Dream*, 1972), de Norman Spinrad. Spinrad utiliza la idea con una hábil e incisiva variación. Su Hitler emigró a los Estados Unidos y se convirtió en un escritor de pulps especializado en relatos de espada y brujería. La obra cumbre de Hitler es una visión teñida en ciencia ficción del triunfo nazi. El texto de la novela es este melodrama fascista, lleno de sorprendentes paralelismos con nuestra realidad. Spinrad culmina todo esto con un

epílogo satírico firmado por el crítico literario «Homer Whipple», que remacha el significado de Hitler el innovador con una insistente estrechez de miras. El libro es un auténtico tour de forcé.

Muchas de las mejores obras de este tipo, sin embargo, son cortas. Algunas se centran en la Inglaterra bajo el tacón nazi («Weihnachtsabend», de Keith Roberts y «La caída de Frenchy Steiner», de Hilary Bailey). Muchas ocurren en una cultura expandida de orientación alemana que cubre varios continentes. «Dos destinos» de Cyril Kornbluth, por ejemplo, refleja unos Estados Unidos repartidos entre Alemania y Japón. (Aunque algunos no estén de acuerdo, es una de las mejores obras de Kornbluth, aunque su autor murió antes de poder dar los últimos retoques al borrador final. A ello pueden achacárseles ciertos lapsus; por ejemplo, no hay reservas hopi cerca de Los Álamos, ni siquiera en Nuevo México.)

Cuando empezamos a trabajar en esta recopilación, tuvimos la impresión de que el abanico de posibilidades no había sido adecuadamente explorado. Encargamos varias obras, sugiriendo líneas de ataque alternativas. Con gran alegría por nuestra parte, estas historias no se limitaron a repetir temas anteriores, sino que se alinearon desde el más sorprendente cómic surrealista («Thor se enfrenta al Capitán América», de Davin Brin) hasta la fantasía de horror («¿Oís llorar a los niños?», de Howard Goldsmith). Brad Linaweaver rehizo casi por completo «Luna de hielo» para realzar algunos efectos. Sheila Finch escribió «La paz del Reich» después de que le sugiriéramos explorar un mundo en el cual algunas cosas fueran mejores que en nuestra realidad actual. El profesor Tom Shippey escribió su primera obra de ficción, «Transmisiones enemigas», después de que le pidiéramos que expusiera sus extensos conocimientos sobre la literatura alemana.

Los años de Hitler seguirán siendo probablemente fascinantes durante muchos siglos. En ellos vemos la más espeluznante encarnación del mal en el mundo moderno. Como señala Norman Spinrad en su introducción, los nazis fueron maestros del simbolismo, y hablaban a una retorcida sexualidad que puede hallarse inculcada en la sociedad durante mucho tiempo.

Aunque es posible que algunos de ustedes encuentren estas historias demasiado penosas de leer, les pedimos que las vean como exploraciones que arrojan una luz oblicua sobre los tiempos modernos, sobre nuestro propio presente y sobre las incontables posibilidades del alma humana.

Introducción:

HITLER VICTORIOSO

Norman Spinrad

¿Por qué la memoria de Adolf Hitler se niega a ser exorcizada? ¿Por qué, cuarenta años después de su muerte y del fin de la Segunda Guerra Mundial, tenemos aquí *Hitler victorioso*, una antología de once historias situadas en diversos mundos alternativos en los que el, ejem, Sueño de Hierro de la Alemania nazi no acabó en las ruinas del *Führerbunker* en Berlín?

Esta recopilación no agota en absoluto la literatura sobre el tema. Hay al menos tres novelas muy conocidas que exploran mundos nazis alternativos: *El hombre en el castillo* de Philip K. Dick, *El cuerno de caza* de Sarban, y mi propia *El sueño de hierro*. Más aún, *Hitler victorioso* y este ensayo debe limitarse a lo que se ha publicado en inglés, y puesto que los nazis infligieron directamente su realidad no en el mundo de habla inglesa sino en el enorme tablero de ajedrez de pueblos y culturas entre los Pirineos y los Urales, uno debe suponer que existe también una literatura semejante en otros idiomas europeos.

Y, naturalmente, la mística profundiza más que eso. Hace veinte años vi una tienda que vendía parafernalia nazi nada menos que en Ciudad de México. Y, más o menos en la época en que se publicó *El sueño de hierro*, Ballantine Books estaba teniendo un buen éxito con una serie de libros de bolsillo profusamente ilustrados sobre temas tales como uniformes de las SS y aeroplanos nazis de la Segunda Guerra Mundial. Mel Brooks es casi incapaz de hacer una película que no incluya alguna personificación de Hitler. Las pandillas de motoristas fuera de la ley llevan tiempo adornándose con atuendos pseudonazis. Tanto las chaquetas negras de cuero de la década de 1950 como muchos estilos punk actuales deben su inspiración a la moda de las SS.

Incluso el rostro del propio Hitler se halla grabado más profundamente en la consciencia (o inconsciencia) del público que el de cualquier otro ser humano que haya vivido a lo largo de toda la historia. Un óvalo vacío, la curva de un flequillo en cualquiera de los dos cuadrantes superiores, un bigote a lo Charles Chaplin, y todos sabemos quién es, ¿no?

Lo que no sabemos es cómo y por qué.

De acuerdo, Adolf Hitler fue uno de los más grandes asesinos de masas de la historia, pero Josef Stalin no se quedó a la zaga en lo que respecta a la policía secreta, campos de concentración y exterminios en masa. Como tampoco Torquemada, Atila el huno o Pol Pot se quedan mucho más abajo en la galería de monstruos históricos cuando los medimos por el número de víctimas.

Pero Adolf Hitler, de alguna manera elusiva, se halla a la cabeza de todos como el arquetipo del mal humano, y quizá como algo más incluso, puesto que hay una extraña cualidad ambigua en parte de su literatura, una complicada fascinación con, me atrevería a decir, algunas virtudes nazis.

¿Virtudes nazis?

Durante la crisis de los rehenes en Beirut, un negociador profesional llamado Herb Cohén destacó un hecho revelador: «Nadie está loco para sí mismo, no importa lo loco que pueda parecerle a usted». No parece probable que Hitler hiciera el mal a conciencia, o que el pueblo alemán le siguiera de una forma tan fanática porque estuviera consumido por el ansia autoconsciente de ser malvado. Hitler llegó al poder en una nación derrotada y humillada cuya economía se había colapsado en el desempleo masivo y una inflación desbocada. Al cabo de cinco años la moneda estaba estabilizada, la economía crecía vertiginosamente, Alemania era un líder mundial en tecnología, y el orgullo y la autoconfianza nacionales habían alcanzado el punto de la absoluta manía.

¿Cómo consiguieron esto Hitler y los nazis?

Leni Riefenstahl lo expresó de una manera perfecta en el título de un filme de propaganda que formó parte del proceso en sí y que constituye una auténtica obra maestra. Me refiero, naturalmente, a *El triunfo de la voluntad*.

Adolf Hitler, al parecer, fue un hombre que jamás tuvo la menor duda, y un hombre capaz de proyectar esta certidumbre tanto a sus subordinados como a las masas. A mediados de la década de 1930,

por ejemplo, ordenó al doctor Ferdinand Porsche que diseñara lo que iba a convertirse en el Volkswagen, con motor trasero refrigerado por aire porque, proclamó, deseaba un coche para las masas que pudiera resistir el invierno en las grandes autopistas que planeaba construir en Rusia después de conquistarla. Incluso en las postrimerías en el bunker, con los complots como los de Himmler, Goering, Goebbels y compañía arremolinándose alrededor, ninguno de los conspiradores planeó en algún momento el derribo de *der Führer*; todos seguían planeando conseguir sus favores.

Éste era el corazón de la «ideología» nazi, el *Führerprinzip*: una obediencia y una lealtad totales, y una confianza total en un líder heroico, de hecho divino, que era la mística Voluntad de la Nación encarnada. «*Deutschland ist Hitler, Hitler ist Deutschland.*»

Dada esta identificación del Führer y del Reich, proezas que parecen desafiar política y económicamente los límites de lo posible pueden realizarse sin problemas con una eficiencia absolutamente despiadada. La inflación puede ser dominada fijando un valor arbitrario a la moneda y reforzándolo con el poder de la policía del Estado totalitario. Un desarrollo masivo de las fuerzas armadas engulle todo el desempleo. Se halla un chivo expiatorio, se arrojan sobre él los problemas de la nación, y luego se le ejecuta ritualmente en las cámaras de gas.

Estamos tratando aquí con una especie de magia, no con una ideología. Hitler se envolvió deliberadamente con el manto de Fausto, de Siegfried, de Carlomagno (aka Karl der Große), y lo hizo todo con música de Wagner. En alemán, la svástica es la Hakenkreuz, la «Cruz retorcida», emblema del Anticristo no como la némesis del Bien sino como la antítesis del degenerado culto cristiano del Santo Pobre Hombre, el antiguo héroe guerrero germano, el Mesías del Heldenleben de Sangre y Hierro.

En privado, e incluso indirectamente en público, Hitler y el círculo interior nazi eran profundamente anticristianos, bárbaros paganos que consideraban la piedad, el perdón y la humildad como vicios que minaban la voluntad de la gente. La única tierra que se suponía que heredarían los mansos era una fosa común.

Quizás el antisemitismo de los nazis fuera un compromiso frustrado con las realidades políticas, porque ni siquiera Hitler fue tan lejos como hasta atacar frontalmente la religión de la Alemania profundamente cristiana, excepto a través de sus progenitores subrogados, es decir, los judíos.

Pero, en el corazón de sus corazones, los nazis aspiraban ciegamente a extirpar este extraño y afeminado culto no germano a la paz y reemplazarlo con una versión germánica del bushido, el Código del Honor del Guerrero, la narcisista autoadoración de una Raza Superior autocreada que se alzaría por sí misma a la divinidad a través de su voluntad de hierro, de una Herrenvolk de superhombres faustianos, destinados por genes y sangre no sólo a gobernar, sino a trascender de la propia evolución humana.

¿Quién puede negar honestamente que hay un poco del sueño nazi en cada uno de nosotros? Porque, muy profundamente enterrado bajo las capas civilizadas de nuestros espíritus, ¿no hay acaso un ego desencadenado? ¿Acaso no todos nosotros, a algún nivel, nos consideramos como el héroe secreto de la historia? ¿Acaso nuestra especie no busca trascender de la evolución natural a través de la ciencia y la tecnología? De hecho, tras romper las cadenas del planeta, conseguir el acceso a los fuegos secretos del átomo, y empezar a jugar con el propio código de la vida, ¿no nos hallamos ya a más de medio camino? El superego puede mirarse la punta de la nariz ante las presuntuosas ambiciones de Fausto, pero el ego se ve a sí mismo como un héroe. Consideremos que Satán, el arquetipo del ego orgulloso y maligno, es conocido también como Lucifer, el Conductor de la Luz, o, en un avatar anterior, Prometeo, que robó el fuego sagrado de los dioses y puso su destino en manos de los hombres.

Hitler, el místico pagano profundamente anticristiano, aficionado a la astrología, fan de Wagner, y pretendido superhéroe fáustico, sabía ciertamente todo esto a algún nivel, sino en esos términos. Y Hitler, el manipulador maestro de los medios de comunicación de su época, gastó ciertamente mucho tiempo, energías, dinero y atención elaborando sistemas de símbolos, ceremonias, esquemas de color, arquitectura, e incluso uniformes, que encajaran y capturaran la carga libidinosa encerrada en este interior nazi del ego.

Si el cristianismo es esencialmente un culto que refuerza las virtudes del superego de la humildad, la contención, la empatía y la caridad, entonces, en términos cristianos, el nazismo puede calificarse ciertamente como un culto satánico, que celebra virtudes (y pecados cristianos) tan egoístas como el orgullo, el poder, la venganza, la crueldad, la voluntad y, finalmente, el pecado central de Lucifer, el anhelo de trascender a la creación de Dios y conseguir para sí mismo la divinidad.

Resulta interesante constatar que tanto el cristianismo como el nazismo suprimen las expresiones naturales del impulso sexual con la finalidad de capturar sus energías para servir a sus propios fines. El cristianismo canaliza este impulso libidinoso embotellado hacia la liberación orgásmica y lo enfoca hacia sí mismo como el único camino hacia el auténtico éxtasis trascendente. El nazismo lo canaliza en un militarismo fetichista sexualmente cargado y en una violencia al servicio del Estado expansionista.

Así el francamente fálico saludo nazi, los ajustados uniformes negros de las SS, las calaveras plateadas, los dos rayos gemelos, el bárbaro esplendor de las antorchas, la incitante música marcial, la

«División Licántropo» de las SS, el absolutamente obsesivo y retorcido satanismo de los sistemas de símbolos nazis, mientras los superhombres en sus atuendos negros y cromados alzan rígidamente sus brazos derechos y, con los culos prietos y el fuego ardiendo en sus ojos, avanzan a sodomizar al mundo.

Lo cual explica por qué, cuarenta años después de la muerte del nazismo como fuerza política o ideología coherente, personas sin una percepción histórica o sin la menor conexión con la cultura o las teorías del Tercer Reich, incluso judías, se sientan aún atraídas por el sistema de símbolos nazi, se sienten aún fascinadas por su difunto sumo sacerdote, Adolf Hitler.

Pero, ¿por qué esta antología de relatos de ciencia ficción que exploran futuros en los que Hitler y su Sueño de Hierro triunfaron? ¿Por qué *El cuerno de caza* y *El hombre en el castillo* y *El sueño de hierro*?

Aunque ha habido ciertamente una gran cantidad de ciencia ficción y fantasía inconscientemente nazi (en el sentido psíquico) publicada desde que el *space opera* y el Tercer Reich nacieron más o menos simultáneamente en la década de 1930, ninguna de las historias de este libro, y ninguna de las novelas antes mencionadas, son pornografía nazi inconsciente. Todas esas obras, en sus diversos estilos, exploran las consecuencias de un Hitler victorioso antes que complacerse en las interioridades secretas nazis. Teniendo en cuenta que existen unas interioridades secretas nazis, buscan formar parte de la solución antes que exacerbar el problema.

Esta fascinación intelectual, como opuesta a la psicosexual, hacia el tema surge, creo, de la percepción de que la Segunda Guerra Mundial fue el nexo más importante hasta ahora de la historia humana, de que el Armagedón se ha librado ya, en la forma de una guerra total entre modernas civilizaciones humanísticas y la encarnación del más profundo mal dentro del espíritu humano que jamás se haya manifestado por sí mismo en la Tierra.

Si alguna vez puede decirse que sólo ha existido una guerra, una guerra inevitable, y una guerra en la que las fuerzas de la Luz triunfaron clara y completamente sobre las fuerzas de la Oscuridad, ésa es la Segunda Guerra Mundial. Y, sin embargo...

Y, sin embargo, cuarenta años después del Armagedón, ¿nos hallamos en el Milenio?

Difícilmente. Una vez más, vemos al mundo polarizado entre dos campos armados, dos ideologías, dos sistemas de moralidad, y cada uno se considera el depositario de la virtud y la vanguardia de la evolución humana, y cada uno considera al otro «El Imperio del Mal». Irónicamente, estos dos campos fueron aliados contra los nazis, aunque fue el occidental el que, en un determinado momento, vio a la Alemania nazi como una fuerza que esgrimir contra la Unión Soviética, y aunque la Segunda Guerra Mundial empezó esencialmente con un pacto entre Hitler y Stalin para apoderarse de Polonia.

Además, ambos lados poseen ahora este poder fáustico definitivo en el que Adolf Hitler sólo pudo soñar, el poder de la vida y la muerte sobre la civilización, la raza humana, de hecho quizás incluso sobre la propia biosfera del planeta.

La Segunda Guerra Mundial fue una confrontación que a muchos de nosotros nos gustaría ahora contemplar. Si Hitler hubiera invadido Inglaterra en 1940, cuando estaba sola, en vez de atacar la Unión Soviética y abrir un Frente Oriental, si Japón no hubiera atacado Pearl Harbor, y arrastrado así a los Estados Unidos a la guerra, si el Tercer Reich hubiera resistido un par de años más, hasta disponer de ojivas de combate nucleares para los proyectiles balísticos intercontinentales que estaba desarrollando al final de la guerra...

¿Dónde estaríamos todos nosotros ahora?

¿Nos habríamos extinguido como civilización o incluso como especie, tras haber precipitado un invierno nuclear?

¿Hubiera evolucionado una Europa nazi o incluso un mundo nazi hacia un barbarismo neomedieval? ¿Hubiera evolucionado a una *Pax Germánica* que habría acarreado una paz forzada al mundo? ¿Ondearía ahora la bandera con la svástica en la Luna y Marte? ¿Se habrían apoderado Alemania y Japón de los Estados Unidos a lo largo del Mississippi? ¿Serían ahora Japón y los Estados Unidos islas aisladas en medio de un mar mundial nazi? O, décadas o siglos después de una victoria nazi, ¿volveríamos a estar empeñados como siempre en el juego de las naciones-Estado?

Así que aquí tienen un libro formado por historias que exploran no uno, sino toda una serie de caminos no tomados en esa encrucijada vital de la historia humana, una diversidad de futuros que avanzan en todas direcciones a partir de una sola, simple pero importante premisa: Hitler victorioso.

Estuvo a punto de conseguirlo. Habría podido hacerlo. Y, en un sentido psíquico al menos, podría ocurrir aún. Porque, cuarenta años después de su muerte, no puede decirse que la sombra de Adolf Hitler haya sido exorcizada de las más oscuras profundidades del corazón humano.

DOS DESTINOS

C. M. Kornbluth

Era mayo, todavía faltaban cinco semanas para el verano, pero el calor de la tarde era cada día más insoportable bajo los techos de chapa ondulada de las instalaciones del Distrito Manhattan de Ingeniería del Laboratorio de Los Álamos. En los nueve meses que llevaba en aquel desierto, el joven doctor Edward Royland había perdido casi siete kilos. Y nunca había sido lo que se dice gordo. Cada tarde, mientras contemplaba la columna de mercurio del termómetro subir lenta e inexorablemente hasta su máximo de las 5:45, se preguntaba si no habría cometido un error que lamentaría el resto de su vida aceptando trabajar en aquel Laboratorio en vez de dejar que la oficina de reclutamiento dispusiera libremente de sus huesos. Desde Saipan hasta Bruselas, sus compañeros de clase de la Universidad de Chicago cosechaban medallas y prestigiosas heridas; uno de ellos, un matemático de primera línea llamado Hatfield, ya nunca más se ocuparía de las matemáticas de primera línea: había caído envuelto en llamas con su bombardero Mitchell en una incursión de la Octava Fuerza Aérea sobre Lille.

—Y tú, papá, ¿qué hiciste en la guerra?

—Bueno, es algo difícil de explicar, chicos. Tenían aquel absurdo proyecto de bomba atómica que nunca llegó a ningún lado, y enviaron a un montón de tipos a aquel horrible lugar perdido de la mano de Dios en Nuevo México. Elaborábamos hipótesis y hacíamos cálculos y trasteábamos con el uranio, y algunos de nosotros recibimos quemaduras radiactivas, y luego la guerra terminó y nos enviaron a casa.

Royland no se sentía divertido ante esta perspectiva. El calor irritaba sus sobacos mientras esperaba con impaciencia a que la Sección de Cálculos le diera sus cifras sobre la Fase 56c, que era el (malditamente infantil) código designado para el Tiempo de Ensamblaje de Elementos. Estaba a las órdenes de Rotschmidt, supervisor del PROGRAMA III DE DISEÑO DE ARMAS, y Rotschmidt estaba a las órdenes de Oppenheimer, que era el jefe de los trabajos. A veces se presentaba por allí un tal general Groves, un hombre de espléndida figura, y en una ocasión, desde una ventana, Royland había visto al venerable Henry L. Stimson, secretario de Guerra, bajando lentamente la polvorienta calle, apoyado en un bastón y rodeado por una cohorte de jóvenes oficiales de Estado Mayor. Eso era todo lo que Royland veía de la guerra.

¡El Laboratorio! Aquella palabra había provocado en él en un principio la prometedor y refrescante idea de un trabajo indudablemente intenso, pero tranquilo. Sin embargo, cada mañana, exactamente a las siete, el «silbato de Oppie» lo hacía saltar de la cama que ocupaba en un cubículo de los dormitorios; debía luchar para tomar una ducha y afeitarse en medio de la barahúnda de otros treinta y siete científicos solteros que hablaban ocho idiomas distintos; engullía rápidamente un nauseabundo desayuno en la cafetería, y cruzaba la alambrada de espinos de la Línea Restringida hasta su «oficina»..., otro cubículo de paredes de machihembrado, más pequeño, más caluroso y más ruidoso, donde las conversaciones y las máquinas de escribir y las calculadoras resonaban todo el día a su alrededor.

En aquellas condiciones hacía un buen trabajo, suponía. No se sentía feliz de verse restringido a un solo problema menor, la Fase 56c, pero no dudaba que se sentía mucho más feliz de lo que se debía haber sentido Hatfield cuando su Mitchell se incendió.

En aquellas condiciones... Éstas incluían un extraño arreglo para los cálculos. En vez de disponer de una máquina analítica diferencial decente, tenían un mar humano de chicas oficinistas con calculadoras de sobremesa Burroughs; las chicas gritaban «¡Banzai!», y cargaban contra las ecuaciones diferenciales, y las vencían por puro número; golpeteaban hasta la muerte con sus pequeñas máquinas de sumar. Royland pensaba con hambrienta envidia en el enorme y hermoso diferenciador analógico de Conant en el MIT; probablemente era empleado en lo que fuera que el misterioso «Laboratorio de Radiación» estaba haciendo allí. Royland sospechaba que el «Laboratorio de Radiación» tenía tanto que ver con la radiación como su propio «Distrito Manhattan de Ingeniería» tenía que ver con la ingeniería en el distrito de Manhattan. Y se suponía que el mundo se echaría a temblar sobre sus cimientos cuando entrara en funcionamiento un Nuevo Dispensador de Cálculos que volvería obsoleta incluso la máquina del MIT: tubos, relés y aritmética binaria, y una velocidad cegadora en vez de las suaves ruedas dentadas y lisas palancas y elegantes curvas externas de la obra maestra de Conant. Decidió que no iba a gustarle aquello; le gustaría menos aún de lo que le gustaban las pequeñas oficinistas con su constante golpeteo, apartándose mechones de lacio pelo de sus sudadas frentes con manos maquinales.

Se secó su propia frente con un empapado pañuelo y se permitió echar una mirada a su reloj y al termómetro: 17:15 horas y 39 grados.

Pensó vagamente en abandonarlo todo, en cometer los errores suficientes para ser separado del proyecto y alistado. No; había que pensar en la carrera de posguerra. Pero uno de los tipos listos, Teller, no había dudado; había divagado tanto y tan concienzudamente en la misión que le había sido asignada que el propio Oppenheimer había terminado por dejarlo ir, y en ese momento Teller estaba trabajando con Lawrence en Berkeley en algo que se decía que se había ido a pique tras gastar doscientos cincuenta millones de dólares...

Una muchacha vestida de caqui llamó a su puerta y entró.

—Su material de la Sección de Cálculo, doctor Royland. Compruébelo y firme aquí, por favor. — Royland contó las doce hojas, firmó el formulario que ella le tendía sujeto a una tablilla, y se sumergió en el material durante treinta minutos.

Cuando se echó hacia atrás en su silla, el sudor goteaba sobre sus ojos sin que se diera cuenta de él. Sus manos temblaban ligeramente, aunque tampoco se daba cuenta de eso. La Fase 56c del PROGRAMA III DE DISEÑO DE ARMAS estaba terminada, rematada, cumplida con éxito. La respuesta a la pregunta: «¿Pueden los lingotes de U235 ser ensamblados en una masa crítica dentro de un tiempo físicamente factible?» estaba allí. Y era: «Sí».

Royland era un teórico, no un Wheatstone o un Kelvin; le gustaban los números por sí mismos, y no sentía ninguna pasión especial hacia los cables, la mica y los trozos de grafito que materializarían los números para convertirlos en un maravilloso y nuevo artilugio. Sin embargo, podía visualizar de inmediato el ensamblaje de una bomba atómica operativa dentro del marco de la Fase 56c. Tienes tantos microsegundos para ensamblar tu masa crítica sin que se convierta en vapor; los utilizas para reunir los subensamblajes haciéndolos estallar con cargas controladas; se ahorran montones de microsegundos con este método; prácticamente es a prueba de idiotas. Y, entonces, se produce el Gran Bang.

Sonó el silbato de Oppie; era hora de irse. Royland siguió sentado inmóvil en su cubículo. Por supuesto, debía ir a Rotschmidt y decírselo; probablemente Rotschmidt le daría una palmada en la espalda y le serviría un vaso de ginebra Bols de la alta botella de barro que guardaba en su caja fuerte. Luego, Rotschmidt iría a Oppenheimer. ¡Antes del anochecer, el proyecto sería rediseñado! Los PROGRAMA I, PROGRAMA II, PROGRAMA IV y PROGRAMA V serían cancelados, y la gente que trabajaba en ellos metida con calzador en el PROGRAMA III, el que había dado resultado. Una nueva excitación ardería en todo el proyecto; hacía tres meses que los ánimos estaban bajos. La Fase 56c era la primera buena noticia al menos en este tiempo; hasta entonces todo había sido un maldito callejón sin salida tras otro. El general Groves se había mostrado hosco y dubitativo la última vez que había estado allí.

Los cajones de los escritorios chasqueaban por todo el edificio de chapa ondulada sobrecalentado por el sol; las puertas de los cubículos se cerraban; al final del corredor se oyó una risa estrepitosa, una risa tensa. Cuando pasaba por delante de la puerta de Royland, alguien gritó impaciente:

—...aber was kan Man tun?

—Maldito estúpido, ¿en qué estás pensando tú? —murmuró Royland para sí mismo.

Pero lo sabía..., estaba pensando en el Gran Bang, el Gran y Sucio Bang, y en la tortura. La tortura judicial de los viejos días, increíblemente cruel a la luz de hoy, que tensaba todo el cuerpo, o lo aplastaba, o lo quemaba, o destrozaba dedos y piernas. Pero incluso esa vieja tortura judicial evitaba cuidadosamente las partes más sensibles del cuerpo, los órganos genitales, pese a que el daño en ellos, o una auténtica amenaza de daño en ellos, hubiera producido rápidas y copiosas confesiones. Uno tiene que estar más o menos loco para torturar a alguien de ese modo; el hombre cuerdo ni siquiera piensa en ello como posibilidad.

Un PM con galones de cabo abrió la puerta de Royland y miró dentro.

—Es hora de irse, profesor —dijo.

—Sí, de acuerdo —respondió Royland. Cerró mecánicamente los cajones de su escritorio y sus archivos, aseguró el cierre de su ventana y sacó su papelería al corredor. La puerta se cerró tras él con un clic; otro día, otro dólar.

Quizás el proyecto *estaba* a punto de ser eliminado. Lo hacían de tanto en tanto. El enorme fiasco de Berkeley lo demostraba. Y en el dormitorio de Royland faltaban dos físicos; sus cubículos permanecían vacíos desde que habían sido trasladados al MIT para algo antisubmarino. Groves no parecía contento la última vez que estuvo por allí; ¿y cómo tomaba sus decisiones un general? ¿Daba tres meses de margen, y luego cogía el hacha? Quizás a Stimson se le acabara la paciencia y cortara de raíz las pérdidas, cerrara totalmente el Distrito. Quizá F.D.R. dijera en una reunión del Gabinete: «Por cierto, Henry, ¿qué demonios ocurre con...?», y ése sería el fin si el viejo Henry sólo podía decir que los científicos parecían optimistas acerca de un éxito final, señor presidente, pero hasta ahora parece que no hay nada concreto...

Cruzó la alambrada de espinos de la Línea bajo la atenta mirada de un teniente de la PM, y recorrió la calle flanqueada de barracones de las tropas de mantenimiento hasta el aparcamiento de vehículos. Deseaba un jeep y un billete de viaje; deseaba conducir largo rato por el desierto al anochecer; deseaba una cena de frijoles y berenjenas con su viejo amigo Charles Miller Nahataspe, el curandero de la cercana reserva hopi. El hobby de Royland era la antropología; deseaba emborracharse un poco con ella..., esperaba que aclarara su mente.

Nahataspe le dio alegremente la bienvenida a su choza; su millón de arrugas se convirtieron en otras tantas sonrisas.

—¿Deseas que hagamos intercambio de información por un rato? —rió. Había estado en Carlisle en la década de 1880, y desde entonces no había dejado de reírse del hombre blanco; admitía que la física era divertida, pero para un auténtico chiste que le dieran la antropología cultural—. ¿Quieres alguna buena historia escandalosa acerca de nuestra homosexualidad institucionalizada? ¿Quieres asado de perro para cenar? Siéntate en la manta, Edward.

—¿Qué les ha pasado a tus sillas? ¿Y al divertido cuadro de McKinley? ¿Y... y a todo lo demás? —La choza estaba desnuda excepto los cacharros de cocinar que hervían suavemente sobre el fuego central de piedras.

—Me desprendí de todo —dijo Nahataspe intrascendentemente—. Uno termina por cansarse de las cosas.

Royland creyó comprender lo que el otro quería decir. Nahataspe estaba seguro de que iba a morir muy pronto; esos indios en particular no creían en morir abrumados por las posesiones. La cortesía, sin embargo, prohibía hablar de la muerte.

El indio observó su rostro y finalmente dijo:

—Oh, *tú* puedes hablar de ello, si quieres. No te avergüences.

—¿No estás bien? —preguntó Royland nerviosamente.

—Estoy terrible. Tengo una serpiente devorándome el hígado. Hace un agujero y come. Tú tampoco tienes muy buen aspecto, ¿no crees?

La duramente aprendida costumbre de la seguridad hizo que Royland eludiera la pregunta.

—Supongo que no hablarás literalmente acerca de la serpiente, ¿no, Charles?

—Por supuesto que sí —insistió Miller. Metió una escudilla en el pote y la sacó llena del humeante guisado, y sopló—. ¿Qué quieres que sepa un ignorante hijo de la naturaleza acerca de bacterias, virus, toxinas y neoplasmas? ¿Qué quieres que sepa yo de la medicina rompecielos?

Royland alzó bruscamente la vista; el indio se puso a comer despacio.

—¿Has oído hablar algo acerca de esa medicina rompecielos? —preguntó Royland.

—No he oído hablar nada, Edward. Pero he tenido unos cuantos sueños al respecto. —Señaló con la barbilla en dirección al distante Laboratorio—. Tus amigos de allí no deberían soñar tan fuerte; trasciende.

Royland se sirvió un poco del guiso, sin responder. Era bueno, mucho mejor que lo que daban en la cafetería, y no *tenía* que preguntar el origen de la carne que contenía.

Miller dijo, consoladoramente:

—Todo eso no es más que historias de niños, Edward. No te preocupes demasiado por ello. Nosotros tenemos una larga y triste historia acerca de un sapo cornudo que comió astrágalo y se creyó el Dios de los Cielos. Se puso furioso e intentó romper el cielo, pero no pudo, así que se hundió en su agujero, avergonzado de enfrentarse a los demás animales, y murió. Pero ellos nunca llegaron a saber que había intentado romper el cielo.

Pese a sí mismo, Royland preguntó:

—¿Tenéis alguna historia acerca de alguien que realmente rompió el cielo? —Sus manos temblaban de nuevo, y su voz era casi histérica. Oppie y los demás iban a romper el cielo, patear a la humanidad directamente en las ingles, liberar un monstruo acechante que iría arriba y abajo día y noche mirando por todas las ventanas de todas las casas del mundo, haciendo que todo hombre cuerdo se aterrorizara por su vida y por las de sus semejantes. Con la Fase 56c, todo había quedado malditamente orquestado, estaba seguro de ello. ¡Bien hecho, Royland; hoy te has ganado tu dólar!

El viejo indio depositó decidido su escudilla a un lado Y dijo:

—Tenemos un proverbio que explica que el único rostro pálido bueno es el rostro pálido muerto, pero haré una excepción contigo, Edward. Tengo algo fuerte procedente de México que te hará sentir mejor. No me gusta ver a mis amigos torturarse de este modo.

—¿Peyote? Ya lo he probado. Ver unas cuantas luces de colores no hará que me sienta mejor, pero gracias.

—No se trata de peyote. Es el Alimento de los Dioses. Yo no me atrevería a tomarlo sin un mes de preparación; de otro modo, los Dioses podrían recogerme en sus redes.

Eso se debe a que mi gente ve con claridad, mientras que tus ojos están nublados. —Mientras hablaba, rebuscó en un cajón de mimbre trenzado cuyas rendijas estaban cubiertas con arcilla; extrajo un plato tapado—. Tu gente sólo ve su visión algo aclarada con el Alimento de los Dioses, así que para ti es seguro.

Royland creyó comprender de lo que estaba hablando el viejo. Uno de los chistes clásicos de Nahataspe era que los niños hopi comprendían la relatividad de Einstein apenas aprendían a hablar..., y había algo de verdad en ello. El lenguaje —y el pensamiento— hopi no poseía tiempos verbales, de modo que no poseía tampoco el concepto del tiempo como una entidad; no tenía nada parecido a los sujetos y predicados del habla indoeuropea, y en consecuencia ninguna metafísica innata de causa y efecto. En el lenguaje y en la mente hopi, todas las cosas estaban congeladas juntas para siempre en una gran relación, una estructura cristalina de acontecimientos espaciotemporales que simplemente existían porque existían. Aquello era lo que la gente de Nahataspe llamaba «ver con claridad». Pero Royland creía que tanto él como los demás físicos compañeros suyos veían tan claramente como eso cuando estaban elaborando un problema tetradimensional en las variables X Y Z del espacio y la variable T del tiempo.

Hubiera podido estropear el chiste del viejo indicando esto, pero por supuesto no lo hizo. No, no; aceptaría un dolor de cabeza e incluso quizás un cólico producidos por las hierbas medicinales de Nahataspe, y luego volvería a su cubículo con su problema sin resolver: ¿patear o no patear?

El viejo empezó a murmurar en hopi y cubrió la puerta de su choza con una deshilachada tela; cortó los últimos rayos del muriente sol, largos y sesgados en el desierto, de un rosado rojizo contra los cubos de adobe del asentamiento indio. Royland necesitó un minuto para que sus ojos se acomodaran a la parpadeante luz del fuego y el cuadrado índigo del humero en el techo. Nahataspe estaba «danzando», arrastrando los pies, agachado, en torno de la choza, sujetando el plato tapado ante él. Por una comisura de la boca, sin interrumpir el ritmo, le dijo a Royland:

—Ahora bebe un poco de agua caliente.

Royland dio un sorbo de uno de los potes sobre el hogar; hasta entonces todo era muy parecido al ritual del peyote, pero se sintió mucho más calmado.

Nahataspe lanzó un fuerte grito y añadió, como disculpándose:

—Lo siento, Edward. —Y se agachó delante de él y retiró la tapa del plato como un experimentado maitre. Así que el Alimento de los Dioses eran setas negras secas, unas pequeñas cosas arrugadas y miserables—. Trágalas y hazlas pasar con agua caliente —dijo Nahataspe.

Obediente, Royland engulló unas cuantas y dio un nuevo sorbo; el viejo reanudó su danza y su canto.

Un poco de la vieja autohipnosis, pensó amargamente Royland. Acepta un poco de imitación de sueño y olvida el 56c, si puedes. Ahora podía ver la horrible asquerosidad, una bola de fuego infernal, quizás encima de Munich, o de Colonia, o de Tokio, o de Nara. Gente abrasada, las piedras de las catedrales fundidas, el bronce del gran Buda fluyendo como agua, tal vez derramándose sobre los tobillos de un sacerdote y quemando sus pies hasta hacerle caer de bruces sobre el metal líquido. No podía ver las radiaciones gamma, pero debían estar allí, una cellisca invisible cumpliendo con su horrible e impensable misión, cauterizando fríamente el sexo de hombres y mujeres, destruyendo incontables posibilidades de vida en su mismo origen. La Fase 56c podía apagar de un soplo toda una familia de Bach, o cinco generaciones de Bernoulli, o hacer de modo que el gran cruce Huxley-Darwin jamás llegara a producirse.

La bola de fuego se cernía muy alto, púrpura y roja y orlada de verde...

Los grandes hongos lo estaban alcanzando, pensó turbiamente. Podía verlos. Nahataspe, acuclillado y golpeando el suelo con los pies, avanzaba a través de la bola de fuego del mismo modo que lo había hecho la última vez, y la vez anterior a ésta. Un *déjà vu* extraordinariamente fuerte, más fuerte que las otras veces, lo aferró. Royland supo que todo esto le había ocurrido ya en otras ocasiones, y recordó perfectamente lo que vendría a continuación; lo tenía en la punta de la lengua, como se decía...

Las bolas de fuego empezaron a danzar a su alrededor, y sintió que sus fuerzas lo abandonaban bruscamente; se sentía más liviano que una pluma; la brisa podía arrastrarlo; podía ser arrojado de un lado para otro como una mota de polvo en el círculo que formaban las bolas de fuego que le rodeaban. Y supo que aquello no estaba bien. Con sus últimas energías, dándose cuenta de que se deslizaba fuera del mundo, gruñó:

—¡Charlie! ¡Ayúdame!

En un rincón de su mente, mientras se alejaba deslizándose, tuvo la sensación de que el viejo estaba arrastrándolo ahora por los sobacos, intentando sacarlo de la choza, exclamando confusamente en su oído:

—¡Tenías que haberme dicho que no veías a través del humo! Tú ves claro; yo nunca lo supe; yo nun...

Y entonces se deslizó a través de la oscuridad y el silencio.

Royland despertó enfermo y mareado en la choza; era por la mañana; no había la menor señal de Nahataspe. Bien. A menos que el viejo hubiera ido a un teléfono e informado al Laboratorio, en esos momentos habría jeeps recorriendo el desierto en su busca, y se habría desatado el infierno en Seguridad y Personal. Algo de este infierno caería sobre él cuando regresara, pero podría eludirlo con su noticia sobre el tiempo de ensamblaje.

Entonces observó que la choza había sido despojada de las escasas posesiones de Nahataspe que quedaban, incluso de la tela que cubría la puerta. Una punzada atravesó su cuerpo; ¿habría muerto el viejo durante la noche? Cojeó fuera de la choza y miró a su alrededor, en busca de una pira funeraria, un grupo de plañideras. No estaban allí; los cubos de adobe permanecían vacíos a la luz del sol, y más hierbajos de los que recordaba cubrían la única calle. Y su jeep, que había aparcado la noche antes junto a la choza, había desaparecido.

No había huellas de neumáticos, y las hierbas que se alzaban altas allá donde había estado el jeep no se veían aplastadas.

El Alimento de los Dioses de Nahataspe era bueno. Royland se pasó inseguro la mano por el rostro. No; no había barba.

Miró a su alrededor, atentamente ahora. Hizo los esfuerzos necesarios para ver los detalles. Observó la choza y, puesto que era aproximadamente idéntica a como siempre había sido, concluyó que era inmutable y eterna. Pero a su alrededor vio cambios por todas partes. Los ángulos de adobe que antes habían sido afilados eran redondeados; las vigas de los techos que asomaban se veían como huesos blanqueados por quién sabe cuántos años de sol del desierto. Los marcos de madera de las ventanas profundas, como las de una fortaleza, se habían desmoronado; el tercer edificio a su izquierda tenía manchas negruzcas encima de los agujeros de sus ventanas, y sus vigas estaban carbonizadas.

Se dirigió hacia ella, pensando torpemente: Al menos la Fase 56c ha sido solucionada. Ahora ya no es como el viejo Rip van Winkle. Me reconocerán por mis huellas dactilares, supongo. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Un año? ¿Diez? Me *siento* el mismo.

La casa incendiada era un auténtico matadero. En un rincón había un montón de resecos huesos humanos. Royland se apoyó mareado contra el marco de la puerta; su carbonizada madera se desmoronó y tiznó su mano. Aquellos cráneos eran indios..., sabía lo bastante de antropología como para reconocerlos. Hombres, mujeres y niños indios, asesinados y amontonados en un rincón. ¿Quién mata a los indios? Hubiera debido haber algún indicio de ropas, jirones quemados, pero no había nada de eso. ¿Quién desnuda a los indios y los mata?

Había señales de una horrible matanza por todas partes en la casa. Agujeros de balas en las paredes, altos y bajos. Salvajes muescas dejadas por bayonetas... ¿y espadas? Manchas oscuras de sangre en algunas de esas muescas. Un fragmento de metal destelló en una caja torácica al otro lado de la estancia. Tambaleándose, se dirigió hacia allí y metió la mano en ella. La cosa le mordió como el filo de una navaja; no la miró mientras la sacaba y la llevaba a la polvorienta calle. De espaldas a la casa incendiada, estudió su hallazgo. Era un trozo de hoja de espada de quince centímetros de largo, perfectamente afilada a mano y con un par de muescas en ella. Tenía los costillares de refuerzo y el habitual canalón para la sangre. Su perceptible curva sólo podía encajar con una forma: la tradicional espada samurai de Japón.

Por mucho tiempo que hubiera tomado, la guerra, evidentemente, había terminado.

Se dirigió al pozo del poblado y lo halló cegado por el polvo. Fue mientras contemplaba el seco agujero que sintió miedo por primera vez. De pronto, todo era real; ya no era un espectador, sino un hombre asustado y muy sediento. Registró la docena de casas del asentamiento y no halló nada que le sirviera..., el esqueleto de un niño aquí, un par de cajas de cartuchos allí.

Sólo quedaba una cosa, y era el camino, el mismo sendero de tierra batida que siempre había sido, lo suficientemente ancho como para permitir el paso de un jeep o la destartada camioneta del asentamiento indio. El pánico le invitó a correr; no cedió a él. Se sentó en el bocal del pozo, se quitó los zapatos para alisar meticulosamente las arrugas de sus calcetines caqui suministrados por el Ejército, volvió a ponerse los zapatos, y se anudó de nuevo los cordones, bastante flojos previendo la hinchazón, y dudó un momento. Luego sonrió, seleccionó cuidadosamente dos guijarros de entre el polvo y se los metió en la boca.

—Patrulla de los Castores, adelante..., ¡marchen! —dijo, y echó a andar.

Sí, estaba sediento; pronto estaría también hambriento y cansado; ¿y qué? El camino de tierra batida desembocaba a unos cinco kilómetros en una carretera asfaltada, y allí habría tráfico, y alguien podría llevarle. Que discutieran acerca de sus huellas dactilares si querían. Los japoneses habían llegado hasta Nuevo México, ¿no? Entonces, que Dios les ayudara cuando sus islas natales hubieran recibido el

contraataque. Los estadounidenses eran una gente feroz cuando se veían invadidos. Era concebible que no quedara ni un solo japonés vivo...

Empezó a elaborar su historia mientras caminaba. En muchas de sus partes era un repetido «No lo sé». Podía decirles: «No espero que crean esto, así que no me sentiré dolido cuando no lo hagan. Simplemente escuchen lo que tengo que decir y no hagan nada hasta que el FBI haya comprobado mis huellas dactilares. Me llamo...», etcétera.

Era ya media mañana, y pronto llegaría a la carretera. Sus fosas nasales, agudizadas por el hambre, captaban una docena de aromas en la brisa del desierto: el intenso olor de la salvia, una vaharada de acetileno de una serpiente de cascabel dormitando en el lado en sombra de una roca, el acre aroma del alquitrán que flotó unos instantes en el aire. Eso podía ser la carretera: quizá la reparación reciente de algún socavón. Luego, un sorprendente efluvio de anhídrido sulfuroso ahogó todo lo demás y se alejó, haciéndole toser y jadear y escupir y buscar un pañuelo que no estaba allí. ¿Qué había sido aquello, en nombre de Dios, y de dónde había venido? Estudió lentamente el horizonte, sin dejar de andar, y descubrió una columna de humo allá a lo lejos al oeste, ensombreciendo ligeramente el cielo. Parecía como una pequeña ciudad, o una fábrica de un cierto tamaño: polución. Una ciudad o una fábrica donde, «en su tiempo» —formó reluctante el pensamiento— no había habido nada.

Entonces llegó a la carretera. Había sido mejorada; tenía aún dos carriles, pero había sido ensanchada y alzada con grava y alquitrán al menos unos ocho centímetros por encima de su nivel anterior, y dotada con un amplio arcén a cada lado.

Si hubiera tenido una moneda la habría arrojado al aire, pero uno pasaba semanas sin gastar ni un centavo en el Laboratorio de Los Alamos; el Tío Sam se ocupaba de todo, desde los cigarrillos hasta la lápida para tu tumba. Giró a la izquierda y echó a andar hacia el oeste, en dirección a la mancha de humo en el cielo.

Soy un animal racional, se dijo, y aceptaré con un espíritu racional todo lo que venga. Controlaré todo lo que pueda, e intentaré comprender el resto...

El débil chillido de una sirena comenzó a sus espaldas y se acercó rápidamente. El animal racional saltó hacia la zanja de la cuneta, más allá del arcén, y se ocultó en ella. En el momento culminante del enloquecedor chillido, Royland alzó la cabeza para echar un vistazo, y volvió a caer en la zanja como si una granada hubiera estallado en su cintura.

El convoy pasó rugiendo a toda velocidad, por el *centro* de la carretera de dos carriles, como guiándose por la línea blanca. Primero los tres pequeños vehículos de reconocimiento con las ametralladoras de cañones gemelos, y en cada uno tres soldados japoneses con casco. Luego el alto coche blindado de seis ruedas, con una torreta de tiro en la parte de atrás, probablemente ceremonial —los cañones niquelados no suelen ser prácticos—, y un almirante japonés con bicornio sentado altivamente al lado de un oficial de las SS de huesudos rasgos enfundado en un resplandeciente uniforme negro. Luego, cerrando la marcha, otros dos vehículos de reconocimiento...

—Hemos perdido —se dijo meditativamente Royland en su zanja, en voz alta—. Tanques ceremoniales con ventanillas de cristal..., perdimos hace *mucho* tiempo. —¿Había visto la insignia de un Sol Naciente, o lo había imaginado?

Salió de la zanja y siguió caminando hacia el oeste por la mejorada superficie asfáltica. No se puede decir «Rechazo el universo», no cuando uno está tan sediento como lo estaba él.

Ni siquiera se volvió cuando el jadear de un vehículo que se dirigía al oeste se hizo más y más fuerte hasta detenerse a su lado.

—¡*Sieg Heil!* —dijo una voz curiosa—. ¿Qué estás haciendo aquí?

El vehículo, a su manera, era tan extraño como el tanque ceremonial. Era un transporte de motor mínimo, una especie de trineo infantil con ruedas, accionado por un ruidoso motor fuera borda refrigerado por aire. El conductor permanecía sentado en la parte de delante sin más confort que una breve tabla donde apoyar sus posaderas, y tras él llevaba dos sacos de harina de diez kilos que ocupaban todo el espacio restante proporcionado por el pequeño fondo del vehículo. El conductor tenía el aspecto curtido del sudoeste; vestía un holgado atuendo azul que evidentemente era un uniforme, y evidentemente no era militar. En su pecho llevaba una placa con su nombre sobre una hilera incomprensible de descoloridas cintas: MARTFIELD, E, 1218824, F/7 NQOTD43. Vio que Royland fijaba su vista en la placa y dijo amablemente: —Me llamo Martfield..., furriel de séptima, pero no es necesario utilizar mi rango aquí. ¿Estás bien?

—Tengo sed —dijo Royland—. ¿Qué quiere decir NQOTD43?

—¡Sabes leer! —exclamó Martfield, sorprendido—. Esas ropas...

—Algo para beber, por favor —dijo Royland. Por el momento no importaba nada más en el mundo. Se sentó en el vehículo como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos.

—¡Hey, amigo! —restalló Martfield de una manera curiosa, estrangulada, forzando las palabras a través de su garganta como si quisiera afectar un efecto convencional de furia controlada—. ¡Puedes esperar a que te invite a sentarte!

—¿Tiene algo de agua? —preguntó Royland con voz ronca.

—¿Quién te crees que eres? —dijo Martfield, con el mismo ladrido.

—Soy físico teórico... —argumentó cansadamente, con la débil imitación de la voz de un sargento instructor.

—Oh..., *oh*. —Martfield se echó a reír de pronto. Su rigidez se desvaneció; rebuscó entre sus holgadas ropas y extrajo una resonante cantimplora. Luego la olvidó en su mano, le lanzó a Royland un amistoso golpe en las costillas y dijo—: Hubiera debido sospecharlo. ¡Ustedes los científicos! Se suponía que alguien tenía que recogerle..., pero ese alguien era otro científico, ¿no? ¡Ja-ja-ja-ja!

Royland tomó la cantimplora de su mano y dio un largo sorbo. Así que se suponía que un científico era un idiota sabio, ¿no? Ahora no importaba: bebe. La gente decía que no debía llenarse uno el estómago de agua después de pasar mucha sed; le sonaba como una de esas reglas puritanas que establece la gente a partir de la nada sólo por el hecho de que suenan razonables. Vació la cantimplora mientras Martfield, furriel de séptima, adoptaba una expresión alarmada, y lamentó que no tuviera tres o cuatro más.

—¿Tiene algo de comida? —preguntó.

Martfield se echó ligeramente hacia atrás.

—Doctor, lamento terriblemente no llevar nada conmigo. Sin embargo, si quiere hacerme el honor de subir en la parte de atrás...

—Vamos —dijo Royland. Se acomodó sobre los sacos de harina, y partieron a unos buenos cincuenta kilómetros por hora; era un motor pequeño pero potente. El furriel de séptima siguió mostrándose deferente, se disculpó por encima del hombro de que el vehículo no tuviera parabrisas, luego adoptó un tono algo más familiar para explicarle a Royland que iba sentado sobre harina..., «harina *blanca*, ¿comprende?», e hizo un guiño por encima del hombro. Tenía un amigo en la panadería de Los Álamos. Varios vehículos parecidos se cruzaron con ellos en dirección contraria. A cada encuentro había un atento examen de las insignias para decidir quién saludaba a quién. En una ocasión se cruzaron con un vehículo cerrado algo más lujoso, que proporcionaba a su conductor un asiento bajo en vez de obligarle a ir sentado con las piernas incómodamente dobladas, y el furriel de séptima Martfield casi se dislocó el hombro saludando primero. El conductor del otro vehículo era un japonés en kimono. Llevaba una larga espada curva sobre sus rodillas.

Kilómetro tras kilómetro, el olor a azufre y sulfuros se fue haciendo más fuerte; finalmente se alzaron ante ellos las torres de una instalación de procesado Frasch. Parecía un yacimiento petrolífero, pero en vez de oleoductos y tanques de almacenado había colinas de amarillo azufre. Avanzaron por entre ellas, con más saludos de trabajadores de holgados uniformes con palas y llaves Stilson de un metro de largo. A la derecha había cosas que podían ser torres de procesado Solvay para la fabricación de ácido sulfúrico, y el resplandeciente horror de un edificio neorrománico de administración y laboratorios. La bandera con el Sol Naciente ondeaba en su mástil central.

La música llegó hasta ellos a medida que se adentraban en la zona; primero fue un bienvenido antídoto al pop-pop del motor de dos tiempos del vehículo, luego una molestia. Royland buscó, irritado, los altavoces, y los vio por todas partes: en los postes de conducción eléctrica, en los edificios, en las puertas. Los sensibleros vales de Strauss los bañaban como si fueran bruma, haciendo que el pensar resultara un poco más duro, las comunicaciones un poco más confusas incluso después de que uno había aprendido a vivir con el ruido.

—Echo a faltar la música ahí fuera —le confió Martfield por encima del hombro. Disminuyó la velocidad hasta que avanzaron al paso; habían rebasado alguna especie de línea que Royland no había reconocido, y más allá de la cual uno ya no saludaba a todo el mundo..., sólo a los ocasionales japoneses en traje de calle con rollos de planos y reglas de cálculo o en kimono con espadas. Fue un alemán, sin embargo, el que detuvo a Royland: un clásico alemán con botas de montar y uniforme negro de piel generosamente tachonado con plata. Les observó avanzar por un momento tras intercambiar un saludo con Martfield, tomó una decisión y dijo:

—*Halt*.

El furriel de séptima dio un pisotón al freno, paró el motor, y saltó al lado del vehículo, en posición de firmes. Royland le imitó, más o menos. El alemán dijo, con una voz rígida pero sin acento:

—¿A quién traes aquí, furriel?

—Es un científico, señor. Lo recogí en la carretera, de regreso de Los Álamos con provisiones personales. Al parecer es un prospector de minerales que perdió una cita, pero naturalmente no le he hecho ninguna pregunta al doctor.

El alemán se volvió, contemplativo, hacia Royland.

—Así que doctor. Nombre y especialidad.

—Doctor Edward Royland —dijo rápidamente éste—. Me dedico a la investigación sobre energía nuclear. —Si no existía la bomba, que lo condenaran si iba a inventarla para aquella gente.

—¿De veras? Eso es muy interesante, teniendo en cuenta que no existe ningún tipo de investigación sobre energía nuclear. ¿De qué campo procedes? —El alemán hizo un gesto al furriel de séptima, que estaba literalmente temblando de miedo ante el cariz que habían tomado las cosas—. Puedes irte, furriel. Por supuesto, informarás de inmediato del hecho de haber dado asilo a un fugitivo.

—De inmediato, señor —dijo Martfield con voz enfermiza. Se alejó lentamente, empujando el pequeño vehículo ante él. El vals de Strauss dejó oír sus últimos acordes, y al instante los altavoces iniciaron una sincopada melodía folklórica, con abundancia de instrumentos de metal.

—Ven conmigo —dijo el alemán, y echó a andar, sin mirar atrás para ver si Royland le obedecía. Eso demostraba las pocas posibilidades de éxito que tenía cualquier desobediencia. Así que Royland le siguió pisándole los talones, que por supuesto estaban adornados con espuelas de plata. Hasta entonces Royland no había visto ningún caballo.

Un japonés les detuvo educadamente dentro del edificio de administración: un hombre con gafas sin montura y traje gris convencional de hombre de negocios.

—¡Qué alegría verle de nuevo por aquí, mayor Kappel! ¿Hay algo que pueda hacer por usted?

El alemán se envaró.

—No quiero molestar a su gente, señor Ito. Este tipo parece ser un fugitivo de uno de nuestros campos; iba a ponerlo en manos de nuestro grupo de comunicaciones para ser interrogado y devuelto.

El señor Ito miró a Royland y lo abofeteó violentamente. Royland, en un puro reflejo infantil, alzó inmediatamente un puño, pero los reflejos del alemán también eran rápidos. Una pistola apareció en su mano, y la apretó contra las costillas de Royland antes de que éste pudiera lanzar su puñetazo.

—Está bien —dijo Royland, y bajó la mano.

El señor Ito se echó a reír.

—Al menos en parte tiene usted razón, mayor Kappel; ¡ciertamente no procede de uno de *nuestros* campos! Pero no quiero entretenerle más. ¿Puedo esperar un informe del resultado de este asunto?

—Por supuesto, señor Ito —dijo el alemán. Volvió a enfundar su pistola y reanudó su camino, seguido por el científico. Royland le oyó murmurar algo que sonó como—: ¡Maldita extraterritorialidad!

Descendieron a un sótano donde todos los letreros de las puertas estaban en alemán, y, en una oficina etiquetada WISSENSCHAFTSLICHESICHERHEITSLIAISON, Royland contó finalmente su historia. Su audiencia la formaban el mayor, un gordo oficial al que todo el mundo se dirigía deferentemente como coronel Biederman, y un civil viejo y barbudo, un tal doctor Piqueron, llamado de otra oficina. Royland suprimió solamente el asunto de la investigación sobre la bomba, y no le costó hacerlo debido a la vieja costumbre de seguridad. Su improvisada historia pantalla convirtió el Laboratorio de Los Álamos en un centro de investigación dedicado solamente a la generación de electricidad.

Los tres hombres le escucharon en silencio. Finalmente, con voz divertida, el coronel preguntó:

—¿Quién es ese Hitler que ha mencionado?

Royland no estaba preparado para eso. Su mandíbula colgó flácida.

El mayor Kappel dijo:

—Sorprendentemente, ha mencionado un nombre que figura, no con mucha fama precisamente, en los anales del Tercer Reich. Un tal Adolf Hitler fue un agitador de los primeros tiempos del Partido, pero, por lo que puedo recordar, intrigó contra el Líder durante la Guerra del Triunfo y fue ejecutado.

—Un loco ingenioso —dijo el coronel—. Esterilizado, por supuesto.

—Bueno, no lo sé. Supongo que sí. Doctor, ¿querría usted...?

El doctor Piqueron examinó rápidamente a Royland y descubrió que estaba físicamente íntegro, lo cual sorprendió a todos. Entonces pensaron en comprobar el número tatuado de su campo en el bíceps izquierdo, y no encontraron ninguno. Luego, absolutamente desconcertados, descubrieron que tampoco tenía número de nacimiento encima de su tetilla izquierda.

—Y —tartamudeó el doctor Piqueron— sus zapatos son también extraños, señor..., acabo de darme cuenta de ello. Señor, ¿cuánto tiempo hace que no ha visto usted zapatos cosidos con cordones trenzados?

—Debe tener usted hambre —dijo de pronto el coronel—. Doctor, haga que mi ayudante traiga algo de comida para... para el doctor.

—Mayor —dijo Royland—, espero no haber perjudicado al hombre que me recogió. Le dijo usted que se presentara a informar de lo ocurrido.

—No tema, hum, doctor —dijo el mayor—. ¡Qué humanidad! ¿Es usted acaso de sangre alemana?

—No que yo sepa; aunque es posible.

—¡*Tiene* que serlo! —exclamó el coronel.

Un plato de carne picada y un vaso de cerveza llegaron en una bandeja. Royland pospuso todo lo demás. Finalmente, preguntó:

—Bien, ¿me creen? Tienen que existir aún las huellas dactilares que demuestran que mi historia es cierta.

—Me siento como un estúpido —dijo el mayor—. Podría estar engañándonos. Doctor Piqueron, ¿no estableció un científico alemán que la energía nuclear es una imposibilidad teórica y práctica, que con ella uno siempre tiene que emplear más que lo que obtiene?

Piqueron asintió y dijo reverentemente:

—Heisenberg. En 1953, durante la Guerra del Triunfo. Su grupo fue luego asignado a la investigación de armas eléctricas y produjo la bomba cegadora. Pero este hecho no invalida la historia del doctor; él sólo dice que su grupo estaba *intentando* producir energía nuclear.

—Tendremos que investigar esto —dijo el coronel—. Doctor Piqueron, ocúpese de este hombre, sea quien sea, en su laboratorio.

El laboratorio de Piqueron, al fondo del pasillo, era un lugar de sorprendente simplicidad, incluso tosquedad. Las piletas, reactivos y balanzas sólo eran capaces de simples análisis cualitativos y cuantitativos, y varios trabajos en progreso atestiguaban que ni siquiera eran utilizados al límite de sus modestas capacidades. Las muestras de azufre y sus compuestos se analizaban allí. El trabajo ni siquiera tendría que exigir la presencia de un «doctor» de ninguna clase, y apenas la de ningún ser humano. La maquinaria debería estar comprobando constantemente los productos a medida que iban saliendo; las variaciones deberían ser anotadas mecánicamente en una cinta; los controles automáticos deberían, como mínimo, detener el proceso y lanzar una señal de alarma cuando las variaciones fueran más allá de los límites establecidos; como máximo, deberían corregir lo que estuviera mal. ¡Pero allí se sentaba Piqueron cada día, titrando, precipitando y pesando, anotando a mano los resultados en un libro y telefoneando los resultados!

Piqueron miró orgulloso a su alrededor.

—Como físico usted no comprenderá nada de esto, por supuesto —dijo—. ¿Quiere que se lo explique?

—Quizá más tarde, doctor, si no le importa. Primero desearía que me orientara...

Y, así, Piqueron le habló de la Guerra del Triunfo (1940—1955), y de lo que vino después.

En 1940, el reino de *der Führer* (Herr Goebbels, por supuesto..., ese varonil y gallardo rubio de heroica mandíbula y ojo de águila que puede ver usted en ese retrato de ahí) fue simultánea y traidoramente invadido por los descarriados franceses, los subhumanos eslavos y los pérfidos británicos. El ataque, para el que los horrorizados alemanes acuñaron el nombre de *Blitzkrieg*, fue preparado de tal modo que coincidiera con una erupción interna de sabotajes, envenenamiento de pozos y asesinatos por parte de los *Zigeunerjuden* o juditanos, de los que poco se sabe ahora, ya que al parecer no queda ninguno.

Por una ley ineluctable de la naturaleza, los alemanes tenían que ser necesariamente sometidos a la máxima prueba para que pudieran responder plenamente. En consecuencia, Alemania fue atacada desde el Este y desde el Oeste, y el propio Sagrado Berlín fue conquistado; pero Goebbels y su Estado Mayor se retiraron como Barbarroja a las inviolables montañas, en espera del día propicio. Y éste llegó inesperadamente pronto. Los ilusos estadounidenses lanzaron un ataque anfibia de un millón de hombres a la patria de los japoneses en 1945. Los japoneses resistieron con un valor casi teutón. Ni uno de cada veinte estadounidenses alcanzó vivo la orilla, y ni uno de cada mil consiguió adentrarse un kilómetro en tierra firme. Particularmente letales fueron las mujeres y los niños, que se ocultaron en pozos camuflados con proyectiles de artillería y bombas tomadas de bombarderos apretados entre sus manos, y los hicieron detonar cuando tuvieron a su alrededor los invasores suficientes para que valiera la pena el sacrificio de sus vidas.

El segundo intento de invasión, un mes más tarde, se efectuó con tropas de segunda línea recogidas de todas partes, incluidas las fuerzas de ocupación de Alemania.

—Literalmente —dijo Piqueron—, los japoneses no sabían cómo rendirse, así que no lo hicieron. No podían conquistar, pero sí podían, y lo hicieron, proseguir con su resistencia suicida, consumiendo los

hombres de los aliados y sus propias mujeres y niños..., ¡un hábil negocio para los japoneses! Los soviéticos se negaron a participar en la guerra japonesa; observaron con bestial deleite mientras dos futuros enemigos, como ellos suponían, se lanzaban a la destrucción mutua.

Una tercera oleada de asalto cayó sobre Kyushu y conquistó finalmente la isla. ¿Qué quedaba delante? Sólo otro asalto sobre Honshu, la isla principal, sede del emperador y de los principales templos. Era 1946; los inconstantes e infantiles estadounidenses estaban cansados de la guerra y no se ponían de acuerdo entre sí; los mejores de ellos habían perecido. Desesperados, los líderes angloestadounidenses ofrecieron a los soviéticos una esfera económica que abarcaba la costa de China y Japón como precio por su participación.

Los soviéticos sonrieron ante aquello y asintieron; tomarían eso..., *al menos eso*. Prepararon un ataque masivo para la primavera de 1947; se apoderarían de Corea y, desde allí, saltarían a la parte norte de Honshu mientras las fuerzas angloestadounidenses golpeaban al sur. ¡Seguramente esto proporcionaría finalmente un símbolo ante el cual los japoneses podrían inclinar la cabeza sin vergüenza y admitir su derrota!

Y, entonces, desde su refugio en las montañas, brotó la voz por radio: «¡Alemanes! ¡Vuestro Líder os llama de nuevo!». A eso siguieron los Cien Días de Gloria, durante los cuales el Ejército alemán se reorganizó y expulsó a las tropas de ocupación..., formadas por aquel entonces por meros chiquillos sin experiencia alguna de combate y mandadas por unos pocos veteranos más o menos impedidos. Los campos de aviación fueron nuestros de nuevo; la Luftwaffe se recuperó. Siguió la marcha, casi un desfile, hasta la costa del Canal, donde nos apoderamos de los inmensos depósitos de municiones que aguardaban a ser embarcados hacia el Teatro del Pacífico, millones de cálidos uniformes, buenas botas, montañas de raciones de campaña, grandes cantidades de granadas y explosivos almacenados a lo largo de las carreteras de Francia durante kilómetros y kilómetros, miles de camiones de dos toneladas y media, y lagos de gasolina para abastecerlos. Los astilleros de Europa, desde Hamburgo a Tolón, habían estado construyendo furiosamente barcas de desembarco para el Pacífico. En abril de 1947 partieron a miles contra Inglaterra.

A medio mundo de distancia, la Armada británica estaba golpeando Tokio, Nagasaki, Kobe, Hiroshima, Nara. A tres cuartas partes de camino a través de Asia, el ejército soviético avanzaba pausadamente; dejemos que los decadentes británicos pesquen sus propios peces; la gloriosa madre patria estaba consiguiendo al fin su largo tiempo anhelada, y largo tiempo negada, zona costera en aguas cálidas. Los británicos, mujeres cansadas sin sus hombres, niños sin padres desde hacía ocho años, viejos mortalmente agotados, mortalmente preocupados por sus hijos, eran valientes, pero no estaban locos. Aceptaron unos honorables términos de paz; capitularon.

Con el frente occidental seguro por primera vez en la historia, el antiguo impulso hacia el este volvió de nuevo; la lucha inmemorial entre teutones y eslavos regresó.

Con sus gafas brillando en éxtasis, el doctor Piqueron dijo:

—¡Aquellos días nos mostramos dignos de los Caballeros Teutones que arrebataron Prusia a los subhombres! ¡El para siempre glorioso veintiuno de mayo, Moscú fue nuestro!

Moscú y la monolítica maquinaria del Estado que controlaba, y todas las carreteras y ferrocarriles y líneas de comunicación que sólo conducían a —y partían de— Moscú. Tanques y camiones construidos en Detroit avanzaron por las carreteras en el espléndido clima primaveral; el Ejército Rojo dio finalmente un giro de ciento ochenta grados y retrocedió media Eurasia, para estrellarse, exhausto, en Kazan, contra la Línea Frederik.

Europa era al fin Una y Alemana. Más allá de Europa se extendían las oscuras y hormigueantes masas de Asia, gente misteriosa y repulsiva que sería mejor dominar a través de los no alemanes, pero caballerosos, japoneses. Los japoneses se vieron reforzados con barcos de Birkenhead, artillería de las fábricas Putilov, aviones a reacción de Châteauroux, acero del Ruhr, arroz del valle del Po, arenques de Noruega, madera de Suecia, aceite de Rumania, mano de obra de la India. Las fuerzas estadounidenses fueron expulsadas de Kyushu en el invierno de 1948, y tuvieron que retroceder dejando un rastro de sangre por toda la gran cadena de islas.

Pero no iban a rendirse. Era una monstruosa afrenta que los Estados Unidos se atrevieran a extenderse entre el Atlántico alemán y el Pacífico japonés, amenazándolos a ambos. La afrenta fue lavada en 1955.

Ahora hacía ciento cincuenta años que alemanes y japoneses se observaban inquietos unos a otros a ambos lados de las orillas del Mississippi. A sus oradores les gustaba referirse a ese río como una enorme frontera no manchada por fortificación alguna. Incluso existía una cierta interpenetración; una colonia japonesa pescaba en Nueva Escocia, en la frontera misma de los Estados Unidos alemanes; una mina de azufre que formaba parte del sistema Farben estaba localizada en Nuevo México, el corazón mismo de los

Estados Unidos japoneses..., era aquí precisamente donde se hallaba ahora el doctor Edward Royland, escuchando la disertación del doctor Piqueron, el doctor Gastón Fierre Piqueron, alemán convencido.

—Aquí, por supuesto —dijo melancólicamente el doctor Piqueron—, somos tan malditamente provincianos. Pocas ceremonias y menos modales. Bueno, sería pedir demasiado esperar que asignaran alemanes alemanes a este horrible lugar, así que tenemos que soportarlo como podemos nosotros, los alemanes franceses.

—¿Todos ustedes son franceses? —preguntó Royland, sorprendido.

—*Alemanes* franceses —le corrigió rígidamente Piqueron—. El coronel Biederman también es alemán francés; el mayor Kappel es, uf, alemán italiano. —Bufó expresivamente para demostrar lo que pensaba de aquello.

El alemán italiano entró en aquel momento, no a tiempo para cortar la siguiente pregunta:

—¿Y todos ustedes proceden de Europa?

Le miraron, desconcertados.

—Mi abuelo sí —dijo el doctor Piqueron. Royland recordó; también las legiones romanas acostumbraban guardar su Imperio..., romanos nacidos y educados en Bretaña, o en el Danubio, romanos que nunca en sus vidas verían Italia o Roma.

El mayor Kappel dijo afablemente:

—Bueno, esto no tiene por qué preocuparnos. Me temo, mi querido amigo, que su pequeña superchería no ha dado resultado. —Le dio a Royland una alegre palmada en la espalda—. Admito que nos ha engañado admirablemente a todos; ahora, ¿podemos conseguir de usted los hechos reales?

Piqueron, sorprendido, dijo:

—¿Su historia es falsa? ¿Los zapatos? ¿El *Geburtsnummer* que falta? ¡Y parece que entiende algo de química!

—Ahhh... ¡Pero él dijo que su especialidad era la *física*, doctor! ¡Sospechoso por sí mismo!

—Sí, por supuesto. Una discrepancia. Pero, ¿el resto...?

—En cuanto al número de nacimiento, ¿quién sabe? En cuanto a sus zapatos, ¿a quién le importa? Tomé algunas discretas notas mientras hablaba con nosotros, y las he comprobado cuidadosamente. Jamás *hubo* un Distrito Manhattan de Ingeniería. Jamás *hubo* ningún doctor Oppenheimer, o Fermi, o Bohr. No *existe* ninguna teoría de la relatividad, ninguna equivalencia entre masa y energía. El uranio sólo tiene un uso: tiñe el cristal con un hermoso color naranja. Existe una cosa llamada isótopo, pero no tiene nada que ver con la química; es el nombre usado en la Ciencia de la Raza para una variación permisible dentro de una subraza. ¿Qué dice usted a todo eso, mi querido amigo?

Royland pensó en un primer momento, tal era la seguridad con la que hablaba el mayor Kappel, si no se habría deslizado a un universo con unas propiedades físicas y una historia completamente distintas, uno en el cual Julio César hubiera descubierto el Perú y la molécula de oxígeno fuese más ligera que el átomo de hidrógeno. Consiguió hablar.

—¿Cómo ha descubierto todo esto, mayor?

—Oh, no piense que he hecho un trabajo chapucero —sonrió Kappel—. Lo busqué todo en la *gran* enciclopedia.

El doctor Piqueron, químico, asintió gravemente su aprobación ante la diligencia del mayor y su profundo conocimiento del método científico.

—¿Sigue sin querer decírnoslo? —preguntó con voz meliflua el mayor Kappel.

—Sólo puedo repetir lo que ya les dije.

Kappel se encogió de hombros.

—No es trabajo mío persuadirle; no sabría cómo empezar. Pero sí puedo, y lo haré, enviarle a un campo de trabajo.

—¿Qué... es un campo de trabajo? —preguntó Royland, inquieto.

—¡Por los cielos, hombre, un campo donde uno trabaja! Evidentemente es usted un *Ungleichgeschaltling*, y tiene que ser *gleichgeschaltet*. —No pronunció esas palabras como si fueran extranjeras; evidentemente formaban parte del vocabulario cotidiano de trabajo de los estadounidenses. *Gleichgeschaltet* significaba para Royland algo así como «coordinado, puesto a tono con». Así que iban a ponerle a tono..., ¿con qué, y cómo?

El mayor prosiguió:

—Allí recibirá ropas y un camastro, y le darán comida, y trabajará, y finalmente sus irregulares hábitos vagabundos desaparecerán y podrá ser liberado al mercado del trabajo. Y se sentirá malditamente

agradecido de que nos hayamos tomado todas estas molestias con usted. —Su rostro se ensombreció—. Por cierto, llegué demasiado tarde con su amigo el furriel. Lo siento. Envié un mensajero al Control Disciplinario con orden de detener el proceso. Después de todo, pensé, si nos engañó a nosotros durante una hora, ¿por qué no podía haber engañado a un simple furriel de séptima?

—¿Demasiado tarde? ¿Acaso lo han *matado*? ¿Por recoger a un *autostopista*?

—No sé lo que significa esa última palabra —dijo el mayor—. Si es dialectal por «vagabundo», la respuesta es normalmente «sí». El hombre, después de todo, era un furriel de séptima; sabía leer. O bien sigue aferrándose usted a su engaño con una notable fidelidad, o ha estado viviendo totalmente aislado. ¿Es posible eso? ¿Acaso hay una tribu de ustedes en alguna parte? Bueno, ya lo descubrirán los interrogadores; ése es su trabajo.

—¡La leyenda de los Insumisos! —estalló el doctor Piqueron, abrumado—. ¡Puede que sea un abnerita!

—Por los cielos —murmuró lentamente el mayor Kappel—, podría ser. Vaya medalla en mi pecho si he encontrado a un abnerita vivo.

—¿Qué pecho? —preguntó fríamente el doctor Piqueron.

—Creo que voy a revisar la leyenda de los Insumisos —dijo Kappel, y se encaminó hacia la puerta y probablemente la gran enciclopedia.

—Yo también —anunció firmemente el doctor Piqueron. Lo último que Royland vio de ellos fue que corrían pasillo abajo, con Kappel ganando por una cabeza.

Muy divertido. Y habían matado al ingenuo del furriel Martfield por recoger a un autostopista. Los nazis siempre habían tenido un gran sentido del humor..., el gordo Hermann imaginando que era el joven Siegfried. Tan rubio como Hitler, tan esbelto como Goering y tan alto como Goebbels. Unos rufianes inmaduros que ni siquiera habían sido capaces de forjar unas pruebas convincentes para acusar a Dimitrov del incendio del Reichstag; el mundo había rugido de risa ante su ineptitud. Enormes mítines, innumbrables absurdos como el hacer que todas las banderas de las organizaciones locales del partido tocaran la enseña sagrada en la que Horst Wessel había sangrado por la nariz. Y habían dominado Europa, y habían matado gente...

Una cosa era cierta: la vida en el campo de trabajo terminaría como mínimo matándole de aburrimiento. Se suponía que era un simple analfabeto, así que las cosas que se le disculpaban a él no le eran disculpadas a un exaltado furriel de séptima. Rebuscó en un armario del rincón del laboratorio; él y Piqueron tenían aproximadamente la misma talla...

Encontró un reluciente uniforme de recambio y lo que debía ser un traje civil: unos pantalones algo holgados y una especie de chaqueta con un clásico cuello ruso. Evidentemente sería lo más apropiado para llevar en aquel lugar; tan apropiado como inapropiado era seguir vestido con unos téjanos y una camisa de franela. No sabía exactamente en qué lo convertiría aquello, pero Martfield había sido muerto por recoger a un hombre con unos téjanos y una camisa de franela. Royland se puso el traje civil, ocultó su camisa y sus pantalones en el fondo del estante superior del armario; aquél era sin duda un escondite suficiente para aquellos payasos asesinos. Salió de la estancia, subió las escaleras, y cruzó el concurrido vestíbulo hasta el exterior del complejo industrial. Nadie le saludó, y él no saludó a nadie. Sabía dónde ir..., a un buen y saludable laboratorio japonés donde no hubiera alemanes.

Royland había conocido a algunos estudiantes japoneses en la universidad, y los había admirado más allá de las palabras. Su inteligencia, su frugalidad, su dedicación y su buen humor los convertía, en lo que a él se refería, en la gente más sensata que jamás hubiera conocido. Tojo y sus señores de la guerra no eran, en lo que a Royland se refería, esencialmente japoneses, sino más bien soldados y políticos malditamente estúpidos. Los auténticos japoneses le escucharían con cortesía, comprobarían con calma todos los hechos disponibles y...

Recordó al señor Ito y su terrible bofetada y se frotó la mejilla. Bueno, según cabía presumir, el señor Ito era un soldado y político malditamente estúpido..., deseoso de demostrar su celo en beneficio de los alemanes en una región fronteriza sensible y llena de problemas jurisdiccionales.

En cualquier caso, *no* iba a ir a un campo de trabajo a partir rocas o reparar muebles hasta que aquellos imbéciles decidieran que era *gleichgeschaltet*, se volvería loco en menos de un mes.

Royland se dirigió a las torres Solvay y siguió las conducciones de cristal que contenían el ácido sulfúrico resultante a lo largo del suelo hasta llegar a una planta envasadora donde una serie de hombres de abultada frente llenaban en silencio grandes garrafones protegidos con mimbre y los llevaban fuera. Siguió a otros hombres que los alzaban a carretones tirados a mano y los transportaban hasta la puerta de un depósito de almacenaje. Fuera de la puerta, al otro lado, más hombres los cargaban en camiones cerrados que partían de tanto en tanto.

Royland se instaló en un rincón del depósito de almacenaje, detrás de una barricada de garrafones, y escuchó cómo el encargado de los camiones maldecía a sus conductores y los que manejaban los garrafones maldecían los garrafones.

—¡Terminad de *cargar* el jodido embarque para Prisco, estúpidos! ¡No me *importa* lo que hagáis luego, pero esto tiene que quedar listo a *medianoche*!

Así que, unas pocas horas después de anoecer, Royland se dirigía hacia el oeste, sin mucho aire que respirar, y en la peligrosa compañía de varios miles de litros de ácido. Esperaba que el conductor fuera cuidadoso.

Pasó una noche, un día y otra noche en la carretera. El camión no se detenía nunca excepto para cargar combustible; los conductores se turnaban y comían bocadillos al volante y dormían fuera de turno. La segunda noche llovió. Royland, diestra y quizás un poco alocadamente, lamió las gotas que resbalaban hacia abajo por la lona embreada que cubría la parte de atrás del camión. A las primeras luces del amanecer, agachado entre dos garrafones recubiertos de mimbre, vio que estaban circulando por entre campos de regadío llenos de verduras, y el agua en los canales fue demasiado para él. Oyó la transmisión descender de revoluciones cuando el camión frenó para tomar una curva, se asomó por detrás y saltó a la carretera. Estaba lo suficientemente flojo y débil como para caer como un saco.

Se levantó, ignorando las magulladuras, y cojeó hasta uno de los brillantes canales de regadío; bebió, y bebió, y bebió. Esta vez el puritano folklore demostró tener razón; lo vomitó todo de inmediato, o al menos aquello que no fue absorbido por su encogido estómago. Pero no le importó; ya era suficiente bendición poder *estirarse*.

El campo era de tomates, casi maduros. Los deseó fervientemente; apenas vio las rojizas bellezas supo que los tomates eran la única cosa en el mundo que anhelaba. Tragó uno con tanta precipitación que el jugo resbaló por su barbilla; comió los dos siguientes con más tranquilidad, dejando que sus dientes quebraran la débil resistencia de su piel y el hermoso sabor se esparciera por su lengua. Había tomates hasta tan lejos como sus ojos podían ver, a cada lado de la carretera, con el verde de las plantas y los puntos rojos de los frutos maduros surcados por el entrecruzado de plateados canales que reflejaban la primera luz. De todos modos, se llenó los bolsillos de ellos antes de seguir andando.

Royland se sentía feliz.

Adiós a los alemanes y su sórdida carne picada y sus métodos asesinos. ¡*Mira* estos hermosos campos! Los japoneses son un pueblo innatamente artístico que trae la belleza a cada detalle de la vida cotidiana. Y son unos físicos malditamente buenos también. Confinados en su pedregoso hogar, apretujados como él lo había estado en el camión, crecen retorcidos y doloridos; ¿por qué no podían ir en busca de más espacio donde crecer, y qué otro modo tenían de conseguirlo excepto haciendo la guerra? Podía sentirse muy comprensivo hacia cualquier pueblo que hubiera plantado aquellos hermosos tomates para él.

Una mancha oscura del tamaño de un hombre atrajo su atención. Estaba tendida en el margen de uno de los canales, allá a su derecha. Y, entonces, rodó suavemente y cayó al canal con un chapoteo, flotó unos instantes, y luego empezó a hundirse.

Royland echó a correr cojeando, alejándose de la carretera y cruzando el campo. No sabía si tendría fuerzas suficientes para nadar. Mientras se detenía jadeante al borde del canal, mirando al agua, el pelo de una cabeza surgió a la superficie cerca de él. Se agachó, tendió alocadamente la mano y agarró aquel pelo..., mientras era consciente con cierto desprendimiento y una punzada de dolor que los tomates que había guardado en el bolsillo de su chaqueta se reventaban.

—Tranquilo —murmuró para sí mismo, y tiró de la cabeza hacia él, buscó apoyo con la otra mano y la alzó. Un rostro sorprendido se enfrentó al suyo, y luego quedó flácido e inconsciente.

Durante media hora Royland, débil como estaba, luchó, maldijo débilmente y sudó para conseguir sacar aquel cuerpo del agua. Finalmente se metió en ella, descubrió que sólo le llegaba hasta el pecho, y empujó el peso muerto por encima de la resbaladiza y lodosa orilla. Por entonces no sabía si el hombre estaba vivo o muerto, ni hasta qué punto le importaba. Sólo sabía que no podía marcharse de allí dejando el trabajo a medio terminar.

El cuerpo era el de un gordo oriental de mediana edad, seguramente chino antes que japonés, aunque Royland no pudo decir por qué lo pensaba así. Sus ropas eran empapados harapos excepto una cartera de piel del tamaño de una caja de puros que llevaba en un ancho cinturón de tela sobre su barriga. Su único contenido era una elegante botella de porcelana esmaltada en azul. Royland olió su contenido y frunció la nariz. ¡Era alguna especie de superginebra! Olió de nuevo, y luego dio un conservador sorbo. Cuando aún estaba tosiendo, notó que la botella le era retirada de la mano. Miró y vio que el chino, con los ojos aún cerrados, llevaba con toda precisión el cuello de la botella a su boca. El chino bebió y bebió y bebió, luego devolvió la botella a la cartera y finalmente abrió los ojos.

—El honorable señor —dijo el chino, en llano y claro inglés californiano— se ha dignado salvar mi inútil vida. ¿Puedo suplicar su honorable nombre?

—Oh, Royland. Mire, tómese con calma. No intente levantarse; ni siquiera debería hablar.

Alguien gritó detrás de Royland:

—¡Han estado robando tomates! ¡Hay plantas aplastadas y destruidas! ¡Niños, vosotros sois testigos ante los japo-ne-ses!

Cristo, ¿y ahora qué?

En ese momento, un delgado hombre de piel muy oscura, pero no negro, con un sucio taparrabo, y tras él cinco niños delgados como flautas, con la piel tan oscura como la suya y taparrabos igual de sucios, avanzaban hacia ellos en orden descendente. Todos saltaban, señalaban y amenazaban. El chino gruñó, rebuscó en sus raídas ropas con una mano y extrajo un empapado fajo de billetes. Separó uno, lo alzó para que pudieran verlo y gritó:

—¡Desapareced, pestilentes bárbaros de más allá del Tian—Shang! Mi amo y yo os damos esta caridad, no un tributo.

El drávida, o lo que fuera, agarró el billete y cayó de rodillas.

—¡Insufi—cien—te para tan terrible daño! Los japo—ne—ses...

El chino los despidió hastiado con un gesto y dijo:

—Si mi amo condesciende en ayudarme a levantarme.

Royland, inseguro, le ayudó a ponerse de pie. El hombre se tambaleó, ya fuera por haber estado a punto de ahogarse o por la enorme cantidad de alcohol ingerida. Se dirigieron hacia la carretera, seguidos por gritos de que fueran cuidadosos y no pisaran las plantas.

En la carretera, el chino dijo:

—Mi indigno nombre es Li Po. ¿Se dignará mi amo indicarme en qué dirección debemos viajar?

—¿Qué es todo esto de amo? —preguntó Royland—. Me parece muy bien que esté usted agradecido, pero no me *pertenece*.

—A mi amo le gusta bromear —dijo Li Po. Educadamente, con circunloquios, y empleando la tercera persona hasta la pura irritación cada vez que se refería a Royland, explicó que Royland, al mezclarse con los decretos celestes que habían dictado que Li Po, estando borracho, cayera al canal de riego y se ahogara, tenía ahora a Li Po en sus manos, puesto que las potencias celestes se habían lavado las suyas en lo que a él se refería—. Como mi amo recordará sin duda dentro de uno o dos momentos. —Expresó comprensivamente su simpatía hacia la desgracia de Royland por haberlo adquirido como una obligación, especialmente teniendo en cuenta su gran apetito, su declarada deshonestidad y el hecho de que sufría accesos de desvanecimientos y espasmos cada vez que se enfrentaba con cualquier trabajo.

—No sé *nada* acerca de todo esto —dijo Royland, divertido—. ¿No hubo otro Li Po? ¿Un poeta?

—Tu sirviente prefiere venerar su nombre como uno de los mayores borrachines que el Celeste Imperio haya conocido nunca —observó el chino. Y un momento más tarde se inclinó bruscamente, aferró a Royland por detrás de las rodillas y lo arrojó de bruces al suelo, y realizó el mismo movimiento de tocar el suelo con su cabeza, aunque de una manera algo más graciosa. Un vehículo pasó petardeando por su lado mientras permanecían así tendidos.

Li Po dijo en tono de reproche:

—Observo humildemente que mi amo no es consciente de la etiqueta que exigen nuestros nobles señores. Una negligencia así costó la cabeza de mi insignificante hermano mayor a sus veinte años. ¿Le complacerá a mi amo explicarme cómo puede haber alcanzado sus honorables años sin haber aprendido lo que se enseña a los bebés en sus cunas?

Royland respondió con la verdad. Li Po suplicó educadamente alguna aclaración de tanto en tanto, y un esbozo de sus horizontes mentales emergió de aquellas preguntas. No dudó ni por un instante de que algún tipo de «magia» había transportado a Royland un siglo o más hacia delante, pero hallaba difícil comprender por qué no se habían tomado las oportunas precauciones *fung shui* para evitar los desastrosos resultados del experimento con el Alimento de los Dioses. Sospechaba, por la descripción de la choza de Nahataspe, que una simple pared en ángulo recto con la puerta hubiera mantenido a todos los demonios realmente importantes fuera. Cuando Royland describió su escapatoria del territorio alemán al japonés, y por qué lo había hecho, se quedó completamente alucinado. Royland juzgó que Li Po pensaba para sí mismo que no era muy inteligente a juzgar por el hecho de haber abandonado *cualquier* lugar para ir allí.

Royland esperó no estar en lo cierto.

—Cuénteme cómo es esto —dijo.

—Este reino —se apresuró a decir Li Po—, bajo nuestros benévolos y nobles señores, es el cielo de todos aquellos cuya piel no tiene el color de los huesos blanqueados que indica la maldición eterna de los dioses celestes. Aquí los hombres de Han, como este indigno servidor, y los hijos de Hind, más allá del Tian—Shang, podemos labrar nueva tierra y educar a nuestros hijos, y a los hijos de nuestros hijos, para que nos veneren cuando ascendamos al más allá.

—¿Qué es esa historia acerca de los huesos blanqueados? —preguntó Royland—. ¿Acaso disparan contra todos los hombres blancos apenas verles?

Li Po respondió evasivamente:

—Nos acercamos al poblado donde trabajo indignamente diciendo la buenaventura, profeso el *fung shui*, y ocasionalmente actúo como poeta y narrador de historias. Permítaseme decir que mi amo no tiene que preocuparse por su color. Este humilde servidor le volverá la piel rugosa, dirá una o dos mentiras artísticas, y hará que su amo pase por un simple leproso.

Tras una semana en el poblado de Li Po, Royland llegó al convencimiento de que la vida era buena allí. El lugar era un asentamiento de cañas y arcilla ocupado aproximadamente por unas doscientas almas, a orillas de un canal de riego lo bastante grande como para ser dignificado con ese nombre. Nadie sabía exactamente dónde estaba situado; Royland pensó que aquello debía ser el valle de San Fernando. El suelo era rico y fértil y proporcionaba abundantes cosechas durante todo el año. El principal cultivo era una especie de enormes rábanos. Su sabor era demasiado basto para ser comido por el hombre; los del poblado sabían que se empleaba para alimentar a los pollos en algún lugar al norte. En cualquier caso lo cultivaban, lo pasaban por una gran trituradora accionada a mano, y lo dejaban secar a la sombra. Cada pocos días un japonés de baja casta iba con un camión, cargaban toneladas de rábanos triturados en él, y decían adiós a su cosecha para siempre. Presumiblemente los pollos se la comían, y luego los japoneses se comían los pollos.

Los del poblado también comían pollos, pero sólo en las bodas y los funerales. El resto del tiempo comían las verduras que cultivaban, un décimo de hectárea cada familia, de la misma manera que otros artesanos tallaban diamantes. Una sola col podía recibir, durante sus noventa días desde que era plantada hasta que maduraba, un centenar de horas de trabajo de la abuela, el abuelo, el hijo, la hija, el nieto mayor, y así hacia abajo hasta el más pequeño de los que andaban a gatas. Teóricamente toda la familia debería estar mortalmente agotada, puesto que no hay un centenar de horas de energía en una col; de alguna manera, no era así. Simplemente seguían delgados y alegres y trabajadores y fecundos.

Hablaban inglés por decreto imperial; la razón parecía ser que eran tan indignos de hablar japonés como de pintar el Sello del Crisantemo Imperial en sus casas, y que permitir que se aferraran a sus viejos idiomas y dialectos hubiera sido políticamente poco juicioso.

Formaban una mezcla heterogénea de chinos, hindúes, drávidas y, para sorpresa de Royland, japoneses de casta baja y descastados; no sabía que existieran tales cosas. La tradición del poblado decía que un samurai llamado Ugetsu había dicho hacía mucho tiempo, señalando la celda de los borrachos de una cárcel de Hong Kong: «Me quedo ese lote». Y «ese lote» fueron los antepasados de los habitantes del poblado, transportados a los Estados Unidos en lo más profundo de una hedionda cala e instalados allí junto al canal de riego con órdenes de empezar a producir su cuota de rábanos. Sea como fuere, el lugar fue llamado Aldea Ugetsu, y si bien algunos de los descendientes de los moradores originales eran abstemios, otros, como Li Po, daban color a la leyenda desde sus orígenes.

Al cabo de una semana, el alegre fingimiento de que sufría de la enfermedad de Hansen se evaporó y pudo lavarse el barro de su cara. Simplemente tenía que evitar a los japoneses de clase superior, y especialmente a los samuráis. Esto no era exactamente un estigma; en general, para *todo el mundo* era una buena idea evitar a los samurais.

En el poblado, Royland descubrió la falsedad de su primer amor y su primera religión.

Se había aposentado; empezaba a acostumbrarse al ritmo de trabajo oriental, consistente en un lento, repetido e incesante esfuerzo; no le sorprendió poder contar sus costillas. Cuando comía un bol de verduras artísticamente dispuestas, donde el rojo del pimiento jugaba con el amarillo de la chirivía, con una rodaja de remolacha en vinagre añadiendo su nota a la vez táctil y olfativa al conjunto, se sentía suficientemente lleno; *estaba* suficientemente lleno para el débil trabajo en el campo al día siguiente. Era bastante agradable remover lentamente los húmedos y negros terrones con un zapapico de madera; ¿acaso no había gente que compraba arena para que sus hijos pudieran hacer exactamente lo que él hacía ahora, y envidiaban su inocente concentración? Royland se sentía inocentemente concentrado, y el camión de los rábanos había hecho seis recogidas desde su llegada cuando empezó a sentir la agitación de la carne. Al borde del hambre (pero, ¿quién sabía qué era eso, puesto que todo el mundo sufría de lo

mismo?), su mente estaba medio embotada, pero no sus ingles. Ardían, y miraba a su alrededor en los campos, y se sintió abismalmente enamorado de la primera muchacha que vio que no era repulsiva.

Desorientado, se lo contó a Li Po, que era también el alcahuete oficial de la Aldea Ugetsu. El narrador de historias se mostró complacido; salió a recabar información, y regresó.

—La elección de mi amo es sabia. La esclava sobre la que ha dignado posar sus señoriales ojos es conocida como Vashti, hija de Hari Bose, el destilador. Es su séptima hija, así que no se puede esperar pedir una gran dote (pediré quince barrilitos de alcohol, aunque aceptaré el trato de siete), pero todo este humilde poblado sabe que es inteligente y buena trabajadora tanto en la choza como en los campos. Me temo que posee el habitual y lamentable talento hindú de cocinar siempre al curry, pero una docena de buenas palizas como máximo pueden conseguir que reserve esto para las ocasiones apropiadas, como las visitas de su madre y hermanas.

Así pues, de acuerdo con la sensata costumbre de Ugetsu, Vashti acudió aquella noche a la choza que Royland compartía con Li Po, y Li Po, desconcertado ante la petición de su amo, se fue a visitar algunos amigos. Suplicó humildemente que se le permitiera señalar que la choza estaría a oscuras, así que sus argumentos de falta de intimidad eran como mínimo inexplicables. Royland convirtió su petición en una orden, y Li Po dejó de objetar y obedeció.

Fue una noche malditamente extraña, durante la cual Royland lo aprendió todo acerca del deporte nacional y la más desarrollada forma de arte de la India. Vashti, si lo halló poco preparado en el aspecto teórico, no se lamentó. Por el contrario, cuando Royland despertó, ella le estaba haciendo algo en los pies.

—¿Más? —se preguntó, incrédulo—. ¿Con los *pies*?

Inquirió lo que estaba haciendo. Ella respondió sumisamente:

—Adorando el dedo gordo de mi señor esposo. Soy una mujer piadosa y de ideas anticuadas.

Así que le pintó el dedo gordo del pie con pintura roja y le rezó, y luego preparó un desayuno a base de curry..., excelente. Le observó comer, y luego lamió modestamente lo que había sobrado en el bol. Le tendió sus ropas, que había lavado mientras él aún dormía, y le ayudó a ponérselas después de ayudarle a lavarse. Royland se dijo, incrédulo: «¡No es posible! Seguramente debe ser una comedia para convencerme de que me case con ella..., ¡como si hubiera que convencerme!». Su corazón saltó alocadamente cuando la vio, sin un momento de pausa, saltar de ayudarle a vestirse a pulir escrupulosamente su zapapico de madera. Aquel día, en los campos, preguntó al azar, y supo que aquél era el tipo de servicios que podía esperar por el resto de su vida después de su matrimonio. Si la mujer se volvía perezosa, lo único que tenía que hacer era darle una paliza, pero esto raramente era necesario más que una vez al año o así. En la Aldea Ugetsu tenían buenas chicas.

¡Así que un campesino de la Aldea Ugetsu estaba en algunos aspectos mejor que cualquiera de «su tiempo» que fuera menos que millonario!

Su embotamiento debido a la mala alimentación era tal que no se dio cuenta de que aquello era cierto sólo para la mitad de los campesinos de la Aldea Ugetsu.

La religión se deslizó en él de una manera similar. Acudió al sacerdote taoísta (que ejercía como tal a tiempo parcial) porque estaba un poco cansado de las interminables sagas que Li Po le ofrecía cada día después de la cena. Hubiera podido permanecer simplemente sentado como los demás y escuchar pasivamente el interminable relato del glorioso emperador Amarillo, y la hermosa pero perversa princesa Esmeralda, y la virtuosa pero sencilla princesa Flor de Luna; pero decidió ir a ver al sacerdote de Tao, y quedó prendido de sus garras.

El amable viejo, que durante el día fabricaba herramientas, dejó caer unas cuantas perlas de sabiduría que, en su neblinoso estado causado por el hambre, Royland no percibió como perlas de indemostrable insensatez, y le enseñó cómo meditar. Funcionó la primera vez. Royland penetró inmediatamente en el estado de *samadhi* —la versión oriental de la Iluminación autohipnótica—, que le hizo sentir maravilloso y omnisciente y le dejó sin resaca cuando desapareció. En la universidad había desdeñado al tipo de gente que sigue cursos de psicología, y por eso no los había seguido; no sabía absolutamente nada acerca de la autohipnosis excepto lo que acababa de demostrarle aquel anciano y encantador caballero. Durante varios días se volvió ofensivamente religioso y no dejó de hablar con Li Po del Óctuplo Sendero, y Li Po no dejó de cambiar de tema.

Se necesitó una muerte para sacarlo del amor y de la religión.

Al anochecer estaban todos sentados y escuchando al narrador de historias, como siempre. Royland llevaba allí desde hacía apenas un mes, y por todo lo que sabía podía ser para siempre. Pronto haría su noviazgo oficial; sabía que había descubierto La Verdad Acerca Del Universo a través de la meditación Tao; ¿por qué debería cambiar? Cambiar exigía un furioso empleo de energías, y no disponía de energías a tal escala. Medía sus energías día y noche; uno tenía que ahorrar todas las posibles para los juegos amorosos de la noche, y luego para el trabajo del día siguiente. Era un hombre pobre; no podía permitirse cambiar.

Li Po había alcanzado un punto interesante en el que el emperador Amarillo declamaba acaloradamente: «¡Entonces ella debe morir! ¿Quién se atreve a transgredir nuestra divina voluntad...?».

Una linterna empezó a recorrer sus rostros. Vieron que estaba en la mano de un samurai con quimono y espada. Todo el mundo se arrodilló e inclinó apresuradamente la cabeza, pero el samurai gritó con voz irritada (todos los samuráis estaban irritados, siempre):

—¡Sentaos, idiotas! Quiero ver vuestros estúpidos rostros. He oído que hay alguien peculiar en este piojoso lugar que vosotros llamáis aldea.

Bien, por aquel entonces Royland sabía ya cuál era su deber. Se puso de pie y, con los ojos bajos, preguntó:

—¿Acaso el noble protector está buscando a mi indigno yo?

—¡Ja! —rugió el samurai—. ¡Cierito! ¡Una gran nariz! —Arrojó a un lado la linterna (todos los samuráis se mostraban noblemente despectivos hacia lo meramente material), sujetó la funda de su espada con la izquierda, y extrajo la larga y curvada hoja con la derecha.

Li Po avanzó un paso y dijo, con su voz más encantadora:

—Si el descendiente de los Cielos se digna escuchar una palabra de este humilde... —Lo que hubiera debido saber que ocurriría ocurrió. Con un despectivo barrido hacia atrás de la hoja, el samurai cercenó de un golpe su cabeza, y Li Po pagó su deuda.

El tronco del contador de historias permaneció unos instantes erguido, luego se derrumbó rígidamente hacia delante. El samurai se inclinó para limpiar su hoja en las raídas ropas de Li Po.

Royland había olvidado muchas cosas, pero no todo. Con los habitantes del pueblo dispersándose hacia todos lados ante él, se lanzó hacia adelante y golpeó al samurai, bajo y duro. Sin duda el samurai era cinturón marrón en judo; de otro modo, no puede culparse a nadie excepto a él mismo por volverle la espalda. Royland, sin recordar que iba descalzo, intentó patear el rostro del samurai. Se rompió el adorado dedo gordo, pero su córnea uña sin recortar arrancó el ojo izquierdo del guerrero, y tras eso ya no hubo más confrontación. No dejó que el samurai volviera a levantarse del suelo; vació su otro ojo con el mango de un azadón, y luego lo mató, centímetro a centímetro, con sus manos desnudas, sus pies desnudos, y la más rústica y tradicional de las armas, un mayal. La operación se prolongó fácilmente media hora, y durante los últimos veinte minutos el samurai gritó llamando a su madre. Murió cuando las últimas luces abandonaron el cielo occidental, y en la oscuridad Royland se quedó completamente solo con los dos cadáveres. Los habitantes del poblado habían huido.

Supuso, o imaginó, que estaban al alcance de sus palabras, de modo que les gritó con voz quebrada:

—Lo siento, Washti. Lo siento, todos vosotros. Me marchó. ¿Podéis comprenderme?

«Escuchad. No vivís. Esto no es vida. No producís nada excepto bebés, no cambiáis, no os desarrolláis. ¡Eso no es suficiente! Tenéis que aprender a leer y a escribir. No podéis seguir con historias infantiles como la del emperador Amarillo, transmitidas de boca en boca. El poblado está creciendo. Pronto vuestros campos tocarán los campos de la Aldea Sukoshi al oeste, y entonces, ¿qué ocurrirá? No sabréis qué hacer, así que pelearéis con la Aldea Sukoshi.

»La religión. ¡No! De la manera en que lo hacéis es como emborracharos. Cuando estáis medio muertos de hambre os refugiáis en el *samadhi* y os sentís mejor, así que pensáis que lo comprendéis todo. ¡No! Tenéis que *hacer* cosas. Si no prosperáis, moriréis. Todos.

»Las mujeres. *Eso* está mal. Es bueno para los hombres, pero está mal. La mitad de vosotros sois esclavos, ¿os dais cuenta? Las mujeres son gente también, pero vosotros las utilizáis como si fueran animales, y las habéis convencido de que está bien para ellas ser unas viejas a los treinta años y ser desechadas entonces por otra más joven. Por el amor de Dios, ¿no podéis ponerlos en su lugar?

»Los hijos, ese insensato procrear..., hay que poner fin a eso. ¡Vosotros, frugales orientales! Pero no sois frugales; sois locos marineros borrachos. Estáis derrochando el mundo. Cada boca que traéis al mundo debe ser alimentada por la tierra, y la tierra no es infinita.

«Espero que algunos de vosotros comprendáis. Li Po lo hubiera hecho, un poco, pero está muerto.

»Ahora me marchó. Habéis sido muy amables conmigo, y todo lo que he conseguido ha sido traer problemas. Lo siento.

Rebuscó en el suelo y encontró la linterna del samurai. Con ella, registró los alrededores del poblado hasta encontrar el vehículo del japonés. Puso en marcha el motor con la manivela y emprendió ruidosamente la marcha por el sendero de tierra que iba desde el poblado hasta la carretera.

Royland condujo toda la noche, siempre hacia el oeste. Su conocimiento de la geografía del sur de California era inexacto, pero esperaba alcanzar Los Ángeles. Podía haber una posibilidad de perderse en

una gran ciudad. Había abandonado las esperanzas de hallar una contrapartida actual de sus viejos compañeros de clase como Jimmy Ichimura; evidentemente, no habían prosperado. ¿Por qué no lo habían hecho? Los soldados—políticos habían ganado la guerra, así que todo el poder había ido a los soldados—políticos. Razonando bajo la gran ley natural *post hoc ergo propter hoc*, Tojo y su pandilla habían decidido: el feudalismo fanático había ganado la guerra; en consecuencia, el feudalismo fanático es bueno, de lo que se deduce necesariamente que, cuanto más fanático y feudal es, mejor es. Y así uno tenía la Aldea Sukoshi, y la Aldea Ugetsu; la Aldea Ichi, la Aldea Ni, la Aldea San, la Aldea Shi, salpicando esa parte del Gran Japón que antes era conocida como los Estados Unidos, y que se desarrollaban con el bueno y viejo feudalismo fanático y tan feudalmente hostiles a los nuevos pensamientos e innovaciones que hacía que uno sintiera deseos de gritar contra ellas..., cosa que hizo.

El único y débil faro de su vehículo se cruzó con algunos otros por la carretera; una aldea feudal decente es la que se basta a sí misma.

¡Malditos fueran todos ellos y su alegría suicida! Era un rasgo agradable; era como aquel estúpido en una canoa, acercándose a los rápidos y diciendo: «¡Arriba las cabezas! Todo va a ir bien si no dejamos de sonreír».

El vehículo se quedó sin combustible cuando el falso amanecer empezaba a hacer palidecer el cielo tras él. Lo metió en la zanja al lado de la carretera y siguió andando; cuando ya era completamente de día se encontró en una caótica y maloliente ciudad de papel y chapa galvanizada cuyo nombre desconocía. No era probable que nadie le viera como un hombre «blanco» a menos que se fijara detenidamente en él. Un mes de trabajo al aire libre había tostado su piel, y un mes de platos de verduras artísticamente compuestas lo había enflaquecido lo suficiente.

La ciudad se hallaba alfombrada por una humanidad que comenzaba a despertarse. Sus estrechas calles estaban pavimentadas con hombres, mujeres y niños tendidos, que empezaban a agitarse y bostezar y escupir flemas y frotarse sus reumáticos ojos. Los desagües—letrina recorrían el centro de todas las calles y eran usados ocasionalmente siguiendo el método del avestruz: sus usuarios se cubrían los ojos mientras hacían sus necesidades.

Todas las variedades posibles del más despellejado inglés resonaron en los oídos de Royland mientras caminaba por entre los cuerpos.

Tenía que haber algo más, se dijo a sí mismo. Aquello eran los destartalados arrabales industriales, la más baja y marginal zona de trabajo. En alguna parte de la ciudad tenía que haber belleza, ciencia, erudición.

Caminó sin rumbo fijo hasta el mediodía, y no halló nada de lo que buscaba. Aquellos habitantes de las ciudades se dedicaban a preparar alimentos, vender alimentos, transportar alimentos. Se ocupaban de lavar la ropa y se vendían chop suey unos a otros. Construían automóviles (¡Sí! ¡Había fábricas familiares de automóviles que probablemente construían seis vehículos al año, elaborando a mano todas las partes metálicas a partir de metal recuperado!) y cajas de naranjas y cestos y ataúdes; abacos, clavos y botas.

El Misterioso Este lo ha conseguido de nuevo, pensó amargamente. Los indios—chinos—japoneses habían obtenido un hermoso espacio vital. Hubieran podido hacer las cosas de modo que fueran agradables para todo el mundo en vez de para una pequeña facción aristocrática que era incapaz de detectar en aquella sopa humana..., pero lo habían conseguido de nuevo. Habían procreado irresponsablemente con toda la rapidez posible hasta que el territorio estaba lleno. Sólo hambruna y pestilencia podían «ayudarles» ahora.

Halló tan sólo un edificio que tenía algo de espacio despejado a su alrededor y que sobreviviría a un terremoto o a una colilla arrojada negligentemente. Era el Consulado alemán.

Les daré la Bomba, se dijo a sí mismo. ¿Por qué no? Nada de esto es mío. Y, a cambio de la Bomba, les pediré como precio algo de confort y dignidad para mí durante el resto de mi vida. ¡Les dejaré que se vuelen los unos a los otros! Subió los peldaños del Consulado.

Se dirigió al guardia uniformado de negro junto a las puertas con la svástica de bronce y le dijo con voz autoritaria:

—*Wenn die Lichtstärke der von einer Fläche kommenden Strahlung dem Cosinus des Winkels zwischen Strahlrichtung und Flächennormalen proportional ist, so nennen wir die Fläche eine vollkommen streuende Fläche*—. La Ley de Lambert, Óptica I. Todo el Goethe que recordaba era rimado, lo cual podría hacer sospechar al guardia.

Naturalmente, el alemán se puso firmes y dijo, como disculpándose:

—No hablo alemán. ¿Qué desea, señor?

—Quiero que me lleve ante el cónsul —dijo Royland, afectando hastío.

—Sí, señor. De inmediato, señor. Esto, es usted un *agente*, ¿verdad, señor?

—*Sicherheit, bitte!* —dijo secamente Royland. —Sí, señor. ¡Por aquí, señor!

El cónsul era un caballero considerado y comprensivo. Se mostró algo sorprendido ante el relato verídico de Royland, pero dijo de tanto en tanto:

—Ya veo; ya veo. No es imposible. Siga, por favor.

Royland concluyó:

—Esa gente de la mina de azufre era, espero, no representativa. Uno de ellos al menos se quejó de que aquello era una especie de horrible destierro. Estoy simplemente apostando a que existe algo de inteligencia en su Reich. Solicito de usted que me lleve ante un auténtico físico para mantener con él una conversación de veinte minutos. Usted, señor cónsul, no lo lamentará. Me hallo en situación de entregar una considerable información acerca de... la energía atómica. —Así que no había sido capaz de decirlo después de todo; la Bomba seguía siendo una obscena patada por debajo del cinturón.

—Esto ha sido muy interesante, doctor Royland —dijo gravemente el cónsul—. Se ha referido usted a su empresa como una apuesta. Yo también deberé apostar. ¿Qué tengo que perder en ponerle a usted *en rapport* con uno de nuestros científicos si se demuestra que es usted un plausible lunático? —Sonrió para suavizar sus palabras—. Muy poco, de hecho. Por otra parte, ¿qué tengo que ganar si su extraordinaria historia es completamente cierta? Mucho. Me pongo de su lado, doctor. ¿Ha comido?

El alivio fue tremendo. Comió en una cocina del sótano, con los guardias del Consulado..., una comida abundante, aunque no demasiado apetitosa, compuesta de *Lungen* guisado acompañado por una salsa harinosa, y taza tras taza de café. Finalmente, uno de los guardias encendió un pequeño y apestoso cigarro en forma de huso, del tipo que Royland sólo había visto antes en las caricaturas de George Grosz, y tras pensárselo le ofreció otro a él.

Aspiró una fétida bocanada de humo y consiguió no toser. Hizo que le picara toda la boca y eliminó satisfactoriamente el regusto a grasa del guiso. Una de las bendiciones del Tercer Reich, uno de sus mayores placeres. Después de todo, sólo eran gente..., un poco rígidos, un tanto minuciosos y con demasiado poder, pero humanos. Lo cual significaba, suponía, miembros de una Cultura Industrial Occidental como él.

Después de comer fue llevado en camión desde la ciudad hasta un aeropuerto por uno de los guardias. El avión era un poco más grande que un B—29 que había visto en una ocasión, y carecía de hélices. Supuso que era uno de los «reactores» que había mencionado el doctor Piqueron. Su guardia entregó su expediente a un sargento de la Luftwaffe a los pies de la rampa y dijo alegremente:

—Feliz aterrizaje, amigo. Todo va a ir bien.

—Gracias —respondió Royland—. Le recordaré, cabo Collins. Ha sido usted de una gran ayuda. —Collins se alejó apresuradamente.

Royland subió la rampa a la bodega del aparato. La mayoría de los asientos, de forma muy cóncava, estaban ocupados. Se dejó caer en uno de ellos junto al estrecho pasillo. Su vecino iba vestido con harapos; su rostro mostraba señales de una antigua paliza. Cuando Royland se dirigió a él, simplemente se acurrucó y empezó a sollozar.

El sargento de la Luftwaffe entró y cerró la puerta. Los «reactores» empezaron a zumbiar, causando una increíble vibración; toda conversación era imposible. Mientras el avión avanzaba por la pista, Royland observó en la penumbra sin ventanillas a sus compañeros de vuelo. Todos parecían entre pobres y miserables.

Dios, ¿habían despegado tan rápida y suavemente? Al parecer, sí. Pese al incómodo asiento, Royland se quedó dormido.

Fue despertado, no supo cuánto tiempo más tarde, por el sargento. El hombre sacudía su hombro y le preguntaba:

—¿Lleva escondida alguna joya? ¿Relojes? Tengo buena agua fresca que vender a quienes quieran comprarla.

Royland no tenía nada, y, de haberlo tenido, tampoco hubiera tomado parte en aquel miserable intercambio. Sacudió indignado la cabeza, y el hombre siguió su camino con una sonrisa. ¡No iba a durar mucho! Aquellos mezquinos chantajistas eran grietas en una dictadura eficiente; eran detectados y detenidos rápidamente. Mussolini, después de todo, había hecho que los trenes cumplieran con sus horarios. (Pero Royland recordó haber mencionado aquello con cierto regocijo a su profesor de inglés de la Universidad del Noroeste, un tal Bevans. Bevans le había informado fríamente de que de 1931 a 1936 él había vivido en la Italia bajo Mussolini como estudiante y guía turístico, y que en consecuencia había tenido extraordinarias oportunidades de observar si los trenes cumplían su horario o no, y que podía afirmar definitivamente que no lo hacían; que los horarios de los trenes bajo Mussolini eran considerados, en el mejor de los casos, una ficción humorística.)

Y otro pensamiento lo asaltó, un pensamiento mucho más terrible conectado con un hombre pálido y de rostro lleno de cicatrices llamado Bloom. Bloom era un joven fisicoquímico refugiado que trabajaba en el PROGRAMA I DE DISEÑO DE ARMAS, y estaba algo loco, quizá. Royland, en el PROGRAMA III, acostumbraba verle poco, y de haber podido aún lo hubiera visto menos. Uno no podía decirle hola al hombre sin convertir el saludo en una conferencia sobre los horrores del nazismo. Bloom contaba historias alucinantes acerca de «cámaras de gas» y hornos crematorios que ningún hombre razonable podía creer, y desgranaba calumnia tras calumnia acerca de la profesión médica alemana. Afirmaba que médicos con título, hombres de gran experiencia, utilizaban seres humanos en experimentos que terminaban siempre fatalmente. En una ocasión, intentando devolver a Bloom a la razón, le había preguntado qué tipo de experimentos eran éstos, pero el monomaniaco, que conocía todo aquello de oídas, se había lanzado a una serie de insensateces acerca de revivir hombres mortalmente congelados ¡poniendo a mujeres desnudas en la cama con ellos! Probablemente el hombre era un obseso sexual para creer aquello; ¡añadió ingenuamente que una variable en la serie de experimentos era utilizar las mujeres inmediatamente después de que hubieran tenido relaciones sexuales, una hora después de esas relaciones sexuales, etcétera! Royland había enrojecido y había cambiado violentamente de tema.

Pero no era eso lo que estaba intentando recordar ahora. Como tampoco eran las locas historias de Bloom acerca de la mujer que hacía pantallas para lámparas con la piel tatuada de los prisioneros del campo de concentración; había gente capaz de tales cosas, por supuesto, pero bajo ningún régimen esa gente alcanzaba posiciones de autoridad; simplemente, su demencia les impediría asumir las responsabilidades inherentes a un puesto de autoridad.

«Conoce a tu enemigo», por supuesto..., ¿pero mediante mentiras que no conducían a nada? Al menos, no era Bloom el prevaricador consciente. Recibía cartas en yiddish de amigos y conocidos en Palestina, y esas cartas iban repletas con los últimos y locos rumores que se suponía estaban basados en las más recientes noticias de los «escapados».

Entonces recordó. En la cafetería, haría unos tres meses, Bloom estaba bebiendo té, con mano ligeramente temblorosa, y releendo una carta. Royland intentó pasar por su lado con sólo una inclinación de cabeza, pero la delgada mano se tendió hacia él y lo retuvo.

Bloom alzó la vista con lágrimas en los ojos.

—Es cruel. Te lo aseguro, Royland, es cruel. ¡No les dan el derecho a gritar, a lanzar un fútil golpe, a rezar plegarias *Kiddush ha Shem* como debería hacer un judío cuando está muriendo para consagrarse al Eterno! Les engañan, les dicen que los envían a granjas, a campos de trabajo, de tal modo que cuatro o cinco de esos hediondos bastardos pueden manejar todo un tren lleno de judíos. Les mienten, les hacen quitarse la ropa en los campos diciendo que deben desinfectarlos. Los meten en una habitación que dice duchas sobre la puerta y luego ya es demasiado tarde para rezar sus plegarias, entonces sale el gas.

Bloom soltó su brazo y apoyó la cabeza sobre la mesa, entre sus manos. Royland murmuró algo, le dio una palmada en el hombro y siguió su camino, tembloroso. Por una vez el neurótico hombrecillo podía haber recibido informaciones auténticas. Había un toque muy circunstancial en el hecho de simplificar el manejo de los prisioneros mediante mentiras sistemáticas..., siempre la zanahoria y el palo.

¡Sí, todo el mundo se había mostrado tan amable con él desde que había subido los peldaños del Consulado! El amistoso guardia de la puerta, el cónsul que asentía y observaba que su historia no era imposible, el hombre con el que había comido..., todo aquel tranquilo optimismo. «Gracias. Le recordaré, cabo Collins. Ha sido usted de una gran ayuda.» Se había sentido positivamente benigno hacia el cabo, y entonces recordó que el cabo se había dado la vuelta muy rápidamente después de que él hablara. ¿*Para ocultar una sonrisa?*

El guardia estaba recorriendo de nuevo el pasillo, y observó que Royland estaba despierto.

—¿Ha cambiado de opinión? —preguntó amablemente—. Si tiene un buen reloj, quizá pueda encontrar un trozo de pan para usted. No va a necesitar usted un reloj allá donde va, amigo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Royland.

El guardia se apresuró a decir tranquilizadamente:

—Bueno, tienen relojes por todas partes en los campos de trabajo, amigo. Todo el mundo sabe la hora que es en los campos de trabajo. No se necesitan relojes allí. Los relojes son un estorbo en los campos de trabajo. —Siguió andando por el pasillo, rápidamente.

Royland tendió la mano por el pasillo y, como Bloom, sujetó el brazo del hombre que se sentaba al otro lado. No podía ver mucho de él; el enorme avión sin ventanas estaba iluminado tan sólo por media docena de débiles bombillas sobre sus cabezas.

—¿Por qué está usted aquí? —preguntó.

El hombre dijo temblorosamente:

—Soy un trabajador de segunda, ¿entiende? Un Dos. Bueno, mi padre me enseñó a leer, ¿sabe?, pero aguardó hasta que hube cumplido los diez años y supo la calificación, ¿sabe? Así que imaginé que era una tradición familiar, de modo que enseñé a mi propio hijo a leer porque era un chico más bien listo, ¿sabe? Imaginé que podía pasárselo bien leyendo como yo lo hacía, y al fin y al cabo eso no hacía el menor daño, quién iba a enterarse, ¿sabe? Pero hubiera debido aguardar un par de años más, supongo, porque el chico era demasiado joven y empezó a alardear de que podía leer, ya sabe como son los chicos. Por cierto, soy de St. Louis. Hubiera debido decirle primero que era de St. Louis, encargado de mantenimiento de las líneas férreas, ¿sabe? Así que me metí en unos vagones vacíos que iban para San Diego porque tenía un miedo cerval, como usted.

Suspiró profundamente.

—Tengo sed —dijo—. Me uní a unos chinos. No tienes que preocuparte, me dijeron, simplemente mantente fuera del camino, pero entonces uno de esos que parecen policías me cogió y me llevó al Consulado como hacen siempre, ¿sabe? Me asustaron, siempre me habían dicho que se cargaban a los que aprendían ilegalmente a leer, pero no lo hicieron, ¿sabe? Dos años de trabajo en un campo, me dijeron. ¿Qué piensa usted de ello?

Sí, se dijo Royland. ¿Qué pienso yo de ello?

El avión comenzó bruscamente la deceleración, y fue arrojado hacia adelante. ¿Estaban frenando inviniendo el sentido del chorro de aquellos «reactores», o simplemente disminuyendo la potencia de los motores? Oyó un gorgoteo; el fluir del líquido hidráulico que accionaba el tren de aterrizaje. Un momento más tarde las ruedas golpearon contra el suelo, e inspiró profundamente. El avión se inmovilizó, y los motores se pararon unos segundos más tarde.

El sargento de la Luftwaffe abrió la puerta y gritó desde ella:

—¡Empujad esta maldita rampa, ¿queréis?! —Su seguridad parecía haberle abandonado; tenía el aspecto de un hombre muy asustado. En realidad debía de ser muy valiente, para dejarse encerrar ahí dentro en compañía de un centenar de hombres condenados, sin más protección que una pistola de ocho tiros y una cadena de mentiras sistemáticas.

Fueron conducidos fuera del avión a una pista de lo que Royland identificó inmediatamente como el Aeropuerto Municipal de Chicago. El mismo hedor de siempre emanaba de los apartaderos del ganado; la hilera de edificios de las líneas aéreas en el borde oriental del campo era vieja y estaba remendada, pero no había cambiado; los hangares, sin embargo, eran ahora algo que parecía como bolsas de plástico hinchadas. Un buen truco. Más allá de los edificios se extendían seguramente los desolados edificios de ladrillo rojo y las fachadas pintadas de Cicero, Illinois.

Los hombres de la Luftwaffe les estaban gritando: —¡A formar, muchachos; en línea! ¡El trabajo significa libertad! ¡Erguidos! —Avanzaron arrastrando los pies, y fueron formados en columnas de a cuatro. Una vivaracha majorette con brillantes pantalones ajustados de satén y botas blancas surgió con aire marcial de un edificio administrativo haciendo revolotear su bastón; una ruidosa marcha restalló en los altavoces de las orejeras de su alto gorro de piel. Otro buen truco.

—¡Adelante, muchachos! —les gritó—. ¡Quien quiera, que me siga! —Una seductora sonrisa y un agitar de posaderas; una Judas. Echó a andar al ritmo de la música; debía de llevar tapones en los oídos. La siguieron, arrastrando los pies. En la entrada del aeropuerto los guardias de la Luftwaffe, con sus uniformes azules, fueron relevados por una escolta de una docena de hombres con uniformes negros y calaveras en sus gorras altas que les estaban aguardando.

Caminaron al ritmo de la música, hipnotizados por ella, cruzando Cicero. Cicero había sido bombardeado hasta los cimientos y no había sido reedificado. Para su sorpresa, Royland sintió una punzada de dolor ante los desaparecidos polacos y eslovacos de la competencia del viejo Al Capone. Había alemanes *alemanes*, alemanes franceses, incluso alemanes italianos, pero sabía en lo más profundo de sus huesos que no había ni alemanes polacos ni alemanes eslovacos... Y Bloom había tenido razón todo el tiempo.

Mortalmente cansado tras dos horas de marcha (la majorette era infatigable), Royland alzó la vista del roto pavimento y vio ante él una fantasmagoría. Era un Castillo; era una Pesadilla; era la *Parteihof* de Chicago. La cosa dominaba el lago Michigan; cubría quizá dieciséis manzanas de casas. Le fruncía el ceño al lago al este y a las hectáreas en ruinas del bombardeado Chicago al norte, al oeste y al sur. Estaba hecha de cemento armado picado y acanalado para que pareciera manipostería medieval. Tenía murallas, fosos, rastrillos, torres, baluartes, almenas. Los guardias con la calavera y las tibias la contemplaron reverentemente y los prisioneros con terror. Royland deseó tan sólo echarse a reír alocadamente. Era una producción de Walt Disney. Era tan divertida como Hermán Goering con todas sus galas..., y probablemente tan mortífera.

Fueron admitidos con todo un ceremonial de contraseñas, heils y saludos, y la majorette se alejó, sin duda para quitarse las botas y poner en remojo sus pies.

El más engalanado de los hombres con la calavera y las tibias los alineó y dijo afablemente:

—Ahora un poco de comida caliente y a la cama, muchachos; pero primero una selección. Algunos de ustedes, me temo, no se encuentran bien, y deberían ir a la enfermería. ¿Quién está enfermo? Que alce la mano, por favor.

Unas cuantas manos se levantaron sigilosamente. Viejos encorvados.

—De acuerdo. Den un paso adelante, por favor. —Luego recorrió la hilera, golpeando en el hombro a un hombre aquí, otro allí..., un tipo con glaucoma, otro con terribles llagas varicosas visibles a través de los rotos pantalones que llevaba. Dieron un mudo paso adelante. El hombre miró pensativamente a Royland.

—Está usted muy delgado, muchacho —observó—. ¿Dolores estomacales? ¿Vómitos de sangre? ¿Heces negras por la mañana?

—¡No, señor! —ladró Royland. El hombre se echó a reír y siguió revisando la hilera. Los «cuidados especiales» se alejaron. Muchos de ellos lloraban en silencio; sabían. Todo el mundo lo sabía; todo el mundo fingía que aquello terrible no iba a ocurrir, no podía ocurrir. Era mucho más complejo de lo que Royland había supuesto.

—Ahora —dijo afablemente el hombre con la calavera y las tibias—, necesitamos algunos albañiles competentes...

La hilera de hombres que quedaban se volvió loca. Avanzaron a toda prisa, casi tocando al oficial, pero sin rebasar nunca una línea invisible que lo rodeaba.

—¡Yo! —gritaron algunos—. ¡Yo! ¡Yo!

—Soy bueno con las manos, puedo aprender —exclamó otro—. También soy maquinista, soy joven y fuerte, ¡puedo aprender!

Un hombre de mediana edad agitó las manos en el aire y retumbó:

—¡Yo sé hacer la lechada y embaldosar! ¡La lechada y embaldosar!

Royland se mantuvo aparte, horrorizado. Lo sabían. Todos ellos sabían que esta vez se trataba de una oferta de auténtico trabajo que podría mantenerles con vida por un tiempo.

Repentinamente, supo cómo vivir en un mundo de mentiras.

El oficial perdió la paciencia al cabo de un momento, y restallaron los látigos. Hombres con rostros sangrantes regresaron a la hilera.

—Los albañiles que alcen la mano, y nada de mentiras, por favor. Pero nadie va a mentir, ¿verdad? —Escogió a media docena de voluntarios tras interrogarlos brevemente, y uno de sus hombres se los llevó. Entre ellos estaba el hombre de la lechada y las baldosas, que parecía pomposamente complacido consigo mismo; ésa era la recompensa a la diligencia y a la virtud, parecía estar proclamando; pobres de esas cigarras que no se han preocupado de aprender la Profesión A.

—Ahora —dijo casualmente el oficial— necesitamos algunos ayudantes de laboratorio. —El frío de la muerte agitó la hilera de prisioneros. Todos parecieron encogerse sobre sí mismos, adoptar cara inexpresiva, dar a entender que aquello no iba con ellos.

Royland alzó la mano. El oficial lo miró estupefacto, luego disimuló rápidamente su expresión.

—Espléndido —dijo—. Dé un paso adelante, muchacho. Usted —señaló a otro hombre—. Tiene una frente inteligente; creo que hará un buen ayudante de laboratorio. Dé un paso adelante.

—¡Por favor, no! —suplicó el hombre. Cayó de rodillas y unió sus manos en desesperada súplica—. ¡Por favor, no! —El oficial hizo chasquear meditativamente su látigo; el hombre gruñó, se puso torpemente en pie y se situó con rapidez al lado de Royland.

Fueron elegidos otros cuatro, y fueron conducidos a través del patio de cemento hacia una de las absurdas torres y por una escalera de caracol y luego por un corredor, y junto a la pared del fondo de un auditorio donde una mujer gritaba en alemán desde un estrado a una audiencia de mujeres. Y a través de un túnel y por otro corredor de una escuela elemental con clases vacías llenas de pequeños escritores a ambos lados. Y a una zona hospitalaria donde las paredes de falsa manipostería daban paso a limpias baldosas blancas y las falsas losas irregulares de piedra del suelo a un pavimento cuadrículado y las falsas antorchas de pino en sus abrazaderas de bronce a tubos fluorescentes.

En la puerta señalada RASSENWISSENSCHAFT el guardia llamó, y un hombre de rostro glacial con una bata de laboratorio abrió.

—Pidió usted un demostrador, doctor Kalten —dijo el guardia—. Elija uno de éstos.

El doctor Kalten los examinó.

—Oh, éste, supongo —dijo, señalando a Royland—. Entre, amigo.

El Laboratorio de la Ciencia de la Raza del doctor Kalten resultó ser un consultorio médico de lo más decente, con una mesa de operaciones e intrincados gráficos de las razas de hombres y sus esquemas anatómicos, mentales y morales. También había un diagrama frenológico de la cabeza y un horóscopo en la pared, así como una disposición de resplandecientes cristales unidos con alambre que Royland reconoció. Era un modelo de una de las locas teorías de la formación planetaria de Hans Hoerbiger, la *Welteislehre*.

—Siéntese aquí —dijo el doctor, señalando un taburete—. Primero tenemos que ocuparnos de su pedigree. A propósito, quizá será mejor que sepa desde un principio que va a terminar usted en la mesa de disección como parte de mi demostración en mi curso tercero de la Ciencia de la Raza para la Escuela Médica, y que su grado de cooperación determinará si la disección se realiza o no bajo anestesia. ¿Queda claro?

—Queda claro, doctor.

—Curioso..., nada de pánico. Apostaría a que descubriremos que es usted un protohamitoida heminórdico de *al menos grado cinco*..., pero dejemos eso. ¿Su nombre?

—Edward Royland.

—¿Fecha de nacimiento?

—Dos de julio de 1923.

El doctor dejó caer su lápiz.

—Por si mi anterior explicación no fue adecuada —exclamó—, déjeme añadir que, si continúa usted poniendo dificultades, puedo dejarlo en manos de mi buen amigo el doctor Herzbrenner. Resulta que el doctor Herzbrenner enseña técnicas de interrogatorio en la Escuela de la Gestapo. ¿Ha... comprendido... ahora?

—Sí, doctor. Lamento no poder retirar mi respuesta.

El doctor Kalten se volvió elaboradamente sarcástico.

—Entonces, ¿cómo explica usted su notable estado de conservación, a su edad de aproximadamente ciento ochenta años?

—Doctor, mi edad es de veintitrés años. He viajado a través del tiempo.

—¿De veras? —Kalten se mostró divertido—. ¿Y cómo consiguió eso?

Royland dijo firmemente:

—Un satánico mago judío arrojó un maleficio sobre mí. La ceremonia del maleficio implicó la muerte ritual y la extracción de la sangre de siete hermosas vírgenes nórdicas.

El doctor Kalten permaneció unos instantes con la boca abierta. Luego recogió su lápiz y dijo con voz segura:

—Comprenderá usted que mis dudas eran lógicas bajo las circunstancias. ¿Por qué no me comunicó enseguida las sólidas bases científicas sobre las que se basaba su sorprendente afirmación? Adelante, cuéntemelo todo.

Así, Royland se convirtió en el premio del doctor Kalten, el tesoro del doctor Kalten. Las peculiaridades de su forma de hablar, su por otro lado inexplicable ausencia de número de nacimiento sobre su tetilla izquierda, el examen del empaste de oro en uno de sus dientes, su sorprendente conocimiento de los Viejos Estados Unidos, todo aquello tenía ahora una simple explicación científica. Procedía de 1944. ¿Qué había en aquello que fuera difícil de aceptar? Cualquier especialista competente sabía todo lo necesario acerca de la perdida magia de la Cabala Judía, los golems y todo lo demás.

Su historia fue que había sido un estudiante de la Ciencia de la Raza con el maestro pionero William D. Pully. (Un farsante fanfarrón que había sabido aprovechar el respaldo de la *Deutsches Neues Buro*; estaba seguro de que encontrarían su nombre en el Volumen VII de la edición estándar de la *Introducción a un tratado histórico de la Ciencia de la Raza*.) Los secuaces judíos habían intentado emboscar a su maestro en una carretera solitaria; Royland le persuadió de que cambiaran sus sombreros y sus abrigo; en la oscuridad, la sustitución no fue observada. Más tarde, en su fortaleza, fue identificado, pero las vírgenes nórdicas ya habían sido asesinadas ritualmente y su sangre extraída, y ésta no podía conservarse. Así que el terrible destino previsto para el maestro recayó en el discípulo.

Al doctor Kalten le encantó aquello. ¡Le hacía temblar de emoción el pensar que la «venganza» de los subhombres sobre su enemigo había sido precipitarle a un mundo expurgado completamente de subhombres, donde una virgen nórdica podía respirar libremente!

Kalten, excepto algunas discretas consultas con algunas personas como especialistas en los Viejos Estados Unidos, un dentista que se mostró estupefacto ante el oro en su diente, y un dermatólogo que estableció que no había y nunca había habido un *Geburtsnummer* en el sujeto examinado, mantuvo a Royland pegado a sus faldones. Al cabo de una semana se hizo evidente que estaba reservando a Royland para una gran presentación que sería el momento culminante de la lectura de una comunicación científica.

Royland no deseaba ser presentado; había demasiados agujeros en su historia. Habló animadamente acerca de las bellezas de México en primavera, sus hermosas mesas, sus cactus y sus setas. ¿No podían hacer un breve viaje hasta allí? El doctor Kalten dijo que no podían. ¿Estaba inquieto Royland? Podía estudiar, aprender, aprovechar el arsenal científico sin parangón disponible allá en la Parteihofde Chicago. El viejo y querido Chicago alardeaba de poseer distinguidos exponentes de la teoría del Mundo Helado, de la teoría de la Tierra Hueca, del arte de los zahoríes, de la medicina homeopática, de la medicina naturista...

Esto último parecía interesante. El doctor Kalten se sintió complacido de llevar a su *rara avis* a la Escuela de Medicina y presentarlo como su protegido al profesor Albiani, botánico naturista.

Albiani era un gnomo barbudo salido directamente de las ilustraciones de Arthur Rackham para *Das Rheingold*. Le encantaba su tema.

—¡La Madre Naturaleza, la siempre magnánima! Recorra los campos, joven, y, con ojo atento, en una hora de caminata hallará el cornezuelo que aborta, el eneldo que hace bajar la fiebre, la barbotina que devuelve las fuerzas a los viejos, la adormidera que calma a los bebés cuando les salen los dientes.

—¿Tiene usted algunas setas alucinógenas mexicanas? —preguntó Royland.

—Es posible —dijo Albiani, sorprendido.

Rebuscaron en el Museo Naturista, y examinaron las vitrinas donde se exhibía vegetación seca. De México tenían peyote, botones y raíz, y marihuana, raíz, tallos y semillas. Pero ninguna seta.

—Puede que estén en los almacenes —murmuró pensativo Albiani.

Durante todo el resto del día Royland rebuscó en los almacenes, donde los especímenes aguardaban a tener espacio para ser exhibidos en algún plan rotativo. Fue a Albiani y dijo, con ojos ligeramente extraviados:

—No están aquí.

Albiani se había sentido lo suficientemente interesado como para buscar las setas en cuestión en los libros de referencia.

—¿Lo ve? —dijo alegremente, señalando una hermosa lámina a color con varias imágenes de la seta: en pleno crecimiento, madura, con esporas y seca. Leyó—: ...llamada supersticiosamente *Alimento de los Dioses* —y le lanzó a Royland una maliciosa mirada por encima de su barba.

—No están aquí —repitió Royland.

El profesor, finalmente irritado, dijo:

—Puede que haya algunas no catalogadas en el sótano. En realidad no tenemos espacio para todo en nuestra limitada exhibición..., sólo para lo *interesante*.

Royland se controló y consiguió extraerle la localización del almacenamiento del sótano, junto con el permiso para inspeccionarlo. Y, cuando quedó solo por un momento, arrancó la lámina a color del libro del profesor y se la guardó.

Aquella noche, Royland y el doctor Kalten subieron a la parte superior de una de las innumerables torres para un último cigarro. La luna estaba alta y llena; su luz convertía el terreno cubierto de cráteres que había sido Chicago en otra luna. El sabio y su discípulo de otros días apoyaron los codos en el almenado muro a sesenta metros por encima del lago Michigan.

—Edward —dijo el doctor Kalten—. Voy a leer mi informe ante la Academia de la Ciencia de la Raza de Chicago mañana. —Las palabras eran un desafío; algo iba mal. Prosiguió—: Espero que esté usted en el auditorio, entre bastidores, y aparezca cuando yo se lo indique para responder a unas cuantas preguntas más y, si el tiempo lo permite, de nuestra audiencia.

—Me gustaría poder posponerlo —dijo Royland.

—Sin duda.

—¿Puede explicarme su poco amistoso tono de voz, doctor? —preguntó Royland—. Creo que me he mostrado completamente cooperativo y he abierto el camino para que usted consiga una fama inmortal en los anales de la Ciencia de la Raza.

—Cooperativo, sí. Sincero..., me lo pregunto. ¿Sabe, Edward?, hoy se me ha ocurrido un pensamiento horrible. Siempre consideré divertido que el ataque judío contra el reverendo Pully para precipitarlo al futuro fracasara de esa manera. —Extrajo algo de su bolsillo: una pequeña pistola. Apuntó casualmente a Royland con ella—. Hoy he empezado a preguntarme *por qué* deberían haber hecho algo así. ¿Por qué no simplemente matarle, como hicieron con tantos otros miles, y librarse de él en sus hornos crematorios secretos, y hacer que no se mencionara su desaparición en los periódicos y revistas controlados por ellos?

»La sangre de siete vírgenes nórdicas debió haber resultado difícil de obtener. Uno imagina con facilidad a los hombres nórdicos patrullando sus preciosos enclaves de humanidad, con los ojos clavados en cada rostro que se cruzara con ellos, observando quién llevaba el estigma de los subhombres, y

siguiendo a aquellos que lo evidenciaban más a fin de impedir que fuera cometida alguna profanación a la raza a través de una mirada o un contacto «accidental» en una calle atestada. Y, sin embargo, se hizo; la presencia de usted aquí es prueba de ello. Debió hacerse a un coste enorme: debieron emplearse eslavos y negros contratados para secuestrar a las vírgenes, y muchos de ellos debieron caer ante la ira nórdica.

» ¿Esto simplemente para acallar a una pequeña voz clamando en el desierto? *Creo... que... no.* Edward Royland, o cualquiera que sea su verdadero nombre, esa arrogancia judía lo envió a usted, judío también, al futuro, con un saludo para la judería de hoy, que creían estúpidamente que habría triunfado. En cualquier caso, el interrogatorio de mañana será conducido por mi amigo el doctor Herzbrenner, al que creo haberle mencionado ya. Si guarda usted aún algún pequeño secreto, no será secreto por mucho más tiempo. ¡No, no! No avance hacia mí. Deberé destrozarle una rodilla de un disparo si lo hace.

Royland siguió avanzando pese a todo, y la pistola ladró; sintió como un agónico martillazo en su pierna izquierda. Agarró a Kalten y lo lanzó, chillando, por encima del parapeto, al agua, sesenta metros más abajo. Y se derrumbó. El dolor era horrible. Su tibia estaba terriblemente astillada, si no rota. No había mucha sangre; quizá la hubiera más tarde. No necesitaba temer que el disparo y el grito hubieran alertado el castillo. Tales sonidos no eran raros en el Ala Médica.

Se dirigió, arrastrando la pierna herida, hacia los aposentos de Kalten; se dejó caer en una silla junto al timbre de llamada y se echó una manta sobre las piernas. Llamó al ordenanza y le dijo con voz muy tranquila:

—Vaya a la sala de instrumental médico y traiga gasas, un entablillado para pierna y todo lo necesario para enyesar, por favor. El doctor Kalten tiene una interesante idea que desea experimentar.

Hubiera debido pedir un inyectable de morfina..., pero no lo hizo. Podía afectar la distorsión temporal.

Cuando el hombre regresó con lo pedido, le dio las gracias y le dijo que podía tomarse la noche libre.

Casi gritó al quitarse el zapato; cortó la pernera de su pantalón. Las gasas habían llegado justo a tiempo; la herida estaba empezando a sangrar más copiosamente. La presión pareció detener la hemorragia. Colocó el entablillado y elaboró un torpe enyesado alrededor de su pierna. Las instrucciones de las cajas de venda enyesada ayudaron.

Su pierna empezaba a entumecerse; bien. El entablillado podía estar presionando algún nervio importante, y una semana de ello podía causarle una parálisis permanente, pero, ¿a quién le importaba eso?

Intentó andar y descubrió que podía hacerlo, aunque con dificultad. Si lograba sujetarse a una barandilla lo suficientemente fuerte podría bajar unas escaleras, pero no subirlas, pensó. Eso estaba bien. Pensaba bajar al sótano.

Maldiciendo a los nazis medievales y aquella habitación en lo alto del castillo a cada paso del camino, descendió hasta el sótano. Allá tuvo suerte. Una docena de hombres de las SS, borrachos, se habían instalado cómodamente en un rincón, lejos de los ojos censores del comandante de su compañía; estaban jugando a un juego que podía ser bautizado como Haz Girar Al Cabo. Vieron cojear a Royland y vertieron lágrimas sentimentales por el pobre viejo doc con una pierna mala; lo llevaron a lo largo de tres serpenteantes kilómetros hasta el almacén que deseaba, e hicieron volar la cerradura de un disparo para él. Luego se marcharon, suplicándole que contara con la vieja Compañía K en cualquier momento, los mejores tipos de Chicago, doc. El viejo Bruno aquí puede arrancarle un brazo a cualquier piojoso letón con sus manos desnudas, de veras, doc. Del mismo modo que uno le retuerce el cuello a un pollo. ¿Quiere que vayamos en busca de un letón y se lo demostremos?

Se libró finalmente de ellos, encendió la luz, y empezó su búsqueda. Su pierna estaba ahora fría como el hielo, y le dolía. Rebuscó entre los artículos botánicos no catalogados y, tras lo que le parecieron horas, encontró una caja enviada desde Jalasca. Royland la abrió golpeando sus esquinas contra el suelo de cemento. Cedió y esparció bolsitas de plástico; a través del material transparente de una vio las arrugadas cosas que andaba buscando. Ni siquiera las comparó con la lámina a color que tenía en el bolsillo. Abrió el envoltorio rompiéndolo y se metió su contenido en la boca, masticó y tragó.

Quizá tuviera que haber un hopi danzando y cantando a su alrededor, quizá no. Tal vez uno tuviera que estar calmado, aunque amargado, y fresco tras un día de duro trabajo con las ecuaciones diferenciales que se aproximaban al modo hopi de pensar. Tal vez uno sólo tuviera que clavar de manera salvaje su mente en lo que deseaba, y eso ya estaba hecho. La última vez había odiado y despreciado la Bomba, había deseado un mundo sin la Bomba. ¡De acuerdo, lo había conseguido!

...su lengua estaba abotagada, y las bolas de fuego empezaban a danzar a su alrededor, trazando círculos...

—Tranquilo. Tranquilo. Estaba tan asustado.

Royland permanecía tendido en el suelo de la choza, la pierna sin entablillar ni enyesar, en absoluto rota, pero doliéndole horribilmente. Tanteó medio dormido sus costillas; no estaba flaco, simplemente delgado. Murmuró:

—¿Estuviste trabajando para traerme de vuelta a este lado?

—Sí. Tú..., ¿estuviste allí?

—Estuve allí. Dios, déjame dormir.

Rodó pesadamente sobre sí mismo y se sumió en una completa inconsciencia.

Cuando despertó todavía estaba oscuro y sus dolores habían desaparecido. Nahataspe canturreaba muy suavemente una canción de curación. Se detuvo cuando vio que Royland tenía los ojos abiertos.

—Ahora sabes lo que es la medicina rompecielos —dijo.

—Mejor que nadie. ¿Qué hora es?

—Medianoche.

—Entonces tengo que irme. —Se dieron la mano y se miraron profundamente a los ojos.

El jeep se puso en marcha a la primera. Cuatro horas antes, o posiblemente dos meses antes, se había preocupado por la batería. Avanzó botando por el camino que conducía al asentamiento, y supo lo que iba a ocurrir a continuación. No aguardaría a la mañana; podía matarle un meteorito, o un escorpión en su cama. Iría directamente a Rotschmidt en su apartamento, desafiaría a Vrouw Rotschmidt y despertaría a su marido para contarle lo de la 56c, para decirle que tenían la Bomba.

Ahora tenemos un símbolo que ofrecer a los japoneses, algo a lo que tendrán que rendirse, y se rendirán.

Rotschmidt se mostraría filosófico. Probablemente suspiraría acerca de la Bomba:

—Oh, ¿acaso actuamos alguna vez responsablemente? ¿Sabemos alguna vez las consecuencias que tendrán nuestras decisiones?

Y Royland debería evitar el responderle muy secamente:

—Sí. Esta vez lo sabemos malditamente bien.

LA CAÍDA DE FRENCHY STEINER

Hilary Bailey

1954 no fue un año de progresos. Una semana antes de Navidad entré en el bar de La Alegre Inglaterra en Leicester Square, con mi guitarra en su estuche y mi sombrero en la mano. Había dos policías sentados en taburetes de madera en el mostrador. Sus cascos se volvieron a la vez cuando entré. El lugar estaba escasamente iluminado con velas, lo que ocultaba el decrepito aspecto, pero no el decrepito olor a guisos caseros y humedad.

—¿Quién es ése? —preguntó uno de los policías cuando pasé por su lado.

—Trabajo aquí —dije. Un viejo y cansado diálogo para una gente vieja y cansada.

Gruñó y dio un sorbo a su bebida. No miré al camarero. No miré a los polis. Simplemente fui a la habitación de detrás de la barra y me quité el abrigo. En el lavabo, abrí los grifos. No ocurrió nada. Saqué mi guitarra de su estuche, la probé, la afiné, y regresé al bar con ella.

—Vuelve a no haber agua —dijo Jon, el camarero. Era un hombrecillo insignificante vestido de negro, con un rostro delgado y muy blanco—. Nada funciona hoy en día...

—Bueno, todavía seguimos teniendo unas eficientes fuerzas de policía —dije. Los polis se volvieron para mirarme de nuevo. No me importó. Tenía la sensación de que podía permitirme un poco de relajación. Uno de ellos mordisqueó la cinta de su casco y frunció el ceño. El otro sonrió.

—¿Así que trabaja aquí, señor? ¿Cuánto le paga el jefe? —Siguió sonriendo, hablando suave y educadamente. Bufé.

—¿Él? —señalé con el pulgar hacia donde vivía el jefe—. Nunca haría algo así, ni siquiera aunque fuese legal. —Entonces empecé a preocuparme. Soy así..., cambio repentinamente de humor—. Por cierto, ¿qué está haciendo usted aquí, agente?

—Efectuando una investigación, señor —dijo el del ceño fruncido.

—Acerca de un cliente —añadió Jon. Se reclinó hacia atrás contra una estantería vacía, con los brazos cruzados.

—Exacto —dijo el sonriente.

—¿Quién?

Los ojos de los polis fueron de un lado para otro.

—Frenchy —dijo Jon.

—Así que Frenchy se ha metido en problemas. No puede ser algo que ella haya hecho. ¿Alguien a quien ella conoce?

Los polis volvieron sus miradas a la barra. El del ceño fruncido dijo:

—Dos más. ¿La conoce?

—Tanto como yo —dijo Jon, sirviendo la ronda de whisky irlandés destilado ilegalmente. El turbio y blanquecino licor llenó los vasos hasta el borde. Jon tenía que estar preocupado para servir una ración tan generosa a cambio de nada.

Subí a la plataforma desde la que canto y aparté el micro, que sabía que estaría tan muerto como lo había estado desde mediada la guerra. Apoyé mi guitarra contra la parte más seca de la pared y encendí una cerilla. Prendí las dos velas en sus candelabros sujetos a la pared. No llenaron exactamente el rincón con un resplandor de luz, sino que humearon y gotearon y hedieron y arrojaron sombras. Me pregunté brevemente quién habría proporcionado el sebo. Tampoco eran muy buenas calentando. Casi hacía tanto frío allí dentro como fuera. Quité el polvo de mi taburete y me senté, cogí la guitarra y probé unos cuantos acordes. Apenas me di cuenta de que estaba tocando «Frenchy's Blues». Era uno de esos números trillados que acuden fácilmente a tus dedos sin que tengas que pensar en ellos.

Frenchy no era francesa, era teutona, y, ¿a quién le gustan los teutones? Pero a mí me gustaba Frenchy, como a todos los clientes que acudían a oírla cantar con mi acompañamiento. Frenchy no trabajaba en La Alegre Inglaterra, simplemente le gustaba cantar. No tenía bastantes amigos o no le duraban lo suficiente, así que prefería cantar, decía.

«Frenchy's Blues» atraía sólo a los miembros menos sensibles de nuestra cordial clientela. No me importaba. Había intentado hacer algo bueno para ella, pero, como con la mayor parte de las cosas que intentaba hacer bien, no había resultado. Cambié de melodía. Estaba acostumbrado a cambiar de melodía. Toqué «Summertime», y luego «Stormy Weather».

Los polis sorbían sus bebidas y aguardaban. Jon estaba reclinado contra la estantería, con su delgado cuerpo vestido de negro casi invisible en las sombras, y sólo se veía su rostro. No nos miramos. Ambos estábamos asustados..., no sólo por Frenchy, sino por nosotros mismos. Los polis tenían la costumbre de citar a declarar a los testigos y luego olvidarse de soltarlos después del juicio..., particularmente si eran hombres ricos que no trabajaban para la industria o las fuerzas de la policía. Aunque al menos yo no debía preocuparme demasiado por esa posibilidad, estaba preocupado.

Durante la tarde había oído el sordo sonido de lejanos bombardeos, el zumbido de aviones. Eso debía ser la Luftwaffe inglesa efectuando ejercicios sobre los suburbios aún habitados.

Los clientes entraban y la mayor parte de ellos se iban tras una copa y una mirada de reojo a los agentes.

Normalmente Frenchy llegaba entre las ocho y las nueve, cuando venía. Esta vez no vino. Cuando cerramos, hacia la medianoche, los polis abandonaron sus taburetes. Uno de ellos desabrochó el bolsillo de su chaqueta y extrajo un bloc de notas y un lápiz. Escribió algo en el bloc, arrancó la hoja y la depositó sobre el mostrador.

—Si aparece, pónganse en contacto con nosotros —dijo—. Feliz Navidad, señor —se dirigió a mí con una inclinación de cabeza. Se fueron.

Miré el pedazo de papel. Era papel barato, reciclado, y una esquina estaba ya empapándose con el whisky derramado sobre el mostrador. En grandes letras mayúsculas, el poli había escrito: «CONTACTE CON EL DET. INSP. BRAUN, N. SCOT. YD., TEL. WHI1212, EXT. 615».

—¿Braun? —Sonreí y alcé la vista hacia Jon—. ¿Brown?

—¿Y qué importa un nombre? —dijo él.

—Como mínimo es del Departamento de Investigación Criminal. ¿Qué piensas de eso, Jon?

—Nunca se sabe en estos días —dijo Jon—. Buenas loches, Lowry.

—Buenas noches. —Fui a la habitación detrás de la jarra, guardé mi guitarra en su estuche y me puse el abrigo. Jon entró para ponerse su ropa de calle.

—¿Para qué la querrán? —pregunté—. No es por nada Dolítico, de todos modos. Parece que la Sección Especial no está interesada. ¿Qué...?

—¿Y quién sabe? —murmuró Jon bruscamente—. Buenas noches...

—Buenas noches —repetí. Me abroché el abrigo, me puse los guantes y tomé el estuche de la guitarra. No esperé a Jon, puesto que evidentemente él no deseaba la compañía y el consuelo de un viejo amigo. Los polis parecían haberle preocupado. Me pregunté qué estaría organizando por su lado. Decidí ser menos amistoso con él en el futuro. Desde hacía algún tiempo mi lema había sido simple..., manten siempre limpia tu nariz.

Abandoné el bar y entré en la oscuridad de la plaza. Estaba vacía. Las barandillas de hierro y los árboles habían desaparecido durante la guerra. Incluso los urinarios públicos estaban oficialmente cerrados, aunque a veces la gente dormía en ellos. Los altos edificios eran masas oscuras contra el cielo nocturno. Giré a la derecha y me dirigí hacia Piccadilly Circus, más allá de los amontonamientos que se alzaban en torno de los cráteres de las bombas, pisando los sueltos adoquines que temblaban bajo mis pies. Piccadilly Circus se hallaba tan desnuda y vacía como cualquier otro lugar. Los escalones estaban aún en el centro, pero la estatua de Eros ya no. Eros había huido de Londres hacia el final de la guerra. Deseé haber tenido el mismo sentido común.

Crucé la plaza y bajé por Piccadilly, con el terreno yermo del St. James Park a un lado, los altos edificios, o los terrenos donde habían estado, por el otro. Caminé por el centro de la calle, como era la costumbre. El ocasional coche era un riesgo menor que los frecuentes asaltantes. Mi casa estaba en Piccadilly, justo antes de llegar a Park Lane.

Oí un helicóptero volar por encima de mí cuando llegué al edificio y abrí la puerta. La cerré a mis espaldas, y me detuve en un amplio y frío vestíbulo, a oscuras y en silencio. Fuera, el sonido del helicóptero se extinguió y fue reemplazado por el rugir de al menos una docena de motos que se dirigían más o menos hacia el Palacio de Buckingham, donde tenía su corte el mariscal de campo Wilmot. Wilmot no era el hombre más popular de Gran Bretaña, pero su eficiencia era muy admirada en algunos sectores. Crucé el vestíbulo hacia la amplia escalera. Era de mármol, pero sin alfombrar. La barandilla se agitó bajo mi mano cuando subí los peldaños.

Un hombre se cruzó conmigo en mi camino hacia arriba. Era viejo, llevaba una bata roja y sujetaba un orinal, tan alejado de él como se lo permitía su temblorosa mano.

—Buenos días, señor Pevensey —dije.

—Buenos días, señor Lowry —respondió, azarado. Tosió, comenzó a decir algo, tosió de nuevo. Cuando empecé a subir el tercer tramo de escaleras, le oí murmurar algo acerca de que el agua había sido cortada de nuevo. El agua estaba cortada la mayor parte del tiempo. Era noticia solamente cuando había. Disponíamos de gas tres veces al día durante media hora..., si teníamos suerte. Se suponía que la electricidad debería funcionar todo el día si la gente la racionara como se sugería, pero nadie lo hacía, así que los apagones eran frecuentes.

Yo tenía una estufa de petróleo, pero no petróleo. El petróleo era caro y podía conseguirse solamente en el mercado negro. Utilizar el mercado negro significaba arriesgarse a ser fusilado, así que me las arreglaba sin petróleo. Tenía un rincón que utilizaba también como cocina. Había un baño al final del pasillo. Una de las habitaciones que usaba tenía un balcón que dominaba la calle, con una hermosa vista del parque lleno de hierbajos. No pagaba alquiler por esas habitaciones. Lo pagaba mi hermano, pues tenía la impresión de que yo no disponía de dinero. La vagancia era un crimen serio, aunque abundante, y mi hermano no quería que me arrestaran porque le causaría problemas tener que sacarme de la cárcel o de uno de los campos de tránsito en Hyde Park.

Abrí mi puerta y probé el interruptor, sin suerte. Encendí una cerilla y prendí cuatro velas clavadas en un candelabro sobre la pesada repisa de la chimenea. Me miré en el espejo, y no me gustó el rostro de ojos apagados que vi allí. Era un imprudente. No podría comprar mi próxima provisión de velas hasta dentro de un mes, pero siempre había vivido peligrosamente. En un cierto y limitado sentido.

Me puse mi raído sobretodo de tweed, Burberry's 1938, me tendí en la sucia cama y coloqué las manos detrás de la cabeza. Medité.

No estaba cansado, pero no me sentía muy bien. ¿Cómo podía, con mis raciones?

Volví a pensar en el problema de Frenchy. Era mejor que pensar en los problemas en general. Debía hallarse implicada en algo, aunque nunca había parecido que tuviera la energía suficiente como para sacarse su sombrero de ala blanda, y mucho menos mezclarse en algo ilegal. Sin embargo, desde que los teutones se habían hecho cargo de las cosas en 1946, no era difícil hacer algo ilegal. Como solíamos decir, si no estaba prohibido, era obligatorio. Incluso los descarriados y vagabundos como yo nos extraviábamos bajo licencia..., en mi caso proporcionada por mi hermano Gottfried, ex—Godfrey, en ese momento ministro

delegado de Seguridad Pública. Cómo lo había conseguido era algo que me desconcertaba, teniendo en cuenta nuestros antecedentes. Porque obviamente las primeras personas de las que se habían desembarazado los teutones cuando llegaron para liberarnos fueron los elementos revolucionarios. Y en Inglaterra, por supuesto, eso no significaba la zarrapastrosa y hambrienta multitud alzándose furiosa tras siglos de opresión. Fue la brigada acomodada, honrada, observadora de la ley y de los servicios religiosos, la que salió de sus calientes casas para agitar las cosas.

De todos modos, pensar en Godfrey siempre me ponía la carne de gallina, así que devolví mi pensamiento a Frenchy. Era una muchacha alta, delgada, de veintitantos años, siempre con un sucio impermeable blanco y un informe sombrero de ala blanda con el aroma de los filmes de gánsteres de Cagney en él. Nunca supe lo que había debajo del impermeable..., jamás se lo quitaba. Una o dos veces se volvió loca y se lo desabrochó. Tuve la impresión de que debajo llevaba un sucio impermeable blanco. Sin calcetines, las piernas manchadas de barro, los zapatos gastados hasta el talón, no exactamente Ginger Rogers en la ciudad con Fred Astaire. Sin embargo, a los clientes les gustaba su manera de cantar, en particular su impasible interpretación de «Deutschland über Alles»: lenta, ronca y significativa, con su blanco rostro mirando por encima de la gente congregada en el bar. Teutona de nacionalidad, pero no por naturaleza, eso era Frenchy.

Bostecé. No había mucho que hacer, excepto dormir y probar ese juego erótico en el que hundía mi tenedor en un plato de pudín de carne y riñones. O quizá, si no podía dormir, intentar un paseo en torno del cráter donde se había alzado St. Paul..., mi forma favorita de convertir mi depresión habitual en un realmente fructífero ataque de melancolía.

Entonces llamaron a la puerta.

Me puse rígido.

A altas horas de la noche normalmente sólo llamaban los polis. Vi en un destello mi rostro cubierto de sangre y hematomas. Luego se repitió la llamada. Me relajé. Los polis nunca llaman dos veces..., sólo una llamada formal, y luego caen sobre ti.

La puerta se abrió y entró Frenchy. Cerró la puerta a sus espaldas.

Al momento siguiente yo estaba fuera de la cama.

Negué con la cabeza.

—Lo siento, Frenchy. Es inútil.

No se movió. Me miró con sus ojos azul oscuro. Las sombras bajo ellos daban la impresión de que alguien había apoyado allí unos dedos entintados.

—Mira, Frenchy —dije—. Te he dicho que no puedes hacer nada. —Hubiera debido marcharse antes. Ése era el código. Si alguien buscado por los polis pedía ayuda, uno tenía derecho a decirle que se fuera. Nadie pensaría mal de uno por ello. Si uno tenía que ganarse la vida trabajando, era de esperar.

Siguió de pie allí. La sujeté por los hombros, le hice dar la vuelta, abrí la puerta de golpe con una mano y la empujé al descansillo.

Se volvió y me miró.

—Sólo vine a pedirte un cigarrillo —dijo con voz triste, como un niño acusado injustamente de haber pintado monigotes en el papel de la pared.

El código decía también que debía de advertirla, así que volví a meterla en mi habitación.

Se sentó en mi revuelta cama a la luz de la goteante vela, con sus hermosas piernas manchadas de lodo colgando por el lado. Le di un cigarrillo y se lo encendí.

—Había dos polis en La Alegre preguntando por ti —dije—. ¡Del DIC!

—Oh —dijo, inexpresiva—. Me pregunto por qué. No he hecho nada.

—Traficar con cupones, intentar comprar cosas con dinero, abandonar Londres sin un pase... —sugerí. Oh, cómo deseaba conseguir que se fuera de allí.

—No. No he hecho nada. De todos modos, ellos han de saber que tengo un pasaporte en regla.

La miré con la boca abierta. Sabía que era teutona, pero, ¿por qué debería tener un pasaporte en regla? Tener uno de ellos era como ser invisible..., la gente ignoraba lo que uno hacía. Uno podía coger lo que quisiera de quien quisiera. Podía, si le apetecía, echar a una vieja dama agonizante de una ambulancia para dar un paseo con ella, coger la comida que quisiera de donde quisiera..., cualquier cosa. Un hombre sensato que viera a un poseedor de un pasaporte en regla acercarse a él daba media vuelta y corría en dirección contraria como si le persiguieran todos los diablos. Podía pegarle a uno un tiro y nunca se le pedirían responsabilidades por ello. Pero cómo Frenchy había conseguido uno era algo que se me escapaba.

—No estás en el gobierno —dije—. ¿Cómo es que tienes un P—en—R?

—Mi padre es Will Steiner.

Contemplé su horrible sombrero, su desgredado pelo rubio, su sucio impermeable y sus raídos zapatos. Mi boca se tensó.

—¿Lo dices en serio?

—Mi padre es el alcalde de Berlín —respondió llanamente—. Somos ocho, y nuestra madre murió, así que nadie se preocupa de nosotros. Pero, por supuesto, todos tenemos pasaportes en regla.

—Bueno, entonces, ¿qué demonios haces pateándote Londres medio muerta de hambre?

—No lo sé.

—Déjame echarle un vistazo —dije, suspicaz.

Abrió su impermeable y rebuscó en lo que fuera que llevaba debajo. Extrajo el pasaporte. Sabía el aspecto que tenían porque mi hermano Godfrey era el orgulloso poseedor de uno. Eran inolvidables. Frenchy tenía uno.

Me senté en el suelo, sintiéndome expansivo. Si Frenchy tenía un P—en—R, yo estaba más seguro con ella de lo que nunca pudiera estar. Un P—en—R reflejaba su cálida luz sobre cualquier persona que estuviera cerca de él. Rebusqué debajo del colchón y extraje un paquete de Woodies que tenía guardado allí. Quedaban dos.

Frenchy sonrió, aceptó el cigarrillo.

—Tendría que mostrarlo más a menudo —dijo.

Fumamos en silencio. La ración era de diez al mes. Como ya he dicho, el castigo por comprar en el mercado negro, suponiendo que tuvieras el dinero para ello, era el fusilamiento. Para el vendedor era algo peor. Nadie sabía qué, pero colgaban sus cadáveres de tanto en tanto, de modo que podías hacerte alguna idea del resultado final.

—Acerca de este asunto de la policía —dije.

—No te importará que me quede aquí esta noche, ¿verdad? —dijo—. Estoy molida.

—No me importa —respondí—. ¿Quieres meterte en la cama? Podemos hablar en ella.

Se quitó el impermeable, se sacudió los zapatos de los pies y se metió en la cama.

Yo me quité los pantalones, los zapatos y los calcetines, me bajé la camiseta y soplé las velas. Me metí también en la cama. No había nada más que hacer que eso. En estos días, o uno lo hacía o no lo hacía. La mayor parte de las veces no lo hacía. Con las largas horas, las cortas raciones, y la lucha generalizada por mantenerse medio limpio y ligeramente bajo par, poca gente tenía voluntad para el sexo. Además, el sexo significaba hijos, y los hijos morían en su mayor parte, y eso le quitaba toda la alegría al asunto. Y yo también tenía la idea de que nosotros, los ingleses, no procreamos en cautividad. Los galeses e irlandeses sí, pero ellos llevan haciéndolo desde hace centenares de años. Los de los Highlands tampoco producían descendencia. El incremento de la población era algo acerca de lo que se preocupaba gente como Godfrey en los extraños momentos en los que no estaban eliminándola, pero el declive del índice de natalidad es algo sobre lo que uno no puede legislar. Con el trabajo de esclavo en las fábricas, los polis tras cada esquina, los alegres chicos de la Wehrmacht británica en todas las calles, y el recibir la paga en comida y cupones para ropa, de modo que no se podía hacer nada drástico con dinero, como comprarse una navaja y rebanarse el pescuezo, no se podía culpar a la gente de que perdiera interés en propagarse. Había habido un movimiento de resistencia hasta hacía tres o cuatro años, pero habían cometido un error y empleado los métodos clásicos: volar puentes, las pocas líneas férreas que aún funcionaban, y las fábricas que habían reemprendido su producción. No sólo habían sido las represalias —a la escala actual, era veinte hombres por cada alemán muerto, o diez escolares o cinco mujeres—, sino que, cuando la gente descubrió que estaban volando fábricas esenciales y deteniendo los trenes que llevaban alimentos, una población leal, como dijeron los teutones, aplastó de raíz los elementos antisociales judeo—bolcheviques.

El índice de natalidad se habría elevado si después de eso hubieran aumentado las raciones, pero eso habría podido causar una explosión entre la población en más de un sentido.

De todos modos, se estaba más caliente en la cama con Frenchy a mi lado.

—¿Te importaría —dije— quitarte el sombrero?

No podía verla, pero podía decir que estaba sonriendo. Alzó las manos, se quitó el viejo sombrero y lo arrojó al suelo.

—¿Qué hay acerca de esos polis, pues? —pregunté.

—Oh..., de veras, no lo sé. Francamente, no he hecho nada. Ni siquiera conozco a alguien que haya hecho algo.

—¿Podría ser que fueran detrás de tu pasaporte en regla?

—No. Nunca los retiran. Si lo hicieran, los pasaportes no significarían nada. La gente no sabría si se dirigían a un hombre con un pasaporte en regla o retirado. Si haces algo como espiar para la Unión Soviética, por ejemplo, simplemente te *eliminan*. Eso anula en el acto tu P—en—R.

—¿Quizá sea por eso por lo que van tras de ti...?

—No. En estos casos no mezclan a la policía. Utilizan directamente una bala: es más rápido.

No podía evitar el sentir admiración hacia el hecho de que Frenchy, que acababa de compartir mis últimas posesiones, supiera todo aquello acerca del funcionamiento interno del régimen. Comprobé de inmediato aquellos pensamientos. Una vez uno ha empezado a sentirse interesado en ellos, o a odiarlos, o a sentirse emocionalmente implicado con ellos en cualquier forma que sea..., lo tienen atrapado. Era algo que había jurado no olvidar jamás; sólo la indiferencia era segura, la indiferencia era la única arma que a uno lo mantenía libre, por todo lo que valía la libertad. Decían que uno se endurecía ante todo. Bien, yo había tenido diez años de aquello..., una horrible, obscena crueldad llevada a cabo por hombres estúpidos que, desde la cumbre hasta el fondo, pensaban que eran los dueños de la Tierra..., y no me había endurecido. Era por eso por lo que cultivaba la indiferencia. Y el Líder —nuestro *Führer*— tampoco era un genio loco. Era simplemente loco y estúpido. Eso era peor aún. Por aquel entonces no podía comprender cómo había conseguido hacer lo que había hecho. Por aquel entonces.

—No sé de qué puede tratarse —estaba diciendo Frenchy—. Pero lo sabré mañana, cuando despierte.

—¿Por qué?

—Yo soy así —dijo bruscamente.

—¿De veras? —Me sentí interesado—. Como... ¿qué?

Hundió su cabeza en mi hombro.

—No hables de ello, Lowry —dijo, y sonó como una súplica tanto como Frenchy era capaz de pronunciar.

—De acuerdo —dije. Uno aprendía pronto a desviarse de los temas inconvenientes. Así era como actuaba la gente entonces.

De modo que dormimos. Cuando desperté, Frenchy estaba tendida, despierta, contemplando el techo con una expresión ausente en su rostro. No me hubiera importado si se hubiera convertido en una gata melosa de la noche a la mañana. Me sentía caliente y ansioso tras escuchar sus gemidos y murmullos toda la noche, y podía notar que la migraña avanzaba hacia mí a pasos de gigante.

En el momento en que acepté la idea de la migraña, mi garganta se crispó. Me puse de pie y recorrí tambaleante el pasillo. Dentro del baño supe que no debería haber ido allí. Iba a vomitar en el lavabo. El agua estaba cortada. Era demasiado tarde. Vomité, vomité y vomité. Al menos, esa vez el agua llegó en el momento preciso y pude limpiar el lavabo.

Me arrastré fuera de nuevo. No podía ver, y el dolor era terrible.

—Vuelve a la cama —dijo Frenchy.

—No puedo —respondí. Era incapaz de hacer nada.

—Ven.

Me senté en el borde de la cama y me dejé caer hacia atrás. Vete, Frenchy, me dije a mí mismo, márchate.

Pero sus manos estaban en el punto preciso, justo encima de mi sien izquierda, allá de donde procedía el dolor. Canturreó y frotó, y con el sonido de su canturreo me quedé dormido.

Desperté un cuarto de hora más tarde, y el dolor había desaparecido. Frenchy, con el impermeable, los zapatos y el sombrero puestos, estaba sentada en mi viejo sillón, con su sucia tapicería y sus chirriantes muelles.

—Gracias, Frenchy —murmuré—. Eres una auténtica curadora.

—Sí —dijo con desánimo.

—¿Lo haces a menudo?

—No ahora —respondió—. Acostumbraba a hacerlo, antes. Simplemente pensaba que me gustaba ayudar.

—Bueno, gracias —dije—. Quédate aquí.

—No. Me marcho.

—De acuerdo. Entonces te veré esta noche, quizá.

—No. Voy a irme de Londres. ¿Vienes conmigo?

—¿Adónde? ¿Para qué?

—No lo sé. Sé que los polis me buscan, pero no sé por qué. Sólo sé que, si me mantengo lejos de ellos durante un mes o dos, dejarán de buscarme.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Dije que sabría de qué se trataba cuando despertara. Bueno, pues no lo sé..., realmente no. Pero sí sé que los polis me buscan para que haga algo, o para que les diga algo. Y sé que se trata de algo más que sólo la policía. Y sé que, si desaparezco durante algún tiempo, ya no les será útil. Así que me marchó.

—Supongo que no tendrás problemas con tu P—en—R. Ningún problema. Pero, ¿por qué no cooperas con ellos?

—No quiero hacerlo —respondió.

—¿Y por qué marcharte? Con tu P—en—R, no pueden tocarte.

—Pueden. Estoy segura de que pueden.

La miré largamente. Siempre había sabido que Frenchy era extraña, según los viejos estándares. Pero, tal como estaban las cosas en esos momentos, era más cuerda ser extraña. De todos modos, todo aquel críptico busca—y—ocúltate, toda aquella presciencia, me asombraba.

Me miró con fijeza.

—No estoy loca. Sé lo que hago. Tengo que mantenerme lejos de los polis durante uno o dos meses porque no deseo cooperar. Luego, las cosas volverán a estar bien.

—¿Qué quieres decir con que volverán a estar bien?

—No lo sé. O volverán a su sitio, o será demasiado tarde para que yo haga lo que ellos desean. ¿Vienes conmigo?

—Me gustaría —dije. Pensándolo bien, ¿qué tenía que perder? Y Frenchy tenía un P—en—R. Seríamos millonarios. ¿O no?—. ¿Cuántos P—en—R hay en Gran Bretaña? —pregunté.

—Unos doscientos.

—Entonces no puedes usarlo. Si te marchas utilizando un P—en—R no..., no podrás pasar desapercibida. Te seguirán como un foco en medio de un páramo. Y nadie nos protegerá. ¿Por qué debería ayudar nadie al poseedor de un P—en—R con los polis tras sus talones?

Frenchy frunció el ceño.

—Entonces será mejor que me quede aquí por un tiempo. Luego podremos abandonar Londres y despistarlos.

Asentí, me puse de pie y me vestí.

—Saldré y gastaré unos cuantos cupones de ropa para comprarte algo decente. Así no llamarás tanto la atención. Simplemente pensarán que eres alguna funcionaria de alto rango. Luego te diré a quién debes acudir. Lo último que comprobarán los polis será a los proveedores marrulleros. No esperarán que la propietaria de un P—en—R utilice el Foodmart de Sid cuando puede acudir a Fortnums. Luego te daré una lista de lo que debes conseguir.

—Gracias, jefe —dijo—. De modo que nací ayer.

—Si voy a ir contigo, no quiero equivocaciones. Si nos atrapan, tú arriesgas un pequeño y desagradable interrogatorio. Yo me encontraré en un campo antes de que tú puedas decir Abie Goldberg.

—No —dijo ella, asombrada—. No lo creo así.

Gruñí.

—Frenchy, amor. No sé si estás loca o eres la prima segunda de Casandra. Pero, si no puedes ser específica, al menos procura ser sensata. ¿De acuerdo?

—Hummm —dijo.

Salí apresuradamente para gastar mis cupones de ropa en Arthur's.

Era un día agradable, aunque lloviznaba un poco. Crucé el parque. Ahora era como un bosque. La hierba estaba alta y crecía por los senderos. Habían brotado arbustos y árboles jóvenes. Alguien había construido un pequeño cercado con alambre de espino en la hierba justo debajo del Atheneum. Un par de descuidadas cabras blancas pastaban en su interior. Debían pertenecer a los polis. Con raciones de dos hogazas de pan a la semana, la gente sería capaz de comérselas crudas si podía agarrarlas. Miren lo que le ocurrió al vicario de Todos los Santos, en la calle Margaret. No hubiera debido ajustarse ;tanto a la tradición..., todas aquellas charlas acerca del cuerpo y la sangre de Cristo hicieron que la congregación empezara a pensar de formas poco ortodoxas.

Caminé en la llovizna. Nadie a mi alrededor. El día era fresco y agradable. Ideal para salir de Londres.

—¿Tienes cupones de comida? —preguntó una voz en mi oído.

Me volví bruscamente. Era una mujer joven, tan delgada que sus omoplatos y sus pómulos parecían puntiagudos. Llevaba un bebé en brazos. Su rostro era azulado. Sus ojos ensombrecidos de violeta estaban cerrados. Iba vestida con un deshilachado mono azul.

Me encogí de hombros.

—Lo siento, amor. Tengo un chelín..., ¿te sirve?

—Me preguntarían dónde lo obtuve. ¿Para qué lo quiero? —susurró, sin apartar ni un momento los ojos del niño.

—¿Qué le ocurre al chico?

—Han cortado la leche en polvo. A menos que puedas alimentarlo tú misma, todos se mueren de hambre..., yo también me estoy muriendo de hambre.

Saqué mi agenda.

—Aquí está la dirección de una mujer llamada Jessis Wright. Su bebé acaba de morir de difteria. Quizá pueda ocuparse de tu chico por ti.

—¿Difteria? —murmuró.

—Mira, amor, tu chico ya está medio muerto. Creo que vale la pena intentarlo.

—Gracias —dijo. Las lágrimas empezaron a resbalar por su rostro. Tomó el trozo de papel que le tendía y se alejó.

—Adiós y suerte —murmuré, y reanudé mi camino.

Crucé el Mall y obtuve las habituales miradas suspicaces del entremezclado surtido de la soldadesca que lo llenaba a medias. Los uniformes eran todos iguales. No se podía distinguir al noble soldado inglés del perverso huno. Miré a mi derecha y vi el palacio de Buckingham. En el mástil colgaba una enorme bandera, la Union Jack con una grande y sangrante svástica sobreimpuesta. Nunca había conseguido librarme de mi odio hacia ese símbolo, concebido como parte de su pervertido y loco misticismo. El mariscal de campo Wilmot había sido oficial en la brigada de St. George..., los fascistas británicos que habían luchado con Hitler casi desde el principio. Un personaje astuto aquel Wilmot. Ostentaba un pequeño bigote idéntico al del Líder..., pero, como era prematuramente calvo, no había sido capaz de cultivar el flequillo que hacía juego con él. Era gordo y estaba hinchado por la bebida y probablemente las drogas. Dependía enteramente del Líder. Si él no hubiera estado allí, la historia tal vez hubiera sido distinta.

Crucé la Buckingham Gate y giré a la derecha, hacia la calle Victoria. Los Almacenes del Ejército y de la Marina se habían convertido exactamente en lo que decían sus nombres..., sólo la élite militar podía comprar allí.

Arthur tenía su negocio en el antiguo quiosco de cambio de moneda extranjera de la Estación Victoria. Puse los cupones sobre el mostrador. La luz del sol penetraba a través de la rota cubierta de la estación. Hacía poco se había producido alguna trifulca callejera por los alrededores, pero no había durado mucho.

—Quiero un abrigo de señora, un sombrero y zapatos. ¿Hay suficientes cupones?

Arthur era pequeño y astuto. Sólo tenía un brazo. Pasó los cupones por debajo de su escáner.

—No son falsos —dije, impaciente—. ¿Bastan?

—Apenas, amigo..., apenas —respondió. Era un cockney de la City de rostro delgado. Su especie había sobrevivido epidemias, explotaciones y la depresión. También sobreviviría aquello. Yo sabía que había sido uno de los fascistas de Mosley antes de la guerra..., de hecho había pateado en la cabeza a un judío de cráneo débil en Dalston en 1938, con lo que le salvó de las cámaras de gas en 1948. Es curioso cómo ocurren las cosas.

Pero, de alguna manera, desde que los viriles muchachos de la Vehrmacht habían entrado marcialmente en el país, su antigua hermandad de sangre con los arios pareja haberse enfriado, así que nunca se lo había tenido en cuenta. De todos modos, con su metro cincuenta y cinco y su aspecto de comadreja, no tenía la menor posibilidad de entrar en los selectivos campos de procreación.

—¿Qué talla quiere?

—Oh, Dios. No lo sé.

—Sería mejor que viniera la propia dama. —Pareció suspicaz.

—Los polis destrozaron sus ropas —dije. Aquello lo satisfizo. Un poli cruzó la estación a una cierta distancia. Los ojos de Arthur aletearon hacia él, luego volvieron a fijarse en mí.

—Es curioso que les dejen llevar los mismos cascos de antes y todo lo demás —murmuró—. Parece extraño, ¿verdad?

—Querrán que pensemos que son los mismos tipos que acostumbraban decirnos la hora y encontrar el viejo Rover cuando se nos perdía.

—¿Y no lo son? —dijo Arthur sardónicamente—. Debería haber vivido usted donde vivía yo, amigo. De todos modos, eso no nos lleva a ninguna parte. ¿Qué aspecto tiene la dama?

—Un metro setenta y cinco o así. Pies grandes.

—Oh..., no es extraño que los polis se fijaran en ella. —Rió significativamente—. Debe sentirse usted cálidamente seguro con ella. ¿Delgada o gorda?

—Oh, vamos, Arthur. ¿Quién está gordo?

—Las chicas que conocen a los polis.

—Ésta no los conocía hasta anoche.

—Supongo que no se metería en algún lío, ¿verdad? —Sus ojos empezaron a brillar suspicaces de nuevo. Las licencias comerciales eran difíciles de conseguir en esos días. Pensé en contarle lo del pasaporte en regla de Frenchy, pero deseché la idea. Sonaría como una enorme, sucia y fantástica mentira.

—No, todo está bien. Sólo quiere algo de ropa, eso es todo.

—Si le rompieron la ropa, ¿por qué no quiere un traje? Eso es más importante para una dama que un sombrero..., una dama que sea una dama, quiero decir.

—Devuélvame los cupones, Arthur. —Tendí la mano—. Usted no es el único que vende ropa por aquí. Vine a comprar unas prendas, no a contarle el amor de mi vida.

—Está bien, está bien, Lowry. Un abrigo, un sombrero, un par de zapatos talla siete..., y que Dios le ayude si calza un cinco. —Arthur sacó las cosas con una repentina y maravillosa rapidez—. Todo junto será los cupones, y un billete.

Esperaba aquello. Le tendí la libra. Mientras metía las cosas en una bolsa de papel, dije:

—Tengo apuntado el número de ese billete, amigo. Si los polis me preguntan acerca de este trato, podré decirles que recibe usted dinero de sus clientes. Puede que no le acogoten, por supuesto..., pero pueden hacérselas pasar maduras.

Me llamó hijo de puta y añadió algunos detalles más específicos, luego terminó:

—No le guardo rencor, Lowry. Pero desde un principio me di cuenta de que éste era un asunto no muy limpio.

—Usted ocúpese de sus cosas, amigo, y yo me ocuparé de las mías. Hasta otra.

—Hasta otra —respondió. Me encaminé de regreso hacia el parque.

Frenchy estaba dormida cuando llegué. Parecía frágil, casi tuberculosa. La desperté y le tendí sus ropas. Se las puso.

—Frenchy, amor —dije tristemente—. Tengo que decírtelo. Deberías darte un baño. Y peinarte. ¿Y no tienes un lápiz de labios?

Puso cara mohína, pero conseguí un poco de agua. Por algún accidente, Pevensey había olvidado la que quedaba en las cañerías. Se lavó, se peinó con mi peine, y arreglamos lo de sus labios con un Swan Vesta.

Retrocedí unos pasos. Un abrigo negro, un poco corto, con cuello de piel, un sombrero blanco, y zapatos negros de tacón alto.

—Sinceramente, Frenchy, te pareces a Marlene Dietrich —dije, en parte para darle moral y que empleara el P—en—R, en parte porque era casi cierto. Lástima que pareciera tan desnutrida, pero tal vez pensarán que era algo natural—. Ya que estamos en ello, ve a buscar también algo de maquillaje.

—Oh —dijo, alarmada—. No sé cómo hacerlo.

—¿Quieres decir que nunca has usado el pasaporte? —exclamé.

—Tú tampoco lo hubieras hecho, de ser yo —respondió. Para ella, aquélla era evidentemente la pregunta que nunca se hacía, como: «¿Dónde estabas tú en el 45?» o: «¿Qué le pasó a tu primo Fred?». Su rostro se ensombreció.

Dejé a un lado el asunto.

—Estás loca. No importa. Simplemente entra. Muéstrate confiada. Diles lo que quieres. Te comprenderán de inmediato. Probablemente ni siquiera tengas que mostrárselo. Coge las cosas y márchate. No olvides que estarán asustados de ti.

—De acuerdo.

—Aquí está la lista de lo que necesitamos y dónde conseguirlo.

—Sí. —Examinó la lista—. ¿Coñac?

Sonreí.

—Después de todo, es Navidad. Supongo que tú nunca bebes.

—No. Me siento mal.

—Oh. Utiliza un ligero acento alemán. Eso les convencerá.

Se marchó, y yo me eché en la cama. Después de todo, me sentía cansado.

Y entonces llamaron de nuevo a la puerta. Creyendo que era Pevensey que deseaba que le proporcionara algo más de curalotodo, grité:

—¡Entre!

Se detuvo en el umbral, una visión magnífica en su abrigo negro a rayas gruesas y sus pantalones a rayas finas. Miró melindrosamente a su alrededor, a mi linóleo cuarteado, mi desgarrado papel de la pared, a la cortina de red que colgaba a un lado de la pequeña y grasienta ventana. Bueno, tenía derecho. Después de todo, él pagaba el alquiler.

No me levanté.

—Hola, mein Gottfried —dije.

—Hola, viejo —respondió. Entró. Se sentó en mi sillón como un nombre que estuviera practicando una apendicectomía de emergencia con una navaja oxidada. Encendió un Sobranie.

Después, como si se le hubiera ocurrido de pronto, me lanzó el paquete. Cogí uno, lo encendí, guardé el paquete debajo del colchón.

—Pensé en hacerte una visita —dijo.

—Muy amable por tu parte. Debe de hacer ya dos años. De todos modos, Navidad es la época de la familia, ¿no?

—Bueno, sí... ¿Cómo te encuentras?

—Tirando, gracias, Godfrey. ¿Y tú?

—No demasiado mal.

La escena me revolvía la bilis. Cuando éramos jóvenes, antes de la guerra, habíamos sido amigos. Pero, aunque no lo hubiéramos sido, de todos modos los hermanos siguen siendo hermanos. El problema era que no lo odiaba de la manera en que se odian los hermanos. Lo odiaba fría y enfermizamente.

En aquel momento hubiera deseado caer sobre él y pisotearle, pero sólo de la fría y satisfactoria manera en que pisoteas un papel matamoscas atiborrado de moscas pegadas.

Además, seguía sin poder ver por qué había ido a visitarme.

—¿Cómo van... tus actuaciones? —preguntó.

—No demasiado mal, ya sabes. Estos días estoy en La Alegre Inglaterra.

—Eso he oído.

Hey, pensé, veo atisbos de luz. Él vio que yo los veía..., después de todo, era mi hermano.

—Me pregunto si te gustaría comer algo —dijo.

Normalmente me hubiera negado, pero sabía que de otro modo podía quedarse y atrapar a Frenchy cuando volviera. Así que fingí dudar.

—De acuerdo, tengo el hambre suficiente como para engullir cualquier cosa.

Bajamos los cuarteados escalones y subimos por Park Lane. La llovizna había cesado y había salido un frío sol, que hacía que la calle pareciera aun más deprimente.

Casas con puertas y ventanas tapiadas con tableros claveteados, tiendas saqueadas, fachadas cuarteadas, la hierba creciendo en todas las grietas de la calle, farolas dobladas, el propio parque convertido en un enmarañado bosque de hierbajos. Era sórdido.

—¿Pensando como siempre en limpiar un poco las cosas, Godfrey? —pregunté.

—No en mi departamento —respondió.

—Alguien tendría que hacerlo.

—No hay mano de obra, ya sabes —dijo. Apuesto a que sí, pensé. Naturalmente, les interesaba dejarlo así. Una mirada era suficiente para quebrar la moral de cualquiera. Si uno se preguntaba lo roto y derrotado que estaba y miraba Park Lane, o Picadilly, o Trafalgar Square, pronto lo sabía: completamente.

Godfrey me llevó a un lugar donde daban sopa y bocadillos en una esquina. Una mirada, y el hombre de detrás del mostrador supo de inmediato que era un portador de un P—en—R. Así que la comida no fue mala, aunque Godfrey la picoteó como un hombre acostumbrado a cosas mejores.

Las conversaciones se detuvieron. Los clientes hundieron los hombros sobre sus platos de bocadillos y masticaron estólidamente. Godfrey no pareció darse cuenta de ello. Probablemente nunca se daba cuenta. Yo tenía que enfrentarme a los hechos: aunque era un miembro de mi propia familia, Godfrey siempre había sido psicológicamente un teutón. Siempre pulido, siempre metódico, saltando los obstáculos —exámenes, pruebas, trabajos— como un caballo bien entrenado. No era que no le importaran los demás —no puedo decir que a mí me importaran—, era simplemente que nunca había sabido que hubiera alguna cosa que debiera importarle.

—¿Cómo va el departamento? —pregunté, iniciando de nuevo el ridículo juego de preguntas y respuestas..., como si a alguno de los dos nos importara algo que tuviera que ver con el otro.

—Oh, va bien.

—¿Y Andrea?

—Está bien.

Tenía que estarlo, pensé. La vaca gorda. Se había casado con Godfrey por la seguridad de su trabajo como funcionario, y había hecho un negocio mucho más grande del que esperaba.

—¿Qué hay de ti..., piensas casarte?

Le miré. ¿Quién se casaba en esos días, a menos que tuviera un trabajo seguro en una de las fábricas o en una agencia de transportes o, por supuesto, en la policía?

—No exactamente. No he conseguido los medios necesarios para mantener a mi esposa de la manera habitual.

—Oh —dijo Godfrey. Cuidado, pensé. Conocía aquella expresión. «Oh, dicen que Sebastian ha estado conduciendo la bicicleta de Celeste, madre.» «Oh, padre, pensé que le habías dado a Seb *permiso* para salir a escalar.»—. Lo mencioné porque me dijeron que estabas comprometido con una cantante de La Alegre Inglaterra.

—¿Quiénes te lo dijeron?

—Bueno, de hecho, mi secretaria particular. Es clienta del local.

Sí, pensé, como un hombre en los puros huesos y vestido de harapos es cliente del Ritz. Se lo había dicho algún espía.

—Bueno —dije—, no puedo pensar en cómo pudo hacerse esa idea. No creo que haya ninguna cantante regular en La Alegre...

—Se suponía que esa chica era como tú..., una especie de artista casual. Una chica alemana, creo que dijo.

Demasiado específico, colega. Este sistema puede funcionar con un desconocido..., no con tu hermano pequeño.

—Sí, creo conocerla. De hecho, he tocado con ella una o dos veces. Sin embargo, no sé mucho acerca de ella, Y, por supuesto, no estoy comprometido con ella.

Godfrey dio un mordisco a su bocadillo. Acababa de cerrarle aquella línea de investigación. Ahora estaba preguntándose cómo abrir otra.

—Es un alivio. Esa chica parece ser una trampa.

—Quizá.

—Queremos repatriarla..., ¿sabes dónde está?

—¿Por qué debería? —dije—. Aparte eso, ¿por qué debería ayudarte? Si ella no desea ser repatriada, es asunto suyo.

—Sé realista, Sebby..., ella lo deseará, o lo desearía si lo supiera. Su tía murió y le dejó un montón de dinero. El otro lado nos ha pedido que se lo hagamos saber a fin de que pueda volver a casa y arreglar sus asuntos.

Seguí tomando mí sopa, pero sin dejar de hacerme preguntas. Quizá la historia fuera cierta. Sin embargo, no necesitaba poner a Godfrey en contacto con ella..., podía decírselo yo mismo.

—Bueno, se lo diré si la veo. Aunque dudo que la vea. Tal vez deba dejarle un mensaje en La Alegre.

—Sí.

Alzó pensativo la vista, mirando a su alrededor de aquella manera vacía con que mira la gente cuando le aburre su compañero de mesa.

Seguí su mirada. Mis ojos se clavaron en Frenchy. Cargada de paquetes, estaba comprando comida y haciendo que le llenaran un termo con café en el mostrador. Me puse rígido. Frenchy había ganado confianza..., estaba comprando como lo hace una poseedora de un P—en—R. Y, de todos modos, cualquiera con aquella cantidad de paquetes atraía la atención. Ella la estaba atrayendo. Godfrey era el

único hombre en la sala que no la estaba mirando y fingiendo que no lo hacía. Él estaba simplemente mirándola. No pude decidir si la estaba mirando como un gato o simplemente mirándola.

—¿Has sabido lo de Freddy Gore? —dije, para desviar su atención.

—No —respondió Godfrey, sin apartar los ojos de ella.

—Se suicidó —expliqué,

—Bueno, que me condene —dijo Godfrey, mirándome ahora con atención—. ¿Por qué?

—Fue su esposa. Llegó una tarde a casa... —Seguí hablando rápidamente. Frenchy continuaba comprando. La mitad de los clientes estaban aún fingiendo ignorarla..., aparte todo lo demás, lucía mucho con sus nuevas ropas. Recogió sus cosas y se marchó sin mostrar su P—en—R al hombre detrás del mostrador. Se fue sin que Godfrey se diera cuenta de ello. Seguí con mi relato de lujuria, adulterio, violación y asesinato en la familia Gore hasta un rápido final. Un horrible pensamiento acababa de asaltarme. Godfrey era uno de los peces gordos. Sabía acerca de Frenchy, y sabía que yo la conocía. Había un montón de policías en el asunto, y podía haber arreglado las cosas de modo que algunos de ellos estuvieran vigilando mi casa. De alguna manera, tenía que librarme de él y atrapar a Frenchy antes de que volviera.

—Una historia impresionante —dijo Godfrey, mirando su reloj—. Tengo que volver. ¿Te llevo?

—No voy en esa dirección —dije—. Gracias de todos modos.

Así que detuvo a un coche que pasaba y le dijo al hosco conductor que lo llevara al palacio de Buckingham..., los teutones lo habían restaurado a un coste enorme para sede del Ministerio de Seguridad, además de como residencia de nuestro paternal gobernador.

Caminé lentamente calle abajo, doblé la esquina, y eché a correr como si me persiguieran todos los diablos. Atrapé a Frenchy, cargada con sus paquetes, justo a tiempo.

—Será mejor que no vuelvas —jadeé—. Puede que estén vigilando la casa.

Había un coche aparcado ante una casa justo al final de la calle. La llevé hasta allí y probé la manija de la portezuela. No estaba cerrada. La metí dentro, con bolsas de papel, termo y todo lo demás, y me instalé en el asiento del conductor.

Un hombre robusto salió corriendo de la casa. Llevaba un revólver en la mano. Puse en marcha el motor. Frenchy había sacado el pasaporte. Lo agarré y se lo agité al hombre del arma.

—¡Pasaporte en regla! —grité.

Se quedó de pie, contemplando la parte de atrás del coche. Ni siquiera se atrevió a gruñir.

—¿Qué te hace pensar que están vigilando la casa? —preguntó Frenchy.

Le hablé de Godfrey.

Frunció el ceño.

—Entonces tenía razón cuando decía que teníamos que irnos.

—¿Estás segura de que no se trata de ese legado que dicen que has heredado?

—Sólo tengo una tía y está arruinada. Además, ¿por qué debería estar implicado tu hermano en un asunto tan insignificante?

—Porque tu padre es tan importante. O quizá papá simplemente desea que vuelvas a casa e inventó el asunto de la tía para disimular el hecho de que tú eres su hija descarriada que está vagabundeando por un territorio ocupado, arrastrando el nombre de la familia por el fango a sus espaldas.

—Es posible. Pero no es suficiente. Sigo sin estar segura..., tienes que creerme. En el pasado he sido..., bueno..., importante. Tiene algo que ver con eso, lo sé.

—¿Importante en qué sentido?

Se echó a llorar, enormes y temblorosos sollozos que doblaron su cuerpo.

—No me lo preguntes..., oh, no me lo preguntes.

Endurecí el corazón.

—Vamos, Frenchy. ¿Por qué debería quebrantar la ley por ti?

—No deseo recordar..., no puedo recordar —jadeó.

—Tonterías. Puedes recordar si lo deseas.

—No puedo. No lo deseo.

Le pasé en silencio mi pañuelo. ¿Hasta qué punto podía haber sido importante... a los veinte años? Debí ir a la escuela hasta hacía un par de años tan sólo.

—¿Dónde fuiste a la escuela? —le pregunté, más por decir algo que por otra cosa.

—Estuve en el Gimnasio para Chicas de Berlín. Hasta que cumplí los trece. Entonces... ellos me sacaron.

En aquel momento las lágrimas ahogaron sus palabras, y cuando la miré se había desvanecido. La eché hacia atrás de modo que estuviera sentada más cómodamente y seguí conduciendo.

Al anochecer alcanzamos Histon, justo fuera de Cambridge, y pasamos la noche en el vehículo, aparcado junto a un seto, en un campo.

Cuando desperté a la mañana siguiente, tenía el cañón de un rifle apretado contra mi oreja.

—Oh, mierda —dije—. ¿Qué ocurre?

Una mano abrió la portezuela del coche y me arrastró fuera. Me quedé tendido en el suelo, con el cañón apuntando a mi barriga. Detrás del cañón había un rostro enrojecido rematado por un sombrero de paño. No era un poli.

Miré de reojo hacia el coche. Dentro, Frenchy se estaba sentando. Fuera, otro hombre apuntaba un rifle a su sien, a través de la ventanilla abierta.

—¿Qué significa todo esto? —exclamé.

—¿Quiénes son ustedes? —quiso saber el hombre.

—Sebastian Lowry y Frenchy Steiner —dije.

—¿Qué están haciendo aquí?

—Sólo estábamos viajando...

El cañón del arma descendió un poco. El hombre miraba a su amigo.

Entonces lo vi..., Frenchy había sacado su pasaporte.

El hombre se llevó la mano al sombrero y se retiró rápidamente, murmurando disculpas. Así que regresé al coche, y nos arrebujamos y nos volvimos a dormir.

Cuando despertarnos, tomamos café del termo y un bocadillo. Luego caminamos un poco por el campo. Un par de pájaros piaron por entre los setos y nuestros pies se hundieron en los surcos recién arados. Todo estaba solitario y silencioso. Caminamos y caminamos, respirando profundamente.

Nos sentamos y contemplamos el enorme y llano campo, compartiendo una barrita de chocolate.

Frenchy me sonrió..., una auténtica sonrisa, no su habitual mueca tensa. Se la devolví. Seguimos sentados. Ningún ruido, ninguna persona, ningún sucio y cuarteado edificio, ningún poli. Un pálido sol estaba alto en el cielo. Los pájaros piaban. Tomé la mano de Frenchy. Parecía extraño, sujetar de nuevo la mano de alguien. Era cálida y seca. Sus dedos aferraron los míos. Contemplé el pálido y puntiagudo perfil a mi lado y la larga masa de pelo rubio. Luego miré de nuevo al campo. Empezamos una segunda barrita de chocolate. Frenchy bostezó. El silencio siguió y siguió. Y siguió y siguió.

Estaba contemplando medio adormecido las hectáreas de amarronada tierra cuando la mano de Frenchy se cerró dolorosamente contra la mía.

Lentamente, desde detrás de cada arbusto, como los personajes de algún monstruoso filme mudo, los polis se estaban levantando. Por todos lados, brotando de los arbustos, aparecían un par de hombros azules rematados por un casco. Se levantaron lentamente hasta quedar de pie. Luego avanzaron en silencio. Convergiendo sobre nosotros.

Frenchy y yo nos levantamos. El círculo se cerraba. Para mantenernos en su centro teníamos que dirigirnos hacia la carretera. Nos condujeron lentamente fuera del campo, más allá de nuestro coche, a través de la puerta y a la carretera. Nadie habló. Todo lo que podíamos oír era el sonido de sus botas sobre la tierra. Sus rostros eran rígidos, como lo son siempre los rostros de los polis.

A través de la puerta vimos llegar al comité de recepción. Tres hombres. Mi amigo el inspector Braun, todo afiladas arrugas y pulidos botones, y el hermano Godfrey. Y luego un hombre bajo y gordo al que no conocía. Llevaba un traje de corte impecable, y el poder, como suele decirse, estaba escrito en todo su cuerpo, desde sus pequeños pies pulcramente calzados hasta su cabeza casi calva.

Frenchy se dirigió hacia el grupo.

—Hola, padre —dijo en alemán.

—Hola, Franziska. Veo que al fin te hemos encontrado.

Godfrey sonrió. Raciones extra para el buen viejo Gottfried mañana. Quizá la Cruz de Hierro.

Así que pensé en ponerle un poco nervioso.

—Hey, Godfrey, viejo —dije.

—Buenos días, Sebastian. —Cómo deseaba que yo no le estuviera estrechando la mano—. Hemos aparcado un poco más arriba. Vamos.

Así que caminamos siguiendo la carretera hasta el brillante coche azul que nos llevaría de vuelta a Dios sabía dónde..., o qué.

Con qué silencio debían haberse movido. Qué malditos estúpidos habíamos sido al no marcharnos inmediatamente después de que aquellos dos granjeros nos descubrieran. Godfrey y sus amigos probablemente habían enviado boletines acerca de nosotros durante toda la mañana.

Me senté en la parte de atrás, entre Godfrey y el inspector. Frenchy iba delante, con su padre y el conductor.

—Resulta agradable descubrir que los elementos oficiales poseen también su lado humano —observé—. Pensar que un ministro delegado de Seguridad, un inspector del DIC y cincuenta policías han tenido que salir al aire libre en una fría mañana de invierno para conseguir que una muchacha reciba el legado de su tía que realmente le corresponde...

Godfrey no habló. Simplemente se daba importancia. Por la manera en que Braun no sujetaba mi brazo y el conductor no miraba constantemente por encima de su hombro para ver lo que yo estaba haciendo tuve la impresión de que aquello no era exactamente una detención. Había una especie de complacencia en el aire, los polis llevando de vuelta a casa a una traviesa pareja de jóvenes que habían huido para casarse; no era que los polis efectuaran ese tipo de pequeños servicios sociales en esos días, pero no dejaban de intentar hacernos creer que sí lo hacían.

Pero, ¿cuál era exactamente la situación? En el asiento de delante, Frenchy había renunciado a hablar con su padre..., después de que él cortara toda observación en su origen. ¿Por qué? ¿Nada de discusiones familiares en público? Frenchy, lo que podía ver de ella, parecía una muchacha en la carreta que la llevaba al patíbulo. Su padre parecía un hombre decidido a conseguir meter aunque fuera a golpes algo de sentido común en la alocada cabeza de su hija tan pronto como llegaran a casa. Godfrey simplemente parecía pomposo. Braun parecía oficial.

Frenchy lo intentó de nuevo:

—Padre, no puedo ir...

—¡Cállate! —dijo su padre. Godfrey escuchaba atentamente. De pronto capté el cuadro. *Godfrey y Braun no sabían de qué iba el asunto.* Y el padre de Frenchy no tenía la menor intención de decírselo.

Entonces, debe ser realmente algo importante, pensé.

Hubo silencio durante todo el camino de vuelta a Londres. ¿Y de mí qué?, me dije. Simplemente, nada de esto tiene que ver conmigo. Pero apuesto a que voy a ser yo quien reciba todos los golpes. El coche se detuvo en Trafalgar Square. Frenchy y su padre salieron. Él la hizo subir aprisa las escaleras del Hotel Goering. Los ojos de la muchacha ardían como carbones.

Entonces Godfrey y Braun me sacaron del coche.

—Te quedarás aquí en una suite hasta que decidamos qué hacer contigo —dijo Godfrey en voz baja—. No te preocupes. Haré todo lo que pueda por ayudarte.

No diré que se me saltaron las lágrimas de los ojos..., sabía exactamente hasta dónde estaba dispuesto a llegar mi hermano por ayudarme. Le dije adiós, y Braun me condujo escaleras de mármol arriba. El lugar estaba lleno de soldados pulcramente uniformados. El director del hotel y dos policías se nos unieron. Fuimos al piso más alto y me mostraron mi suite. Tres habitaciones y un baño. Una hermosa choza, aunque amueblada algo teutónicamente. Era elegante, pero en ella había el olor del pillaje. Uno no dejaba de preguntarse qué mueble cubría las manchas de sangre allá donde habían clavado la bayoneta en la condesa y sus hijos una mañana.

Luego, los dos policías tomaron posiciones, uno fuera, en la puerta, y otro dentro, conmigo. Eso ya no era tan agradable. Me pregunté cuándo iba a sugerir el policía jugar una mano conmigo para pasar el tiempo antes de la ejecución. Miré apreciativamente a mi alrededor, me senté en el sofá de seda azul y dije:

—¿Y ahora qué?

Entró un camarero con té y tostadas. Una taza. Le pregunté al poli si quería un poco. Rechazó el ofrecimiento. Mientras me servía mi segunda taza comprendí por qué, puesto que la habitación empezó a dar vueltas a mi alrededor.

—Este hotel ya no es lo que era —murmuré, y caí.

Desperté a la mañana siguiente en una cama de columnas. Frenchy, vestida con un camisón de seda roja y un salto de cama, estaba inclinada sobre mí con una taza de café en la mano. Me incorporé, observé el pijama de seda azul que llevaba y tomé la taza.

Ella se sentó junto a la mesa Luis XIV que estaba al lado de la cama. Se puso a comer panecillos con mantequilla. Su pelo, evidentemente lavado, caía en una cascada sobre su espalda como hilos de oro.

—Encantador —dije, tendiendo la taza para que volviera a llenarla—. Si no me preguntara para qué mesa de Navidad estoy siendo engordado. ¿Dónde está el poli?

—Lo envié fuera.

Empecé a mirar a mi alrededor. Las ventanas estaban atrancadas.

—No puedes salir. El lugar está fuertemente vigilado, y los polis te dispararán apenas te vean.

—¿Eso es nuevo?

Me ignoró.

—Te encuentras completamente seguro mientras estés conmigo. Les he dicho que había venido para quedarme a tu lado.

—Estupendo. ¿Durante cuánto tiempo estarás por aquí?

—Pensé que habías encontrado alguna dificultad.

—Mira, Frenchy, creo que será mejor que me cuentes de qué va esto. Después de todo, se trata de mis huesos.

—Está bien —dijo calmadamente—. Prepárate para las sorpresas. —Parecía muy decidida, pero su rostro tenía la calma de una mujer que acaba de tener un hijo, el dolor y la impresión han desaparecido, pero sabe que aquello no es más que el principio de los problemas.

—Te dije que estuve en un gimnasio en Berlín hasta que tuve trece años. Entonces empecé a tener visiones. Por supuesto, los tutores no le dieron mucha importancia al principio. No es raro en las muchachas al inicio de la pubertad. El problema era que no se trataba del tipo habitual de visiones. Acostumbraba ver mesas rodeadas por oficiales alemanes. Acostumbraba oír conferencias. Veía tanques yendo a la batalla, ciudades ardiendo, campos de concentración..., cosas de las que no podía saber nada. Luego, una noche, mi compañera de cuarto me oyó hablar en inglés en mi sueño. Estaba hablando de planes de batalla, utilizando términos militares y slang inglés que tampoco podía conocer de modo alguno. Se lo dijo al Líder de la Casa. El Líder de la Casa se lo dijo a mi padre, que entonces sólo era capitán de las SS. Mi padre era un nombre inteligente. Me llevó a Karl Ossietz, uno de los principales adivinos del Líder. Un mes más tarde estaba instalada en una suite del cuartel general. Fui vestida con un traje de lino blanco, mi pelo fue trenzado en una corona de oro. Pasé a formar parte del mito alemán...

»Yo era la virgen que profetizó a Atila. Tenía trece años y viví como una cautiva ritual durante cuatro años, oficiando en los sacrificios y saturnalias teutonias, contemplando cómo los machos cabríos eran degollados con cuchillos de oro, viendo antorchas en las paredes..., todo eso. Y pensé que era maravilloso, ayudar así a la causa. Penetré en una especie de sueño místico donde yo era una reina aria ayudando a su nación a la victoria. Y, en mis conferencias de medianoche con el Líder, profetizaba. Le dije que no atacara la Unión Soviética..., sabía que sería derrotado. Le dije dónde debía concentrar sus fuerzas para utilizarlas con sus mejores efectos. O, y mucho, mucho más...

»También yo era la única que podía calmarlo cuando se presentaban sus ataques de manía..., poniendo mis manos sobre él de la misma manera que lo hice contigo el otro día. No soy una auténtica curadora. No puedo curar el cuerpo. Pero puedo alcanzar las mentes abrumadas o inestables y retirar las tensiones.

»Cuando terminó la guerra, quedé como ofuscada. Pensaron que por aquel entonces ya no me necesitaban. Entonces, algo en la parte de atrás de mi mente, no sé qué, me hizo venir aquí, con mi pasaporte, mis salvoconductos, mis cartas de presentación. Cuando vi lo que os había hecho a todos vosotros..., ¿qué podía hacer? Intenté matarme y fracasé..., quizá no lo intenté con la suficiente dedicación. Luego intenté vivir contigo, simplemente porque no podía pensar en ninguna otra cosa que hacer. Una persona más fuerte hubiera podido pensar en maneras prácticas en que ayudar..., pero yo había pasado cuatro años en una atmósfera de sangre e histeria, que apelaba a la parte psíquica de mí e ignoraba el resto. No estaba preparada para la vida. Simplemente intenté olvidar todo lo que me había ocurrido.

Se encogió de hombros.

—Y eso es todo.

La miré, sintiendo una horrible piedad. Ella sabía que había sido utilizada para matar a millones de personas y reducir a una docena de naciones a la esclavitud. Y tenía que vivir con ello.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Me necesitan de nuevo. Debe de haber problemas desesperados que hay que resolver. O la locura del Líder está empeorando. O ambas cosas. Es por eso por lo que tenía la sensación de que si podía desaparecer durante un mes todo volvería a su cauce. Por aquel entonces ya nadie podría desentrañar el caos. —Encendió un cigarrillo, me lo pasó, y encendió otro para ella.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. Si no les ayudo, me torturarán hasta que lo haga. No soy lo bastante fuerte para resistir. Pero no puedo, no puedo, *no puedo* cooperar más. Si tuviera el valor suficiente me mataría, pero no lo tengo. De todos modos, han retirado de mi alcance cualquier cosa que pudiera usar para tal fin. Por eso todas las ventanas están atrancadas..., no es para impedir que tú escapes. Es para impedir que yo me arroje al vacío. No creo que tú pudieras matarme con la suficiente rapidez, así que no sé qué hacer.

En un sentido, la idea era tentadora. Una posibilidad de devolverle al Líder el golpe con una venganza. Pero sabía que jamás sería capaz de matar a la pobre y delgada Frenchy.

Así se lo dije.

—Soy demasiado blando —murmuré—. Si te matara, ¿cómo podría seguir adelante con la esperanza de que tú habías alcanzado una vida mejor?

—No sé qué hacer. Si me necesitan, me enjaularán de nuevo. Y esta vez habré conocido la libertad. Volveré allá con mi atuendo blanco, con el incienso y las antorchas, y durante todo el tiempo podré recordar el haber sido libre..., el caminar por el campo en Histon, por ejemplo.

Me sentí muy triste. Luego me sentí más triste aún..., estaba pensando en mí mismo.

—¿Qué va a ocurrir ahora? —pregunté.

—Me llevarán de vuelta en avión a Alemania. Tú también vendrás.

—Oh, no —dije—. Alemania no. Allí no tendré la menor oportunidad.

—¿Qué oportunidad vas a tener aquí? Si yo me marcho y tú te quedas, te fusilarán en el instante mismo en que yo abandone el edificio. No pueden arriesgarse a dejarte libre con tu historia.

Sus hombros estaban hundidos. Parecía como si ya no le quedara recurso alguno.

—Lo siento. Es culpa mía. Hubiera debido dejarte tranquilo. Si no te hubiera hecho huir conmigo, ahora estarías a salvo.

No era así como yo lo recordaba exactamente, pero prefería culparla a ella antes que a mí mismo de mi actual situación. Lo acepté, oh, cómo lo acepté. De todos modos, una vez gentil, siempre gentil.

—Eso no importa ahora. Iré, y quizá podamos pensar en algo. —Dudaba de ello, pero ya estaba demasiado implicado en todo el asunto.

Así pues, a las once de aquella mañana abandonamos el hotel en dirección al aeropuerto. Desde Berlín fuimos en limusina al palacio del Líder. Nunca he sentido tanto miedo en mi vida. Una cosa es correr cada día el peligro de que a uno lo fusilen, o lo envíen a morir de hambre a un campo. Otra cosa muy distinta es volar directamente hasta el centro mismo de todos los problemas. Tenía tanto miedo que apenas podía hablar. No era que nadie deseara oírme, de todos modos. Era sólo un pasajero..., como un buey camino del matadero.

Durante el viaje, el padre de Frenchy mantuvo con ella un nervioso monólogo de ametralladora, con exigencias acerca de que ella debía cooperar y promesas de un glorioso futuro para ella. Frenchy no respondió. Parecía vacía.

Llegamos a los verdes jardines del palacio. Al otro lado del muro oí el rumor de una cascada en un estanque. El palacio era mitad antigua mansión alemana, mitad teutónico moderno, con vulgares estatuas de mármol por todas partes..., superhombres sobre supercaballos. Eso es lo más cerca que han llegado hasta ahora de la raza maestra. Un viejo de cabello blanco presidía el grupo de recias botas que acudió a nuestro encuentro.

Frenchy sonrió cuando le vio, una sonrisa infantil.

—Karl —dijo. Incluso su voz era como la voz de una muchacha muy joven. Me estremecí. El conjuro estaba empezando a actuar de nuevo..., ese rostro inexpresivo, la voz de la pequeña estudiante. Oh, Frenchy, amor, suspiré para mí mismo. No dejes que te hagan esto. Se estaba alejando con Karl Ossietz a través del verde jardín.

Formábamos un grupo peculiar. Al frente, Ossietz, alto y delgado, de largo pelo blanco, y Frenchy, ahora con un aspecto tan frágil que podía ser arrastrada por la brisa. Tras ellos, un grupo de envarados generales, todos horriblemente familiares para mí por haber visto sus retratos en los carteles de los pubs. Justo detrás de ellos avanzaba el padre de Frenchy, intentando unirse al cortejo. Luego yo, con dos vulgares polis alemanes. Tuve el irritante pensamiento de que, si hacía algún movimiento sospechoso, sería abatido inmediatamente de un tiro por un vulgar poli.

Entonces Karl se volvió bruscamente, me miró y dijo:

—¿Quién es ése?

El padre de Frenchy dijo:

—Es un inglés. Ella se negó a venir sin él.

Karl pareció furioso y aterrado. Su rostro dio la impresión de desmoronarse.

—¿Sois amantes? —le gritó a Frenchy.

—No, Karl —susurró ella. Él la miró larga y profundamente a los ojos, luego asintió con la cabeza.

—Deben ser separados —dijo firmemente al padre de Frenchy.

Frenchy no dijo nada. Repentinamente, sentí algo más que preocupación por ella..., sentí pánico por mí mismo. La única razón por la que había ido hasta allí era porque ella podía protegerme. Ahora podía, pero ya no estaba interesada en ello. Así que, en vez de ser fusilado en Inglaterra, iba a ser fusilado allí fuera, delante mismo de la puerta del Líder. De todos modos, la muerte era la muerte, ya fuera en un palacio o en un cubo de basura.

Entramos en el enorme y oscuro vestíbulo, lleno de figuras en antiguas armaduras y pequeñas y horribles puertecillas que conducían Dios sabía adonde. El mosaico del suelo casi olía a sangre. Mis piernas cedieron prácticamente bajo mi cuerpo cuando vi a Frenchy ser conducida hacia arriba por la escalera de mármol. Noté que las lágrimas acudían a mis ojos..., por ella, por mí, por ambos.

Luego me llevaron a lo largo de un corredor y hacia arriba por unas escaleras de atrás. Me hicieron cruzar una puerta. Me quedé allí durante varios minutos. Luego miré a mi alrededor. Bueno, al menos no era una mazmorra llena de ratas. De hecho, era el doble de grande que mi suite en el Hotel Goering. Las mismas gruesas alfombras, los mismos muebles pesados y antiguos, incluso —asomé la cabeza por la puerta— la misma cama con columnas. Evidentemente, recogían sus muebles de todos los pequeños castillos que se cruzaban en su camino los fines de semana.

En el dormitorio ardían antorchas. Me desnudé y me metí en la cama. Estaba muerto de sueño.

Lo primero que vi cuando desperté fue que las antorchas se estaban agotando. Luego vi a Frenchy, desnuda como una rama despojada de todas sus hojas, apartando el bordado cobertor y metiéndose en la cama. Luego sentí su calor a mi lado.

—Hazlo por mí —murmuró—. Por favor.

—¿Hacer qué?

—Tómame —susurró.

—¿Eh? —Me sentí ligeramente impresionado. La gente como Frenchy y yo teníamos un código. Esto no formaba parte de él.

—Oh, por favor —dijo, presionando su largo cuerpo contra mí—. Es tan importante.

—Hum..., fumemos un cigarrillo.

Se echó hacia atrás.

—No he traído ninguno —dijo con voz hosca.

Encontré algunos en un bolsillo de mis ropas, y encendimos un par.

—Podemos echar la ceniza en la alfombra —dije—. No tiene mucho sentido mostrarnos educados aquí. —Estaba siendo impertinente a propósito. Código o no código, la situación estaba empezando a afectarme. Intenté concentrarme en mi inminente muerte. Tuvo el efecto opuesto.

—No comprendo, amor —dije, tomando su mano.

—Tuve que arrastrarme por el tejado para llegar hasta aquí —dijo ella, más bien irritada.

—Esto no puede ser simplemente pasión —sugerí educadamente.

—¿Acaso no oíste...?

—Dios mío —exclamé—. Ossietz. ¿Quieres decir que, si no eres virgen, no puedes profetizar?

—No lo sé..., él parece creerlo así. Es mi única posibilidad. Él me hará hacer todo lo que quiera, pero si no puedo hacerlo, si parece que el poder ha desaparecido..., no importará. Pueden matarme, pero será una muerte rápida.

—No seas tan dramática, amor. —Dejé mi cigarrillo a un lado, en la cabecera de la cama, y la tomé en mis brazos—. Te quiero, Frenchy —dije. Y era completamente cierto. Lo demostré.

Fue la mejor noche de mi vida. Frenchy era dulce, y yo también lo fui. Resultó un alivio dejar caer la máscara por unas cuantas horas. Cuando el amanecer se asomó por las ventanas, ella permaneció tendida en la revuelta cama, como un fragmento de pálido naufragio.

Me sonrió, y yo le devolví la sonrisa. Le di un beso.

—Un hombre que haría cualquier cosa por su país —sonrió.

—¿Cómo piensas regresar? —pregunté.

—Pensé volver también por el tejado..., pero ahora no estoy segura de ser capaz de poder volver a andar.

—¿Te he hecho daño? —pregunté.

—Terriblemente. Me escabulliré como pueda. Los guardias estarán cansados y dudo que sepan nada. De todos modos, todos los caminos conducen ahora al mismo destino.

Me eché a llorar. Eso es lo que le ocurre al armadillo..., bajo su piel es más tierno que un oso. No era que me importara llorar, o que ella llorara, o que todo el palacio se echara a llorar al compás. Las antorchas se estaban apagando.

Ella se puso de pie, desnuda, al lado de la cama. Luego se vistió y dijo adiós. La oí hablar autoritariamente fuera de la puerta, un taconeo, luego sus pies alejándose por el corredor.

Yo seguí llorando. Su encuentro con el Líder era dos horas más tarde. Si seguía llorando durante dos horas, no tendría que pensar en ello.

No podía. Cuando el guardia entró con mi desayuno, estaba vestido y con los ojos secos. Miró a través de la puerta abierta hacia la revuelta cama, y guiñó un ojo. Dijo algo en alemán que no pude entender, de modo que supe que las palabras no estaban en el diccionario. Miré hacia la cama, y mi estómago dio un vuelco. Parecía un poco rudo sentir pasión por una mujer que iba a morir.

Entonces me di cuenta de que mi situación también era crítica, así que comí mi desayuno para que me devolviera los sentidos. Las últimas cuatro cosas, eso era lo que tenía que pensar. ¿Cuáles eran?

De pronto me vino a la cabeza la imagen de la mujer con el bebé en el parque. Si Frenchy no podía ayudar al Líder, quizás éste tuviera que irse. Quizás ellos pudieran llevar una vida mejor.

Recorrí la habitación arriba y abajo, preguntándome qué estaría ocurriendo.

Esto era lo que estaba ocurriendo...

Frenchy fue bañada, vestida con una túnica blanca de lino con una capa roja, y conducida al gran salón de abajo.

El Líder estaba sentado en un pesado sillón de madera en un estrado. Sus brazos estaban extendidos a lo largo de los brazos del sillón, su rostro retenía la expresión familiar de firme mando, pero ya no era más que una fachada que cubría la decadencia y la locura.

En sus labios había rastros de espuma. A su alrededor estaban sus consejeros, hombres con uniformes, cinturones y botas, cubiertos con sus gorras, o mujeres rubias, descubiertas y vestidas con trajes de seda subvalquiricos. La corte del rey loco..., la atmósfera estaba cargada de cosas absolutamente imcomprensibles. Conducida por su padre y Karl Ossietz, Frenchy se acercó al estrado.

—Nos... te... necesitamos... —gruñó el Líder.

Su corte mantuvo sus lugares con un esfuerzo de voluntad. Estaban aterrados, y con buenas razones. El salón había visto cosas terribles a lo largo del último año. También había uno o dos rostros aguardando inexpresivos el resultado de todo aquello: a medida que el líder de la manada enferma, los lobos jóvenes empiezan a trazar planes.

—Te... hemos... estado... buscando... durante... medio año —siguió la raspante y semihumana voz—. Necesitamos... tus predicciones. ¡Necesitamos tu... *salud!*

Sus ojos se clavaron en los de ella. Se puso de pie de un salto, con un grito.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Ayuda! —Su voz resonó por toda la sala. Más espuma apareció en sus labios. Su rostro se retorció.

—Adelántate hacia el Líder —ordenó Karl Ossietz.

Frenchy avanzó unos pasos. La corte la miraba, esperanzada.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —repitió la alocada e incontrolable voz. Cayó hacia atrás, agitándose en su trono.

—No puedo ayudar —dijo ella, con voz muy clara.

El susurro de Karl sonó, suave y aterrador, en su oído:

—¡Adelántate!

Ella se adelantó, impulsada por la voz. Luego se detuvo de nuevo.

—No puedo ayudar —repitió. Se volvió hacia Ossietz—. ¿Puedo, Karl? ¿Acaso no puedes verlo?

Él la miró, horrorizado, luego miró al estremecido hombre, que emitía ruidos animales en el estrado, luego de nuevo a Frenchy Steiner.

—Tú... tú... has caído... —susurró—. No. No, ¡no puede ayudar! —gritó—. ¡La muchacha ya no es virgen..., su poder ha desaparecido!

La corte miró al Líder, luego a Frenchy.

En un momento se desató el caos. Las mujeres gritaron..., hubo carreras precipitadas hacia las pesadas puertas. Se alzaron gritos masculinos. Luego se produjo el restallar de la primera arma, seguido por otros. En un momento la sala se convirtió en una confusión total de disparos, gemidos y gritos.

En el estrado, el Líder se retorció y emitía gemidos guturales. Toda la sala era un frenesí. Aquellos que habían considerado al Líder inmortal —y eran muchos— estaban asombrados y aterrados. Aquellos que habían planeado sucederle apenas sabían qué hacer. Aquí y allá, varios de ellos se llevaron la pistola a la sien o a la boca y apretaron el gatillo.

Yo estaba tendido en la cama, fumando, cuando Frenchy entró a la carrera, cerró y echó el cerrojo de las puertas ante los guardias y sus perseguidores. Iba despeinada, sujetaba la capa escarlata a su alrededor.

—¡Fuera, por la ventana! —gritó, quitándose la capa. Debajo de ella, su traje blanco estaba hecho jirones.

Me subí al alféizar y la ayudé a seguirme. Miré hacia abajo, hacia el patio, a una tremenda distancia. Me aferré al marco.

—¡Sigue adelante!

Tendí la mano y me agarré a un canalón. Empecé a deslizarme hacia abajo, sintiendo cómo el metal raspaba mis manos. Ella me siguió.

Al llegar al final hice una pausa, la ayudé a descender los últimos metros, y señalé hacia un coche oficial que estaba aparcado cerca de las puertas. Los guardias habían abandonado las puertas y probablemente estaban tomando parte en las festividades del interior. Sólo había uno allí, y no nos había visto. Estaba mirando cautelosamente hacia la carretera, como si esperara un ataque.

Nos deslizamos por el césped y nos metimos en el coche. Puse el motor en marcha.

En la puerta, el guardia, al ver una insignia de general en el coche, se echó automáticamente a un lado. Luego nos vio e intentó cortarnos el paso, pero ya era demasiado tarde. Descendimos rugiendo la carretera, alejándonos de allí.

La carretera delante nuestro estaba despejada.

Frenchy había encontrado un impermeable blanco de oficial en el asiento de atrás y se lo había puesto.

Reduje la marcha. No servía de nada ir a ciento treinta hacia cualquier peligro que pudiera cruzársenos por la carretera.

—¿Realmente has perdido tu poder? —le pregunté.

—No lo sé. —Me dirigió una irresponsable sonrisa maliciosa.

—¿Qué pasó allí abajo? Sonaba como un campo de batalla.

Me lo contó.

—El Líder está acabado. Sus sucesores están luchando entre sí. Esto es el fin del Reich de los Mil Años. —Sonrió de nuevo maliciosamente—. Yo lo hice.

—Oh, vamos —protesté—. De todos modos, creo que deberíamos intentar volver a Inglaterra.

—¿Por qué?

—Porque, si el Imperio se está desmoronando, Inglaterra será la primera. Es una isla. Retirarán de allí las legiones para defender el Imperio..., es lo tradicional.

—¿Podemos conseguirlo?

—No ahora. Tendremos que salir de Alemania y luego escondernos por unos días hasta que la noticia se difunda por Francia. Una vez las cosas empiecen a descomponerse, la organización se desintegrará y podremos recibir ayuda.

Seguimos alegremente nuestro camino, silbando y cantando.

CARRETERA SIN DESTINO

Greg Bear

El largo Mercedes negro brotó zumbando de la niebla en la carretera al sur de Dijon, con la humedad resbalando en fríos regueros por su parabrisas. Horst von Ranke retiró la bolsa militar a un lado y leyó atentamente los mapas desplegados sobre sus rodillas, con las gafas precariamente colgando de la punta de su nariz, mientras el Waffen Schutzstaffel Oberleutnant Albert Fischer conducía.

—Treinta y cinco kilómetros —murmuró Von Ranke en voz muy baja—. No más.

—Nos hemos perdido —dijo Fischer—. Llevamos ya treinta y seis.

—No tantos. Debemos llegar de un momento a otro.

Fischer asintió y luego negó con la cabeza. Sus altos pómulos y su larga y afilada nariz no hacían más que acentuar el negro uniforme con las calaveras plateadas en el alto y ajustado cuello. Von Ranke llevaba un traje gris de rayas anchas; era subsecretario en el Ministerio de Propaganda, ahora en una misión como correo. Podían haber sido hermanos, pero uno había crecido en Checoslovaquia, el otro en el Rhur; uno era hijo de un minero del carbón, el otro de un cervecero. Se habían conocido y se habían hecho amigos en París, dos años antes.

—Espera —dijo Von Ranke, mirando a través de las gotas que perlaban la ventanilla lateral—. Para.

Fischer pisó el freno y miró en la dirección que señalaba el largo dedo de Von Ranke. Cerca de la carretera, más allá de un bosquecillo de árboles jóvenes, había una casa baja de techo de paja y sucias paredes grises, casi oculta por la niebla.

—Parece vacía —dijo Von Ranke.

—Está ocupada; observa el humo —dijo Fischer—. Quizás alguien pueda decirnos dónde estamos.

Arrimaron el coche a la cuneta y salieron. Von Ranke abrió camino por un lodoso sendero cubierto de empapada paja. La choza parecía más sucia aún vista desde cerca. El humo de alzada en una oscura espiral gris amarrada de un agujero en el caballete del techo. Fischer asintió con la cabeza a su amigo, y ambos se acercaron cautelosamente. Sobre la basta puerta de madera había unas retorcidas letras en algún alfabeto que ninguno de los dos conocía, pese a que entre ambos hablaban nueve idiomas.

—¿Puede que sea rom? —preguntó Von Ranke, con el ceño fruncido—. Parece familiar..., rom eslavo.

—¿Gitanos? Los romanis no viven en chozas como ésta, y además, creo que fueron separados hace mucho tiempo.

—Eso es lo que parece —dijo Von Ranke—. De todos modos, quizá podamos compartir algún idioma, aunque sólo sea el francés.

Llamó a la puerta. Tras una larga pausa llamó de nuevo, y la puerta se abrió antes de que sus nudillos dieran el último golpe. Una mujer demasiado vieja para seguir viva asomó su larga y coloreada nariz por la rendija y los miró con su ojo sano. El otro estaba envuelto por una hundida masa de carne. La mano que sujetaba el borde de la puerta era sucia, sus uñas largas y negras. Su desdentada boca se hendió en una arrugada sonrisa de hundidos labios.

—Buenas tardes —dijo en un perfecto, incluso elegante, alemán—. ¿Qué puedo hacer por vosotros?

—Necesitamos saber si ésta es la carretera a Dole —dijo Von Ranke, controlando su repulsión.

—Entonces le preguntáis al guía equivocado —dijo la vieja. Su mano se retiró y la puerta empezó a cerrarse. Fischer la abrió de nuevo de una patada y empujó a la mujer hacia atrás. La puerta golpeó contra la pared interior de la choza y colgó de sus gastados goznes de cuero.

—No nos tratas con el debido respeto —dijo—. ¿Qué quieres decir con «el guía equivocado»? ¿Qué clase de guía eres?

—Tan *fuerte* —canturreó la mujer; unió las manos frente a su hundido pecho y retrocedió a la oscuridad del interior. Llevaba unos harapos grises descoloridos e inmemoriales. Unas mangas de punto deshilacladas se prolongaban hasta sus muñecas.

—¡Responde! —gritó Fischer, avanzando unos pasos pese al fuerte olor a orina y descomposición que impregnaba la choza.

—Los mapas que yo conozco no son para esta tierra —canturreó la mujer, de pie delante del frío y vacío hogar.

—Está loca —dijo Von Ranke—. Dejemos que las autoridades locales se ocupen de ella más tarde. Salgamos de aquí. —Pero los ojos de Fischer brillaban con una expresión salvaje. Tanta suciedad, tanto desorden y tanta arrogancia; aquellas cosas le ponían frenético.

—¿Qué mapas conoces, loca? —exigió.

—Los mapas del tiempo —dijo la mujer. Dejó que las manos cayeran a sus costados y bajó la cabeza, como si, al admitir su especialidad, se hubiera vuelto súbitamente humilde.

—Entonces dínos dónde estamos —bufó Fischer.

—Vamonos, tenemos asuntos importantes —exclamó Von Ranke, aunque sabía que era demasiado tarde. Habría un final a todo aquello, pero sería según los términos de su amigo, y éstos podían no ser agradables.

—Estáis en una carretera sin destino —dijo la vieja.

—¿Qué? —Fischer se irguió sobre ella. La mujer levantó la vista como si algún hijo pródigo hubiera vuelto a casa, y sus encías brillaron con saliva.

—Si deseáis una lectura, sentaos —murmuró la mujer, señalando una mesita baja y tres maltratadas sillas de madera.

Fischer la miró, luego miró la mesa.

—Muy bien —dijo, repentina y falsamente obsequioso. Otro juego, comprendió Von Ranke. El gato y el ratón.

Fischer cogió una silla para su amigo y se sentó frente a la vieja.

—Poned vuestras manos sobre la mesa, con las palmas hacia abajo; las dos manos, los dos —dijo la mujer. Así lo hicieron. Ella apoyó la oreja en la mesa, como si escuchara, mientras sus ojos se clavaban en los haces de luz que penetraban a través de la paja del techo—. Arrogancia —dijo. Fischer no reaccionó—. Una carretera que va al fuego y a la muerte —continuó—. Vuestras ciudades en llamas, vuestras mujeres y niños consumiéndose hasta convertirse en muñecos ennegrecidos al calor de sus casas incendiadas. Los campos de la muerte son hallados, y todos vosotros sois acusados de horribles crímenes. Muchos son juzgados y colgados. Vuestra nación cae en desgracia, vuestra causa es aborrecida. —Ahora, una luz peculiar brillaba en su ojo sano—. Y, muchos años más tarde, un comediante se burla en el escenario, en una película, convirtiendo a vuestro Führer en un payaso estúpido, cantando una canción estúpida. Sólo los psicópatas creerán en vosotros, los más bajos de los más bajos. Vuestra nación será dividida entre vuestros enemigos. Todo se perderá.

La sonrisa de Fischer no tembló. Extrajo una moneda de su bolsillo y la arrojó delante de la mujer, luego echó la silla hacia atrás y se puso de pie.

—Tus mapas son tan retorcidos como tu mandíbula, bruja —dijo—. Vamonos,

—Eso es lo que estaba sugiriendo —indicó Von Ranke. Fischer no hizo el menor movimiento para irse. Von Ranke tiró de su manga, pero el Oberleutnant de las SS se soltó de su amigo con una sacudida de la mano.

—Los gitanos son muy pocos ahora, bruja —dijo—. Pronto serán uno menos. —Von Ranke consiguió arrastrarle hasta fuera de la puerta. La mujer les siguió y con una mano se protegió su ojo contra la brumosa luz.

—No soy gitana —dijo—. ¿Ni siquiera sabes reconocer las palabras? —Señaló las letras encima de la puerta.

Fischer frunció los ojos, y una luz de reconocimiento iluminó su mirada.

—Sí —dijo—. Sí, ahora las reconozco. Pertenecen a una lengua muerta.

—¿Qué son? —preguntó Von Ranke, inquieto.

—Hebreo, creo —dijo Fischer—. Es una judía.

—¡No! —cacareó la mujer—. No soy judía.

Von Ranke tuvo la impresión de que en ese momento la mujer parecía más joven, o al menos más fuerte, y su inquietud se hizo más profunda.

—No me importa lo que seas —dijo Fischer tranquilamente—. Sólo desearía que nos halláramos en tiempos de mis padres. —Avanzó un paso hacia ella. Ella no retrocedió. Su rostro se volvió casi juvenilmente suave, y su ojo malo pareció henchirse—. Entonces no había reglas, no había leyes; podría

sacar esta pistola —palmeó su funda— y apoyarla contra tu sucia cabeza hebrea, y quizá matar al último judío de Europa. —Soltó el cierre de la funda.

La mujer se enderezó en la oscura choza, como si acumulara fuerzas de la propia y abusiva lengua de Fischer. Von Ranke temió por su amigo. La imprudencia podía traerles problemas.

—Éstos no son los tiempos de nuestros padres —le recordó a Fischer.

Fischer hizo una pausa, la pistola a medias en su mano, su dedo curvándose en torno del gatillo.

—Vieja —dijo, aunque ya no parecía ni la mitad de vieja, quizá ni siquiera en absoluto vieja, y por supuesto ni encorvada ni tullida—, has estado muy cerca esta tarde.

—Tú no tienes ni idea de quién soy —medio canturreó, medio se lamentó la mujer.

—*Scheiße* —escupió Fischer—. Ahora nos vamos, e informaremos de ti y de tu choza.

—Soy la plaga —jadeó ella, y su aliento olía como una piedra al rojo incluso a tres pasos de distancia. Retrocedió al interior de la choza, pero su voz no disminuyó—. Soy la mano visible, la columna de nube durante el día y la columna de fuego durante la noche.

El rostro de Fischer se endureció, luego se echó a reír.

—Tienes razón —le dijo a Von Ranke—, no vale la pena buscarse problemas con ella. —Se volvió y salió. Von Ranke le siguió, con una última mirada por encima del hombro a la semioscuridad y la descomposición. *Nadie ha vivido en esta choza desde hace años*, pensó. La sombra de la mujer era gris e indefinida ante el antiguo hogar de piedra, tras la mesa torcida y cubierta polvo.

En el coche, Von Ranke suspiró.

—*Tiendes* a la arrogancia, ¿lo sabías?

Fischer sonrió y negó con la cabeza.

—Tú conduce, amigo, yo miraré los mapas. —Von Ranke aceleró la turbina del Mercedes hasta que su zumbido fue alto y firme y sus gases de escape hendieron un agujero que se arremolinaba en la niebla de atrás—. No me extraña que nos hayamos perdido —dijo Fischer. Agitó malhumoradamente el mapa Pan—Deutschland—. Es de hace cinco años..., de 1979.

—Encontraremos el camino —dijo Von Ranke—. Por nada del mundo quiero perderme el rostro de Krumnagel cuando entreguemos los planes. Luchó durante tanto tiempo contra los bombarderos de largo alcance... Y tú nos retrasas tonteando con una vieja.

—Es algo superior a mí —reconoció Fischer—. Odio la suciedad y el desorden. ¿Crees que intentará vetar el bombardeo intensivo del noroeste del Pacífico?

—No se atreverá. Sabrá cuál es su lugar una vez haya visto las declaraciones —murmuró Von Ranke. El Mercedes prosiguió, zumbando, su camino hacia Dole.

La vieja les observó partir desde la puerta de la choza y sacudió la cabeza.

—No soy judía —dijo—, pero amaba también a los judíos, oh, sí. Amaba a todos mis hijos. —Alzó la mano mientras el largo coche negro se hundía rugiendo en la niebla—. Os llevaré a la justicia, sea cuál sea la línea en la que viváis, y a todos vuestros hijos, y a los hijos de vuestros hijos. —Dejó caer una voluta de humo de su codo hasta el sucio suelo y agitó un dedo. El humo danzó y dibujó figuras negras en el polvo—. Como deseabais, a los tiempos de vuestros padres. —La niebla se hizo más tenue. Bajó su brazo, y cuarenta años se fundieron en la bruma.

Muy arriba, un profundo gruñido descendió sobre la carretera. Una sombra de amplias alas cruzó por encima de la choza, cubriendo las estrellas con sus alas, su pintura de camuflaje y el fuego de sus cañones.

—Pájaro hambriento —dijo la informe figura—. Es hora de comer.

WEIHNACHTSABEND Keith Roberts

1

El enorme coche avanzó lentamente, abriéndose camino por los estrechos senderos. Aquí, más allá de la pequeña ciudad mercado de Wilton, la nieve era densa. Árboles y arbustos se erguían cubiertos por una capa blanca ante los faros. La cola del Mercedes patinaba ligeramente, se enderezaba. Mainwaring oyó al chófer maldecir para sí mismo. La comunicación entre el conductor y la parte de atrás había quedado conectada.

Unos indicadores encajados en el respaldo del asiento registraban el funcionamiento mecánico del vehículo; presión del aceite, temperatura, revoluciones, kilómetros por hora. Sus luces brillaban débilmente en el rostro de su compañera. La mujer se agitó, inquieta; él captó la oscilación de su pelo rubio. Se volvió ligeramente hacia ella. Llevaba una ajustada y breve falda, pesadas botas. Sus piernas eran excelentes.

Apagó las luces de los indicadores. Dijo:

—Ya no falta mucho.

Se preguntó si ella se habría dado cuenta de la comunicación abierta.

—¿Es la primera vez que acudes? —preguntó.

Ella asintió con la cabeza en la oscuridad. Dijo:

—Me siento un poco abrumada.

La Gran Casa de Wilton se extendía en la cima de una colina a ocho kilómetros o más de la ciudad. El coche avanzó durante una cierta distancia junto al muro que orillaba la propiedad. Las defensas del perímetro habían sido reforzadas desde la última visita de Mainwaring. A intervalos se alzaban torres de vigilancia; la parte superior del muro había sido rematada con varias hileras de alambre espinoso.

Las puertas del recinto estaban protegidas con dos nuevos bunkeres de piedra. El Mercedes pasó entre ellos, se detuvo. En la carretera de Londres, la nieve había amainado; en ese momento, enormes copos caían flotando de nuevo, iluminados por los faros. En alguna parte sonó el ladrido de órdenes.

Un hombre avanzó, golpeó ligeramente la ventanilla. Mainwaring pulsó el botón de apertura. Vio el brazaletes de la GFP, la funda de una pistola en un cinto, con la solapa levantada. Dijo:

—Buenas noches, capitán.

—*Guten Abend, mein Herr. Ihre Ausweiskarte?*

El frío aire sopló contra la mejilla de Mainwaring. Entregó sus documentos de identidad y su salvoconducto de seguridad. Dijo:

—*Richard Mainwaring. Die rechte Hand des Gesandten. Fräulein Hunter, von meiner Abteilung.*

Una linterna recorrió los papeles, deslumbre sus ojos, se desvió para examinar a la mujer. Ésta permanecía rígidamente sentada, mirando al frente. Más allá del oficial de seguridad, Mainwaring pudo distinguir a dos soldados con casco de acero, las automáticas al hombro, dispuestas. Frente a él, los limpiaparabrisas golpeteaban rítmicamente.

El hombre de la GFP retrocedió un paso.

—*Ihre Ausweis wird in einer Woche ablaufen. Erneuen Sie Ihre Karte* —dijo.

—*Vielen Dank, Herr Hauptman. Frohe Weihnachten* —respondió Mainwaring.

El hombre saludó rígidamente, tomó un walkie—talkie que llevaba prendido a su cinturón. Una pausa, y las puertas giraron hacia atrás. El Mercedes las cruzó. Mainwaring murmuró:

—*Bastard...*

—¿Siempre es así? —preguntó ella.

—Las cosas se están poniendo más duras en todas partes —respondió él.

Ella apretó el abrigo en torno de sus hombros.

—Francamente, lo encuentro un poco alarmante —murmuró.

—El ministro se preocupa por sus invitados —respondió él.

Wilton se alzaba en un terreno llano rodeada por grandes árboles. Hans tomó con precaución una curva, condujo cuidadosamente por debajo de ramas apenas entrevistas. El viento gemía, haciendo que todo oscilara a su alrededor. Era como si el coche se hubiera metido en un oscuro túnel, lleno de torbellineantes copos pálidos. Mainwaring creyó ver estremecerse a la mujer. Dijo:

—Pronto llegaremos.

Los faros iluminaban una girante extensión de nieve. Una serie de postes, enterrados casi hasta su extremo, señalaban el sendero. Otra curva, y la casa apareció al frente. Las luces del coche barrieron una fachada de ventanas maineladas, torres almenadas. Para el no iniciado resultaba difícil adivinar, contemplando la hábilmente envejecida piedra, que la estructura del lugar era de cemento armado. El coche giró a la derecha con un crujido de invisible grava y se detuvo. El repetidor de ignición brilló en el respaldo del asiento.

—Gracias, Hans —dijo Mainwaring—. Ha sido una excelente conducción.

—Muchas gracias, señor —dijo Hans.

La mujer agitó su pelo, tomó su bolso. Él mantuvo la puerta abierta para que bajara. Preguntó:

—¿Estás bien, Diane?

Ella se encogió de hombros.

—Sí. Aunque a veces parezco un poco tonta. —Apretó brevemente su mano. Luego añadió—: Me alegra que estés aquí. Alguien en quien confiar.

Mainwaring permanecía echado en la cama, contemplando el techo. Tanto en su interior como en su exterior, Wilton era un triunfo del arte sobre la naturaleza. Allí, en el ala Tudor, donde estaban alojados la mayor parte de los invitados, las paredes y los techos eran de ondulado yeso enmarcado por pesadas vigas de roble. Volvió la cabeza. La estancia estaba dominada por una chimenea de piedra amarilla de Ham; sobre la repisa, tallada en un agresivo relieve, la *Hakenkreuz* estaba flanqueada por el león y el águila, emblemas de los Dos Imperios. Un fuego ardía vivo en la parrilla de hierro forjado; los troncos resplandecían alegremente, arrojando cálidos y oscilantes reflejos al techo. Al lado de la cama, unas estanterías con libros ofrecían la necesaria lectura: la biografía oficial del *Führer*, *El ascenso del Tercer Reich*, de Shirer; a monumental obra de Cummings, *Churchill: juicio a la decadencia*. Había un conjunto de novelas de Buchan bellamente encuadernadas, algunos Kipling, un Shakespeare, las obras completas de Wilde. Una mesita auxiliar ostentaba un montón de revistas recientes: *Connoisseur*, *The Field*, *Der Spiegel*, *París Match*. Había un lavamanos, con toallas azul oscuro en sus rieles laterales; en un ángulo de la habitación se abrían las puertas al baño y al vestidor, donde un sirviente había colocado ya cuidadosamente su ropa.

Apagó su cigarrillo, encendió otro. Dejó colgar sus piernas por un lado de la cama, se sirvió un whisky. De abajo, débilmente, le llegaron voces, retazos de risas. Oyó el restallar de una pistola, la ráfaga de una automática. Fue a la ventana, echó a un lado la cortina. La nieve seguía cayendo, derivando lentamente desde el negro cielo; pero los nidos de ametralladoras al lado de la enorme casa estaban brillantemente iluminados. Observó por unos momentos las figuras ir de un lado para otro, luego dejó caer la cortina. Se sentó junto al fuego, con los hombros hundidos, contemplando las llamas. Recordaba el viaje cruzando Londres; las banderas colgando flaccidas sobre Whitehall, el lento y sincopado avanzar del tráfico, los tanques ligeros aparcados fuera de St. James. Kensington Road estaba embotellada, el tráfico hacía sonar impaciente sus bocinas; la enorme fachada de Harrod's parecía lúgubre y oriental contra el encapotado cielo. Frunció el ceño, recordando la llamada que había recibido antes de abandonar el Ministerio.

El nombre había sido Kosowicz. De *Time International*; o eso había afirmado. Se había negado por dos veces a hablar con él; pero Kosowicz había insistido. Al final le había pedido a su secretaria que le pasara la comunicación.

Kosowicz había sonado muy estadounidense. Dijo:

—Señor Mainwaring, me gustaría concertar una entrevista personal con su ministro.

—Me temo que esto queda fuera de toda cuestión. Debo señalarle también que esta comunicación es extremadamente irregular.

—¿Cómo debo tomar esto, señor? —preguntó Kosowicz—. ¿Como una advertencia o como una amenaza?

—Como ninguna de las dos cosas —dijo cuidadosamente Mainwaring—. Simplemente he hecho la observación de que existen los canales adecuados para estas cosas.

—Oh —dijo Kosowicz—. Señor Mainwaring, ¿cuál es la verdad tras ese rumor de que están siendo trasladados Grupos de Acción a Moscú?

—El *Führer* delegado Hess ha emitido ya un comunicado sobre la situación —dijo Mainwaring—. Debo suponer que ha recibido usted una copia.

—La tengo ante mis ojos —admitió el teléfono—. Señor Mainwaring, ¿qué están intentando ustedes ahora? ¿Otra Varsovia?

—Me temo no poder hacer comentario alguno al respecto, señor Kosowicz —dijo Mainwaring—. El *Führer* delegado ha deplorado la necesidad de emplear la fuerza. El *Einsatzgruppen* ha sido alertado; por ahora, eso es todo. Será utilizado en caso de necesidad para dispersar a los militantes. Hasta este momento, la necesidad no se ha presentado.

Kosowicz cambió de tema:

—Ha mencionado usted al *Führer* delegado, señor. He oído decir que hubo otro atentado con bomba hace dos noches; ¿puede comentar algo al respecto?

Mainwaring apretó los nudillos sobre el auricular. Dijo:

—Me temo que está usted mal informado. No tenemos noticia de ningún incidente de esta índole.

El teléfono permaneció en silencio unos instantes. Luego:

—¿Puedo tomar su negativa como algo oficial?

—Esta no es una conversación oficial —observó Mainwaring—. No tengo poderes para efectuar declaraciones.

—Oh, sí, existen los canales adecuados —dijo el teléfono—. Gracias por su tiempo, señor Mainwaring.

—Adiós —respondió Mainwaring. Colgó el receptor, se quedó sentado contemplándolo. Al cabo de unos instantes, encendió un cigarrillo.

Fuera de las ventanas del Ministerio seguía nevando, una danza y un torbellino oscuros contra el cielo. Su té, cuando lo bebió, estaba medio frío.

Ahora, el fuego se agitaba y crujía. Se sirvió otro whisky, se arrellanó. Antes de partir hacia Wilton había comido con Winsby—Walker, de Productividad. Winsby—Walker se enorgullecía de saberlo todo, pero no sabía nada de un corresponsal llamado Kosowicz. Pensó: «Debería haberlo hecho investigar por Seguridad». Pero entonces Seguridad lo hubiera investigado a él.

Se enderezó, miró su reloj. El ruido abajo había disminuido. Dirigió su mente, con un esfuerzo deliberado, a otro canal. Los nuevos pensamientos no trajeron un mayor confort. Había pasado las últimas Navidades con su madre; ahora ya no podría volver a hacerlo. Recordó otras Navidades de años pasados. En su tiempo, para el niño inocente, había sido una celebración alegre de petardos y juguetes. Recordaba el olor y la textura de las ramas de abeto, la intimidad de la luz de las velas; y libros leídos a la luz de una linterna debajo de las sábanas, la dureza de la almohada demasiado rellena, pesada a los pies de la cama. Entonces se había sentido completo; no había sido hasta más tarde cuando, lentamente, había llegado el conocimiento del fracaso. Y, con él, la soledad. Pensó: «Ella deseaba verme bien situado. No parecía que eso fuera pedir mucho».

El escocés estaba empezando a hacerle sentirse sentimental. Vació el vaso, se dirigió al baño. Se desnudó y se duchó. Mientras se secaba con la toalla, pensó: «Richard Mainwaring, ayudante personal del ministro británico de Coordinación». En voz alta, dijo:

—Hay que recordar las compensaciones.

Se vistió, se enjabonó el rostro y empezó a afeitarse. Pensó: «Treinta años es el punto medio exacto de una vida». Recordaba otros tiempos con la muchacha Diane, cuando había habido magia entre ellos, sólo por unos momentos. Ahora, el asunto jamás era mencionado entre los dos. A causa de James. Siempre, por supuesto, estaba James.

Se secó el rostro con la toalla, se aplicó loción para después del afeitado. Pese a sí mismo, su mente había vuelto a la llamada telefónica. Un hecho era cierto: se había producido una importante filtración de seguridad. Alguien, en alguna parte, había proporcionado a Kosowicz información reservada. Ese mismo alguien, presumiblemente, había proporcionado una lista de líneas telefónicas que no estaban en la guía. Frunció el ceño, luchando con un problema. Un país, y sólo uno, se oponía a los Dos Imperios con una gigantesca y latente fuerza. A este país se había trasladado el foco del nacionalismo semita. Y Kosowicz era estadounidense.

Pensó: «Libertad, servilismo. La democracia está modelada por los judíos». Frunció de nuevo el ceño y apretó los dedos contra su rostro. Aquello no alteró el hecho sobresaliente. La información había procedido del Frente de Liberación; y él había sido contactado, aunque indirectamente. Ahora se había

convertido en un accesorio; el pensamiento había estado mordisqueando el fondo de su cerebro durante todo el día.

Se preguntó qué podían desear de él. Había un rumor —un desagradable rumor— de que uno nunca lo descubriría. No hasta el final, hasta que uno hubiera hecho lo que se exigía de él. Eran incansables, mortíferos y sutiles. No había echado a correr a Seguridad al primer atisbo del peligro; pero eso debía de haber sido calculado. Cada giro y meandro del asunto debía de haber sido calculado.

Cada tirón del gancho que lo prendía.

Gruñó, furioso consigo mismo. El miedo formaba la mitad de su fuerza. Se abrochó la camisa, recordando los guardias en las puertas, las alambradas y los bunkeres. Allí, más que en cualquier otro sitio, nada podía alcanzarle. Por unos cuantos días podía olvidar todo el asunto. Dijo en voz alta:

—De todos modos, ni siquiera importo. No soy importante. —El pensamiento lo alegró, casi.

Apagó la luz del baño, fue a su habitación, cerró la puerta a sus espaldas. Se dirigió a la cama y se detuvo, completamente inmóvil, contemplando la librería. Entre Shirer y el tomo de Churchill había un tercer volumen, muy delgado. Adelantó una mano para tocar su lomo, delicadamente; leyó el nombre del autor, Geissler, y el título, *Hacia la humanidad*. Debajo del título, como una cruz de Lorena sin su parte superior, estaban la F y la L entrelazadas del Frente de Liberación.

Hacia diez minutos, el libro no estaba allí.

Se dirigió a la puerta. El pasillo al otro lado estaba desierto. Desde alguna parte de la casa, muy débilmente, llegaba una música: *Till Eulenspiegel*. No había sonidos más cercanos. Cerró de nuevo la puerta, la aseguró por dentro. Se volvió y vio que el armario del vestidor estaba ligeramente entreabierto.

Su maletín estaba aún en la mesita auxiliar. Cruzó hasta él, extrajo la Lüger. El tacto de la pesada pistola era reconfortante. Metió el cargador, quitó el seguro, introdujo una bala en la recámara, que resonó con un ruido seco. Se dirigió hacia el armario, abrió la puerta con el pie.

Nada.

Dejó escapar el aliento con un ligero silbido. Quitó el cargador, hizo saltar la bala de la recámara, depositó la pistola sobre la cama. Se irguió de nuevo, contemplando el estante. Pensó: «Debo haberme equivocado».

Sacó el libro, cuidadosamente. Geissler había sido prohibido desde su publicación en todas las provincias de los Dos Imperios; ni siquiera Mainwaring había visto nunca un ejemplar. Se sentó en el borde de la cama, abrió el libro al azar.

La doctrina de la coascendencia aria, tan ansiosamente adoptada por las clases medias inglesas, poseía la razonabilidad superficial de la mayor parte de las teorías rastreables últimamente hasta Rosenberg. La respuesta de Churchill, en un sentido, ya había sido hecha: pero Chamberlain, y el país, se volvieron hacia Hess...

El asentamiento de Colonia, aunque parecía ofrecer esperanzas de seguridad para los judíos ya domiciliados en Gran Bretaña, pavimentó de hecho el camino para una serie de campañas de intimidación y extorsión similares a las ya emprendidas anteriormente en la historia, notablemente por el rey Juan. La comparación no es inadecuada; para la burguesía inglesa, ansiosa de construirse una racionalización, descubrió muchos precedentes irreductibles. Un auténtico Signo de los Tiempos, casi con toda seguridad, fue el resurgir del interés en las novelas de sir Walter Scott. En 1942, la lección había sido aprendida por ambos lados; y la estrella de David era una visión común en las calles de la mayor parte de las ciudades británicas.

El viento se alzó momentáneamente en un largo ulular, agitando la ventana. Mainwaring levantó la vista, volvió su atención al libro. Hojeó varias páginas.

En 1940, con sus Fuerzas Expedicionarias desmembradas, sus aliados sumisos o derrotados, la isla se halló completamente sola. Su proletariado, confuso por un mal liderazgo, debilitado por una enorme depresión, se vio sin ninguna voz efectiva. Su aristocracia, como su contrapartida Junker, abrazó fríamente lo que ya no podía ser ignorado; mientras, tras el Putsch de Whitehall, el Gabinete se vio reducido al status de un Consejo Ejecutivo...

La llamada en la puerta lo sobresaltó y le hizo sentirse culpable. Dejó el libro a un lado. Dijo:

—¿Quién es?

—Soy yo —dijo Diane—. Richard, ¿aún no estás listo?

—Sólo un minuto —respondió. Miró el libro, luego volvió a dejarlo en el estante. Pensó: «Eso al menos no era de esperar». Volvió a meter la Lüger en el maletín y lo cerró. Luego fue a la puerta.

Diane llevaba un vestido negro de encaje, que dejaba desnudos sus hombros; su pelo, suelto, había sido cepillado hasta darle un brillo esplendoroso. La miró unos instantes, estúpidamente. Luego dijo:

—Por favor, pasa.

—Estaba empezando a inquietarme —dijo ella—. ¿Estás bien?

—Sí. Sí, por supuesto.

—Parece como si hubieras visto un fantasma —dijo ella.

Él sonrió y dijo:

—Supongo que me cogiste por sorpresa. Ese magnífico aspecto ario.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Soy medio irlandesa, medio inglesa, medio escandinava. Deberías saberlo.

—Eso no se puede sumar correctamente.

—Tampoco lo hago, la mayor parte del tiempo.

—¿Quieres una copa?

—Pequeña. Vamos a llegar tarde.

—Esta noche no es muy formal —dijo él. Se volvió, luchando con su pajarita.

Ella bebió lentamente, puso un pie de punta, lo restregó contra la alfombra. Dijo:

—Supongo que habrás estado en un montón de estas fiestas.

—Una o dos —dijo él.

—Richard, ¿van a...?

—¿Van a qué?

—No lo sé. No puedes evitar el oír cosas.

—Todo va a ir bien —dijo él—. Todas son más o menos iguales.

—¿Estás bien, de veras?

—Por supuesto.

—Te sobran dedos por todas partes. Déjame a mí. —Alzó las manos, anudó diestramente la pajarita. Sus ojos escrutaron por unos instantes el rostro de él, moviéndose en pequeños cambios de dirección. Dijo—: Ya está. Creo que es así como la querías.

—¿Cómo está James? —preguntó él cuidadosamente.

Ella le miró unos instantes más, en silencio. Luego dijo:

—No lo sé. Está en Nairobi. Hace meses que no le veo.

—En realidad, estoy un poco nervioso —confesó él.

—¿Por qué?

—Por escuchar a una encantadora rubia como tú.

Ella echó hacia atrás la cabeza y se rió. Dijo:

—Entonces también necesitas una copa.

Él se sirvió un whisky, alzó su vaso.

—Salud —dijo. El libro, ahora, parecía estar quemándole los omóplatos.

—De hecho, parece como si te estuvieras buscando a ti mismo —dijo ella.

Él pensó: «Ésta es la noche en la que todas las cosas se juntan. Debería haber una palabra para ello». Entonces recordó *Till Eulenspiegel*.

—Creo que deberíamos bajar —indicó ella.

Las luces brillaban en el Gran Salón, reflejadas por las pulidas maderas oscuras de los paneles. En el extremo más cercano del salón ardía un enorme fuego. Debajo del palco de la orquesta se habían instalado largas mesas. Informal o no, brillaban con cristalería tallada y cubiertos de plata. Las velas ardían en el centro de verdes coronas; al lado de cada sitio había enrollada una servilleta carmesí.

En el centro del salón, con su copa rozando el artesonado, se alzaba un árbol de Navidad. Sus ramas estaban llenas de manzanas, cestitos de dulces, rosas rojas de papel; en su base había amontonados regalos envueltos en papel gris a rayas. La gente estaba reunida en grupos en torno del árbol, charlando y riendo. Richard vio a Müller, el ministro de Defensa, con una impresionante rubia que supuso era su esposa; a su lado había un hombre alto con monóculo que era algo de Seguridad. Había un grupo de oficiales de la

GFP con sus oscuros y llamativos uniformes, más allá media docena de gente de Coordinación. Vio a Hans, el chófer, de pie, con la cabeza inclinada, asintiendo intensamente, sonriendo ante alguna observación; y pensó, como había pensado otras veces antes, en lo mucho que se parecía a un enorme y apuesto buey.

Diane se había detenido en la entrada y se colgó de su brazo. Pero el ministro ya les había visto. Avanzó saludándoles por entre la multitud, con una copa en la mano. Llevaba unos ajustados calzones negros de tartán y una camisa de cuello vuelto azul oscuro. Parecía alegre y relajado.

—Richard—dijo—. Y mi querida señorita Hunter. Casi les habíamos dado por perdidos. Después de todo, Hans Trapp está por aquí. Ahora una copa. Vengan, vengan; reúnanse con mis amigos. Por aquí, se está más caliente.

—¿Quién es Hans Trapp? —preguntó ella.

—Lo descubrirás dentro de un momento —respondió Mainwaring.

Un poco más tarde, el ministro dijo:

—Damas y caballeros, creo que podemos sentarnos.

La comida fue soberbia, el vino abundante. Cuando fue servido el coñac, Richard se dio cuenta de que hablaba con mayor soltura, y de que el ejemplar de Geissler estaba oculto en un rincón de su mente. Los brindis tradicionales —rey y *Führer*, las provincias, los Dos Imperios— fueron más o menos ebrios; luego, el ministro dio unas palmadas para llamar la atención.

—Amigos míos —dijo—, esta noche, esta noche muy especial en la que podemos reunimos tan libremente, es el *Weihnachtsabend*. Esto significa, supongo, muchas cosas para muchos de nosotros. Déjenme recordarles, primero y antes que nada, que ésta es la noche de los niños.

Sus niños, que han venido con ustedes para compartir al menos parte de esta Navidad muy especial.

Hizo una pausa.

—De hecho —siguió—, ya han sido llamados de su guardería; pronto estarán con nosotros. Déjenme mostrárselos. —Hizo una seña con la cabeza; ante su gesto, los sirvientes hicieron avanzar una enorme y adornada caja sobre ruedas. Fue corrida una cortina, que reveló la superficie gris de una gran pantalla de televisión. Simultáneamente, las luces que iluminaban el salón empezaron a disminuir. Diane se volvió hacia Mainwaring, con el ceño fruncido; él acarició su mano, suavemente, y agitó la cabeza.

Excepto la luz de la chimenea, el salón estaba ahora casi a oscuras. Las velas goteaban en sus candelabros, y sus llamas oscilaban en las leves corrientes de aire; en el silencio, el zumbido del viento en torno de la gran fachada era de nuevo audible. Las luces, ahora, debían estar apagadas en toda la casa.

—Para algunos de ustedes —dijo el ministro—, ésta es su primera visita aquí. Para ellos me explicaré.

»En el *Weihnachtsabend*, todos los fantasmas y duendes caminan. El demonio Hans Trapp está por aquí; su rostro es negro y terrible, sus ropas son pieles de oso. Contra él surge la Portadora de la Luz, el Espíritu de la Navidad. Algunos la llaman la Reina Lucia, algunos *Das Christkind*. Veámosla ahora.

La pantalla se iluminó.

Caminaba lentamente, como una sonámbula. Era esbelta, vestida de blanco. Su pelo color ceniza caía por encima de sus hombros; sobre su cabeza brillaba una diadema de velitas encendidas. Tras ella iban los Chicos de la Estrella, con sus bandas y sus atuendos de oropel; detrás avanzaba un pequeño grupo de niños. Se alineaban en edad desde los ocho—nueve años hasta los que apenas gateaban. Se cogían de la mano entre sí, aprensivamente, poniendo los pies en el suelo con cuidado, como gatos, lanzando aterrizadas miradas a las sombras de ambos lados.

—Estaban en la oscuridad, aguardando —dijo suavemente el ministro—. Sus niñeras los habían abandonado. Si lloraban o gritaban, no había nadie para oírles. Así que no han llorado ni gritado. Y, uno a uno, ella los ha ido llamando. Han podido ver su luz pasar junto a la puerta; y se han levantado y la han seguido. Aquí, donde estamos sentados nosotros, la temperatura es agradable. Hay seguridad. Sus regalos los están aguardando; para alcanzarlos tienen que desafiar la oscuridad.

El ángulo de la cámara cambió. Ahora estaban observando la procesión desde arriba. La Reina Lucia avanzaba firmemente; las sombras que arrojaba lamían parpadeantes los paneles de la pared.

—Ahora están en la Galería Larga —dijo el ministro—, casi directamente encima de nosotros. No deben dudar, no deben mirar atrás. En alguna parte se halla oculto Hans Trapp. Sólo *Das Christkind* puede protegerlos de Hans. ¡Vean lo cerca que se apiñan detrás de la luz!

Se oyó el inicio de un aullido, como el grito de un lobo. En parte parecía proceder de la pantalla, en parte parecían los ecos que resonaban en el propio salón. La *Christkind* se volvió y alzó los brazos; el aullido se descompuso en una cadencia multivocal, decreció hasta un murmullo. En su lugar llegó un distante y fuerte resonar, como el batir de un tambor.

Diane dijo bruscamente:

—No encuentro esto particularmente divertido.

—No se supone que lo sea —murmuró Mainwaring—. Chiss.

El ministro dijo con voz llana:

—El niño ario tiene que conocer, desde sus primeros días, la oscuridad que le rodea. Debe aprender a temer, y a superar ese temor. Debe aprender a ser fuerte. Los Dos Imperios no fueron construidos desde la debilidad; la debilidad no los sostendrá. No hay lugar para ella. Esto es algo que vuestros hijos ya conocen en parte. La casa es grande y oscura; pero vencerán a través de ella hasta la luz. Lucharán como en su tiempo luchó el Imperio. Por sus derechos de nacimiento.

El ángulo de la pantalla cambió de nuevo, mostró una amplia y curvada escalera. La cabeza de la pequeña procesión apareció arriba, empezó a descender.

—Ahora, ¿dónde está nuestro amigo Hans? —dijo el ministro—. Ah...

La mano de Diane se aferró convulsivamente en el brazo de Mainwaring. Un rostro embadurnado de negro se asomó en la pantalla. El aparecido sonrió lobunamente, los ojos fijos en la cámara; luego se volvió y avanzó rápidamente hacia la escalera. Los niños chillaron y se apretujaron; instantáneamente, el aire se llenó de un alocado estrépito. Figuras grotescas saltaron y cabriolearon; manos ansiosas aferraron y tiraron. La columna se vio sacudida y desorientada; Mainwaring observó a un niño dar una voltereta completa. Los gritos alcanzaron un tono agudo de terror; y la *Christkind* se volvió, con los brazos alzados de nuevo. Los duendes y las informes cosas retrocedieron, gruñendo, a las sombras; la lenta marcha se reanudó.

El ministro dijo:

—Ya casi están aquí. Y son buenos niños, merecedores de su raza. Preparen el árbol.

Los sirvientes corrieron con velas pequeñas para encender la multitud de otras velas que poblaban el árbol. El árbol brotó de la oscuridad, relució verdinegro; y Mainwaring pensó por primera vez que era realmente una cosa oscura, aunque resplandeciera con luz.

Las grandes puertas del extremo del salón se abrieron de par en par; y los niños entraron tambaleándose. Sollozaban, sus mejillas estaban manchadas de lágrimas, algunos llevaban hematomas y arañazos; pero todos, antes de correr hacia el árbol, se detuvieron, rindieron homenaje a la extraña criatura que los había conducido a través de la oscuridad. Entonces la corona fue alzada, las velitas apagadas; y la Reina Lucia se convirtió en un niño como los demás, una delgada niña descalza con un vestido de gasa blanca.

El ministro se levantó, riendo.

—Ahora —dijo—, música, y más vino. Hans Trapp ha muerto. Amigos míos, uno y todos, y niños: *¡frohe Weihnachten!*

—Discúlpame un momento —dijo Diane.

Mainwaring se volvió.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sólo quiero librarme de un cierto sabor —dijo ella.

Él la observó marcharse, preocupado; y el ministro sujetó su brazo, le estaba hablando:

—Excelente, Richard —dijo—. Hasta ahora todo ha ido excelentemente, ¿no cree?

—Excelente, sí, señor —respondió Richard.

—Bien, bien. Eh, Heidi, Erna..., y Frederick, ¿es Frederick? ¿Qué es lo que tenéis aquí? Oh, muy bien... —Condujo a Mainwaring hacia un lado, aún con los dedos clavados en su codo. Se oían chillidos de alegría, alguien había descubierto un trineo oculto detrás del árbol—. Mírelos —dijo el ministro—; lo felices que son ahora. Me gustaría tener hijos, Richard. Hijos propios. A veces pienso que he renunciado a demasiadas cosas... Sin embargo, aún existe la oportunidad. Soy más joven que usted, ¿se da cuenta? Ésta es la Era de la Juventud.

—Deseo para el ministro toda la felicidad que pueda conseguir —dijo Mainwaring.

—Richard, Richard, tiene que aprender usted a no ser siempre tan correcto. Suéltese un poco, está demasiado apegado a la dignidad. Es usted mi amigo. Confío en usted; por encima de todos los demás, confío en usted. ¿Se da cuenta de ello?

—Gracias, señor —dijo Richard—. Me doy cuenta de ello.

El ministro parecía burbujear con algún placer interno. Dijo:

—Richard, venga conmigo. Sólo un momento. He preparado un regalo especial para usted. No se preocupe, no lo mantendré mucho tiempo alejado de la fiesta.

Mainwaring le siguió, atraído como siempre por el curioso dinamismo del hombre. El ministro se agachó para cruzar una puerta en arco, dobló a la derecha y luego a la izquierda, descendió un estrecho

tramo de escaleras. Al final, el camino estaba cortado por una puerta de liso acero gris. El ministro apretó su palma plana contra una placa sensora; un clic, el zumbido de algún mecanismo, y la puerta se abrió hacia dentro. Al otro lado había un tramo más de escaleras de cemento, iluminado por una sola lámpara de cristal. Un aire helado sopló hacia arriba. Mainwaring se dio cuenta, con algo parecido a un shock, que habían penetrado en parte del sistema de bunkeres que perforaba en todas direcciones el suelo debajo de Wilton.

El ministro se apresuró ante él, palmeó otra puerta. Dijo:

—Juguetes, Richard. Todo juguetes. Pero me divierten. —Luego, al ver el rostro de Mainwaring—: ¡Oh, vamos, hombre! ¡Está usted más nervioso que los niños, temeroso del pobre viejo Hans!

La puerta cedió paso a un lugar a oscuras. Había un aroma pesado y dulzón que Mainwaring, por un desconcertante momento, no supo situar. Su compañero lo empujó con suavidad hacia delante. Se resistió, echándose hacia atrás; el brazo del ministro se agitó a su lado. Un clic, y el lugar se vio inundado de luz. Se halló en un lugar amplio y bajo, también de cemento. A un lado, ya limpio y brillante, se hallaba el Mercedes, y junto a él el Porsche privado del ministro. Había un par de Volkswagens, un Ford Executive; y, en el rincón más alejado, una visión de resplandeciente blancura. Un Lamborghini. Habían ido a salir al garaje subterráneo debajo de la casa.

—Mi atajo particular —dijo el ministro. Avanzó hacia el Lamborghini, pasó sus dedos por el bajo y ancho capó—. Mírelo, Richard —dijo—. Venga, siéntese. ¿No es una belleza? ¿No es espléndido?

—Sí, por supuesto —dijo Mainwaring.

—¿Le gusta?

Mainwaring sonrió.

—Mucho, señor —dijo—. ¿A quién no?

—Bien —exclamó el ministro—. Me siento tan complacido. Richard, le ascendo. Es suyo. Disfrute de él.

Mainwaring lo miró.

—Vamos, hombre —dijo el ministro—. No ponga esa cara, como si fuera un pescado. Mire, tome. La documentación, sus llaves. Todo en regla. —Sujetó a Mainwaring por los hombros, le hizo dar la vuelta, riendo—. Ha trabajado usted bien para mí. Los Dos Imperios no olvidan a sus buenos amigos, a sus servidores.

—Me siento profundamente honrado, señor —consiguió decir Mainwaring.

—No se sienta honrado. Sigue mostrándose demasiado formal. Richard...

—¿Señor?

—Permanezca a mi lado. Permanezca a mi lado. Ahí arriba..., no entienden. Pero nosotros entendemos, ¿eh? Son tiempos difíciles. Debemos estar unidos, siempre unidos. El Reino y el Reich. Separados..., podemos ser destruidos. —Se apartó, apoyó unos apretados puños sobre la capota del coche. Dijo—: Aquí está, todo esto. Los judíos, los estadounidenses..., el capitalismo. Tienen que sentir miedo. Nadie teme a un Imperio dividido. ¡Y entonces se hunde!

—Haré todo lo posible, señor —dijo Mainwaring—. Todos lo haremos.

—Lo sé, lo sé —murmuró el ministro—. Pero, Richard, esta tarde. Estuve jugando con espadas. Con pequeñas espadas estúpidas.

Mainwaring pensó: «Sé cómo me mantiene. Puedo ver el mecanismo. Pero no debo imaginar que sé toda la verdad».

El ministro se volvió, como aquejado por un gran dolor.

—La fuerza es legítima —dijo—. Tiene que serlo. Pero Hess...

—Lo hemos intentado antes, señor... —dijo lentamente Mainwaring.

El ministro golpeó el metal con su puño.

—Richard, ¿acaso no lo ve? No fuimos nosotros. No esta vez. Fue su propia gente. Baumann, von Thaden... No podría decirlo. Es un hombre viejo, carece ya de importancia. Es una idea que desean eliminar, Hess es una idea. ¿No lo comprende? Es *Lebensraum*. De nuevo... Medio mundo no es suficiente.

Se enderezó. Dijo:

—El gusano, en la manzana. Devora, devora... Pero nosotros somos Coordinación. Importamos, importamos tanto. Richard, sea usted mis ojos. Sea mis oídos.

Mainwaring guardó silencio, pensando en el libro en su habitación; y el ministro sujetó de nuevo su brazo. Dijo:

—Las sombras, Richard. Nunca estuvieron tan cerca. Podemos enseñar a nuestros hijos a temer la oscuridad. Pero... no en nuestro tiempo, ¿eh? No para nosotros. Hay vida, y esperanza. Podemos hacer tanto...

Mainwaring pensó: «Quizá sea el vino que he bebido, estoy empezando a ser presionado demasiado fuerte». Una actitud extraña, embotada, casi de indiferencia, había caído sobre él. Siguió a su ministro sin quejarse, de vuelta a través del complejo del bunker, arriba donde el gran fuego y las velas del árbol empezaban a menguar. Oyó los cantos mezclados con la voz del viento, observó a los niños con sus ojos pesados, casi dormidos. La casa parecía apaciguarse, descansar; y Diane se había ido, por supuesto. Se sentó en un rincón y bebió vino y meditó, observó al ministro ir de grupo en grupo hasta que él también se fue, el salón quedó casi vacío y los sirvientes empezaron las tareas de limpieza.

Halló su propio yo, su yo interior, dormitando al fin como dormitaba al final de cada día. El cansancio, como siempre, había llegado como una bendición. Se levantó cuidadosamente, caminó hacia la puerta. Pensó: «No seré echado en falta aquí». Las contraventanas de su cabeza se cerraron.

Encontró su llave, la metió en la cerradura de su habitación. Pensó: «Ahora, ella estará esperando. Como todas las cartas que nunca llegaron, los teléfonos que nunca sonaron». Abrió la puerta.

—¿Qué te retuvo? —preguntó Diane.

Cerró la puerta a sus espaldas, suavemente. El fuego chisporroteaba en la pequeña habitación, las cortinas estaban corridas contra la noche. Ella estaba sentada en el suelo junto a la chimenea, descalza, aún con su traje de la fiesta. Junto a ella, en la alfombra, había copas, un cenicero con colillas a medio fumar. Había una lámpara encendida; a la cálida luz, sus ojos eran grandes y oscuros.

Miró hacia la librería. El Geissler estaba aún allí, donde lo había dejado.

—¿Cómo entraste? —preguntó.

Ella rió quedamente. Dijo:

—Había una llave de repuesto en la parte de atrás de la puerta. ¿No me viste cogerla?

Avanzó hacia ella, se detuvo y la miró desde arriba. Pensó: «Añadiendo otro fragmento al rompecabezas. Demasiado, demasiado complicado».

—¿Estás irritado? —preguntó ella.

—No —dijo él.

Ella palmeó el suelo a su lado. Dijo suavemente:

—Por favor, Richard. No estés malhumorado.

Él se sentó lentamente, observándola.

—¿Una copa? —dijo ella. Él no respondió. Le sirvió una de todos modos—. ¿Qué has estado haciendo todo este tiempo? Pensé que habrías subido hacía horas.

—Estuve hablando con el ministro —dijo él.

Ella siguió los vericuetos del dibujo de la alfombra con su dedo índice. Su pelo caía hacia adelante, dorado y denso, dejando al desnudo su nuca. Dijo:

—Siento lo de antes. Fui estúpida. Creo que también me asusté un poco.

Él bebió lentamente. Se sentía como una máquina a la que se le ha acabado la cuerda. Costaba un infierno tener que empezar a pensar de nuevo a aquellas horas de la noche.

—¿Qué estuviste haciendo tú? —preguntó.

Ella le observó. Sus ojos eran sinceros. Dijo:

—Estuve sentada aquí, escuchando el viento.

—No ha debido ser muy divertido —murmuró él.

Ella negó con la cabeza, lentamente, con los ojos fijos en su rostro. Dijo en voz muy baja:

—No me conoces en absoluto.

Él no respondió. Ella siguió:

—No crees en mí, ¿verdad?

Él pensó: «Tú necesitas comprender. Tú eres distinta de los demás; y yo me estoy vendiendo barato». En voz alta, dijo:

—No.

Ella dejó su copa, sonrió, retiró la copa de él. Se inclinó hacia él sobre la alfombra, deslizó su brazo en torno de su cuello. Dijo:

—Estuve pensando en ti. Intentando aclarar mis ideas. —Le besó. El notó su lengua que empujaba, entreabrió los labios. Ella dijo—: *Mmmm...* —Se echó un poco hacia atrás, sonriendo—. ¿Te importa?

—No.

Ella apretó un mechón de pelo contra su boca, separó los dientes, le besó de nuevo. Él se notó reaccionar, involuntariamente; notó la presión de su contacto.

Ella dijo:

—Este traje es estúpido. Se mete en el camino. —Llevó una mano atrás. La tela se abrió; la empujó hacia abajo, hasta la cintura—. Ahora es como la última vez —dijo.

—Las cosas nunca son como la última vez —dijo él lentamente.

Ella se tendió sobre sus rodillas, se volvió y le miró desde abajo. Susurró:

—He atrasado el reloj.

Más tarde, en el sueño, ella dijo:

—Fui tan estúpida.

—¿Qué quieres decir?

—Fui tímida —explicó ella—. Eso es todo. Se suponía que tú no debías irte.

—¿Qué hay de James? —quiso saber él.

—Encontré a alguien. No supe lo que me estaba perdiendo.

Él dejó que su mano reposara sobre ella, y presente y pasado inmediato se hicieron confusos, de modo que mientras la sujetaba la vio arrodillarse ante él, con la luz del fuego danzando en su cuerpo. Tendió la mano hacia ella, y ella estaba dispuesta de nuevo; luchó, riendo, lo montó a pelo, dominando todo el tiempo.

Mucho más tarde, él dijo:

—El ministro me regaló un Lamborghini.

Ella rodó boca abajo, apoyó la barbilla entre sus manos y lo miró por entre mechones de pelo.

—Y ahora has conseguido una rubia. ¿Qué vas a hacer con nosotros?

—Nada de esto es real —murmuró él.

—Oh... —dijo ella. Le lanzó un suave puñetazo—. Richard, me pones frenética. Ha ocurrido, idiota. Eso es todo. Le ocurre a todo el mundo. —Rascó de nuevo la alfombra con un dedo—. Espero que me hayas dejado embarazada. Así tendrás que casarte conmigo.

Él entrecerró los ojos; y el vino empezó a cantar de nuevo en su cabeza.

Ella le besó suavemente. Dijo:

—Me lo preguntaste una vez. Hazlo de nuevo.

—No recuerdo.

—Por favor, Richard... —insistió ella.

De modo que él dijo:

—Diane, ¿quieres casarte conmigo?

Y ella dijo:

—Sí. Sí, sí.

Luego la consciencia se hizo más intensa y, aunque pensó que no sería posible, la tomó de nuevo, y esta vez fue la más espléndida de todas, dulce e intensa como la miel. Cogieron las almohadas y el cobertor de la cama y se acurrucaron muy juntos, y él se descubrió hablando, hablando, como si no existiera el sexo, estaban comprando en Malborough y tomando el té y viendo el sol ponerse desde la White Horse Hill y estaban juntos, juntos; luego ella apretó sus dedos contra la boca de él, y él se quedó dormido con ella más allá del frío y la soledad y el miedo, más allá de los desiertos y oscuros lugares, hacia abajo, quizás hasta donde se alzaban las espiras de oro y las hojas de los árboles se agitaban y coches blancos y deslumbrantes cantaban en las carreteras y los soles ardían hacia dentro, iluminando nuevos mundos.

Despertó, y el fuego casi se había apagado. Se sentó, desconcertado. Ella le observaba. Acarició unos momentos su pelo, sonriendo; luego ella se apartó. Dijo:

—Richard, ahora tengo que irme.

—Todavía no.

—Es casi de madrugada.

—No importa —dijo él.

—Sí importa —dijo ella—. Él tiene que saberlo.

—¿Quién?

—Tú sabes quién. Tú sabes por qué fui llamada aquí.

—Él no es así —dijo él—. De veras.

Ella se estremeció. Dijo:

—Richard, por favor. No me metas en líos. —Sonrió—. Es sólo hasta mañana. Sólo un corto tiempo.

Él se puso de pie, torpemente, y la retuvo, apretándola cálidamente cerca. Descalza, era baja y delgada; su hombro encajaba perfectamente en el sobaco de él.

A medio vestirse, ella se detuvo y rió, apoyó una mano contra la pared.

—Oh... —dijo—. Estoy como aturdida.

Más tarde, él dijo:

—Te veré en tu habitación.

—No, por favor —dijo ella—. Estoy bien. —Sujetaba su bolso, su pelo estaba peinado. De nuevo parecía como preparada para ir a una fiesta.

En la puerta, se volvió y dijo:

—Te quiero, Richard. De veras. —Le besó de nuevo, rápidamente, y desapareció.

Él cerró la puerta, echó el cerrojo. Permaneció un tiempo de pie, contemplando la habitación. En la chimenea, un tronco completamente quemado se partió en dos con un restallar y envió hacia arriba una nube de chispas. Se dirigió al lavamanos, se lavó cara y manos. Volvió a echar el cobertor encima de la cama, arregló las almohadas. El aroma de ella aún se aferraba a él; recordó su sabor, y lo que había dicho.

Se dirigió a la ventana, la abrió de par en par. Fuera, la nieve formaba profundos mantos y ventisqueros. La luz de las estrellas se reflejaba en ellos, fantasmalmente blanca; y toda la gran casa estaba muda. Permaneció de pie, sintiendo el frío reptar por su piel; y en medio de todo aquel silencio una voz derivó, lejana y clara. Llegaba quizá de la caseta de los guardias, llena de distancia y paz.

*Stille Nacht, heilig Nacht,
alles schläft, einsam wacht...*

Se dirigió a la cama, abrió las mantas. Las sábanas eran crujientes e inmaculadas, con un olor fresco. Sonrió, y apagó la lámpara.

*Nur das traute, kochheilige Paar.
Holder Knabe mit lochigem Haar...*

En la pared de la habitación, unos centímetros detrás del yeso de la pared, una pequeña y compleja máquina zumbó. Un carrito de delicado hilo dorado se agitó ligeramente; pero el crujir de la ventana abierta fue lo último que interesó a la grabadora, ya que la canción era incapaz de activar sus relés. Un microinterruptor entró en acción, inaudible; los filamentos de las válvulas se apagaron gradualmente y se extinguieron. Mainwaring permanecía tendido al último resplandor de la chimenea, y cerró los ojos.

*Schlaf in himmlischer Ruh,
Schlaf in himmlischer Ruh...*

2

Más allá de las cortinas corridas se enciende el resplandor.

El cielo es de un duro y claro azul; helado, lleno de luz del sol. La luz se refleja cegadora en el brillante suelo. Las cosas lejanas —campos sembrados, colinas, árboles solitarios— se yerguen nítidas. Techos y aleros son prominencias blancas, los tallos de las plantas crestas de un metro de alto. En la quietud, aquí y allá, la nieve se cuarteada y cae, reducida a polvo.

Las sombras de los jinetes se agitan y ondulan. La quietud se ve interrumpida. Los cascos resuenan en los barridos patios o aplastan con un ruido sordo la nieve. Parece como si el propio aire se hubiera vuelto cristalino por el frío; a través de él, las voces se quiebran y desmenuzan, frágiles como cristal.

—*Guten Morgen, Hans...*

—*Verflucht Kalt!*

—*Der Hundermeister sagt, sehr gefährlich!*

—*Macht nichts! Wir erwischen es bevor dem Wald!*

Un jinete aparece por debajo de un arco. El caballo resopla y corvetea.

—*Ich wette dir fünfzig amerikanische Dollar!*

—*Einverstanden! Heute, habe ich Glück!*

El ruido, las voces y los cascos, resuena sobre sí mismo. Las mejillas enrojecen, la percepción se ve realzada; para más de uno de los jinetes, el patio a primera hora de la mañana remolinea. Al lado de la puerta de la casa han sido colocados unos caballetes. Llevan un gran caldero humeante. Se alzan los tazones, llegan los brindis; las respuestas resuenan de nuevo, estrellándose unas contra otras.

—*¡Los Dos Imperios...!*

—*La Caza...*

Ahora, el tiempo es como un muelle muy tensado. Los perros saltan hacia adelante, seis para cada entrenador, tensando sus correas, haciéndolas restallar. Tras ellos se empujan los jinetes. Los ondeantes abrigo escarlatas barren la nieve. En la casa del guarda, un oficial saluda; otro junta sus enguantadas manos, asiente con la cabeza. Las puertas se abren con un gemido.

Y a lo largo de la región, en kilómetros y kilómetros alrededor, las puertas resuenan, los cerrojos son corridos, las contraventanas cerradas, los niños mantenidos dentro. Las calles de los pueblos, cubiertas de nieve, aguardan silenciosas. En algún lugar ladra un perro, es acallado. Las casas se asientan hoscas y ciegas. El mundo ha desaparecido, más rápido de lo que los caballos pueden galopar. Hoy se producirá la Caza; sobre la nieve.

Los jinetes se despliegan a través de la moteada extensión de los campos. Una comprobación, una búsqueda; y los cuernos empiezan a sonar. A la cabeza, los perros corren y saltan, puntos negros contra la blancura. Los cuernos suenan de nuevo; pero esas jaurías corren mudas. Los jinetes barren hacia adelante, hacia la línea.

Ahora, para los cazadores, tiempo y visión se fragmentan. Tallos y nieve se mezclan en un precipitado azul; y los troncos de los árboles, las zanjas, las puertas. La marea alcanza una cresta del terreno, se derrama por la ladera opuesta. Los setos quedan atrás, cubiertos por su banco manto; y el silencio reinante es interrumpido por un ahogado tronar, la caída y el desmenuzamiento contra el suelo. Suena el Avistamiento, duro y agudo; y el frenesí, y el latir acelerado de la sangre, desalojan la inteligencia. Un caballo cae, en un vuelo gigantesco; otro rueda sobre sí mismo y aplasta a su jinete contra la nieve. Una montura corre sin jinete. La Caza, destruyendo, se destruye inconsciente a sí misma.

Hay algunas casitas, una pálida cerca. La cerca es rebasada casi sin verla. Un pollo doméstico entra en erupción en medio de una nube de cristales que vuelan hacia todos lados; los pájaros aletean chillando bajo los cascos. Los gorros se pierden en un revoloteo. Los látigos chasquean, las espuelas se clavan en los sudorosos flancos; y el bosque está cerca. Los tallos azotan, y las ramas; la nieve cae con un ruido sordo. El cuarteamiento está ahora por todas partes.

Al final siempre es lo mismo. Los entrenadores convergen, emitiendo sus yodels, en medio de la pisoteada maleza; los jinetes fuerzan su camino más y más cerca, sus monturas resbalan y tiemblan; y cae el silencio. Sólo la presa, enrojecida, se agita y retuerce; el agudo sonido que emite es el sonido del dolor.

Ahora, si así lo decide, el *Jagdmeister* puede terminar el sufrimiento. El restallar de la pistola suena hueco; y los pájaros entran en erupción: se elevan desde las heladas ramas, giran con los ecos y chillan. La pistola dispara de nuevo; y la presa queda quieta. Al cabo de un tiempo, los últimos estremecimientos se detienen; y un perro se arrastra hacia adelante y empieza a lamer.

Ahora se inicia un lento movimiento; una dispersión, dejándose del lugar. Hay murmullos, una risa que se ahoga hasta reducirse al silencio. La fiebre pasa. Alguien empieza a estremecerse; y una muchacha, con la sangre orillando en su mejilla y en su cuello, se lleva un guante a la frente y gime. La Necesidad ha venido y se ha ido; por un corto tiempo los Dos Imperios se han purificado a sí mismos.

Los jinetes regresan en sus cansadas monturas, cruzan dispersos las puertas. Cuando entra el último, una camioneta negra, cerrada, parte y se aleja. Al cabo de una hora, en silencio, regresa; y las puertas se cierran tras ella.

Emerger de las profundidades del sueño era como alzarse lentamente a través de un cálido mar. Por unos momentos, mientras Mainwaring permanecía tendido con los ojos cerrados, recuerdos y consciencia se confundieron de tal modo que ella estaba con él y la habitación era un recordado lugar de su infancia. Se frotó el rostro, bostezó, sacudió la cabeza; y la llamada que lo había despertado sonó de nuevo. Dijo:

—¿Sí?

—El último desayuno es dentro de quince minutos, señor —dijo la voz.

—Gracias —respondió, y oyó los pasos alejarse.

Se incorporó, tanteó en la mesilla de noche en busca de su reloj, lo acercó a los ojos. Las once menos cuarto.

Echó a un lado las mantas, notó el aire hormiguear en su piel. Ella había estado con él, realmente, al amanecer; su cuerpo recordaba el súcubo con una fuerza casi dolorosa. Bajó la vista, sonriente, se dirigió al cuarto de baño. Se duchó, se secó, se afeitó y se vistió. Cerró la puerta y echó la llave, se dirigió hacia la sala del desayuno. Unas cuantas parejas estaban aún sentadas ante sus cafés; sonrió unos buenos días, ocupó un asiento junto a una ventana. Al otro lado de los dobles cristales la nieve se amontonaba densa; su reflejo iluminaba la estancia con un brillo blanco invertido. Comió lentamente, oyendo gritos distantes. En la larga ladera detrás de la casa, grupos de niños se lanzaban vigorosamente bolas de nieve. Por un momento vio un tobogán, que se desvaneció tras una creciente hinchazón del suelo.

Había esperado poder verla, pero no fue. Bebió su café, fumó un cigarrillo. Se dirigió a la sala de la televisión. La gran pantalla de color mostraba una fiesta infantil en un hospital de Berlín. Miró durante un rato. La puerta a sus espaldas sonó un par de veces, pero no era Diane.

Había un segundo salón de invitados, normalmente no muy frecuentado en aquella época del año, y una sala de lectura y biblioteca. Vagó por ellas, pero no había la menor señal de la mujer. Se le ocurrió que tal vez aún no se hubiera levantado; en Wilton había pocas reglas estrictas para el día de Navidad. Pensó: «Hubiera debido comprobar el número de su habitación». Ni siquiera estaba seguro de en cuál de las alas de invitados había sido instalada.

La casa estaba tranquila; parecía como si la mayor parte de los visitantes se hubieran retirado a sus habitaciones. Se preguntó si ella habría cabalgado con la Caza; la había oído vagamente, al partir y al regresar. Dudaba que el asunto hubiera tenido mucho interés.

Regresó a la sala de la televisión, la estuvo contemplando durante una hora o más. A la hora de comer se sentía vagamente irritado, y notaba también el ascenso de una curiosa intranquilidad. Regresó a su habitación, preguntándose si por alguna casualidad ella no habría vuelto allí; pero el milagro no se repitió. La habitación estaba vacía.

El fuego ardía en la chimenea y la cama había sido hecha. Había olvidado las llaves maestras de los sirvientes. El ejemplar del Geissler aún estaba en su estante. Lo tomó, lo sopesó en sus manos con el ceño fruncido. En cierto sentido, era una locura dejarlo allí.

Se encogió de hombros, volvió a colocarlo en su sitio, pensó: «¿Quién lee los lomos de los libros en los estantes, de todos modos?». El complot, si había habido algún complot, parecía absurdo ahora, a la clara luz del día. Salió al pasillo, cerró la puerta a sus espaldas y echó la llave. Intentó, en lo posible, apartar el libro de su mente. Representaba un problema; y no estaba preparado para enfrentarse con los problemas. Había demasiadas otras cosas en su cerebro.

Comió solo, ya con un muy definido malestar; el proceso lo estaba inquietando como el de otros años. En una ocasión creyó verla en el pasillo. Su corazón empezó a latir aceleradamente; pero era la otra rubia, la mujer de Müller. Los gestos, la caída del cabello, eran similares; pero esta mujer era más alta.

Se dejó sumir de nuevo en una ensoñación. Las imágenes de ella parecían estar grabadas en su mente; cada una para ser seleccionada, estudiada, colocada amorosamente a un lado. Vio la textura de la luz del fuego en su pelo y en su piel, sus pestañas rozando su mejilla mientras permanecía tendida entre sus brazos y dormía. Otros recuerdos, más agudos, más inmediatos, pulsaban como pequeños shocks en su mente. Ella echando hacia atrás su cabeza, sonriendo; su pelo revoloteando, rozando uno de sus pezones.

Apartó su copa, se levantó. A las tres en punto de la tarde el patriotismo requería su presencia en la sala de la televisión. Como era requerida la presencia de todos los demás invitados. Entonces, si no antes, la vería. Reflexionó, irónicamente, que la había estado aguardando media vida; un poco más no le haría ningún daño.

Empezó a recorrer de nuevo la casa: el Gran Salón, la Galería Larga donde había caminado la *Christkind*. Debajo de las ventanas que se alineaban a un lado había un techo cubierto de nieve. La áspera luz reflejada golpeaba hacia arriba, robando al lugar todo su misterio. En el Gran Salón habían retirado ya el árbol. Observó al personal de la casa colgando cortinas, trasladando montones de sillas de mimbre dorado.

En la Galería de los Bardos, un montón de cajas de formas extrañas proclamaba que la orquesta había llegado.

A las dos de la tarde se dirigió hacia la sala de la televisión. Una rápida ojeada le aseguró que ella no estaba allí. El bar estaba abierto; Hans, con su aspecto tan enorme y suave como siempre, se había ofrecido a servir a los invitados. Sonrió a Mainwaring y dijo:

—Buenas tardes, señor.

Mainwaring pidió una cerveza grande, llevó el vaso a un asiento en un rincón. Desde allí podía ver a la vez la pantalla de la televisión y la puerta.

La pantalla mostraba el vínculo mundial en que se había convertido la venerada tarde de la Navidad dentro de los Dos Imperios. Vio, sin un interés particular, destellar los saludos de las guarniciones en Leningrado y Moscú, un barco de luz, una estación climática en el Ártico, una Misión en el África Oriental alemana. A las tres en punto iba a hablar el *Führer*; este año, por primera vez, Ziegler precedía a Eduardo VIII.

La habitación se llenó lentamente. Ella no llegó. Mainwaring terminó la cerveza, fue al bar, pidió otra y un paquete de cigarrillos. La inquietud se estaba agudizando ahora en algo muy parecido a la alarma. Pensó, por primera vez, que tal vez se hubiera puesto enferma.

La hora destelló, seguida por el resonar de los tambores del himno alemán. Se alzó con los demás, permaneció rígidamente firmes hasta que hubo terminado. La pantalla quedó en blanco, luego mostró la sala familiar en la Cancillería; los oscuros y altos paneles, las cortinas carmesíes, el gran emblema de la *Hakenkreuz* sobre el escritorio. El *Führer*, como siempre, habló impecablemente; pero Mainwaring pensó, con un fragmento de su mente, en lo viejo que empezaba a parecer.

El discurso terminó. Se dio cuenta de que no había oído ni una palabra de lo que había dicho.

Los tambores resonaron de nuevo. El rey dijo:

—Una vez más, por Navidad, es mi... deber y satisfacción... hablaros.

Algo pareció estallar dentro de la cabeza de Mainwaring. Se levantó, se dirigió rápidamente al bar.

Dijo:

—Hans, ¿has visto a la señorita Hunter?

El otro se volvió en redondo.

—Señor, *chiss...*, por favor —dijo.

—¿La has visto?

Hans miró la pantalla, luego de nuevo a Mainwaring. El rey estaba diciendo:

—Ha habido... problemas y dificultades. Más quizá se extiendan ante nosotros. Pero con... la ayuda de Dios, serán superados.

El chófer se humedeció los labios.

—Lo siento, señor —dijo—. No sé lo que quiere decir.

—¿Cuál es su habitación?

El robusto hombre parecía atrapado. Murmuró:

—Por favor, señor Mainwaring. Va a meterme en problemas...

—¿Cuál era su habitación?

Alguien se volvió y chistó furiosamente. Hans dijo:

—No le comprendo.

—Por el amor de Dios, hombre, tú llevaste sus cosas arriba. ¡Te vi hacerlo!

—No, señor... —murmuró Hans.

Momentáneamente, el salón pareció empezar a dar vueltas.

Había una puerta detrás del bar. El chófer retrocedió un paso. Dijo:

—Señor. Por favor...

El lugar era un almacén. Había botellas de vino, un estante con frascos de olivas, nueces, huevos. Mainwaring cerró la puerta a sus espaldas, intentó controlar sus temblores. Hans dijo:

—Señor, no debería preguntarme usted estas cosas. No conozco a ninguna señorita Hunter. No sé lo que quiere decirme usted.

—¿Cuál era su habitación? —insistió Mainwaring—. Te exijo que me respondas.

—¡No puedo!

—Tú me trajiste aquí ayer desde Londres. ¿Acaso lo niegas?

—No, señor.

—Me trajiste aquí con la señorita Hunter.

—¡No, señor!

—*¡Malditos sean tus ojos!, ¿dónde está?*

El chófer sudaba. Una larga espera; luego:

—Señor Mainwaring, por favor. Tiene que comprender. No puedo ayudarle. —Tragó saliva, se irguió. Dijo—: Lo traje hasta aquí desde Londres. Lo siento. Lo traje... *completamente solo.*

La puerta del salón se cerró de golpe detrás de Mainwaring. Medio anduvo, medio corrió hasta su habitación. Cerró la puerta de golpe a sus espaldas, se reclinó contra ella, jadeando. A su tiempo, el vértigo pasó. Abrió lentamente los ojos. El fuego brillaba alegremente; el Geissler estaba en su estante. Nada había cambiado.

Se puso a trabajar, metódicamente. Apartó muebles, miró detrás de ellos. Enrolló la alfombra hacia un lado, golpeó cada centímetro cuadrado del suelo. Extrajo una linterna de su maletín y examinó minuciosamente el interior del armario del vestidor. Pasó los dedos por las paredes, sección tras sección, golpeando de tanto en tanto. Finalmente, cogió una silla y desmontó la luz del techo.

Nada.

Empezó de nuevo. A medio camino del segundo examen se inmovilizó, contemplando las planchas del suelo. Se dirigió a su maletín, tomó el destornillador de la funda de su pistola. Tras unos momentos de trabajo con la hoja, se sentó hacia atrás, contemplando fijamente su palma. Se pasó una mano por el rostro, colocó con mucho cuidado su hallazgo en la mesita lateral. Un diminuto pendiente, uno del par que ella había llevado. Permaneció sentado allá, respirando pesadamente, con la cabeza entre las manos.

La breve luz del día se había desvanecido mientras trabajaba. Encendió la lámpara de pie, quitó la pantalla, colocó la desnuda bombilla en el centro de la habitación. Examinó de nuevo las paredes, observando, golpeando, apretando. Junto a la chimenea, finalmente, una sección de diez centímetros cuadrados de yeso sonó hueca.

Acercó la bombilla, examinó la rendija, del grosor de un cabello. Insertó delicadamente la hoja del destornillador, hizo presión. Probó de nuevo. Un clic; y la sección se abrió sobre bisagras.

Metió la mano en el pequeño espacio, temblando, y extrajo la grabadora. Permaneció unos instantes en silencio, con ella en las manos; luego alzó los brazos, estrelló la pequeña máquina contra la chimenea. La pateó concienzudamente, jadeante, hasta que quedó reducida a fragmentos.

El lejano zumbido creció hasta convertirse en un rugir, descendió sobre la casa. El helicóptero se posó lentamente, con los faros de su vientre resplandeciendo, alzando una tormenta de nieve con sus palas. Mainwaring se dirigió a la ventana, miró. Los niños embarcaron en él, aferrando bufandas y guantes, maletas, cajas con los nuevos juguetes. La escalerilla fue retirada, la portezuela se cerró. La nieve se agitó de nuevo; el aparato se elevó pesadamente, giró alejándose en dirección a Wilton.

La Fiesta estaba a punto de empezar.

Las luces resplandecen a todo lo largo y ancho de la casa. La luz anaranjada que brota de las ventanas arroja largas franjas de resplandor sobre la nieve. Por todas partes hay un ansioso ir y venir, el rumor de pasos, el tintinear de la plata y la cristalería, órdenes apresuradas. Los camareros se afanan entre la cocina y la Sala Verde, donde se celebra la cena. Plato tras plato van llegando y son presentados. Faisanes doradamente asados, alardeando de sus plumas entre las sombras y el resplandor de las velas, con mechitas empapadas de alcohol ardiendo en sus picos. El ministro se levanta, riendo; se produce brindis tras brindis. Por los cinco mil tanques, los diez mil cazas, las cien mil ametralladoras. Los Dos Imperios festejan regiamente a sus invitados.

El momento culminante se acerca. La cabeza del jabalí, adornada y humeante, es traída a hombros. Sus colmillos brillan; aferrada entre sus mandíbulas lleva el símbolo del dorado sol, la manzana. Tras él avanzan los expósitos y las máscaras, con sus linternas y sus cuencos de mendigo. El villancico que cantan es mucho más viejo que los Dos Imperios; mucho más viejo que el Reich, mucho más viejo que la Gran Bretaña.

Arriba los desposeídos, los pobres que se afanan y hacen que la compasiva Ceres se entristezca...

El estrépito de las voces crece. Se arrojan resplandecientes monedas; se sirve más vino. Y más vino, y más, y más. Se pasan cuencos de frutas, y bandejas de dulces; aromáticos pasteles, pan de jengibre, mazapanes. Hasta que, a una señal, llegan el coñac y las cajas de puros.

Las damas se levantan para marcharse. Avanzan, con el rostro encendido y charlando, por los corredores de la casa, como muchachos uniformados iluminando ostentosamente su camino. En el Gran Salón aguardan sus escoltas. Cada joven es alto, rubio, impecablemente uniformado. En la Galería de los Bardos se alza una batuta; a través de los prados, distante, flota la girante excitación de un vals.

En la Sala Verde, brumosa ahora con el humo, las puertas se abren una vez más. Los sirvientes se apresuran de nuevo, entrando cajas, grandes paquetes envueltos en gris rematados con lazos de satén escarlata. El ministro se pone de pie, golpea la mesa para reclamar silencio.

—Amigos míos, mis buenos amigos, amigos de los Dos Imperios. Para ustedes no se escatima nada. Para ustedes son los regalos más escogidos. Esta noche, nada excepto lo mejor es suficientemente bueno; y nada excepto lo mejor está aquí. Amigos, diviértanse. Disfruten de mi casa. *¡Frohe Weihnachten...!*

Se dirige rápidamente hacia las sombras y desaparece. Tras él cae el silencio. Unos momentos de espera; y, lenta, misteriosamente, el gran montón de regalos empieza a agitarse. El papel se rasga, se abre. Aquí emerge una mano, allá un pie. Una pausa, con el aliento contenido; y la primera de las muchachas se alza lentamente, desnuda a la luz de las llamas, agitando su resplandeciente pelo.

La mesa ruge de nuevo.

El sonido alcanzó débilmente a Mainwaring. Dudó a los pies de la escalera principal, avanzó. Se volvió a derecha e izquierda, descendió rápidamente un tramo de escaleras. Pasó las cocinas y la sala de los sirvientes. Del salón le llegaba el estruendo de un tocadiscos. Se dirigió hasta el extremo del pasillo, abrió una puerta. El aire nocturno sopló sobre su rostro.

Cruzó el patio, abrió otra puerta. El espacio al otro lado estaba brillantemente iluminado; captó el débil y mohoso olor de los animales. Hizo una pausa, se secó el rostro. Iba en mangas de camisa; pero, pese al frío, estaba sudando.

Avanzó de nuevo, firmemente. A ambos lados del corredor estaban las partes delanteras de las jaulas. Los perros se lanzaban con fuerza contra los barrotes. Los ignoró.

El corredor se abría a una cámara cuadrada de cemento. A un lado había una rampa. A sus pies estaba aparcada una camioneta negra sin ventanillas.

En la pared del fondo, una puerta mostraba una rendija de luz. Dio unos secos y rápidos golpes, repitió la llamada.

—*Hundenmeister...*

La puerta se abrió. El hombre que se asomó por ella y le miró tenía tantas arrugas y tanta barriga como un avieso Santa Claus. A la vista del rostro de su visitante intentó retroceder; pero Mainwaring lo sujetó por el brazo.

—*Herr Hundenmeister*, tengo que hablar con usted —dijo.

—¿Quién es usted? No le conozco. ¿Qué quiere...?

Mainwaring exhibió sus dientes.

—La camioneta —dijo—. Usted condujo la camioneta esta mañana. ¿Qué había en ella?

—No sé qué quiere decir...

El empujón lo arrojó trastabillando al suelo. Intentó escapar; pero Mainwaring lo agarró de nuevo.

—¿Qué había en ella?

—¡No voy a hablar con usted! ¡Márchese!

El golpe restalló en su mejilla. Mainwaring le golpeó de nuevo, con el revés de su mano, lo arrojó contra la camioneta.

—¡Ábrala...!

—*Wer ist da? Was ist passiert?*

El hombrecillo se estremeció, restregándose la boca.

Mainwaring se enderezó, jadeando fuertemente. El capitán de la GFP avanzó, mirando, los pulgares metidos en su cinturón.

—*Wer sind Sie?*

—Ya lo sabe muy bien —dijo Mainwaring—. Y hable en inglés, maldito cabrón. Es usted tan inglés como yo.

El otro le miró con ojos furiosos. Dijo:

—No tiene usted ningún derecho a estar aquí. Tendría que arrestarle. No tiene derecho a abordar a Herr Hundenmeister.

—¿Qué hay en esa camioneta?

—¿Se ha vuelto usted loco? La camioneta no es asunto suyo. Márchese. Ahora mismo.

—¡Ábrala!

El otro dudó, y finalmente se encogió de hombros. Retrocedió unos pasos. Dijo:

—Muéstreselo, mein Herr.

El *Hundenmeister* trasteó con un manojito de llaves. La puerta de la camioneta chirrió. Mainwaring avanzó unos pasos, lentamente.

El vehículo estaba vacío.

—Ya ha visto lo que deseaba ver —dijo el capitán—. Ya está satisfecho. Ahora márchese.

Mainwaring miró a su alrededor. Había otra puerta, profundamente hundida en la pared. A su lado había una serie de controles, como los de una cámara acorazada.

—¿Qué hay en esa habitación?

El hombre de la GFP dijo:

—Ha ido usted demasiado lejos. Le ordeno que se marche.

—¡No tiene usted ninguna autoridad sobre mí!

—¡Vuelva a sus aposentos!

—Me niego —dijo firmemente Mainwaring.

El otro abrió de una palmada la funda en su cadera.

Sujetó la culata de la Walther, con los puños cerrados, las piernas separadas. Dijo:

—Entonces tendré que dispararle.

Mainwaring pasó desdeñosamente por su lado. Los ladridos de los perros se desvanecieron cuando cerró de golpe la puerta exterior a sus espaldas.

Fue entre las clases medias donde brotaron las primeras semillas; y fue entre las clases medias donde florecieron. Gran Bretaña había sido llamada muy a menudo una nación de tenderos; entonces, por un corto tiempo, las cajas fueron cerradas, las puertas metálicas bajadas. De la noche a la mañana, pareció, un estéril símbolo de desunión social y nacional se convirtió en el Einsatzgruppenführer; y se tendieron las alambradas de los primeros campos de detención...

Mainwaring terminó la página, la arrancó del libro, la arrugó hasta convertirla en una pelota y la arrojó al fuego. Siguió leyendo. A su lado, sobre la chimenea, había una botella de whisky medio llena y un vaso. Tomó mecánicamente el vaso, bebió. Encendió un cigarrillo. Unos minutos más tarde, una nueva página siguió a la anterior.

El reloj tictaqueaba firmemente. El papel, al arder, producía un ligero rumor. Sus reflejos danzaban en el techo de la habitación. En una ocasión Mainwaring alzó la cabeza, escuchó; en una ocasión depositó el roto libro a un lado, se frotó los ojos. La habitación, y el pasillo al otro lado, permanecían tranquilos y en silencio.

Contra una fuerza inmensurable debemos actuar hábilmente; contra un mal inmensurable, fe y una gran resolución. En la guerra nos comprometemos, las apuestas son altas; la dignidad del hombre, la libertad del espíritu, la supervivencia de la humanidad. En esa guerra, muchos de nosotros hemos muerto ya; muchos más sacrificarán indudablemente sus vidas. Pero siempre, más allá de ellos, habrá otros; y más aún. Debemos seguir adelante; hasta que esa cosa sea borrada de la faz de la tierra.

Mientras tanto, debemos animar nuestros corazones. Cada golpe, ahora, es un golpe para la libertad. En Francia, Bélgica, Finlandia, Polonia, la Unión Soviética, las fuerzas de los Dos Imperios se enfrentan entre sí, inquietas. Codicia, celos, desconfianza mutua; éstos son los enemigos, y actúan desde dentro. Esto es algo que los Imperios saben muy bien. Y, sabiéndolo, por primera vez en su existencia temen...

La última página fue arrugada y lanzada a las cenizas. Mainwaring se echó hacia atrás, mirando a la nada. Finalmente se agitó, alzó la vista. Eran las tres de la madrugada; y aún no habían ido por él.

La botella se había terminado. La dejó a un lado, abrió otra. Echó el líquido en el vaso, mientras oía el amplificado tictac del reloj.

Cruzó la habitación, tomó la Luger del maletín. Encontró los útiles de limpieza. Se sentó por unos instantes, como atontado, contemplando la pistola. Luego quitó el cargador, abrió la recámara, soltó el pestillo, deslizó el cañón sobre sus guías.

Su mente, debilitada, había empezado a sufrir extraños trucos. Vagaba hacia adelante y hacia atrás, recordando escenas, episodios, detalles a veces de años anteriores; triviales, desconectados. A través y entre aquel vagar, una y otra vez, sonaban las antiguas y lúgubres palabras del villancico. Intentó alejarlas, pero era imposible.

Arriba los desposeídos, los pobres que se afanan y hacen que la compasiva Ceres se entristezca...

Desmontó la pistola, fue depositando las partes sobre la mesa, las limpió con aceite y agua, las secó y volvió a aceitarlas. Montó de nuevo el arma, trabajando meticulosamente; comprobó su perfecto funcionamiento. Luego llenó un cargador, lo metió, colocó el seguro en *Gesichert*. Sacó el cargador, volvió a meterlo.

Cogió su maletín, depositó dentro cuidadosamente la pistola, con la culata hacia arriba. Llenó un cargador de repuesto, añadió la culata suplementaria y una caja de cincuenta cartuchos Parabellum. Bajó la tapa y la cerró, depositó el maletín al lado de la cama. Después de eso ya no había nada más que hacer. Se sentó de nuevo en el sillón, volvió a llenarse el vaso.

Arriba los excitados, los pobres que se afanan...

Finalmente, la luz se desvaneció.

Despertó, y la habitación estaba a oscuras. Se puso de pie, notó que el suelo oscilaba ligeramente. Comprendió que sufría los efectos de la resaca. Tanteó en busca del interruptor de la luz. Las manecillas del reloj marcaban las ocho.

Se sintió vagamente culpable por haber dormido tanto.

Se dirigió al cuarto de baño. Se desnudó y se duchó, con el agua tan caliente como pudo soportar. El proceso lo despejó un poco. Se secó, contemplándose a sí mismo. Pensó por primera vez en lo curiosos que eran esos cuerpos.

Se vistió y se afeitó. Había recordado lo que iba a hacer; mientras se anudaba la corbata, intentó recordar por qué. No pudo. Al parecer, su cerebro estaba como muerto.

Había un par de dedos de whisky en la botella. Se lo sirvió, hizo una mueca y bebió. Se estremeció heladamente por dentro. Pensó: «Como la primera mañana en una nueva escuela».

Encendió un cigarrillo. Inmediatamente, su garganta se inundó. Corrió al cuarto de baño y vomitó. Luego vomitó de nuevo. Finalmente, ya no quedó nada que vomitar.

Le dolía el pecho. Se enjuagó la boca, se lavó de nuevo la cara. Se sentó en el dormitorio durante un rato, la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Poco a poco, los temblores fueron cediendo. Permaneció allí sin pensar, oyendo el tictac del reloj. En un momento determinado, sus labios se movieron. Dijo:

—Ellos no son mejores que nosotros.

A las nueve bajó a la sala del desayuno. Tenía la sensación de que su estómago sería capaz de retener muy poco. Comió una tostada, cuidadosamente, bebió un poco de café. Pidió un paquete de cigarrillos, regresó a su habitación. A las diez estaba previsto que se reuniera con el ministro.

Comprobó de nuevo el maletín. Un pensamiento le hizo añadir un par de guantes de motorista. Se sentó de nuevo, contempló las cenizas donde había quemado el Geissler. Una parte de él deseaba sujetar las manecillas del reloj para que no se movieran. A las diez menos cinco tomó el maletín, salió al pasillo. Se detuvo unos instantes, mirando a su alrededor. Pensó: «Todavía no ha ocurrido. Todavía sigo vivo». Todavía tenía el piso en la ciudad donde poder volver, todavía estaba su oficina; las altas ventanas, los teléfonos, el utilitario escritorio color caqui.

Recorrió los pasillos iluminados por el sol hacia la suite del ministro.

La habitación a la que fue admitido era larga y amplia. Un fuego ardía en la chimenea; a su lado, sobre una mesita baja, había vasos y una jarra. Sobre la repisa, convencional, colgaba el retrato del *Führer*. Eduardo VIII le miraba de frente desde el otro lado de la habitación. Las altas ventanas enmarcaban una perspectiva del ondulado parque. En la distancia, azules en el horizonte, estaban los bosques.

El ministro dijo:

—Buenos días, Richard. Por favor, siéntese. No creo que vaya a retenerle mucho tiempo.

Se sentó y colocó el maletín junto a sus rodillas.

Aquella mañana todo parecía extraño. Estudió curiosamente al ministro, como si lo viese por primera vez. Tenía esa clase de rostro que en una ocasión pensó que era peculiarmente inglés; nariz corta y bien formada, unos pómulos altos y delicados. El pelo, rubio corto, le hacía parecer casi adolescente. Los ojos eran sinceros, planos y orlados de oscuro. Antes que ario, decidió Mainwaring, más bien parecía algún fiero juguete de jardín de infancia; un feral osito de felpa.

El ministro hojeó unos papeles. Dijo:

—Han ocurrido varias cosas; entre ellos, me temo, más disturbios en Glasgow. La división cincuenta y uno Panzer está en alerta; de todos modos, la noticia aún no se ha difundido.

Mainwaring deseó sentir su cabeza menos hueca. Hacía que su propia voz resonara más de lo necesario. Dijo:

—¿Dónde está la señorita Hunter?

El ministro hizo una pausa. Sus pálidos ojos le miraron; luego siguió:

—Me temo que tendré que pedirle que acorte su estancia aquí. Tengo que volver a Londres para una reunión, probablemente mañana, quizá pasado mañana. Me gustaría que fuera usted conmigo, por supuesto.

—¿Dónde está la señorita Hunter?

El ministro colocó sus manos planas sobre su escritorio, se estudió las uñas. Dijo:

—Richard, hay aspectos de la cultura de los Dos Imperios que no son ni mencionados ni discutidos. Usted, más que nadie, debería saberlo. Estoy siendo paciente con usted; pero hay límites a lo que puedo tolerar.

Raras veces se afanaba mientras Ceres avanzaba, cosa que hacía que los hombres pobres se alegraran...

Mainwaring abrió la tapa del maletín y se puso de pie. Quitó el seguro y alzó la pistola.

Durante un momento hubo un silencio absoluto. El fuego chisporroteaba suavemente. Luego, el ministro sonrió. Dijo:

—Una pistola interesante, Richard. ¿Dónde la consiguió?

Mainwaring no respondió.

El ministro trasladó cuidadosamente sus manos a los brazos del sillón, se reclinó en él. Dijo:

—Es el modelo de la Marina, por supuesto. También es bastante antiguo. ¿Por casualidad lleva la marca Erfurt? Su valor se vería considerablemente incrementado. —Sonrió de nuevo y dijo—: Si el cañón está en buen estado, se la compro. Para mi colección particular.

El brazo de Mainwaring empezó a temblar. Sujetó su muñeca con la mano izquierda para afirmarla.

El ministro suspiró. Dijo:

—Richard, puede llegar a ser usted tan testarudo. Es una buena cualidad; pero la lleva demasiado lejos. —Sacudió la cabeza—. ¿Ha imaginado por un momento que yo no sabía que venía usted aquí para matarme? Mi querido amigo, ha pasado por una gran prueba. Está abrumado. Créame, sé exactamente cómo se siente.

—Usted la mató —dijo Mainwaring.

El ministro abrió las manos. Dijo:

—¿Con qué? ¿Con una pistola? ¿Con un cuchillo? Realmente, ¿tengo el aspecto de un personaje tan tenebroso?

Las palabras crearon un dolor frío, una tensión en su pecho. Pero tenían que ser dichas.

Las cejas del ministro se alzaron. Luego se echó a reír. Finalmente dijo:

—Oh, al fin lo veo. Lo comprendí, pero no podía creerlo. Así que intimidó usted a nuestro pobre pequeño *Hundenmeister*, que no valía demasiado; e irritó seriamente a *Herr Hauptmann*, que no era muy listo. Todo ello a causa de la fantasía que tiene metida en su cabeza. ¿Lo cree realmente, Richard? Quizá también crea en *Struwwelpeter*. —Se adelantó en su asiento—. La Caza se produjo. Y mató... un ciervo. Nos proporcionó una persecución excelente. En cuanto a su pequeña Cazadora..., Richard, no está. Nunca existió. Era una fantasía de su imaginación. Será mejor que la olvide.

—Estábamos enamorados —dijo Mainwaring.

El ministro dijo:

—Richard, realmente se vuelve usted pesado. —Agitó de nuevo la cabeza—. Ambos somos adultos. Ambos sabemos lo que valen las palabras. Son como una paja en el viento. Una vela en una noche de tormenta. Una frase sin sentido. *Lächerlich*. —Juntó las manos, se frotó una palma—. Cuando esto haya terminado, quiero que se marche. Un mes, seis semanas quizá. Con su nuevo coche. Cuando vuelva..., bien, ya veremos. Búsquese alguna amiga, si necesita tanto a una mujer. *Einen Schatz*. Nunca lo soñé; es usted tan remoto, debería hablar más de sí mismo. Richard, le comprendo; pero no es una cosa tan terrible.

Mainwaring le miró fijamente.

El ministro dijo:

—Vamos a hacer un arreglo. Tendrá usted el uso de un apartamento, un espléndido apartamento. Para que su dama esté cerca. Cuando se canse de ella..., búsquese otra. En su mayor parte son insatisfactorias, pero razonables. Ahora siéntese como un chico bueno y guarde esa pistola. Parece tan tonto, de pie aquí con el ceño fruncido de esta manera.

Tuvo la sensación de sentir toda su vida, toda su experiencia, como un peso gris tirando de él. Bajó la pistola, lentamente. Pensó: «Al final se equivocaron. Eligieron al hombre equivocado».

—Supongo que ahora debo usarla contra mí mismo —dijo.

El ministro dijo:

—No, no, no. Sigue sin comprender. —Unió sus nudillos, sonriendo—. Richard, *Herr Hauptmann* hubiera debido arrestarle anoche. Yo no se lo permití. Esto es entre nosotros. Nadie más. Le doy mi palabra.

Mainwaring notó que sus hombros se hundían. Las fuerzas parecieron abandonarle; la pistola, ahora, era demasiado pesada para su brazo.

El ministro dijo:

—Richard, ¿por qué tan hosco? Ésta es una gran ocasión, hombre. Ha hallado usted su valor. Me siento encantado. —Bajó la voz—. ¿No desea saber por qué le he dejado llegar hasta aquí con su arma? ¿Ni siquiera está interesado?

Mainwaring siguió guardando silencio.

El ministro dijo:

—Mire a su alrededor, Richard. Vea el mundo. Lo quiero cerca de mí, sirviéndome. Ahora más que nunca. Auténticos hombres, que no tengan miedo a morir. Déme una docena..., pero usted ya sabe el resto. Podría gobernar el mundo. Pero primero... debo gobernarlos a ellos. A mis hombres. ¿Lo ve ahora? ¿Lo entiende?

Mainwaring pensó: «Tiene de nuevo el mando. Pero siempre ha tenido al mando. Le pertenezco».

El estudio giró ligeramente.

La voz prosiguió, suave:

—En cuanto a este pequeño y divertido complot por parte del autodenominado Frente de Liberación; de nuevo lo hizo bien. Fue difícil para usted. Yo estaba observando; créame, con toda mi simpatía. Ahora, ha quemado usted su libro. Por su propia y libre voluntad. Eso me encantó.

Mainwaring alzó bruscamente la vista.

El ministro agitó la cabeza. Dijo:

—La auténtica grabadora está mucho mejor oculta, puede estar seguro de ello. Y también hay un monitor de televisión. Créame que lo siento, me disculpo por ello. Pero era necesario.

Un leve canturreo empezó a sonar en la cabeza de Mainwaring.

El ministro suspiró de nuevo. Dijo:

—¿Sigue sin estar convencido, Richard? Entonces tengo algunas cosas que creo debería ver. ¿Me permite que abra el cajón de mi escritorio?

Mainwaring no respondió. El otro abrió lentamente el cajón, buscó en su interior. Depositó el delgado papel de un telegrama encima del escritorio. Dijo:

—La dirección es: Señorita D. J. Hunter. El mensaje consiste en una sola palabra. «Activar».

El canturreo se elevó de tono.

—Esto también —dijo el ministro. Alzó un medallón al extremo de una delgada cadena de oro. El pequeño disco llevaba el emblema entrelazado del Frente de Liberación—. Puro exhibicionismo; o un deseo de morir. De cualquier modo, un rasgo de lo más indeseable. —Lo arrojó a un lado. Dijo—: Ella estaba bajo vigilancia, por supuesto; sabíamos de ella desde hacía años. Para ellos, usted era un durmiente. ¿Ve lo absurdo de todo? Realmente creían que se sentiría usted lo suficientemente celoso como para asesinar a

su ministro. Eso es lo que quieren dar a entender con su pequeño y estúpido libro, cuando hablan de sutileza. Richard, podría tener a cincuenta mujeres rubias a mi lado si quisiera. A un centenar. ¿Por qué debería querer la suya? —Cerró el cajón con un clic y se puso de pie—. Ahora déme la pistola. Ya no la necesita. —Tendió la mano; entonces fue arrojado brutalmente hacia atrás. Los vasos de encima de la mesita lateral se hicieron añicos. La jarra se partió; su contenido se derramó, oscuro, sobre la madera del piso.

Sobre el escritorio flotaba una débil nubécula azul. Mainwaring avanzó unos pasos, se detuvo mirando hacia abajo. Había manchas de sangre, y un poco de carne. Los ojos del osito de felpa mostraban aún un asomo de blanco. El shock hidráulico había destrozado el pecho; sonó un afanoso jadeo, tres veces, y se detuvo. Pensó: «No oí el informe».

La puerta de comunicación se abrió. Mainwaring se volvió. Un secretario asomó la cabeza, miró, le vio. La puerta se cerró de golpe.

Se metió el maletín bajo el brazo, atravesó corriendo la oficina exterior. Resonaron pies en el pasillo. Abrió la puerta, cautelosamente. Sonaron gritos en alguna parte, abajo.

Cruzando el pasillo colgaba una curva de cordón carmesí. Saltó por encima, se apresuró hacia un tramo de escaleras. Luego otro. Más allá de los apartamentos privados el camino estaba cerrado por una pesada reja metálica. Corrió hacia ella, la golpeó. Oyó un rumor sordo abajo. Miró ansiosamente a su alrededor. Alguien había accionado los cierres de emergencia. La casa estaba sellada.

A un lado de la puerta había una escalerilla de hierro fijada a la pared. Trepó por ella, jadeante. La trampilla en el techo estaba cerrada con un candado. Sujetándose con una mano, dificultado por el maletín, alzó la pistola por encima de su cabeza.

La luz del sol se filtró a través de la astillada madera. Apoyó el hombro contra la trampilla, empujó. Cedió con un crujido. Metió cabeza y hombros por ella y salió a gatas. El viento lo abofeteó, junto con copos de nieve.

Su camisa estaba empapada en los sobacos. Se tendió boca abajo, temblando. Pensó: «No fue un accidente. Nada de esto fue un accidente». Los había subestimado. Comprendían la desesperación.

Se puso de pie, miró a su alrededor. Estaba en el tejado de Wilton. A su lado se alzaban las gigantescas chimeneas. Había el mástil de una antena de radio reticular. El viento silbaba en sus cables de sustentación. A su derecha estaba la balaustrada que coronaba la fachada de la casa. A su lado había un canalón, cegado por la nieve.

Se deslizó corriendo por la inclinada superficie, agachado. Abajo sonaron gritos. Se dejó caer de bruces, rodó. Una automática tableteó. Siguió avanzando, a rastras, tirando del maletín. Ante él, una de las torres que formaban la esquina se alzaba oscura contra el cielo. Se deslizó hasta ella, se acurrucó protegido del viento. Abrió el maletín, se puso los guantes. Colocó la culata suplementaria a la Luger, depositó a su lado el cargador de repuesto y la caja de cartuchos.

Sonaron más disparos. Miró a través de la balaustrada. Había figuras corriendo por el césped hacia todos lados. Apuntó a la más cercana, apretó el gatillo. Abajo hubo una conmoción. Las automáticas ladraron; volaron esquirlas de piedra. Una voz gritó:

—¡No os expongáis innecesariamente!

—*Die kommen mit den Hubschrauber...* —respondió otra.

Miró a su alrededor, al horizonte gris amarillento. Había olvidado el helicóptero.

Un agitar de nieve azotó su rostro. Se acurrucó sobre sí mismo. Creyó oír, arrastrado por el viento, un débil zumbido.

Desde donde estaba agazapado podía ver los árboles más cercanos del parque, y más allá el muro y las casetas de guardia. Más allá aún, el terreno ascendía hacia los bosques del entorno.

El zumbido volvió, más fuerte que antes. Se protegió los ojos, divisó el punto oscuro flotando sobre los árboles. Sacudió la cabeza. Dijo:

—Cometimos un error. Todos cometimos un error.

Se llevó la culata de la Luger al hombro, y esperó.

THOR SE ENFRENTA AL CAPITÁN AMÉRICA

David Brin

1

El enano de Loki hizo girar los ojos y gimió desconsoladamente cuando el submarino se niveló a profundidad de periscopio. El retorcido ser carente de cuello tiró con sus gordezuelos dedos de su barba gris manchada de amarillo y alzó la vista hacia las crujiertes conducciones.

Una cosa de oscuras profundidades arboladas y ocultas cuevas, pensó Chris Turing mientras contemplaba al enano. No prevista para este lugar.

Sólo los hombres elegirían una forma así de morir, en un agrietado ataúd de acero, en un intento desesperado de hacer estallar el Valhalla.

Pero, entonces, era poco probable que el enano de Loki hubiera tenido la menor posibilidad de estar allí.

¿Por qué?, se preguntó de pronto Chris, no por primera vez. ¿Por qué existen tales seres? ¿No se estaba desarrollando el mal lo suficientemente bien en él mundo antes de que ellos vinieran a ayudar?

Los motores rugieron, y Chris apartó el pensamiento a un lado. Incluso imaginar un mundo sin la presencia de los aesir y sus servidores en él era por el momento tan difícil como recordar una época sin guerra.

Chris permanecía atado a su silla de emergencia —podía oír el zumbido de la helada agua del Báltico justo al otro lado del delgado mamparo—, y observó al gnomo agazaparse encima de una caja de componentes de la bomba de hidrógeno. Apartó sus deformes pies de la chapoteante agua salada que cubría la cubierta y se estrujó más arriba sobre la caja negra. Otro gemido escapó de labios del enano mientras el periscopio del *Razorfin* se elevaba y más agua gorgoteaba a través de las líneas de alivio de la presión.

El mayor Marlowe alzó la vista del rifle de asalto que estaba reensamblando por tercera vez.

—¿Qué está carcomiendo al maldito enano ahora? —preguntó el oficial de marines.

Chris agitó la cabeza.

—A mí que me registren. ¿El hecho de que está fuera de su elemento, quizá? Después de todo, los antiguos escandinavos creían que las profundidades eran un lugar para los peces y los barcos hundidos.

—Pensé que eras una especie de experto en los aesir. ¿Y ni siquiera estás seguro de por qué esa cosa está echando espuma por la boca?

Chris sólo pudo encogerse de hombros.

—He dicho que no lo sé. ¿Por qué no vas y se lo preguntas tú mismo?

Marlowe lanzó a Chris una hosca mirada, como si dijera que el chiste no le hacía la menor gracia.

—¿Ir rastreamente a esa hediondez y pedirle al maldito enano de Loki que me explique sus *sentimientos*? Hummm, antes preferiría escupirle al ojo a un aesir.

Desde su izquierda, el ayudante de Chris, Zap O'Leary, se inclinó hacia adelante y le sonrió a Marlowe.

—Apuesta a que sí, papaíto —dijo O'Leary al marine—. Recuerda que hay un aes junto al telescopio, chico. Sé mi invitado. Escríbele runas en su escupidera. —El excéntrico técnico hizo un gesto hacia los hombres de la Marina, apiñados en torno del periscopio del submarino. Cerca del capitán se erguía una imponente figura envuelta en pieles y cuero, que dominaba con su estatura a todos los demás.

Marlowe miró a O'Leary, parpadeó asombrado. El marine no parecía tan asombrado como confuso.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó a Chris.

Éste deseó no estar sentado entre los otros dos.

—Zap sugiere que pruebes escupiéndole al ojo de *Loki*.

Marlowe hizo una mueca. O'Leary podía haber sugerido muy bien que metiera la mano en un reactor a toda potencia. En aquel momento uno de los marines apretujados en el pasillo detrás de ellos cometió el error de dejar caer un cartucho en la sucia agua a sus pies. Marlowe aventó su frustración en el pobre tipo con enormemente inventivas profanidades.

El enano gimió de nuevo, agitando inquieto los ojos de uno a otro lado, aferrando sus rodillas contra las correas que lo sujetaban sobre la caja sellada herméticamente.

Vengan de donde vengan, no están acostumbrados a los submarinos, pensó Chris. Y seguro que a esos denominados enanos no les gusta el agua.

Chris se preguntó cómo había conseguido Loki persuadir a éste de que participara en aquella misión suicida.

Probablemente amenazándolo con convertirlo en sapo, especuló. Parece muy propio de Loki.

Era una aventura desesperada. A finales de 1962 había muy poco tiempo para lo que quedaba de la Alianza contra el Nazismo. Si existía alguna cosa que pudiera hacerse aquel otoño para detener lo inevitable, valía la pena correr el riesgo.

Incluso Loki —con su aspecto de oso, casi invulnerable, y siempre retumbando con una risa que enviaba estremecimientos por la espina dorsal de los humanos— había traicionado su nerviosismo antes, cuando el *Razorfin* cayó desde el vientre de un chillante B—65, enviando sus estómagos a un loco voltear mientras el submarino—flecha se sumergía como una enorme piedra en el helado abrazo de Neptuno.

Chris tenía que admitir que él se hubiera puesto irremisiblemente enfermo si aquella breve y al parecer interminable caída hubiera durado un poco más. El impacto y el chillar del torturado metal cuando golpeó el agua fueron, después de todo, casi un alivio.

Y cualquier cosa parecía una mejora con respecto al largo y chirriante viaje por el polo, eludiendo misiles nazis, espumeando montañas y grises aguas en agitados zigzags, escuchando impotentes, atados a sus puestos, mientras los del aire lanzaban en picado sus ataúdes volantes de acá para allá, rezando porque los maestros aesir del enemigo no estuvieran patrullando aquella sección del norte aquella noche...

De veinte portasubmarinos enviados juntos desde la Tierra de Baffin sólo seis habían efectuado todo el camino hasta las aguas entre Suecia y Finlandia. Y tanto el *Cetus* como el *Tigerfish* se habían hecho pedazos con el impacto contra el agua, se habían abierto como latas de sardinas y derramado sus impotentes tripulaciones a una helada muerte.

Sólo quedan cuatro submarinos, pensó Chris.

Aún, se recordó a sí mismo. *Nuestras posibilidades pueden ser pequeñas, pero esos pobres pilotos son los auténticos héroes.* Dudaba de que ninguno de sus tripulantes pudiera conseguir regresar a través de la oscura y mortífera Europa a la seguridad de Teherán.

—¡Capitán Turing!

Chris alzó la vista cuando el capitán pronunció su nombre. El comandante Lewis había bajado el periscopio y se había dirigido a la mesa de mapas.

—Enseguida estoy con usted, comandante. —Chris se soltó las correas y metió los pies en la salada agua.

—Dile que reservamos nuestro alcohol de contrabando para nosotros —advirtió O'Leary, en voz baja—. Las cosas buenas son demasiado raras para compartirlas.

—Cállate, idiota —murmuró Marlowe. Chris los ignoró a ambos y avanzó chapoteando. El capitán le aguardaba, de pie junto a su «amistoso consejero», la criatura alienígena que se hacía llamar a sí misma Loki.

Conozco a Loki desde hace años, pensó Chris. He luchado con él contra sus hermanos aesir..., y aún me asusta como un demonio cada vez que lo miro.

Dominando a todos los demás, Loki miró enigmáticamente a Chris con sus feroces ojos negros. El «dios de los trucos» se parecía mucho a un hombre, aunque a uno anormalmente robusto y poderoso. Pero aquellos ojos desmentían la impresión de humanidad. Chris había pasado el tiempo suficiente con Loki, desde que el aesir renegado desertó al bando de los aliados, como para haber aprendido a evitar mirarle directamente a los ojos siempre que era posible.

—Señor —dijo, haciendo una seña con la cabeza al comandante Lewis y al barbudo aesir—. ¿Debo suponer que nos aproximamos al punto Y?

—Correcto —dijo el capitán—. Estaremos ahí dentro de unos veinte minutos, salvo imprevistos.

Lewis parecía haber envejecido durante las últimas veinte horas. El joven comandante de submarinos sabía que su escuadrón no era la única cosa que se consideraba prescindible en aquella operación. Varios miles de kilómetros al oeste, la mejor parte de lo que quedaba de la Marina de Superficie de los Estados Unidos estaba enzarzada en una batalla perdida de antemano sólo por una razón..., para distraer a la

Kriegsmarine y las SS y especialmente a un cierto «dios del mar», manteniéndolos lejos del Báltico y de la Operación Ragnarok. El primo de Loki, Tyr, no era muy poderoso contra los submarinos, pero, a menos que su atención se viera desviada hacia otro lado, podía hacer que su vida se convirtiera en un infierno cuando su pequeña fuerza intentara desembarcar.

Así que esta noche, en vez de ello, estaría convirtiendo en un infierno las vidas de los marineros estadounidenses y canadienses y mexicanos, muy lejos de allí.

Chris evitó pensar en ello. Demasiados muchachos iban a hallar la muerte allá en las proximidades de Labrador, sólo para mantener a una criatura alienígena ocupada mientras cuatro submarinos intentaban deslizarse subrepticamente por la puerta de atrás.

—Gracias. Será mejor que se lo diga a Marlowe y a mi equipo de demolición. —Se volvió para irse, pero fue detenido por una mano descomunal en su brazo, que le sujetó gentilmente pero con una presa de acero.

—Tienes que saber algo más —dijo el ser llamado Loki, con voz baja y resonante. Unos dientes imposiblemente blancos brillaron en aquella sonrisa resplandeciente por encima de Chris—. Llevarás un pasajero cuando vayas a la orilla.

Chris parpadeó. El *plan* había sido sólo para su equipo y el comando de su escolta. Entonces vio la temerosa palidez en el rostro del comandante Lewis..., algo más profundo que el simple miedo a morir.

Chris se volvió para contemplar al gigante envuelto en pieles.

—Tú... —jadeó.

Loki asintió.

—Correcto. Habrá un ligero cambio de planes. No acompañaré a los vehículos submarinos cuando intenten romper el cerco a través del Skagkerak. Iré a la orilla con vosotros, a Gotland.

Chris mantuvo el rostro impasible. Con toda honestidad, no había manera, en aquel lado de los cielos, de que él o Lewis o cualquiera pudieran impedir a aquella criatura hacer cualquier cosa que deseara hacer. De una u otra forma, los aliados estaban a punto de perder a su único amigo aesir en la larga guerra contra la plaga nazi.

Si la palabra «amigo» era capaz de describir a Loki..., que había aparecido un día en la pista de un campo de aviación escocés durante la evacuación final de Gran Bretaña, acompañado por ocho pequeños y barbudos seres cargados con cajas, y que se había dirigido al más cercano y alucinado oficial para ordenarle que el avión personal del primer ministro le llevara el resto del camino hasta los Estados Unidos.

Quizás un batallón acorazado hubiera podido detenerle. Los informes de batalla habían demostrado que los aesir podían ser muertos, si tenías suerte y golpeabas lo bastante rápido y duro. Pero, cuando el comandante local se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, decidió correr el riesgo.

Loki había demostrado su valía una y otra vez desde aquel día, hacía diez años.

Es decir, hasta ahora.

—Si insistes —le dijo al aes.

—Lo hago. Es mi voluntad.

—Entonces se lo explicaré al mayor Marlowe. Discúlpame, por favor.

Anduvo hacia atrás unos pocos metros, luego se volvió. Mientras se alejaba, aquella brillante mirada pareció seguirle, más allá del gimiente enano, más allá de la siempre sardónica sonrisa de O'Leary, hasta el estrecho y mojado pasillo alineado con marines sujetos a sus puestos, todo el camino hasta los tubos de eyección de desembarco.

Las voces sonaban quedas. Todos los jóvenes hablaban inglés, pero sólo la mitad eran estadounidenses. Los distintivos de sus hombros —Franceses Libres, Soviéticos Libres, Irlandeses Libres, Alemanes Cristianos— apenas eran visibles a la débil luz, pero los entremezclados acentos eran inconfundibles, así como la manera en que sujetaban sus armas y el brillo que captó Chris en uno o dos pares de ojos.

Eran el tipo de personas que se presentaban voluntarios para las misiones suicidas, el tipo —común en el mundo tras trece años de horrible guerra— al que poco o nada le quedaba que perder.

El mayor Marlowe había vuelto para supervisar la carga de los botes de desembarco. No se tomó bien la noticia de Chris.

—¿Loki desea venir con nosotros? ¿A *Gotland*? —Escupió—. El cabrón es un espía. ¡Lo supe todo el tiempo!

Chris sacudió la cabeza.

—Nos ha ayudado un centenar de veces, John. Bueno, sólo con acompañar a Ike a Tokio y convencer a los japoneses...

—¡Vaya cosa! ¡Ya les habíamos zurrado a los japoneses! —El enorme marine apretó su puño, fuertemente—. Como hubiéramos aplastado a Hitler si estos monstruos no hubieran llegado, como la maldición de Satán, surgidos de la nada.

»Y ahora él lleva viviendo entre nosotros desde hace diez años, observando nuestros métodos, nuestras tácticas y nuestra tecnología, ¡la única auténtica ventaja que nos queda!

Chris hizo una mueca. ¿Cómo podía explicárselo a Marlowe? El oficial de los marines nunca había estado en Teherán, como había estado Chris, hacía apenas un año. Marlowe nunca había visto la capital de Israel—Irán, el mayor y más poderoso aliado de los Estados Unidos, el baluarte del Este.

Allá, en docenas de asentamientos armados a lo largo de la orilla este del Eufrates, Chris había conocido feroces hombres y mujeres que llevaban tatuados en sus brazos los números de Treblinka, Dachau, Auschwitz. Había oído sus historias de cómo, una desesperanzada noche tras las alambradas de espino y bajo el hedor de las chimeneas, las hambrientas masas condenadas habían levantado la vista para ver un extraño vapor caer del cielo. Incrédulos, los ojos llenos de muerte habían contemplado maravillados cómo las brumas se unían y coagulaban en algo que parecía casi sólido.

En medio de aquella bruma fantasmal se había formado un puente multicolor..., un arco iris que trepaba, aparentemente sin final, desde el lugar del horror hasta las profundidades de una noche sin luna. Y cada hombre y mujer condenados vieron bajar cabalgando de las alturas a una figura de ojos oscuros sobre un caballo volador. Le oyeron susurrarles desde dentro de sus mentes.

Venid, niños, mientras vuestros atormentadores parpadean incrédulos en mi red mental. Venid todos a mi puente de seguridad, antes de que mis primos descubran mi traición.

Cuando cayeron de rodillas, o se tambalearon en una plegaria de acción de gracias, la figura se limitó a bufar despectivamente. Su voz siseó dentro de sus cabezas:

¡No me confundáis con vuestro Dios, que os abandonó aquí para que murierais! No puedo explicaros la ausencia de Él, o Su plan en todo esto. ¡El Padre de Todo es un misterio incluso para el Gran Odín!

Sabed solamente que ahora os llevaré a la seguridad, tanta como puede haberla en este mundo. ¡Pero sólo si os apresuráis! ¡Venid, y ya me lo agradeceréis luego, si lo consideraréis preciso!

Allá en los campos, en los lúgubres guetos, en una ciudad sitiada..., los puentes se formaron en una sola noche, y con el amanecer habían desaparecido como el vapor o un sueño. Dos millones de personas, los viejos, los tullidos, mujeres, niños, los esclavos de las fábricas de guerra de Hitler, treparon por esos senderos —porque no había otra elección— y se hallaron transportados a una tierra desierta, junto a las orillas de un antiguo río.

Llegaron justo a tiempo para tomar apresuradamente las armas y salvar a un Ejército británico que huía del desastre de Egipto y Palestina. Se mezclaron con los atónitos persas, y con los refugiados de la desmembrada Unión Soviética, y juntos edificaron una nueva nación a partir del caos.

Así fue como Loki se apareció en la pista en Escocia, poco después de aquella noche de milagros. No podía regresar a Europa, porque la furia de su familia aesir era salvaje. Regresando hoy a Gotland, corría con toda certeza mucho más peligro que los comandos.

—No, Marlowe. Loki no es un espía. No tengo la menor idea, por la verde Tierra del buen Dios, de lo que es. Pero apuesto mi vida a que no es un espía.

2

Los grandes casquillos gorgotearon y oscilaron mientras salían disparados del submarino y se bamboleaban hacia la superficie del frío mar. Su cascarón externo se abrió, y los marineros sacaron sus remos. Todos los hombres inspiraron su primer aliento de aire limpio en más de un día.

El enano de Loki parecía poco aliviado. Miraba a través de las oscuras aguas hacia el oeste, donde la delgada y rojiza línea del ocaso silueteaba las colinas de una gran isla báltica, y murmuraba guturalmente en una lengua que nada tenía de terrestre.

Lo cual era de lo más natural. Como la mayoría de los estadounidenses, Chris estaba convencido de que aquellos seres tenían tanto que ver con los antiguos dioses nórdicos —llamados al mundo moderno— como él era Sandy Koufax o no jugaban al béisbol en Brooklyn.

Alienígenas: ésa era la línea oficial..., la historia emitida por la Radio Aliada a través de las Américas y Japón y lo que quedaba del Asia Libre. Criaturas de las estrellas habían llegado a la Tierra, como en las historias de Chester Nimitz, el famoso autor de ciencia ficción.

No resultaba difícil imaginar por qué podían desear ser considerados dioses. Y eso explicaba por qué habían elegido situarse del lado de los nazis. Después de todo, la artimaña no habría funcionado en Occidente, donde, no importaba lo grandes que fueran los poderes de sus huéspedes, los científicos euroestadounidenses hubieran investigado e indagado y la gente hubiera hecho preguntas.

Pero, en la locura teutónica del nazismo, los «aesir» habían hallado un terreno fértil.

Chris había leído documentos de los SS alemanes capturados. Incluso allá en la década de 1930 y comienzos de la de 1940, antes de la llegada de los aesir, estaban repletos de estupideces y misticismo pseudorreligioso..., absurdos acerca de lunas de hielo cayendo del cielo y el espíritu romántico de la superraza aria.

Un mundo conquistado por los nazis *pertenecería* a los aesir, fueran quienes pudieran ser o lo que pudieran ser. Serían realmente dioses. Del mismo modo que comprendía la lógica de una rata o una hiena, Chris podía seguir las razones de los alienígenas para elegir el bando que habían elegido, malditos fueran.

Las siluetas de los abetos marcaban las cimas de las colinas, aserrando el débilmente iluminado cielo occidental. Los dos botes de carga estaban atestados de marines, cuya misión era establecer una cabeza de playa y penetrar tierra adentro para explorar. Los flancos llevaban grupos de la Marina, que se suponía que debían tener los botes preparados para una huida rápida..., si era que alguien creía que eso podía llegar a suceder.

Los últimos dos botes contenían la mayor parte del equipo de demolición de Chris.

Loki permanecía arrodillado sobre una rodilla en la proa del bote de Chris, y miraba fijamente hacia adelante con aquellos negros y relucientes ojos. Oscuro como era, sin embargo, en aquellos momentos parecía algo surgido directamente de una saga vikinga.

Buena verosimilitud, pensó Chris. O quizá las criaturas *creían* realmente que eran lo que decían que eran. ¿Quién podía decirlo?

Todo lo que Chris sabía seguro era que tenían que ser derrotadas, o para la humanidad no habría más que oscuridad a partir de ahora.

Comprobó su reloj y alzó la vista al cielo, escrutando las amplias y estrelladas aberturas entre las nubes.

Sí, allí estaba. El Satélite. Llevando las alas de Newton a más de trescientos kilómetros de altitud, rodeando el planeta cada noventa minutos.

Cuando apareció, los nazis alcanzaron el paroxismo y lo proclamaron un portento astrológico. Por alguna razón burocrática desconocida, los oficiales del Pentágono se habían aferrado al secreto hasta que medio mundo creyó en la propaganda de Goebbels. Luego, finalmente, Washington reveló la verdad. Que unos argonautas del espacio estadounidenses estaban orbitando en torno de la Tierra.

Durante dos meses el mundo pareció volverse del revés. Aquella nueva maravilla tecnológica podía ser más importante que la bomba atómica, pensaron muchos.

Luego empezó la invasión de Canadá.

Chris apartó su mente de lo que estaba ocurriendo ahora allí fuera en el Atlántico. Deseó disponer de uno de esos nuevos comunicadores láser, a fin de poder decirles a los hombres de ahí arriba en el Satélite cómo iban las cosas. Pero los dispositivos de amplificación de la luz eran tan secretos, todavía, que los jefes del Estado Mayor se habían negado a permitir que alguno de ellos fuera llevado al corazón del territorio enemigo.

Supuestamente, los nazis estaban trabajando en una manera de derribar el Satélite. Seguía siendo un misterio por qué, con los alienígenas ayudándoles, el enemigo había permitido que su ventaja inicial en cohetes se hubiera perdido de manera tan lamentable. Chris se preguntaba por qué los aesir habían tolerado que la nave espacial estadounidense permaneciera incólume tanto tiempo ahí arriba.

Quizá realmente no puedan operar ahí arriba..., del mismo modo que no han sido capaces de aplastar nuestras fuerzas submarinas.

Pero, ¿tiene eso sentido? ¿Es posible que los alienígenas hayan perdido la habilidad de destruir una nave espacial tan tosca?

Chris negó con la cabeza.

No es que importe demasiado, pensó. *Esta noche la flota del Atlántico está agonizando. Este invierno nos veremos probablemente obligados a utilizar las grandes bombas para mantener las fronteras con Canadá..., haciendo pedazos el continente aunque logremos contenerlos.*

Contempló la figura en la proa del bote. *¿Cómo pueden la habilidad o la industria o el valor prevalecer contra este poder?*

Aquellos hombros envueltos en pieles estaban pasivos ahora. Pero Chris los había visto desmoronar edificios con sus manos desnudas. Y Loki había admitido ser uno de los más *débiles* de esos «dioses».

—Loki —dijo en voz baja.

La mayor parte de las veces, el aes ignoraba a cualquier humano que le hablara sin su permiso previo. Pero esta vez la figura de oscuro pelo se volvió y miró a Chris. La expresión de Loki no era cálida, pero sonrió.

—Estás turbado, jovenzuelo. Espío en tu corazón. —Pareció mirar a lo más profundo de Chris—. Me alegra ver que no es miedo, sino sólo una gran perplejidad.

Encajando con sus supuestos papeles de fabulosos señores del Valhalla, el valor era uno de los atributos humanos más honrados por los aesir. Incluso por el dios de los trucos y la traición.

—Gracias, Loki —asintió respetuosamente Chris. *Podrías haberme engañado. ¡Pensé que estaba mortalmente asustado!*

Los ojos de Loki eran profundos pozos que resplandecían con la luz de las estrellas.

—En este día decisivo es costumbre otorgar a los valientes gusanos un favor. En consecuencia, te concedo este honor, mortal. Formula tres preguntas. A ellas responderá Loki sinceramente, con su propia vida.

Chris parpadeó, mudo durante un momento por la sorpresa. ¡No estaba preparado para nada como aquello! Todo el mundo, desde el presidente Marshall y el almirante Heinlein hacia abajo hasta el último soldado brasileño, habían ansiado respuestas. Arrogante y reservado, su único aliado aesir había distribuido indicios y atisbos, había ayudado a desentrañar los planes nazis y a detener el implacable avance enemigo, ¡pero nunca había hecho una promesa como aquélla!

Chris pudo captar a O'Leary tenso a sus espaldas, intentando parecer invisible. Por una vez, la boca del beatnik estaba firmemente sellada.

Los bosques de abetos se alzaron sobre ellos cuando el bote entró en los bajíos y fuera del viento vespertino. Pudo oler la oscura madera. ¡Había tan poco tiempo! Chris buscó desesperadamente una pregunta.

—Yo..., ¿quién eres, y de dónde vienes?

Loki cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo, las negras órbitas estaban llenas con una oscura tristeza.

Del cuerpo de Ymir, muerto por Odín, brotó el Mar.

Aferrando el cuerpo de Ymir, Yggdrasil, el gran árbol.

Salidos de la sal y el hielo, los aesir, ¡tiembla, Tierra!

Nacido de Gigante y hombre, Loki, dispensador de alegría.

La criatura miró a Chris.

—Éste ha sido siempre mi hogar —dijo. Y Chris supo que se refería a la Tierra—. Recuerdo eras pasadas y todo lo hablado de ellas en las Eddas..., desde el encadenamiento de Fenris hasta las mentiras de Skymnir. Y, sin embargo... —La voz de Loki parecía ligeramente desconcertada, incluso lenta—. Y, sin embargo, hay algo acerca de estos recuerdos..., algo *aplazado*, como el líquen cuando yace sobre el hielo.

Se sacudió.

—En verdad, no puedo decir seguro que sea más viejo que tú, niño—hombre.

Los masivos hombros de Loki se estremecieron.

—Pero apresúrate con tu siguiente pregunta. Nos acercamos al Lugar de Reunión. *Ellos* estarán allí y debemos impedir sus planes, si ya no es demasiado tarde.

Devuelto bruscamente al presente, Chris alzó la vista hacia los salvajes alrededores de las oscuras colinas.

—¿Estás seguro acerca de su plan..., reunir a tantos aesir en un solo lugar?

Loki sonrió. Y Chris se dio cuenta inmediatamente de por qué. ¡Como cualquier idiota surgido de un cuento de hadas, había malgastado una pregunta en un estúpido deseo de ser tranquilizado! Pero el dar seguridades no era uno de los rasgos fuertes de Loki.

—¡No, *no* estoy seguro, impertinente mortal! —Loki se echó a reír, y los marineros que remaban perdieron brevemente su ritmo cuando levantaron sus miradas ante el irónico y salvaje sonido—. ¿Crees

que sólo los hombres pueden ganar honor jugándose todo ante la muerte? ¡Aquí está Loki mostrando su valor, para enfrentarse a la espada de Odín y al martillo de Thor esta noche, si es necesario! —Se volvió y agitó un puño del tamaño de un jamón hacia el oeste. El enano se estremeció y se acurrucó al lado de su amo.

Chris vio que los marines ya habían desembarcado. El mayor Marlowe hizo rápidos gestos con la mano para enviar a los primeros rastreadores a explorar el bosque. La segunda hilera de botes metió los remos y fue arrastrada por su impulso hacia la guijarrosa orilla.

Se apresuró a aprovechar el tiempo que le quedaba.

—Loki, ¿qué ocurre en África?

Desde 1949, el Continente Negro había permanecido realmente sumido en la negrura. Desde Tunicia hasta el Cabo de Buena Esperanza ardían los incendios y fluían rumores de horror sin cuento.

Loki susurró en voz muy baja:

Surtur necesita tener un hogar, antes del momento de la violencia.

Aquí, en tormento, gritan los hombres, pidiendo un final.

El gigante agitó su enorme cabeza.

—En África y en las grandes llanuras de la Unión Soviética se está llevando a cabo una terrible magia, pequeño, y una terrible desdicha.

Allí en Israel—Irán, Chris había visto algunos de los refugiados —negros y eslavos de altos pómulos—, los afortunados que habían conseguido huir a tiempo de los incendios. Aunque no habían sido capaces de decir lo que estaba ocurriendo en el interior. Sólo los que había visto los anteriores horrores —cuyos brazos llevaban grabados los números de la primera oleada de campos con chimeneas— podían imaginar lo que estaba ocurriendo en el silencioso continente. Y aquellos fieros hombres y mujeres guardaban silencio.

Chris tuvo la impresión de que Loki no parecía hablar movido por un sentimiento de piedad, sino simplemente enumerando un hecho, como si creyera que se estaba cometiendo un *error*, pero ningún mal en particular.

—Una terrible magia... —repitió Chris. Y bruscamente se le ocurrió algo—. ¿Quieres decir que la finalidad no es sólo matar gente? ¿Que se está desarrollando algo más? ¿Algo que se halla relacionado con la razón por la que tú salvaste a esa gente de los primeros campos? ¿Iban a *hacerles* algo?

Chris tenía la sensación de que había algo importante allí. Algo decididamente crucial. Pero Loki sonrió y alzó tres dedos.

—No más preguntas. Es el momento.

El bote rascó el fondo. Los marineros saltaron a la helada agua para arrastrarlo por la rocosa orilla. Al poco tiempo Chris estaba atareado supervisando la descarga de su equipo, pero su mente era un torbellino.

Loki estaba ocultando algo, riéndose de él por haberse acercado tanto y sin embargo haber fallado el blanco. Aquella noche había algo más que un intento de matar a unos cuantos dioses alienígenas.

Muy arriba, en el oscuro dosel del bosque, croó un cuervo. El enano, cargado con cajas suficientes como para aplastar a un hombre, hizo girar los ojos y gimió suavemente, pero Loki pareció no darse cuenta de ello.

—Vaya jodida madriguera, chaval —murmuró O'Leary, mientras ayudaba a Chris a cargarse al hombro el mecanismo detonador de la bomba—. Un escenario auténticamente jodido.

—Sí —respondió Chris, seguro de comprender al beatnik esta vez—. Un escenario auténticamente jodido. —Echaron a andar, siguiendo las débiles luces de los marines exploradores.

Mientras trepaban por un estrecho sendero que ascendía desde la playa, Chris notó que una sensación de anticipación crecía en él..., una sensación de hallarse, en aquel preciso momento, en el ombligo del mundo. Para bien o para mal, aquel lugar era donde reposaba el destino del mundo. No podía pensar en un final mejor que el de eliminar toda vida de aquella isla. Y eso significaba permanecer al lado de la bomba y detonarla él mismo. Bueno, pocos hombres tenían la oportunidad de ofrecer sus vidas por algo así de grande.

Ahora estaban muy adentro bajo el dosel del bosque. Chris captó los apenas entrevistos movimientos bajo los árboles, los marines que les flanqueaban, custodiándolos a ellos y su preciosa carga. De acuerdo con los mapas de preguerra, sólo tenían que coronar una elevación, luego otra. Desde aquella segunda prominencia, cualquier lugar donde plantaran la bomba sería tan bueno como cualquier otro.

Chris empezó a volverse para mirar a Loki..., y en aquel mismo momento la noche entró en erupción con una cegadora luz. Los focos se encendieron y sisearon y flotaron lentamente a través de las ramas, colgados de pequeños paracaídas. Los hombres se pusieron a cubierto mientras las balas trazadoras perseguían sus sombras fugitivas. Hubo el repentino tableteo de una ametralladora al frente, y fuertes concusiones. Algunos hombres gritaron.

Chris buscó refugio tras un enorme abeto mientras los morteros empezaban a golpear el bosque a su alrededor.

Desde arriba de la colina —incluso por encima de las explosiones— oyeron una retumbante risa.

Aferrándose a las raíces de un árbol, Chris miró hacia atrás. A una docena de metros de distancia, el enano yacía de espaldas, una humeante ruina allá donde un mortero debía haber impactado de lleno.

Pero entonces sintió una mano sobre su hombro.

O'Leary señaló hacia la cima de la colina y susurró, con los ojos desorbitados:

—Mira eso, hombre.

Chris se volvió y contempló, allá arriba, la enorme figura humanoide descendiendo la colina a grandes zancadas, seguida por docenas de hombres armados envueltos en capas oscuras. La figura llevaba una gigantesca maza que chillaba cada vez que la arrojaba, aplastando árboles y marines sin prejuicio alguno. Las gigantes casacas estallaban en pedazos y los hombres se convertían en roja gelatina. Luego el arma volvía a la mano del aesir de rojiza barba.

No morteros, se dio cuenta Chris. *El martillo de Thor*.

Por ninguna parte se veía el menor rastro de Loki.

3

—Vamos, vamos, Hugin. No temas a los oscuros estadounidenses. No harán el menor daño aquí.

El ser con un solo ojo llamado Odín estaba sentado en un trono de ébano, sujetando en su alzada mano izquierda un cuervo del color de la noche. La joya incrustada en el parche del gigante brillaba mucho más que el ojo que había perdido, y sobre sus rodillas tenía cruzada una resplandeciente lanza.

A ambos lados permanecían de pie unas figuras casi tan imponentes como él, envueltas en pieles: una rubia, con una enorme hacha apoyada arrogantemente sobre su hombro, la otra con una barba roja también, apoyada indolentemente sobre un martillo del tamaño de un nombre normal.

Guardias vestidos de cuero negro, con dos relámpagos gemelos en el cuello de sus uniformes, permanecían firmes en torno de la gran sala de enormes vigas toscamente labradas. Incluso sus rifles eran de un pulido negro. La única nota de color en sus uniformes de las SS era un brazalete con una svástica roja.

El ser llamado Odín bajó la vista hacia los prisioneros, encadenados juntos en un montón en el suelo de la gran sala.

—Oh. El pobre Hugin no os ha perdonado, mis queridos huéspedes estadounidenses. Su hermano, Munin, se perdió cuando Berlín ardió bajo vuestras infernales bombas ígneas.

El ojo que le quedaba al jefe aesir brilló ferozmente.

—¿Y quién puede culpar por ello a mi pobre pájaro guardián, o no comprender el dolor de un padre, cuando el mismo diluvio de llamas consumió a mi chico más brillante, mi previsor Heimdallr?

Los supervivientes de la fracasada incursión estaban tendidos en el duro suelo de piedra, exhaustos. El inconsciente y agonizante mayor Marlowe no estaba en condiciones de responder por ellos, pero uno de los voluntarios británicos libres se puso de pie, haciendo resonar sus cadenas, y escupió al suelo frente a la criatura humanoide.

—¡Higgins! —O'Leary intentó tirar del brazo del hombre, pero fue apartado a un lado por éste con una sacudida.

—Sí, se cargaron a tu precioso chico en Berlín. ¡Y tú mataste *a todo el mundo* en Londres y París como venganza! Digo que los yanquis fueron demasiado blandos al dejar que eso los detuviera. Hubieran debido seguir adelante, *fuera cual fuese* el precio, hasta acabar con el último hijo de puta ario y...

Su desafío se vio cortado cuando un oficial de la Gestapo lo derribó de un golpe. Los soldados de las SS dejaron caer violentamente las culatas de sus rifles sobre él, una y otra y otra vez.

Finalmente, Odín hizo un gesto para que se retiraran.

—Llevad el cuerpo al centro del Gran Círculo, para ser enviado a Valhalla.

El oficial de la Gestapo levantó bruscamente la vista, pero Odín retumbó con un tono que exigía obediencia.

—Quiero a ese valiente hombre conmigo, cuando el Invierno Fimbul sopla —explicó la criatura. Y, evidentemente, pensó que con eso había dejado resuelto el asunto. Mientras los guardias uniformados de negro separaban el inerte cuerpo de sus cadenas, el jefe de los aesir acarició su cuervo debajo del pico y le ofreció un bocado de carne. Se dirigió al enorme pelirrojo que estaba de pie a su lado.

—Thor, hijo mío. Estas otras cosas son tuyas. Admito que son una pobre recompensa, pero mostraron una cierta proeza siguiendo al Mentiroso hasta tan lejos. ¿Qué harás con ellos?

El gigante apretó fuertemente su martillo con unos guanteletes del tamaño de perros pequeños. Evidentemente, era una criatura que hacía que incluso Loki pareciera pequeño.

Avanzó unos pasos y escrutó a los prisioneros, como si estuviera buscando algo. Luego su mirada se detuvo en Chris, pareció iluminarse. Su voz sonó tan profunda como el gruñir de un terremoto.

—Me dignaré hablar con uno o dos de ellos, padre.

—Bien —asintió Odín—. Haz que los arrojen a un pozo en alguna parte —le dijo al general de las SS que tenía más cerca, el cual dio un taconazo y se inclinó profundamente—. Y aguarda los deseos de mi hijo.

Los nazis obligaron a Chris y a los otros supervivientes a ponerse de pie y tiraron de ellos, en fila india. Pero no antes de que Chris oyera al aesir más viejo decir a su descendiente:

—Descubre lo que puedas acerca de ese engendro de lobo, Loki, y luego entrégalos todos para ser usados en el sacrificio.

4

El pobre mayor Marlowe había tenido razón en una cosa. Los nazis nunca habrían vencido sin los aesir, o sin algo como ellos. Hitler y su pandilla debieron creer desde un principio que de algún modo podían apelar a los antiguos «dioses», o de lo contrario seguramente nunca se hubieran atrevido a desatar una guerra así, una guerra que seguramente involucraría a los Estados Unidos.

De hecho, a principios de 1944 todo había parecido a punto de terminarse. El coste había sido grande, por supuesto, pero nadie allá en casa temía la derrota. Los soviéticos estaban empujando desde el frente del este. Roma había caído, y el Mediterráneo era un lago aliado. Los japoneses se estaban desmoronando —empujados hacia atrás o atrapados isla tras isla—, mientras que en Inglaterra se estaba agrupando la mayor armada de la historia, preparándose para cruzar el Canal y atravesar a los nazis de parte a parte de una vez por todas.

En las fábricas y los astilleros de todos los Estados Unidos el Arsenal de la Democracia estaba proporcionando más material en un mes que el que el Tercer Reich había producido en su mejor año. Los barcos eran botados a intervalos de pocas horas. Los aviones cada escasos minutos.

Y, lo más importante de todo, en Italia y en el Pacífico, los campesinos y los muchachos de las ciudades se habían enfundado uniformes de soldados y habían sido templados y se habían convertido en guerreros de un gran ejército. Hombre a hombre, ahora estaban a la par con su experimentado enemigo. Y el enemigo se veía enormemente superado en número.

Ya se hablaba de la recuperación de la posguerra, de planes para ayudar a la reconstrucción y de unas *Naciones Unidas* que mantuvieran la paz para siempre.

Chris era sólo un niño con pantalones cortos allá en 1944, que devoraba las novelas de Chet Nimitz y rezaba con toda su voluntad que en su edad adulta pudiera hacer alguna vez algo la mitad de glorioso que lo que estaban consiguiendo sus tíos en ultramar en aquellos momentos. Quizá fueran aventuras en el espacio, esperaba, puesto que, después de eso, el horror de la guerra nunca volvería a permitirse.

Y entonces llegaron los rumores..., historias de retrocesos en el frente oriental..., de los Ejércitos soviéticos viéndose obligados a retirarse repentina e inesperadamente. Las razones no estaban claras..., lo que llegaba eran en su mayor parte supersticiosos ecos a los que ninguna persona moderna podía dar crédito.

Voces en una esquina.

Malditos soviéticos... Desde un principio supe que no iban a aguantar... Todo el tiempo gimoteando acerca de un «segundo frente»... ¡Bien, les daremos un segundo frente! Salvaremos sus culos... No te preocupes, Iván, el Tío Sam ya viene...

Junio, y el cielo normando se llenó de aviones. Los barcos cubrieron el mar del Canal...

Sentado contra una fría pared de piedra en una celda subterránea, Chris cerró fuertemente los ojos e intentó aplastar el recuerdo de los granulados filmes en blanco y negro que le habían mostrado. Pero no consiguió apartar de sí las imágenes.

Barcos, hasta tan lejos como uno podía ver..., la mayor armada de hombres libres jamás reunida,...

No fue hasta que se unió a la OSS que Chris vio realmente las fotografías jamás mostradas al público. En todos los años transcurridos desde entonces deseó no haberlas visto.

El día D..., D de desastre.

Ciclones, centenares de ellos, girando como horribles peonzas, surgiendo de las brumas matinales. Crecieron y treparon hasta que los oscuros embudos parecieron extenderse más allá del cielo. Y, mientras se aproximaban a los barcos, uno creía poder ver diminutas figuras volando en sus flancos, empujando las tormentas más y más aprisa con sus batientes alas...

—Marlowe ya ha acabado, hombre —suspiró pesadamente O'Leary, dejándose caer al lado de Chris—. Ahora tú eres el que manda, papi.

Chris cerró los ojos. Todos los hombres mueren, pensó, recordándose a sí mismo que realmente nunca le había gustado demasiado el hosco marino.

De todos modos lo lamentó, aunque no fuera por otra razón más que porque Marlowe había sido su aislamiento, protegiéndole de esa maldita cosa llamada «mando».

—Así que, ¿qué viene ahora, jefe?

Chris miró a O'Leary. El hombre era realmente demasiado mayor para dedicarse a juegos de niños. Había arrugas en las comisuras de aquellos tristes ojos, y el bebé gordo estaba criando papada. El Ejército reconocía a los genios, y extraía un buen número de ellos de entre sus expertos civiles. Pero Chris se preguntaba cómo aquel escapado de Greenwich Village había podido llegar a una posición de responsabilidad.

Loki lo eligió. Ésa era la auténtica respuesta. Del mismo modo que me eligió a mí. Hay que felicitar el agudo talento del dios.

—Lo que viene es que todo importa ya un comino, O'Leary. Sólo basta con que hagas una de cada tres frases tuyas ininteligible para proporcionarte así la muleta emocional que necesitas.

O'Leary se encogió sobre sí mismo, y Chris lamentó de inmediato su estallido.

—Oh, no importa. —Cambió de tema—. ¿Cómo están el resto de los hombres?

—Hechos polvo, supongo... Quiero decir que están bien, para unos tipos cuyo destino es un acortamiento ritual de sus vidas dentro de pocas horas. Todos sabían que ésta era una misión suicida. Sólo que deseaban haberse podido llevar con ellos a unos cuantos más de esos cabrones, esto es todo.

Chris asintió. *Si hubiéramos conseguido uno o dos años más...*

Por aquel entonces los científicos especialistas en misiles hubieran dispuesto de cohetes lo bastante precisos como para lanzar un golpe quirúrgico, haciendo inútil aquel intento de deslizar subrepticamente bombas por debajo de las narices del enemigo. El Satélite era sólo el principio de las posibilidades, si hubieran conseguido algo más de tiempo.

—Higgins tenía razón, hombre —murmuró O'Leary mientras se dejaba caer contra la pared al lado de Chris—. Hubiéramos debido aplastarles con todo lo que teníamos. Fundir Europa hasta convertirla en una losa, eso es lo que hubiéramos debido hacer.

—Cuando hubiéramos dispuestos de las bombas suficientes como para conseguir algo más que detenerles un poco, ellos también habrían tenido armas atómicas —señaló Chris.

—¿De veras? Después de que freímos Peenemunde, sus sistemas de entrega se vieron parados. ¡Y ni siquiera tienen el menor indicio de cómo fabricar algo termonuclear! Vamos, ni aunque *consiguieran* desmantelar nuestra bomba...

—¡...Dios no lo permita! —Chris parpadeó. Su corazón latió aceleradamente con sólo considerar la posibilidad. Si los nazis conseguían dar el salto de las bombas A a las armas de fusión...

El técnico agitó vigorosamente la cabeza.

—Yo mismo me encargué..., quiero decir que verifiqué personalmente los detonadores de destrucción, Chris. Cualquiera que curioseee intentando ver cómo funciona una bomba H de los Estados Unidos se va a llevar una sorpresa desagradable.

Esta, por supuesto, había sido una de las exigencias fundamentales antes de que se les permitiera intentar aquella misión. Si hubieran conseguido ensamblar el arma cerca del «Gran Círculo» de Aesgard, el curso de la guerra habría podido cambiar radicalmente. En este momento, todo lo que podían esperar era

que los componentes separados se fundieran en masas informes como se suponía que harían cuando expiraran sus tiempos.

O'Leary insistió:

—Sigo pensando que hubiéramos debido lanzar todo lo que teníamos en 1952.

Chris sabía cómo se sentía el hombre. La mayoría de estadounidenses creían que el precio hubiera valido la pena. Un golpe a plena escala contra la tierra natal de Hitler habría acabado con sus ansias. Las represalias del monstruo, con cohetes más toscos y bombas de fisión, hubiera sido un precio digno de pagar.

Cuando había sabido la auténtica razón, al principio se había negado a creerla. Chris supuso que Loki estaba mintiendo..., que era un truco aesir.

Pero desde entonces había visto la verdad. El arsenal de bombas de los Estados Unidos era una espada de doble filo. A menos que fuera usado cuidadosamente, podía cortar en ambos sentidos.

Hubo un resonar de llaves. Entraron tres guardias de las SS, mirando despectivamente a los desanimados in—cursores aliados.

—El gran aes, Thor, se dignará hablar con vuestro líder —dijo el oficial en un inglés con fuerte acento. Cuando nadie se movió, su mirada cayó sobre Chris y sonrió—. Éste. Esta oveja descarriada. Nuestro señor pidió especialmente por él.

Hizo restallar los dedos, y los guardias agarraron a Chris por los brazos.

—Frío como el hielo, papi —dijo O'Leary—. Vuévelos locos, muchacho.

Chris miró hacia atrás desde la puerta.

—Tú también, O'Leary.

Fue empujado a través de la puerta, y ésta se cerró a sus espaldas.

5

—Tú eres danés, ¿no?

Chris estaba firmemente atado a una columna frente al fuego de una chisporroteante chimenea. El oficial de la Gestapo lo había observado desde varios ángulos antes de formular la pregunta.

—Danés por ascendencia. ¿Qué hay con ello? —Chris se encogió de hombros bajo sus ligaduras.

El nazi rió quedamente.

—Oh, nada en particular. Es sólo que nunca dejo de asombrarme cuando encuentro especímenes de ascendencia claramente superior luchando contra su propia divina herencia.

Chris alzó una ceja.

—¿Interrogas a muchos prisioneros?

—Oh, sí, a muchos.

—Bien, entonces debes pasarte sorprendido todo el tiempo.

El hombre de la Gestapo parpadeó, luego sonrió hoscamente. Retrocedió unos pasos para encender un cigarrillo, y Chris observó que sus manos temblaban.

—Pero, ¿acaso tu sangre no grita contra ti, cuando te hallas trabajando, yendo a la batalla, con esa escoria racial, con esos mestizos...?

Chris se echó a reír. Volvió la cabeza y contempló heladamente al nazi.

—¿Por qué sigues aquí? —preguntó.

—Yo..., ¿qué quieres decir? —El hombre parpadeó de nuevo—. Bueno, estoy a cargo del interrogatorio de...

—Estás a cargo de una simple prisión —se burló Chris—. Los sacerdotes de los aesir lo controlan todo ahora. Los místicos en las SS controlan el Reich. Hitler es un tambaleante viejo sifilítico al que no dejan salir de Berchtesgarden. Y tus viejos nazis a la antigua usanza ya no son tolerados.

El oficial dio una profunda chupada a su cigarrillo.

—¿Qué quieres decir con esta observación?

—Quiero decir que toda esa chachara racial no fue más que puro decorado. Una excusa para erigir los campos de la muerte. Pero las SS se hubieran sentido igual de felices utilizando *arios* en ellos. Si ésa hubiera sido la única manera de... de...

—¿Sí? —El hombre de la Gestapo avanzó un paso—. ¿De hacer qué? Si la finalidad de los campos no era la eliminación de las razas impuras, ¿entonces qué, hombre listo? ¿Qué?

Había un tono agudo y quebradizo en la risa del hombre.

—No lo sabes, ¿verdad? ¡Ni siquiera Loki te lo dijo!

Chris hubiera jurado que había decepción en los ojos del oficial..., como si hubiera esperado averiguar algo de Chris, y se sintiera defraudado de que su prisionero estuviera tan a oscuras como él.

No, malgasté una pregunta, y Loki no me dijo nada cerca de los campos. Chris observó las temblorosas manos del otro hombre..., manos que, sin duda, habían creado un infierno en los destrozados cuerpos y espíritus que habían contemplado sus ojos, todo ello, aparentemente, por una causa que ya no era relevante ni siquiera para el bando vencedor.

—Pobre y obsoleto nacionalsocialista —dijo Chris—. Tus sueños, por locos que fueran, eran humanos. ¿Cómo se sienten al verlos arrebatados por unos alienígenas? ¿Al verlos cambiar más allá de todo reconocimiento?

El hombre de la Gestapo enrojeció. Tanteando, cogió una vara de una mesa cercana a la pared y golpeó con ella su enguantada mano.

—Cambiaré *otra cosa* más allá de todo posible reconocimiento —gruñó amenazadoramente—. Y, aunque sea obsoleto, al menos aún se me permite el placer de practicar mi arte.

Se acercó, sonriendo, con una delgada película en sus labios. Chris se preparó para el golpe cuando el brazo se echó hacia atrás, alzando la vara. Pero en aquel momento las cortinas de cuero se abrieron y una enorme sombra cayó sobre la alfombra del suelo. El oficial de la Gestapo palideció y se puso restallantemente firmes.

El aesar de roja barba llamado Thor asintió brevemente mientras se libraba de su capa de piel con un movimiento de sus hombros.

—Puedes irte —retumbó.

Chris ni siquiera miró al nazi mientras el interrogador intentaba que sus miradas se cruzaran. Observó las ascuas de la chimenea hasta que las cortinas sisearon de nuevo y estuvo a solas con el alienígena.

Thor se sentó, con las piernas cruzadas, sobre la gruesa alfombra, y dejó pasar unos minutos uniéndose a Chris en la contemplación de las oscilantes llamas. Cuando usó su martillo para agitar los troncos, el calor realzó delicados y resplandecientes dibujos en la masiva cabeza de hierro.

—Fro envía noticias de Vinland..., del mar que vosotros llamáis Labrador. Ha habido una carnicería de muchos hombres valientes.

Thor alzó la vista.

—Esos cobardes instrumentos, los submarinos..., causaron mucho daño a nuestra flota. Pero al final las tormentas de Fro vencieron. El desembarco está asegurado.

Chris controló con un esfuerzo la mareante sensación en su estómago. Aquello era de esperar. Peores cosas iban a llegar aquel invierno.

Thor negó con la cabeza.

—Ésta es una mala guerra. ¿Dónde está el honor, cuando miles mueren incapaces siquiera de demostrar su valor?

Chris tenía más experiencia que la mayoría de los estadounidenses en mantener una conversación con los dioses. Sin embargo, corrió el riesgo y habló sin permiso.

—Estoy de acuerdo, Oh Grande. Pero no puedes culparnos a *nosotros* de ello.

Los ojos de Thor brillaron mientras inspeccionaba a Chris.

—No, valiente gusano. No os culpo a vosotros. El que hayáis usado vuestras armas de llama tan poco como lo habéis hecho habla bien del orgullo de tus líderes. O quizá sepan cuál sería nuestra ira si se mostraran tan cobardes como para usarlas desenfrenadamente.

Nunca se me hubiera debido permitir participar en esta misión, sé demasiado, se dio cuenta Chris. Loki había sido quien había pasado por encima del Alto Mando y había insistido en que Chris participara. Pero eso lo había convertido en el único que sabía la auténtica razón por la cual las bombas H habían sido refrenadas.

El polvo de los estallidos atómicos y los residuos de las ciudades bombardeadas..., eso era lo que el Alto Mando aliado temía, mucho más que las radiaciones o las represalias nazis. Incluso ahora, pese al limitado uso de las armas nucleares hasta aquel momento, el clima se había enfriado apreciablemente.

¡Y los aesir eran mucho más fuertes en invierno! Los científicos habían verificado la historia de Loki, que el uso incontrolado de la ventaja nuclear aliada conduciría a la catástrofe, no importaba lo mucho que arrasaran al otro lado.

—Nosotros también preferimos un enfoque más personal —dijo Chris, con la esperanza de mantener al aesir creyendo en su propia explicación—. Ningún hombre desea ser muerto por poderes más allá de su comprensión, imposibles de resistir o combatir.

El retumbar de Thor, se dio cuenta Chris, era una suave risa.

—Bien dicho, gusano. Tú castigas como lo hace Freyr, con palabras que siegan, incluso mientras siembran.

El aes se inclinó un poco hacia adelante.

—Ganarías méritos a mis ojos, pequeño, si me dijeras cómo encontrar al Hermano de las Mentiras.

Aquellos ojos grises eran como frías nubes, y Chris notó que su sentido de la realidad empezaba a tambalearse cuando los miró. Necesitó un poderoso esfuerzo de voluntad para apartar su mirada. Cerró los ojos y habló con la boca seca.

—Yo..., no sé de qué me estás hablando.

El retumbar cambió de tono, haciéndose un poco más profundo. Chris sintió un áspero contacto, y abrió los ojos para ver que Thor estaba rozando su mejilla con el mango envuelto en cuero del gran martillo de guerra.

—Loki, jovenzuelo. Dime dónde puede ser hallado el Tramposo, y quizá puedas escapar a tu destino, e incluso hallar un lugar a mi lado. En el mundo por venir no habrá un lugar más grande para un hombre.

Esta vez Chris se endureció para enfrentarse a los hipnóticos pozos de los ojos de Thor. Su poder partió en busca de su alma, como un imán en busca del hierro nativo. Pero Chris luchó con el salvaje calor del odio.

—No..., por todas las valkirias de tu jodido panteón alienígena —susurró—. Antes prefiero correr con los lobos.

La sonrisa se desvaneció. Thor parpadeó, y por un momento Chris creyó ver la imagen del aesir oscilar sólo un poco, como si..., como si estuviera mirando a través de un *pliegue* del espacio con forma de hombre.

—El valor no te salvará de las consecuencias de la falta de respeto, gusano —gruñó la forma, y se solidificó de nuevo en un gigante envuelto en pieles.

De inmediato Chris se alegró de haber conocido a O'Leary.

—¿Todavía no lo has comprendido, papaíto? ¡No creo ni un jodido instante en ti! ¡Hayas venido de donde hayas venido, muchacho, probablemente te echaron de allí a patadas! Tal vez estés lo bastante decidido a hacer pedazos nuestro mundo, pero todo a tu alrededor grita que vosotros sois *escoria*, hombre. Heces. ¡Probablemente quemasteis el platillo volante de papá viniendo aquí!

Sacudió la cabeza.

—Simplemente me niego a creer en ti, hombre.

Los helados ojos grises parpadearon una sola vez. Luego, la expresión sorprendida de Thor se desvaneció en una sonrisa.

—No tendré en cuenta tus otros insultos. Pero, por el hecho de llamarme *hombre*, morirás antes de que aparezca el sol de la mañana.

Se alzó y apoyó una mano en el hombro de Chris, como si le impartiera una amistosa bendición, pero incluso la casual energía de aquel contacto tuvo una sensación viciosamente desagradable.

—Añadiré sólo esto, pequeño. Nosotros los aesir hemos venido *invitados*, y no llegamos en naves, ni siquiera en esas naves que viajan entre las estrellas, sino en las alas de la propia Muerte. Puedo concederte el don de este conocimiento, en honor a tu desafío.

Luego, con un torbellino de pieles y aire desplazado, la criatura desapareció, dejando a Chris a solas de nuevo para contemplar las ascuas parpadear lentamente y convertirse en cenizas.

Los sacerdotes teutones resplandecían en rojo y negro, con sus ropas bordadas en oro y plata. Las alas de águila de platino se alzaban de sus pesados cascos mientras avanzaban en torno de un gran círculo

de piedras puestas en pie, cantando en una lengua que sonaba vagamente alemana, pero que Chris sabía que era mucho, mucho más antigua.

Un altar, tallado con abiertes fauces de dragones, se alzaba al lado de un rugiente fuego. El humo se elevaba en un turbulento girar, arrastrando brillantes chispas hacia una luna llena. El calor llegaba hasta el anillo de prisioneros, cada uno encadenado a su propio obelisco de roca bastante tallada.

Miraban al sur, y podían ver desde una prominencia de Gotland a través del Báltico hasta una orilla que en su tiempo había sido Polonia, y por un tiempo después de eso había sido el «Reich de los Mil Años».

Las aguas estaban innaturalmente tranquilas, casi como un espejo, y reflejaban una imagen casi perfecta del fuego como un tembloroso gemelo de la luna.

—Fro debe haber vuelto de Labrador —comentó O'Leary, con voz lo suficientemente alta como para que Chris pudiera oírle por encima de los cánticos y el resonar de los tambores—. Eso explica la clara noche. Es el dios de las tormentas.

Chris miró lúgubremente al hombre, y O'Leary le devolvió una sonrisa de disculpa.

—Lo siento, hombre. Quiero decir que es el hombrecillo verde que está a cargo del control del clima. ¿Te hace sentir eso un poco mejor?

Esperaba esto, pensó Chris. Sonrió secamente y se encogió de hombros.

—Supongo que ya no importa mucho ahora.

O'Leary observó a los Hermanos Arios avanzar de nuevo, transportando una gigantesca svástica junto con un gran tótem de aspecto dragonil. El técnico empezó a decir algo, pero luego parpadeó y pareció murmurar para sí mismo, como si intentara atrapar un pensamiento que se le escapaba. Cuando la procesión hubo pasado, se volvió a Chris con una expresión desconcertada en su rostro.

—Acabo de recordar algo.

Chris suspiró.

—¿De qué se trata ahora, O'Leary?

El beatnik frunció el ceño, confuso.

—No puedo imaginar por qué se me escapó hasta ahora. Pero cuando estábamos en la playa, descargando los componentes de la bomba, el Viejo Loki me llevó a un lado. Fue todo muy agitado, pero podría jurar que vi en su palma el mecanismo de disparo de la bomba H, Chris. Eso significa...

Chris asintió.

—Eso significa que sabía que íbamos a ser capturados.

Ya había imaginado algo así, O'Leary. Al menos, los nazis no tendrán el disparador.

—Sí. Pero eso no es todo lo que acabo de recordar, Chris. Loki me indicó que te *dijera* algo en su nombre. Dijo que tú le habías hecho una pregunta, y me pidió que te retransmitiera una respuesta que señaló que comprenderías.

O'Leary sacudió la cabeza.

—No sé por qué olvidé decirte esto hasta ahora.

Chris se echó a reír. Por supuesto, el aes renegado había puesto al hombre bajo una orden posthipnótica para que recordara el mensaje solamente más tarde..., quizá sólo en una situación como aquella.

—¿De qué se trata, O'Leary? ¿Qué te dijo que me transmitieras?

—Fue sólo una palabra, Chris. Me señaló que te la dijera..., *nigromancia*. Y luego se negó a decir más. No fue mucho después de eso que los SS saltaron sobre nosotros. ¿Qué quiso decir con eso, capitán? ¿Y cuál había sido tu pregunta? ¿Qué significa esta respuesta?

Chris no respondió. Contempló el torbellino de chispas que ascendía hacia la luna.

Con su última pregunta había interrogado a Loki acerca de los campos..., acerca del pavoroso, horrible, concentrado esfuerzo de muerte que había sido perpetrado, primero en Europa y luego en la Unión Soviética y África. *¿Para qué?* Tenía que haber en ello algo más que un plan para eliminar a algunas minorías molestas.

Más aún, ¿por qué Loki, que normalmente parecía tan indiferente hacia la vida humana, había actuado para rescatar a tantas personas de las fábricas de la muerte, con un riesgo tan grande para sí mismo?

Nigromancia. Ésa era la retardada respuesta de Loki a su última pregunta. Y Loki se la había ofrecido de tal modo que Chris tenía su respuesta, pero nunca podría decírsela a nadie que importara.

Nigromancia...

La palabra equivalía a realización de la magia..., pero una magia de un tipo especial, terrible. En la leyenda, un nigromante era un mago malvado que utilizaba el concentrado campo creado por la agonía de la muerte de los seres humanos para producir sus conjuros.

¡Pero eso no era más que una supersticiosa tontería!

Con la cabeza dándole vueltas, Chris miró a través de la arena a los enormes aesir sentados en sus tronos dorados, escuchó el canto de los sacerdotes, y deseó poder desechar tan fácilmente la idea como lo hubiera hecho en otros tiempos.

¿Era ésa la razón por la cual los nazis se habían atrevido a desencadenar una guerra que de otro modo nunca hubieran vencido? ¿Porque creían que podían crear un horror tan concentrado, tan destilado, que los antiguos conjuros funcionarían realmente?

Aquello explicaba muchas cosas. Otras naciones se habían vuelto locas a lo largo de la historia humana. Otros movimientos habían sido de naturaleza maligna. Pero ninguno había perpetrado sus crímenes con tanta dedicación y eficiencia. El horror debía haber sido dirigido no tanto a la muerte en sí, ¡sino a alguna horrible meta más allá de la muerte!

—Ellos... *crearon*... a los aesir. Eso era lo que quiso decir Loki cuando indicó que tal vez sus propios recuerdos fueran falsos..., que sospechaba que en realidad no era más viejo que yo...

—¿Qué fue eso, capitán? —O'Leary se inclinó hacia él tanto como se lo permitían sus cadenas—. No he podido seguir...

Pero la procesión eligió aquel momento para detenerse. El Sumo Sacerdote, que llevaba una espada de oro, la alzó delante del trono de Odín. El «padre de los dioses» la tocó, y pudo oírse el retumbante canto de los aesir, más bajo que los cánticos humanos, como un gruñir que temblaba dentro de la Tierra.

Uno de los aliados encadenados —un Británico Libre— fue arrastrado, entumecido por el temor, de su obelisco hacia el fuego y el altar—dragón.

Chris cerró los ojos, como para mantener alejados los gritos.

—¡Jesús! —siseó O'Leary.

Sí, pensó Chris. Invoca a Jesús. O a Alá, o al Dios de Abraham. ¡Despierta, Brahma! Porque tu sueño se ha convertido en una pesadilla.

Ahora comprendió claramente por qué Loki no le había dado su respuesta mientras aún había una infinitésima posibilidad de que pudiera volver a casa vivo.

Gracias, Loki.

Era mejor que los Estados Unidos y la Última Alianza cayeran luchando honorablemente que sentirse tentadas por aquel conocimiento..., ver su voluntad puesta a prueba por esa *salida*. Porque, si los aliados intentaban alguna vez adoptar los métodos del enemigo, no quedaría nada en el alma de la humanidad por lo que luchar.

¿A quién podríamos conjurar, se preguntó Chris, si alguna vez utilizáramos esos conjuros? ¿A Superman? ¿O al Capitán Marvel? ¡Oh, serían unos dignos rivales para los aesir, ciertamente! Nuestros mitos son ilimitados.

Se echó a reír, y el sonido se convirtió en un sollozo cuando otro grito de agonía atravesó la noche.

Gracias, Loki, por ahorramos esa prueba para nuestras almas.

No tenía la menor idea de dónde el «dios tramposo» renegado podía haber ido, o si aquel desastre había sido tan sólo una tapadera para alguna otra misión más profunda, más secreta.

¿Era eso posible?, se preguntó Chris. Sabía que era posible. Los soldados muy pocas veces veían el cuadro general, y el presidente Marshall no tenía por qué decirse todo a sus capitanes de la OSS. Aquella misión podía haber sido simplemente una finta, una pieza menor en un plan más grande.

Láseres y satélites..., podían ser sólo parte de ello. Podía haber una bala de plata..., un brote de muérdago, aún.

Las cadenas resonaron a su derecha. Oyó una voz maldecir en portugués, y unos pasos que arrastraban al prisionero de su lado.

Chris alzó la vista al cielo, y repentinamente se le ocurrió el pensamiento, como surgido de la nada.

Las leyendas empiezan de extrañas formas, se dio cuenta.

Algún día —aunque no hubiera ninguna bala de plata—, el horror tendría que receder al fin. Cuando los humanos se volvieran escasos, quizá, y los aesir estuvieran menos gordos y bien alimentados por el maná de muerte que sorbían de los cementerios.

Entonces llegaría un tiempo en el que los héroes humanos contarían de nuevo para algo. Quizás en laboratorios secretos, o en el exilio en la Luna, o en el fondo del mar, hombres y mujeres libres trabajarían y se afanarían para construir las corazas, las armas, quizás incluso los propios héroes...

Esta vez el grito sonó ahogado, como si el explorador brasileño estuviera intentando desafiar a sus enemigos y se quebrara solamente para mostrar su agonía al final.

Se acercaron pasos. Ante su propia sorpresa, Chris se sintió liviano como una pluma, como si la gravedad apenas fuera suficiente para mantenerle retenido al suelo.

—Hasta otra, O'Leary —dijo, distante.

—Sí, hombre. Aguanta.

Chris asintió. Ofreció a los SS vestidos de negro y plata sus muñecas para que las desencadenaran, y les dijo suavemente, en un amistoso tono de voz:

—¿Sabéis?, tenéis un aspecto más bien ridículo para ser unos hombres crecidos.

Le miraron parpadeando, sorprendidos. Chris sonrió y echó a andar entre ellos, abriendo camino hacia el altar y los aesir que aguardaban.

Algún día, los hombres desafiarán a estos monstruos, pensó, sabiendo que la sensación de atontamiento y ligereza significaba que no iba a gritar..., que no iba a notar nada de lo que pudieran hacerle excepto como algo de pasada.

Loki se había asegurado de aquello. *Por eso el Tramposo había pasado tanto tiempo con Chris, aquel último año..., por eso había insistido en que Chris participara en aquella misión.*

Llegará un día. La venganza guiará a nuestros descendientes. La ciencia los acorazará. Pero esos héroes necesitarán una cosa más, pensó. Los héroes necesitan inspiración. Necesitan leyendas.

En su camino hacia los canturreantes aesir pasaron por delante de una hilera de «dignatarios» humanos del Reich, unos pocos con los rostros clavados en su excitación, pero otros sentados torpemente, como perdidos. Tuvo la sensación de que casi podía leer la desesperación en aquellos oscuros y locos ojos. Eran conscientes de que algo que ellos habían traído había ido mucho, mucho más allá de su control.

Thor frunció el ceño cuando Chris le dedicó una sonrisa.

—Hola, ¿cómo vamos? —le dijo al aesir, interrumpiendo su gruñente música en un murmullo de sorpresa. Allá donde maldiciones y gritos habían sido lo único que había resonado acompañando los cánticos, su irónico sarcasmo rompió el ritual.

—¡Muévete, escoria! —Un guardia de las SS empujó a Chris, o intentó hacerlo; pero, en vez de ello, encontró solamente aire allí donde había estado el estadounidense. Chris se agachó por debajo del tintineante y pesado uniforme, entre las piernas del nazi, y golpeó la espalda del hombre con la palma de su mano, lo que lo arrojó de bruces al suelo.

El otro guardia se lanzó contra él, pero se derrumbó con la boca abierta cuando Chris curvó los dedos y los hizo chasquear. Alzó al tercer guardia por la hebilla del cinturón y lo arrojó contra el fuego, aullando de horror y dolor.

Fuerza histérica, por supuesto, se dio cuenta Chris, sabiendo lo que Loki le había hecho. Cuatro subsacerdotes que acudieron corriendo cayeron con el cuello roto. Ningún ser humano, sabía Chris de un modo distante, podía hacer estas cosas sin agotarse rápidamente, pero, ¿qué importaba? Aquello era mucho más divertido de lo que había esperado hasta aquel momento.

Un destello dorado en el rabillo del ojo le advirtió... Chris se dio la vuelta y se agachó, atrapando la lanza de Odín con un repentino tirón.

—Cobarde —susurró al encendido rostro del «padre de los dioses». Agarró la pesada y resplandeciente arma con ambas manos por sus dos extremos y la mantuvo alzada ante él...

Dios, ayúdame...

...y, con un grito, rompió la legendaria lanza contra su rodilla. Los dos trozos cayeron a la arena.

Nadie se movió. Incluso el girante martillo de Thor frenó sus vueltas y luego cayó. En el repentino silencio, Chris fue distantemente consciente del hecho de que su fémur estaba roto —junto con la mayor parte de los huesos de sus manos—, lo que le dejaba precariamente perchado sobre una pierna.

Pero lo único que lamentó Chris fue no poder emular a un viejo judío del que había oído hablar en boca de uno de los supervivientes de los campos de concentración. De pie frente a la tumba que había sido obligado a cavar él mismo, el viejo no había suplicado, ni intentado razonar con los SS, ni se había derrumbado presa de la desesperación. Por el contrario, el prisionero se había vuelto de espaldas a sus asesinos, se había bajado los pantalones, y había dicho en voz alta, en yiddish, mientras se inclinaba: «*Kish mir im toches...*».

—Besa mi culo —dijo Chris a Thor, mientras más guardias corrían finalmente hacia él y sujetaban sus brazos. Mientras lo arrastraban hacia el altar, mantuvo su mirada fija en el «dios» de barba roja. Los sacerdotes lo ataron fuertemente, pero Chris no apartó sus ojos de los grises del aesir.

—No creo en ti —dijo.

Thor parpadeó, y el gigante se volvió repentinamente de espaldas.

Chris dejó escapar entonces una estentórea carcajada, sabiendo que ya nada en el mundo podría reprimir su historia. Se difundiría. Nada podría detenerla.

Loki, maldito cabrón. Me usaste, y supongo que debería darte las gracias por ello. Pero queda tranquilo, Loki, algún día te cogemos también a ti.

Siguió riendo. Contempló al abatido sumo sacerdote trastear con el cuchillo, y lo halló terriblemente divertido. Un ayudante de ojos muy abiertos no pudo reprimir una risita y dejó caer su bandera con la svástica. La risa de Chris se convirtió en un rugido.

Tras él oyó la aguda risa de O'Leary. Luego, otro de los prisioneros se carcajeó también, y luego otro. Era algo irreprimible.

A través del helado Báltico sopló un viento incierto. Y, sobre sus cabezas, una reciente estrella avanzó rápida allá donde las antiguas simplemente derivaban cruzando el cielo.

LUNA DE HIELO Brad Linaweaver

Si miras un abismo el tiempo suficiente, el abismo te devolverá la mirada.

NIETZSCHE, *Más allá del bien y del mal*

Para todas las dudas y cuestiones, el nuevo hombre del primer Imperio germano sólo tiene una respuesta: ¡Pese a todo, quiero!

ALFRED ROSENBERG, *El mito del siglo XX*

He visto al hombre del futuro; es cruel; me asusta.

ADOLF HITLER a HERMANN RAUSCHNING

ANOTACIONES DEL DIARIO
DEL DR. JOSEPH GOEBBELS, NUEVO BERLÍN
Traducidas al inglés por Hilda Goebbels

Abril de 1965

Hoy asistí a los funerales oficiales por Adolf Hitler. Me pidieron que pronunciara la oración. No hubiera debido ser difícil, a no ser que Himmler salié de su bendito retiro para aconsejarme acerca de todas las cosas que no debía decir. El viejo estúpido aún cree que estamos sentando los cimientos de una religión. Sabedor de mi escepticismo natural, nunca deja que preocuparle que diga algo en público no previsto para el consumo de las masas. Es una preocupación estúpida por su parte; ni siquiera la senilidad precoz debería hacerle olvidar que soy el experto en propaganda. Sin embargo, no cuestiono su insistencia, que se halla en relación con lo que las masas sienten más profundamente. Dejo tales asuntos al único que está cualificado para la tarea.

Supongo que yo fui el último miembro de su entorno en ver a Hitler vivo. Speer acababa de marcharse, abiertamente ansioso por volver a su trabajo con el equipo de Von Braun. En sus años de declive ha empezado a involucrarse a todas horas con el programa espacial. Esta cuestión de si serán los estadounidenses o nosotros quienes alcancemos primero la Luna parece una preocupación desdeñable. Nuestros expertos militares me han convencido de que el programa espacial que realmente importa es el relativo a las plataformas orbitales con finalidad de intimidación global. Una medida así parece enteramente justificada si hemos de darle al *Führer* su Reich de los mil años (o incluso algo un poco más corto).

El *Führer* y yo hablamos de los planes de Himmler de hacer de él un santo de las SS.

—¿Cuántos siglos deberán transcurrir —me preguntó, con una voz sorprendentemente firme— antes de que olviden que fui un hombre de carne y hueso?

—¿Puede un ario ser alguna otra cosa? —respondí secamente, y él sonrió como suele hacer en mis momentos divertidos.

—El espíritu del arianismo es otro asunto —dijo—. Lo mismo que el destino y cualquier otro mito realizable.

—Himmler ritualizaría esos mitos en una nueva realidad —señalé.

—Por supuesto —admitió Hitler—. Ése ha sido siempre su finalidad. Tú y él sois realistas. Nosotros utilizamos lo que tenemos disponible. —Reflexionó un instante y luego prosiguió—: La guerra fue cultural. Si le preguntas al hombre de la calle lo que yo pretendía realmente, ni siquiera se acercará a la verdad. ¡Ni debe hacerlo!

Sonreí. Estoy seguro de que lo tomó como un signo de asentimiento. Esta dualidad de Hitler, con su preocupación por las jerarquías exactas para reemplazar el viejo orden social —y lo que es cierto para el *Volk* no siempre es cierto para nosotros— me parecía simplemente otro mito realizable, a menudo contrario a nuestros propósitos declarados. Nunca admitiría esto ante él. A su propia manera, Hitler era el filósofo estúpido completo.

—*Mein Führer* —empecé, una entera formalidad en una situación como aquella, pero puedo decir que se sintió complacido de que yo usara aquel término—, a los estadounidenses les encanta hacer chistes sobre su más famosa afirmación acerca del Reich que durará mil años, pese a que lo que hemos conseguido ahora es un inmutable *status quo*.

Se echó a reír.

—Me encantan esos estadounidenses. De veras. Creen en su propia propaganda democrática..., ¡de una manera tan obvia que lo que decimos a nuestro pueblo debe ser lo que creemos! La credulidad norteamericana es absolutamente refrescante a veces, en especial después de tratar con los soviéticos.

Sobre el tema de los soviéticos Hitler y yo no siempre habíamos estado de acuerdo, así que de nada servía proseguir esa línea de diálogo a aquellas alturas. Antes de que muriera deseé desesperadamente hacerle algunas preguntas que me habían estado atormentando. Podía ver que su condición se estaba deteriorando. Ésta podía ser mi última oportunidad.

La conversación divagó por unos instantes, y de nuevo nos divertimos un poco acerca de cómo Franklin Delano Roosevelt había plagiado los Veinticinco Puntos del Nacionalsocialismo cuando dio a la luz pública su propia lista de derechos económicos. Qué suerte para nosotros que cuando FDR tomó prestado otros elementos de nuestra política se dio violentamente de bruces. La guerra siempre será el método más efectivo para disponer de los excedentes de producción, aunque infinitamente más peligroso en una era nuclear. Nunca pensamos que FDR pudiera empujar a los Estados Unidos a utilizar nuestro enfoque para la producción de armamento.

Hitler resumió:

—Roosevelt cayó bajo la influencia del loco Churchill; ¡eso fue lo que ocurrió!

—Afortunadamente, nuestro mayor enemigo en los Estados Unidos fue impugnado —observé. Lo último que necesitábamos era un constructor de imperios competidor con los recursos del continente norteamericano. Aún recordaba con cariño la tarde en que el Congreso norteamericano presentó las pruebas de que FDR era un traidor en la cuestión de Pearl Harbour.

—Nunca comprendí por qué el presidente Dewey no siguió, *en lo interior*, las directrices de FDR — siguió Hitler—. Después de todo, continuaron en la guerra. Dios mío, el hombre incluso liberó a los japoneses estadounidenses de esos campos de concentración, ¡e insistió en el pago de compensaciones! ¡Y eso durante lo peor de la lucha en el Pacífico!

—Eso fue en gran parte por influencia del vicepresidente Taft —le recordé a Hitler. Su notable memoria había sufrido mucho aquellos últimos años.

—Locos estadounidenses —murmuró, sacudiendo la cabeza—. Son la gente más impredecible del planeta. Pagan por sus blandos corazones en polución racial.

Habíamos pasado a hablar de cosas intrascendentes, chismorreos acerca de varias esposas, cuando aquella antigua perspicacia del *Führer* me llegó de nuevo. Se estaba dando cuenta de que no le decía todo lo que pasaba por mi mente.

—Joseph, tú y yo fuimos hermanos en Munich —indicó—. Estoy en mi lecho de muerte. Seguro que no puedes dudar en preguntarme *cualquier cosa*. Dilo, hombre. Hablaré durante las horas que me quedan.

Y cómo podía hablar. Recuerdo una cena en que la invitación fue extendida también a mis dos hijas mayores, Helga e Hilda. Hitler nos entretuvo con un brillante monólogo sobre por qué odiaba la arquitectura moderna en todas partes salvo en las fábricas. Ilustró muchos de sus puntos acerca del aspecto deshumanizador de las gigantescas ciudades con referencias al filme *Metrópolis*. Sin embargo, pese a su gran amor por el cine, Hilda no se sintió atraída por sus palabras. Todos los demás disfrutamos enormemente de la velada.

En aquella solemne ocasión pregunté si creía, cuando lo pronunció, en su último discurso de ánimo de los días finales de la guerra, cuando parecía seguro que íbamos a ser aniquilados. Pese a sus palabras de firme optimismo, no había literalmente forma alguna de que supiera que nuestros científicos, en aquel momento, habían resuelto el problema de la masa crítica. Gracias al trabajo conjunto de Otto Hahn y Werner Heisenberg, fuimos los primeros en desarrollar la bomba atómica. Los distintos departamentos

habían estado luchando estúpidamente entre sí sobre las limitadas disponibilidades de uranio y agua pesada. Speer se ocupó de aquello, y a partir de entonces todo empezó a moverse en nuestra dirección. Después de que llegara el primer plutonio de una pila atómica alemana, hubo la absoluta seguridad de que venceríamos.

Yo aún seguía considerando aquel período como milagroso. Si Speer y yo no hubiéramos convencido al Ejército y a las Fuerzas Aéreas de que cesaran en sus rivalidades para la obtención de fondos, nunca hubiéramos desarrollado las V—3 a tiempo para lanzar aquellas encantadoras nuevas bombas.

En una cena, a primeras horas de la madrugada, uno no puede hacer menos que maravillarse de cómo las cosas hubieran podido ser muy distintas. Se nos había concedido una ventaja cuando fue retrasada, en 1943, la invasión a través del Canal. Pero 1944 fue el auténtico punto crucial de la guerra. Hitler dudaba de utilizar los dispositivos nucleares, profundamente temeroso de los peligros de las radiaciones para nuestro bando, además de para el enemigo. De no haber sido por el intento de asesinato del 20 de julio, quizá no hubiera hallado la resolución necesaria para dar la trascendental orden: destruir a Patton y su Tercer Ejército antes de que fueran operativos, antes de que invadieran Europa como un cáncer. Qué glorioso momento fue para todos nosotros, además de para mi propia carrera. Para los soviéticos hubo también un buen número de bombas, y muchas muertes alemanas entre ellos. Pero fue un precio pequeño a cambio de detener en seco el marxismo. Incluso nuestros campos de concentración en el Este recibieron una orden definitiva de exterminación mediante las ahora familiares nubes en forma de hongo.

Si los malditos aliados hubieran aceptado negociar, toda esa miseria hubiera podido evitarse. Las muertes fueron dictadas por la historia. Hitler cumplió con el Destino. Nunca perdonó a Occidente que le obligara a una guerra en dos frentes, cuando él, el elegido, era su mejor protección contra las hordas eslavas.

Cómo había deseado que el Imperio británico se pusiera a nuestro lado. Cómo los castigó por su locura. Una última V—3 llevó La Bomba hasta Londres, cumpliendo con una profecía política del *Führer*. Lo lamentó; pero el más importante criminal de guerra de nuestra época, Winston Churchill, no le había dejado otra alternativa. Habían iniciado bombardeos indiscriminados contra la población civil; bien, terminamos con aquello. Además, compensó el fracaso de la Operación León Marino.

El derecho no garantiza la fuerza. Los últimos años de la guerra nos enseñaron eso. ¿Cómo había hallado Hitler las fuerzas suficientes para llenarnos a todos nosotros de esperanza cuando no había razones más que para la desesperación? ¿Podía realmente ver el futuro?

—Por supuesto que no —respondió—. Yo había alcanzado el punto en el que dije que podíamos recuperarnos en el último segundo con un arma secreta de invencible poder..., ¡sin creer en absoluto en ello! Era pura retórica. Hacía tiempo que había perdido las últimas esperanzas. La oportunidad de aquel último discurso no pudo ser más acertada. El destino estaba de nuestro lado.

Así que al final lo supe. Hitler nos había arrastrado de nuevo. Había terminado del mismo modo que empezara: la encarnación de la *voluntad*.

Recordé su exaltación ante los filmes de destrucción nuclear. No se había excitado tanto, me dijeron, desde que se convenció de la viabilidad de los cohetes de Von Braun..., e hizo rodar un filme de ello también.

A cada informe de los peligros de radiación, se fue enterrando más y más febrilmente en el *Führerbunker*, pese a las seguridades de todos los expertos de que Berlín estaba a salvo de toda lluvia radiactiva. Nunca en mi vida he conocido a un hombre más preocupado por su salud, más preocupado acerca de la menor irritación de garganta tras una esforzada arenga o un discurso. Y su estricta y absurda dieta, limitada incluso según los estándares vegetarianos. Sin embargo, sus precauciones lo habían conducido hasta esta fecha, hasta verse a sí mismo dueño de toda Europa. ¿Quién se hallaba en posición de *criticarlo*?

Tenía una manera de hacerme sentir como un gigante.

—Hubiera debido escucharte mucho antes —me dijo ahora—, cuando te mostraste partidario de la Totalización de la Guerra en nuestro frente. Fui demasiado blando por el lado de las mujeres alemanas. ¿Por qué no te escuché? —Una vez iniciaba un cumplido hacia uno de sus subordinados, era propenso a continuar—. Fue una inspiración, la forma en que planteaste ese chiste moralizante: «Si cree que la guerra es mala, espere a ver la paz, si perdemos». —Y siguió hablando, recordando incluir mi manejo de la prensa extranjera durante la Kristalnacht, y concluyendo finalmente con su favorito entre todos mis símbolos de propaganda—: Tu idea de utilizar el mismo vagón de ferrocarril de la vergonzosa rendición de 1918 para recibir la rendición de Francia en 1940 fue el placer más grande de mi vida. —Su placer era contagioso.

Se incorporó ligeramente en la cama, con un brillo de alegría en sus ojos. Parecía de nuevo un niño pequeño.

—Te diré algo acerca de mis mil años. Himmler los envuelve con todo el misticismo que esperabas. ¿Has observado alguna vez cómo los judíos, los musulmanes, los cristianos, y nuestros propios paganos, tienen una predilección hacia los milenios? El número parece arrojar un conjuro sobre ellos.

—Los eruditos estadounidenses también observan lo mismo. Dicen que el número es simplemente buena psicología, y señalan la longevidad de los antiguos imperios en China, Roma y Egipto para hallar similares registros numéricos. Dicen que Alemania nunca resistirá tanto.

—No lo hará —dijo Hitler, con voz definitiva.

—¿Qué quiere decir? —pregunté, no seguro de pronto en la dirección en la que se estaba moviendo. Sospeché que tenía algo que ver con las teorías culturales, pero Hitler siempre se había mostrado reticente acerca de sus más grandes sueños de futuro..., incluso conmigo.

—Se necesitará al menos este tiempo —dijo— para que la Nueva Cultura arraigue en la Tierra. Para que la Nueva Europa sea lo que he soñado.

—¡Si von Braun consigue lo que se propone, estaremos muy lejos de la Tierra por entonces! Al menos parece que planea disponer de pasajes para muchos alemanes en sus naves espaciales.

—¡Alemanes! —escupió Hitler—. ¿Qué me importan a mí los alemanes o el ejercito espacial de Von Braun? Dejemos que el lado técnico de Europa extienda su poder en la dirección que desee. Speer será su dios. Es el mejor de toda la colección. Pero dejemos que el otro lado determine los valores, hombre. Los valores, la esencia espiritual. Dejemos que se extiendan por toda la galaxia si así lo desean, siempre y cuando me miren a mí en busca de los principios guía culturales. Y Europa será el monumento eterno para esta visión. ¿Hablo de un Reich que durará mil años? Se necesitará ese tiempo para terminar el trabajo, para construir algo que durará, entonces, todo el resto de la eternidad.

El viejo fuego regresaba. Su voz tenía de nuevo su viejo y fuerte yo hipnótico. Su cuerpo se estremecía con la gloria de su visión personal, exteriorizada para que el conjunto de la humanidad pudiera tocarla, adorarla..., o temerla. Incliné la cabeza en presencia del hombre más grande de toda la historia.

Se echó hacia atrás por un miuto, agotado, perdido en los fantasmas detrás de sus velados ojos. Contemplando los debilitados restos de aquella en su tiempo dinamo humana, sentí compasión, casi sentimiento, hacia él. Dije:

—¿Recuerda cuando nos conocimos la primera vez a traves de nuestras actividades antisemitas? Se produjo un lazo inmediato entre nosotros.

Rió quedamente.

—Oh, de nuevo los primeros días del Partido. Al principio me consideraste demasiado burgués.

Estaba muriéndose ante mis ojos, pero su mente seguía tan alerta como siempre.

—Pocas personas comprenden por qué elegimos a los judíos, pese a toda la literatura nazi disponible —continué.

Inspiró profundamente.

—Yo iba a convertir toda Europa en un enorme lienzo en el que pintaría el futuro de la humanidad. Los judíos hubieran sido mis más severos y obstinados críticos. —El *Führer* siempre tenía un don para la metáfora adecuada—. Tu propaganda ayudó a mantener el pueblo inflamado. Esa furia era sólo combustible para la tarea que teníamos entre manos.

Habíamos discutido en ocasiones anteriores la naturaleza fundamental de la ética judeocristiana, y cómo el cristiano era un semita espiritual (como observaría cualquier papa). Los judíos habían sido un buen chivo expiatorio. Había una tradición tan antigua y espléndida a sus espaldas. Pero, una vez extirpados los judíos de Europa, para todas las finalidades prácticas, quedaba la enorme masa de cristianos, con muchos alemanes entre ellos. Hitler había prometido fuertes medidas en afirmaciones confidenciales a los altos oficiales de las SS. Martin Bormann había sido el más ardiente abogado de la *Kirchenkampf*, la campaña contra las Iglesias. En los años sucesivos de paz y el punto muerto nuclear con los Estados Unidos, poco había salido de ello. Saqué de nuevo el tema a colación.

—Tomará generaciones —respondió—. Los judíos son sólo el primer paso. Y, por favor, recuerda que el cristianismo tampoco será, en absoluto, el último obstáculo. Nuestro enemigo definitivo es una idea dominante en los Estados Unidos en teoría, si no en la práctica. Su amor al individualismo es más peligroso incluso para nosotros que el igualitarismo místico. A fin de cuentas, la decadente idea de la libertad completa será más difícil de manejar que todas las religiones y los demás gobiernos imperiales puestos juntos. —Guardó silencio, pero sólo un momento—. Somos el último bastión de la auténtica civilización occidental. Los Estados Unidos se hallan siempre a unos pocos pasos de distancia de la anarquía. ¡Sacrificarían el Estado al individuo! Pero el comunismo soviético, pese a ser una ideología, era muy poco mejor. Su Estado era todo músculos y nada de cerebro. Les impedía conseguir el uso óptimo de su mejor gente. Ah, sólo en el Imperio alemán, y especialmente aquí en Nuevo Berlín, vemos el ideal en plena labor.

El Estado utiliza a la mayor parte de los individuos como las ovejas que se supone que son. Pero lo más importante es que al individuo superior se le permite utilizar al Estado.

—¿Como la mayoría de los *Gauleiters*? —pregunté, de nuevo con tono malicioso.

Se echó a reír con una voz fuerte y saludable.

—Buen Dios —dijo—. Nada es perfecto..., excepto las SS, y el trabajo que tú hiciste en Berlín.

No tuve el valor de decirle que pensaba que él había demostrado estar profundamente equivocado en una de sus predicciones acerca de los Estados Unidos. Con el punto muerto nuclear al final de la guerra — tras haber usado los Estados Unidos sus bombas atómicas en Oriente, y afianzando la atención mundial del mismo modo que lo habíamos hecho nosotros—, las fuerzas aislacionistas en aquel país habían visto un resurgimiento. En unos cuantos años habían arrastrado al país de vuelta a la política extranjera que había mantenido antes de la guerra hispano—estadounidense. Hitler había predicho funestas consecuencias para la economía de aquella nación. Por desgracia, lo cierto había sido lo contrario. Ello se debía en parte a que los nuevos aislacionistas no creían en absoluto en el aislamiento económico; liberaron a las corporaciones norteamericanas a fin de proteger sus propios intereses.

Los últimos informes que había visto demostraban que la República de los Estados Unidos medraba espléndidamente, mientras que nuestra economía sufría con severidad de las numerosas dificultades que llevaba emparejada una política extranjera imperial de guante blanco. Simplemente nos habíamos extendido demasiado. Nuevo Berlín, después de todo, había sido modelado según la antigua Roma..., y, como el Imperio romano, teníamos problemas en financiar la operación y mantener contenta a la población. Había ocasiones en las que echaba en falta nuestro antiguo eslogan: ¿Oro o Sangre?

Soy un nacionalsocialista tan dedicado como siempre, pero debo admitir que los Estados Unidos no tienen nuestros problemas. Lo que poseen es una gran cantidad de bienes, una voluntad de hacer sus negocios en oro (nuestras reservas del cual se han incrementado notablemente después de la guerra), y garantías sobre el papel de que nosotros no interferiremos en su hemisferio. Nosotros mantenemos bastante bien nuestra parte del trato: todos los adultos comprenden que América Latina es un coto no vedado de caza.

Por supuesto, no existe censura en los estratos superiores de la Alemania nazi. Los amigos y familias de los altos oficiales del Reich pueden leer o ver abiertamente todo lo que deseen. Sin embargo, seguimos teniendo problemas con esta modificación de nuestra política. Al menos guardo unos recuerdos agradables de 1933, cuando yo personalmente di la orden de quemar los libros en la Franz Joseph Platz, frente a la Universidad de Berlín. Nunca he disfrutado tanto como en el período cuando perfeccioné una acida retórica como director del *Der Angriff*, que muy a menudo inspiró la destrucción de escritos contrarios a nuestros puntos de vista. Esos días parecen muy lejanos ahora. ¡Muchos disfrutaban con *Sin novedad en el frente!*

A Hitler no le hubiera importado una encendida conversación sobre el tema de la censura. Le gusta cualquier asunto que se relacione hasta cierto punto con las artes.

Seguramente hubiera preferido una conversación así a discutir acerca de la política capitalista en los Estados Unidos. No hice ninguna de las dos cosas. Me siento satisfecho reflejando en las páginas de este diario mi conclusión de que gobernar un Imperio resulta mucho más caro que tener una gorda república, repantigado en tu sillón y recogiendo los beneficios. Los británicos acostumbraban comprender. Si no lo hubieran olvidado, probablemente nosotros no estaríamos donde estamos hoy en día.

Irónicamente, para alguien que tiene fama de ser un genio político y militar, Hitler ha pasado la totalidad de su retiro (conserva su título de por vida) ignorando ambos temas y concentrándose en sus teorías culturales. Mantuvo una abundante correspondencia con la mujer que ocupa la cátedra de Antropología en la Universidad de Nuevo Berlín (no le montó un apartamento), y se comportó casi como si estuviera celoso de su trabajo. Afortunadamente para ella, él no estaba organizando un *putsch*. Además, era una nazi completamente acreditada.

Creo que Eva se lo tomó muy bien. *Kinder, Küche, Kirche!*

Mientras permanecía en la habitación de enfermo de Hitler, contemplando desvanecerse ante mí al hombre al que había dedicado mi vida, sentí una extraña ambivalencia. Por un lado lamentaba verlo marcharse de aquella manera. Por otro lado sentía una especie de —no estoy seguro de cómo expresarlo— alivio. Era como si, cuando muriera, yo podría empezar al fin mi auténtico retiro. Los demás años de supuesta renuncia a mi vida pública no contaban. Realmente, Adolf Hitler había sido el auténtico centro de mi vida.

Desearía que no hubiera hecho aquel comentario final.

—*Herr Doktor Goebbels* —dijo, y el regreso de la formalidad me hizo adoptar, de manera muy poco característica, una postura militar—, quiero recordarte una cosa. Poco antes de su muerte, Goering estuvo de acuerdo conmigo en que nuestro mejor golpe fue el secreto con el que manejamos la política judía. El bombardeo atómico de los campos fue un espléndido movimiento. Pese al paso del tiempo, creo que este

secreto debe ser mantenido. De hecho, puede que llegue un día en el que ningún oficial del gobierno alemán lo sepa. Sólo la jerarquía de las SS conservará el conocimiento en sus ritos de iniciación.

—La propaganda aliada sigue hablando de ello, mein *Führer*. Varias organizaciones judías de los Estados Unidos y otros lugares siguen llorando cada año a los millones perdidos. Al menos Stalin recibe su parte de culpa.

—La propaganda es una cosa. Las pruebas son otra. Sabes esto tan bien como cualquiera. Me gustaría oírte admitir que el programa debería seguir siendo mantenido en secreto. En cuanto a los campos de la muerte de Stalin, se puede hablar eternamente de ellos.

Me cogió por sorpresa que lo mencionara.

—¡Lo acepto, sin discusión! —Recordé cómo habíamos explotado en nuestra propaganda la matanza soviética de los polacos en Katyn. Las pruebas eran sólidas..., y existe algo llamado opinión mundial. Podía ver su punto de vista. Tras todo aquel tiempo, nos proporcionaría pocas ventajas admitir nuestra vigorosa política con los judíos. La situación mundial había cambiado desde la guerra.

No obstante, su petición parecía peculiar e innecesaria. A la luz de acontecimientos posteriores no puedo evitar preguntarme si Hitler era o no realmente sensible a las fuerzas psíquicas. ¿Es posible que hubiera sabido el desastre personal que pronto abrumaría a los miembros de mi familia?

La conversación no dejó de desfilarse por mi mente camino al funeral. Mientras cruzábamos por debajo del Arco de Triunfo de Speer, me maravillé, por centésima vez —supongo—, de su genio arquitectónico. Alemania estaría pagando por aquella ciudad durante los siguientes cincuenta años, pero valía la pena. ¡Además, teníamos que hacer algo con todo ese oro soviético! ¿Qué es el oro, al fin y al cabo, si no una inversión de futuro, ya sea en la construcción de la ciudad más grande del mundo o en la compra de productos a los Estados Unidos?

La procesión avanzaba a paso de tortuga y, considerando la distancia que habíamos cubierto, tuve la sensación de que podía ser medianoche antes de que llegáramos al *Groß Halle*. Pero el día se mantuvo el tiempo suficiente.

Las calles estaban atestadas de gente sollozante, el amado *Volk* de Hitler. La svástica ondeaba en todas las ventanas; pensé en concebir una imagen poética para describir el aleteo de miles de formas negras, pero lo dejé correr cuando en todo lo que pude pensar fue en una miríada de arañas. *Deja la poesía a aquellos más cualificados*, me dije, *la publicidad nunca es una oda*.

Finalmente descendimos por la gran avenida entre el Palacio Goering y la Casa del Soldado. Las interminables líneas verticales de aquellas impresionantes estructuras me recordaban siempre los efectos luminosos de la catedral de hielo de Speer en Nuremberg. Nada de lo que ha hecho en cemento puede igualarse a lo que hizo con pura luz.

¡Dios, qué cantidad de mármol blanco! El brillo hiere a veces mis ojos. Cuando pienso en cómo despojamos a Italia de su mármol para realizar todo esto, reconozco la valiosísima contribución del Duce al Más Grande de los Reichs.

Allá donde se mire en Nuevo Berlín hay estatuas de héroes y caballos; caballos y héroes. Y banderas, banderas, banderas. A veces me siento incluso un poco hastiado de nuestro glorioso Tercer Reich. Quizás el éxito deba conducir al exceso. Pero mantiene la cerveza y el queso sobre la mesa, como diría Magda, mi esposa. Soy uno de los autores de ello. Ayudé a construir este gigantesco edificio con mis ideas con tanta seguridad como lo hicieron los trabajadores con el sudor de sus frentes y las piedras de las canteras. Y Hitler, el querido y dulce Hitler..., devoró los pequeños países inferiores y escupió el mortero de esta metrópoli. Nunca un hombre ha sido más padre de una ciudad.

Los automóviles tenían que avanzar lentamente para mantener el paso con los caballos en cabeza, que arrastraban el féretro del *Führer*. Me sentí agradecido cuando llegamos a nuestro destino.

Tomó un cierto tiempo acomodarse a todas las personalidades. Como yo estaba en el grupo de cabeza, y fui de los primeros en sentarme, tuve que aguardar un tiempo interminable mientras todos los demás ocupaban sus lugares. La enorme sala puede albergar a miles y miles de personas. Speer cuidó personalmente de ello. Tuve que permanecer sentado inmóvil y contemplar mientras lo que parecía toda la nación alemana entraba y ocupaba sus lugares.

Muchos hablaron antes que yo. Después de todo, cuando yo terminara con los elogios oficiales, ya nada quedaría excepto llevarlo abajo y encerrarlo en la bóveda. Cuando el enorme y viejo noruego, Quisling, se levantó para decir unas palabras, me alegró que sólo se extendiera cinco minutos. Realmente sorprendente. Alabó a Hitler como el destructor de las penalizaciones de Versalles, y eso fue todo.

El único momento de interés se produjo cuando un representante de la nación soberana de Borgoña se puso de pie, con todas sus galas de las SS. Un susurro se extendió por toda la audiencia. Muchos

alemanes nunca se han sentido abiertamente seguros ante el pensamiento de Borgoña, una nación entregada exclusivamente a las SS..., y fuera de la jurisdicción de la ley alemana. Fue una de las promesas que hizo Hitler durante la guerra y que cumplió luego al pie de la letra. El país fue desgajado de Francia (la cual estoy seguro de que nunca se dio cuenta de ello..., todo lo que les importaba era París).

El hombre de las SS habló de sangre y acero. Nos recordó que la guerra no había terminado hacía tanto tiempo, aunque a muchos alemanes les gustaría olvidarla y simplemente dejarse arrastrar en alas de la aventura. Aquel feudalista fue también el único orador en el funeral que alzó el viejo espectro de la Conspiración Sionista Internacional, lo cual consideré una pieza justificable de nostalgia, teniendo en cuenta el momento. Mientras hablaba con una voz más bien monótona, pensé en el comentario de Hitler relativo a los secretos campos de la muerte. Por supuesto, todavía hay judíos en el mundo, y la organización judía en los Estados Unidos es algo a tener en cuenta, así como un grupo que intenta restablecer Israel —hasta ahora sin éxito—, y comprensiblemente ningún otro grupo de gente desearía más vernos destruidos. Lo que creo que es importante recordar es que los judíos no son en absoluto el único enemigo de los nazis.

Cuando terminó, la gente se removió de aquella manera antigua, violenta, agradable..., y observé que muchos se refrenaban con buena disciplina prusiana para no vitorear y aplaudir al orador (lo cual no hubiera estado en absoluto bien en un funeral). ¡Si hubieran roto el protocolo, de todos modos, me hubiera unido alegremente a ellos!

Pareció transcurrir una eternidad hasta el momento en que me situé de pie ante el micrófono para recitar mi oración. Estaba rodeado de cámaras de televisión. Cuántas cosas han cambiado desde los tiempos relativamente simples de la radio. Estoy seguro de que muchos de mis ardientes partidarios se sintieron decepcionados de que no hiciera un discurso más enérgico. Yo era el mejor orador de todos ellos, mejor incluso que Hitler (si se me permite decirlo). Mis discursos por radio son aclamados universalmente como el instrumento elevador de la moral alemana. Yo era algo más que simplemente el ministro de Propaganda..., era el alma del nacionalsocialismo.

Hacia el final de la guerra pronuncié el más importante discurso de mi carrera, y eso frente al desastre total. Por aquel entonces no creía más en la posibilidad de nuestra victoria que Hitler cuando hizo, más tarde aún, su último alarde acerca de una misteriosa arma secreta en la más oscura de las horas oscuras. Mis amigos se mostraron asombrados de que, después de mi emotivo discurso, pudiera sentarme y evaluar desapasionadamente el efecto que había tenido sobre mis oyentes. Tal es la naturaleza de un buen propagandista.

Para tristeza de los entusiastas de la nostalgia, sin embargo, no hubo fuego ni furia en mis palabras aquel día. Fui frugal en mis frases. Enumeré sus logros más notables; hice una afirmación objetiva acerca de su lugar seguro en la historia; les dije a los que lloraban su muerte que eran unos privilegiados por haber vivido en la misma época que ese hombre. Todo ese tipo de cosas, ya saben.

Terminé con una nota suave. Dije:

—Este hombre fue un símbolo. Fue una inspiración. Alzó una espada contra los enemigos de una noble idea que casi se había desvanecido. Luchó contra las nociones pequeñas y mezquinas del destino del hombre. Adolf Hitler restableció las creencias de nuestros fuertes antepasados. Adolf Hitler restableció la santidad de nuestra —y usé el cargado término— raza. —(Pude notar la agitación en la multitud. Siempre funciona)—. Adolf Hitler se ha ido. Pero lo que consiguió no morirá nunca... *si* —les lancé mi mejor mirada— vosotros lucháis por asegurar que su mundo sea vuestro mundo.

Había terminado. Los últimos ecos de mi voz se desvanecieron para ser reemplazados por las notas de *Die Walküre* por la Filarmónica de Berlín.

Camino de la bóveda me descubrí pensando en numerosas cosas, ninguna de las cuales tenía que ver directamente con Hitler. Pensé en Speer y en el programa espacial; filosofé que los judíos son una idea; me recreé en el imperecedero placer de que Inglaterra se había convertido en la «Irlanda» del Reich; hice un breve inventario de mis amantes, mis hijos, mi esposa; me pregunté cómo debía de ser vivir en los Estados Unidos, con una televisión en color y un refugio antiatómico en cada hogar.

El féretro fue depositado en la bóveda, tras una lámina de cristal a prueba de balas. Su imagen de cerúlea piel permanecería allí indefinidamente, conservada para el futuro. Regresé a casa, luego me metí agradecido en la cama y me dormí.

Octubre de 1965

Anoche soñé que tenía de nuevo dieciocho años. Recordé un profesor judío que tuve por aquel entonces, un hombre agradable y competente. Lo que más recordaba de él era su sardónico sentido del humor.

Es curioso cómo, después de todo este tiempo, aún sigo pensando en los judíos. He escrito que fueron los inventores de la mentira. Utilicé este poderoso efecto en mi propaganda. (Hitler afirmaba haber sido él quien había hecho este histórico «descubrimiento».)

Mi así llamado retiro me mantiene más ocupado que nunca. El número de libros a los que estoy dedicado normalmente es monumental. Me estremece pensar en todas las obras sin terminar que voy a dejar tras mi muerte. El editor llamó el otro día para decirme que las memorias de guerra de Goebbels van ya por su novena edición. Esto es ciertamente gratificante. Se venden muy bien en todo el mundo.

Mi hija Hilda, además de ser una química competente, se toma en serio también lo de convertirse en una escritora, y si sus cartas reflejan su talento literario no tengo la menor duda de que lo conseguirá por méritos propios. Desgraciadamente, sus puntos de vista políticos se vuelven más y más peligrosos cada vez, y me temo que en estos momentos se hallaría en graves problemas si no llevara su prominente apellido. La Liga Alemana para la Libertad, de la que es miembro destacado, está compuesta por hijos e hijas de familias aprobadas, y así disfruta de inmunidad contra la persecución. Al menos no son agitadores del populacho (lo cual no me importaría si tuvieran las ideas nazis adecuadas). Son críticos puramente intelectuales, y como tales son acomodados. Estamos abrazando un riesgo.

No muchos años después de nuestra victoria fue aprobada la carta que permitía la libertad de pensamiento a la élite de nuestra ciudadanía. Me río al pensar en cómo me opuse inicialmente al movimiento, y recuerdo muy bien la sorprendente indiferencia de Hitler ante la medida. Después de la guerra era un hombre cansado, deseoso de abandonar la administración a los funcionarios del Partido y la extensión de la ideología a las SS en Borgoña. Se volvió francamente indolente en su nuevo estilo de vida.

De todos modos, ya no importa. La «libertad de pensamiento» para los arios adecuadamente adoctrinados parece algo inofensivo. Mientras se beneficie de los privilegios del auténtico poder personal a una edad suficientemente temprana, el celoso deseo de reforma se ve rápidamente sublimado a las necesidades de la dirección inteligente y disciplinada.

El *New Berlin Post* del viernes llegó con mi carta de respuesta a una cuestión frecuentemente planteada en las nuevas cosechas de jóvenes nazis, de los cuales no es el último mi propio hijo Helmuth, que en estos momentos está haciendo su aprendizaje en Borgoña. Le quiero profundamente, pero a veces es un incordio. ¡Qué familia! Esos seis chicos me traen más problemas que en su tiempo la resistencia francesa. Pero estoy divagando.

Esos jóvenes siempre están preguntando por qué no lanzamos un ataque con bombas A sobre la ciudad de Nueva York, cuando teníamos la bomba antes de que la tuviera los Estados Unidos. ¡Si leyeran un poco más! La explicación es tan evidente por sí misma para cualquiera que esté un poco al corriente de los hechos. Las juventudes de hoy en día han crecido rodeadas por una falange de misiles rematados con tarjetas de visita en forma de bombas H. No tienen la menor noción de lo cerca que estuvimos de la derrota. Los aliados sabían acerca de Peenemünde. Las V—3 estuvieron listas apenas a tiempo. En cuanto a lo demás, los físicos no fueron capaces de proporcionarnos un número ilimitado de bombas A. Ni siquiera hubo tiempo de probar una. Las usamos todas excepto una contra los ejércitos invasores; la última la arrojamos sobre Londres, rezando para que alguna valquiria compasiva nos ayudara a guiar su rumbo de modo que cayera en alguna parte lo suficientemente cerca del blanco. El resultado fue mejor del que habíamos anticipado.

La carta explicaba todo esto y también entraba en considerables detalles sobre las razones técnicas que impedían un ataque a Nueva York. Admitía que habíamos desarrollado un bombardero de largo alcance para esta finalidad. Estaría listo al cabo de un mes de nuestro rechazo de la invasión. Pero no había más bombas A que desplegar en aquel momento. Nuestra inteligencia informó que el proyecto Manhattan de los Estados Unidos estaba a punto de dar su primer llameante fruto. Fue entonces cuando se iniciaron las negociaciones. Preferimos dejar que los estadounidenses enseñaran a Japón (por muy leal aliado nuestro que hubiera sido) una lección antes que crear un depósito atómico en nuestras orillas. Además, la guerra entre nosotros había alcanzado realmente un punto muerto, nuestros submarinos contra sus portaaviones; y los bombarderos de cada lado contra los otros. Un plan era lanzar un cohete atómico contra los Estados Unidos desde un submarino..., pero por aquel entonces ambos lados estábamos buscando la paz. Sigo creyendo que seguimos la mejor política, dadas las circunstancias.

¿Qué hubieran preferido los jóvenes críticos? ¿La aniquilación nuclear? Puede que no aprecien el que vivamos en una era de distensión, pero así es la cruel realidad. Los nazis, de todos modos, nunca pretendieron subyugar a los decadentes Estados Unidos. La nuestra era una visión europea. Dominar el mundo es espléndido, pero intentar administrar realmente todo el planeta sería claramente autodestructivo. Nadie puede ser tan loco..., excepto un bolchevique, quizá.

Los hechos tienen tendencia a mostrarse incluso a través de la mejor propaganda, no importa lo efectivamente que el mito pueda escudar los aspectos desagradables. Es así que mi hija, la idealista de la Liga Alemana para la Libertad, no critica nuestra política soviética. ¿Por qué debería ser de otro modo? Se preocupa acerca de la libertad de los ciudadanos, y no dedica a la idea de la libertad de los siervos más

atención de la que puede dedicarle un siervo soviético. Lo cual es lo mismo que decir ninguna en absoluto. Éste es uno de los pocos campos en los que estoy de acuerdo de todo corazón con el difunto Alfred Rosenberg.

De nuevo me llama mi *Führer*. Y yo que estaba tan seguro de que todo había terminado. Desean mi presencia en la inauguración oficial del Hitler Memoriam en el museo. Sus pinturas estarán allí, junto con sus esbozos arquitectónicos. Y sus perros pastores disecados. Y su colección completa de películas de Busby Berkeley de los Estados Unidos. Oh, bueno, voy a tener que ir.

Apenas tengo tiempo antes de marchar para allá de ducharme, tomar un poco de té y escuchar la *Pastoral* de Beethoven.

Diciembre de 1965

Odio las Navidades. No es que me importe estar con mi familia, pero todo lo demás está tan comercializado, o endulzado con el espeso jarabe del despreciable sentimentalismo cristiano. Si pudieran restablecer el vigor de las fiestas originales romanas. Quizá debiera hablar con Himmler de ello... ¿Qué estoy diciendo? ¡Nunca Himmler! Lástima que Rosenberg no esté por ahí.

Helga, mi hija mayor, nos visitó durante una semana. Es genetista. En estos momentos trabaja sobre un informe que intenta mostrar las limitaciones de nuestra política eugenésica y demostrar las posibilidades abiertas por la ingeniería genética. Todo esto se halla por encima de mí. ADN, ARN, microbiología, ¿y *literales* superhombres al final? Cuando Hitler dijo: «Dejemos que el lado técnico extienda su poder en la dirección que desee», no estaba diciendo mucho. Parece que no hay manera alguna de detenerlos.

Hay un viejo en el vecindario que pertenece al culto nórdico, en cuerpo y alma. Él y yo hablamos la semana pasada, mientras contemplábamos patinar a unos jóvenes bajo un atardecer de cielo sorprendentemente azul. Había una cualidad casi de cuento de hadas en la escena, mientras ese viejo me decía en términos nada inciertos que este asunto de la ciencia no es más que estiércol.

—El único gran científico que he visto nunca fue Horbiger —anunció orgullosamente—. Y fue más que un científico. Pertenece a la auténtica sangre, y posee la auténtica visión histórica.

No tuve el valor de decirle que la única manera en la que Horbiger era más que un científico era en su misticismo. Horbiger nos fue útil en su momento, y fue uno de los profetas de Himmler. Pero la cosmogonía del hombre fue absolutamente desacreditada por nuestros científicos. La Alemania técnica de Speer tenía poca tolerancia para los fraudes.

De todos modos, aquel viejo no iba a escuchar nada de aquello. Seguía creyendo en cada uno de sus sagrados pronunciamientos.

—Cuando alzo la vista a la Luna —me dijo en un susurro confidencial—, sé lo que estoy viendo. —*Una bola de queso verde*, pensé para mí mismo, pero era consciente de lo que iba a venir a continuación.

—¿Aún sigue creyendo que la Luna está hecha de hielo? —le pregunté.

—Es la verdad —anunció gravemente, ofendido de pronto, como si mi tono me hubiera hecho alejarme de él—. Horbiger lo demostró —dijo con absoluta finalidad.

Horbiger lo dijo, corregí para mí mismo. Así que eso es todo lo que necesitas como «prueba». Dejé al excéntrico con sus ociosas especulaciones sobre el significado del universo. Tenía que volver a uno de mis libros. Había estado languideciendo demasiado tiempo delante de mi máquina de escribir.

Frau Goebbels estaba de un humor lo suficientemente caritativo con la llegada de las Navidades como para invitar a todo el vecindario. Tuve la sensación de que iba a tener que sufrir otra interminable procesión de representantes de la nación alemana..., toda la pompa de un funeral sin nada de su diversión. El viejo excéntrico fue invitado también. Me sentí feliz cuando no vino. Discutir sobre Horbiger no es uno de mis pasatiempos preferidos.

Speer y su esposa se dejaron caer. Speer deseaba hablar sobre todo acerca de Von Braun y del proyecto lunar. Desde que habíamos lanzado el primer satélite, los estadounidenses estaban trabajando contra reloj para ganarnos en la Luna y restablecer su prestigio internacional. En lo que a mí se refería, la propaganda sería la que jugaría un papel decisivo en la opinión mundial (como siempre). Ésta era un área en la que siempre había considerado a los estadounidenses claramente deficientes.

Escuché con educación las preocupaciones de Speer, y finalmente señalé que los Estados Unidos no se hallarían en su posición actual si tanta de nuestra gente de los cohetes no hubiera desertado de nosotros al final de la guerra.

—Parece ser una carrera entre sus científicos alemanes y los nuestros —le dije, con una risita.

Speer no pareció divertido. Respondió con una sorprendente frialdad que Alemania estaría en una situación mucho mejor si no hubiéramos perdido a tantos de nuestros genios judíos cuando Hitler subió al poder. Tragué dificultosamente saliva, atragantado con mi bourbon, y quizá Speer vio consternación en mi rostro, porque inmediatamente intentó suavizar un poco las cosas. Speer no es un idealista, sino un experto malditamente bueno en su campo. Lo considero como una bien aceitada pieza de maquinaria. Espero que nunca le ocurra nada malo.

Speer siempre parece tener información de última hora sobre todo tipo de temas interesantes. Acababa de averiguar que una investigación de muchos años referente a un genetista alemán desaparecido, Richard Dietrich, había sido abandonada. Puesto que este famoso científico se había desvanecido tan sólo unos pocos años después del término de la guerra, las autoridades suponían que o bien había desertado en secreto al bando de los estadounidenses o había sido secuestrado. Tras dos décadas de investigaciones infructuosas, un departamento decide cortar los fondos para su búsqueda. Estuve seguro de que unos cuantos detectives habían hecho una lucrativa carrera con este trabajo. Tanto peor para ellos.

Magda y yo pasamos parte de las vacaciones en mi tierra natal en la zona del Rin. Me gusta volver a casa de tanto en tanto. Me alegra que no se haya convertido en un maldito lugar de peregrinación como ha ocurrido con la casa natal de Hitler. Al contemplar los recuerdos del pasado en medio de una seca e intensa nevada —delicada pero aparentemente interminable, como el propio tiempo—, no puedo evitar el pensar en lo que nos deparará el futuro. El viaje espacial. La ingeniería genética. Oh, soy un hombre viejo. Lo noto en mis huesos.

Mayo de 1966

He sido invitado a Borgoña. Mi hijo Helmuth ha pasado su iniciación y ahora es un estudiante plenamente acreditado de las SS, camino de unirse a su círculo interior. Naturalmente, se siente de un humor propicio a la celebración, y desea que su padre sea testigo de la victoria. Me siento orgulloso, por supuesto, pero un poco temeroso de lo que guarda el futuro en sus almacenes. Sigo siendo el ideólogo convencido y el crítico del esquema mental burgués. (Nuestra revolución fue contra este tipo de sentimentalismo.) Pero no me importan algunas comodidades burguesas. Mi hijo vivirá una vida tan dura y austera que espero que no resulte demasiado para él.

Apenas recibir la invitación recibí también un telegrama de mi hija Hilda, a la que no había visto desde Navidades, cuando vino para la cena de Navidad. De algún modo se había enterado de lo de la invitación de Helmuth, e insistía en que debía verla antes de partir de viaje. ¡Me decía que yo estaba en peligro! El mensaje estaba envuelto en misterio porque ni siquiera ofrecía el atisbo de una razón. De todos modos, acepté reunirme con ella en la fecha propuesta porque me cogía de camino. Y nunca ha dejado de preocuparme la posibilidad de que Hilda pueda verse en la cárcel por ir demasiado lejos con sus poco realistas puntos de vista.

Aquella misma tarde, estaba haciendo limpieza de mi escritorio cuando tropecé con una carta que Hilda había escrito cuando tenía diecisiete años..., en el verano de 1952. Sentí la necesidad de leerla de nuevo:

Querido padre:

Aprecio tu última carta y su franqueza, aunque no comprendo lo que quieres decir con ella. ¿Por qué no has sido capaz de pensar en algo que decirme durante casi un año? Ya sé que tú y mamá consideráis que soy vuestra hija más difícil. Se me ocurre un ejemplo: Helga, Holly y Hedda nunca dieron a mamá el menor problema con sus ropas. Yo tampoco protestaba por las que me ponía, pero, ¿podía evitar que se me rompieran cuando jugaba? Simplemente creía que un vestido más casual me iría mejor para trepar a los árboles y jugar a la pelota.

Desde que puedo recordar, siempre he considerado que los chicos se divertían más que las chicas porque ellos podían jugar a todos esos juegos maravillosos. ¡Yo no quería quedarme fuera! ¿Por qué eso trastornaba tanto a mamá que se echaba siempre a llorar?

Desde que Heide murió en aquel accidente de automóvil, mamá se volvió muy protectora con sus hijas. Sólo Helmuth escapó de este tipo de abrumadora protección, y eso fue simplemente porque era un chico.

Al principio yo no estaba segura de desear ser enviada a esta escuela privada, pero unas cuantas semanas aquí me han convencido de que tomasteis la decisión correcta. Las montañas te proporcionan

espacio suficiente para estirar las piernas. Los caballos que nos permiten utilizar son magníficos. Wolfgang es el mío, y es absolutamente el más rápido. Estoy segura de ello.

Pronto estaré preparada para pasar los exámenes para la universidad. Tu preocupación de si seré o no capaz de superarlos impregna toda tu carta. Ahora tenemos de nuevo algo de lo que hablar. A estas alturas ya es demasiado tarde para preocuparte. Estoy segura de que los superaré. He estado estudiando química a cada ocasión que se me ha presentado, y la adoro.

Mi única queja es que la biblioteca es demasiado pequeña. Mi libro favorito es el Nietzsche sin expurgar, en el que habla de las cosas que el Partido prohibió como temas de discusión pública. Al principio me sorprendió descubrir lo projudío que era, sin mencionar lo pro—libertad. Cuanto más lo leo, más aprendo sus puntos de vista.

Un suceso afortunado fue una caja de nuevos libros que habían sido confiscados a gente no autorizada (lo que tú llamarías el tipo no idóneo para empeños intelectuales, papá). De pronto hallé ante mí toda una orgía de excitante material de lectura. Especialmente me encantó el Kafka..., aunque no estoy segura de por qué.

Algunos otros estudiantes de aquí desean formar un club. Mantienen correspondencia con otros de nuestro mismo grupo a los que se les permiten leer los viejos libros prohibidos. No hemos decidido aún cómo podríamos llamar a la organización. Estamos acariciando la idea de una Liga Alemana de Lectura. Ya se nos ocurrirán otros nombres más adelante.

Otra razón de que me guste más el campo que la ciudad es que aquí no hay tantas reglas. Oh, la escuela tiene sus toques de queda y otras tonterías, pero realmente no les prestan mucha atención, y la mayor parte del tiempo podemos hacer lo que queremos. Sólo no le caigo bien a una de las maestras, y me llamó pequeña corrompida. Sospecho que podría traerme algún problema, excepto que todo el mundo sabe que tú eres mi padre. Eso siempre ha ayudado.

Empecé a interesarme por un chico llamado Franz, pero llegó a oídos de la decana, y me dijo que no era de una familia lo suficientemente buena para mí como para proseguir su amistad. Ignoré el consejo, pero al cabo de un mes Franz se fue sin decir una palabra. Sé que tú estás en contra de las viejas separaciones de clases, papá, pero créeme cuando te digo que aún están por todas partes. La gente debería saber ya que Hitler las socializó.

Ahora que pienso en ello, hay muchas más reglas aquí de las que me di cuenta al principio. ¿Por qué tiene que haber tantas reglas?

¿Por qué sencillamente no puedo ser yo misma sin causar tantos problemas?

Bueno, no deseo terminar esta carta con una pregunta. Espero que tú y mamá os sintáis felices. ¡Este año deberíais tomaros realmente esas vacaciones de las que no dejáis de hablar a todo el mundo! ¡Me gustaría recibir esas tarjetas postales de Hong Kong!

Cariños,

Hilda

Me senté ante el escritorio y pensé en mi hija. Tenía que admitir que era mi preferida y siempre lo había sido. ¿Dónde me había equivocado con ella? ¿Cómo se había visto canalizado su sano radicalismo en una dirección tan improductiva? Había en ello más que sólo los libros. Era algo en ella misma. Estaba deseando verla de nuevo.

Un miércoles por la mañana tomé un tren de lujo; la energía de los motores cohete es mantenida deliberadamente baja a fin de que los pasajeros puedan gozar del paisaje en vez de simplemente pasar como flechas por él. Iba a reunirme con Hilda en una pequeña aldea francesa directamente en línea con mi destino final. Me llevé conmigo un manuscrito —trabajo, siempre trabajo—, este diario, y, para relajarme, una novela de misterio de un autor inglés. ¿Qué tienen los británicos que este género parece propiedad exclusiva suya?

*Hablando de libros, observé a un rotundo caballero —muy del tipo Goering— leyendo un ejemplar de mi novela de antes de la guerra, *Michael*. Le felicité por su excelente gusto, y me reconoció inmediatamente. Mientras le dedicaba el ejemplar, me preguntó si estaba escribiendo alguna nueva novela. Le expliqué que hallaba en el drama y los guiones cinematográficos una forma mucho más cómoda en la que trabajar, y le sugerí que viera mi secuela filmada de *El vagabundo* la próxima vez que pasara por Nuevo Berlín. ¡La directora era ni más ni menos que Leni Riefenstahl! Nunca he tenido el menor problema en vivir con el hecho de que mi nombre sea del dominio público. Eso me convierte en un brindador muy buscado. El tema más solicitado en mis charlas sigue siendo el filme, *Kolberg*.*

Contemplé las numerosas formas en las que el calendario social de mi esposa la mantendrían ocupada en mi ausencia. ¡Desde que los niños han crecido y han abandonado el hogar, parece más activa que antes! Es sorprendente el número de cosas que puede descubrir que es capaz de hacer en un día. Me hubiera gustado asistir al concierto de Richard Strauss con ella, pero el deber llama.

La comida del tren fue muy buena. El vino, sin embargo, sólo resultó adecuado. Tengo grandes esperanzas de que la aldea francesa haga honor a su reputación de grandes cosechas.

El revisor del tren me pareció judío. Es probable que lo sea. Hay gente de ascendencia judía viviendo en Europa. No importa, siempre que las prácticas judías hayan sido extirpadas para siempre. Dios, hicimos fluir la sangre para limpiar esta tierra. Por supuesto, hablo figuradamente. Pero, ¿qué puede uno *hacer* con los judíos, los gitanos, los partisanos, los homosexuales, los débiles mentales, los mestizos y todos los demás?

Llegamos a la estación al anochecer, y mi hija me estaba esperando. Es una niña tan encantadora, excepto que ya no es una niña. Puedo ver por qué tiene tantos admiradores. Sus actividades políticas (si es que merecen esta etiqueta) no la han hecho menos atractiva. Posee unos rasgos clásicos. En su treinta cumpleaños suscitó de nuevo el tema de por qué nunca se había casado. Oh, soy consciente de que tiene muchos amantes. No tantos como su padre, pero pese a todo un número respetable. La cuestión es: ¿puede ser eso suficiente? El hecho de que tal vez nunca tenga hijos me incomoda enormemente. Como siempre, su ronca risa se burla de mis preocupaciones.

Unos segundos después de bajar del tren ya estaba tirando de mi manga y empujándome hacia un taxi. Nunca la había visto tan agitada. Virtualmente cruzamos corriendo el vestíbulo de mi hotel, y tuve la sensación de estar bajo algún tipo de arresto domiciliario mientras me subía hasta mi habitación y cerraba la puerta tras nosotros.

—Papá —me dijo, casi sin aliento—. Tengo terribles noticias.

Hallé su melodramática intrepidez un tanto irritante. Después de todo, yo había dejado aquellos días firmemente tras de mí (o eso creía). Deja las intrigas para los jóvenes, digo siempre..., y recordé de pronto que en ese caso mi hija aún se califica para numerosas aventuras. ¡Si sólo me mantuviera apartado de ellas!

—Querida —dije—, estoy cansado del viaje y deseo tomar un baño. Seguro que tu mensaje puede esperar hasta después de que me haya cambiado. Mientras cenamos, podemos...

—No —anunció firmemente—. No puede esperar.

—Muy bien —dije, reconociendo que mi plan había fallado miserablemente y rindiéndome a ella de inmediato—. Cuéntame. —Me senté en una silla.

—No debes ir a Borgoña —empezó, e hizo una pausa, como anticipando un estallido por mi parte. Soy un maestro en este juego. Le dije que siguiera—. Papá, puede que pienses que estoy loca cuando haya terminado, ¡pero debo decírtelo! —*De tal palo tal astilla*, pensé. Asentí con aire ausente, deseando terminar pronto con aquello.

Ella no dejó de andar arriba y abajo mientras hablaba.

—En primer lugar, la Liga Alemana para la Libertad ha averiguado algo que puede tener las peores consecuencias para el futuro de nuestro país. —No intenté disimular mi expresión de disgusto, pero ella siguió pese a todo—. Piensa lo que quieras de la Liga, pero los hechos son los hechos. Y hemos descubierto el más diabólico de los secretos.

—¿Qué es? —la animé, esperando algo decepcionante.

—Estoy segura de que no tienes el menor indicio de ello, pero durante la guerra millones de judíos fueron asesinados de las más horribles de las maneras. Lo que creíamos que eran campos de concentración afectados por las infecciones de tifus y la falta de suministros eran en realidad campos de exterminio en los cuales se llevaba a cabo un programa sistemático de *genocidio*. —¡No podía creer que utilizara la infamante palabra de Raphael Lemkin!

La sorprendida expresión de mi rostro no fue una actuación. Mi hija la interpretó a través de los ojos de su amor por mí..., la aceptó, podríamos decir, por su valor facial.

—Veo que estás impresionado —añadió—. Aunque tú organizaste esas demostraciones públicas contra los judíos, me doy cuenta de que fue para forzar la política de emigración del Partido Nazi. Detesto esa política, pero no fue asesinato.

—Querida —dije, intentando mantener una voz llana—, lo que me estás contando no es más que propaganda aliada completamente desacreditada. Fusilamos a los partisanos judíos, pero no hay prueba alguna de ninguna sistemática...

—Ahora sí las hay —dijo ella, y creo que mi mandíbula colgó flaccida ante la revelación. Siguió, sin parecer darse cuenta de mi horror—: Los registros oficiales de todos esos campos son meras falsificaciones. La Liga ha descubierto un juego separado de registros que detalla el genocidio.

Qué malditamente estúpida cosa alemana de hacer. Mantener registros de *todo*. Sabía que tenía que ser cierto. Fue como si mi hija desapareciera de la habitación en aquel mismo segundo. Podía verla todavía, pero sólo desenfocada. Una forma mucho más sólida se alzaba entre los dos, la imagen del hombre que había sido mi vida. Era como si el fantasma de Adolf Hitler se irguiera entonces ante mí, en nuestra común

inquietud, en nuestro común apuro. Podía oír su voz y recordar la promesa que yo le había hecho. Oh, Dios, era mi propia hija la que iba a proporcionar la prueba. Realmente no sentía el menor deseo de hacerla eliminar. La quería.

Lo que dije a continuación no encajaba completamente con mi fingida ignorancia, y si ella se hubiera sentido menos trastornada quizá se hubiera dado cuenta de las implicaciones de mi observación cuando le pregunté:

—Hija, ¿a cuántas personas se lo has dicho?

Respondió sin la menor vacilación:

—Sólo a los miembros de la Liga, y ahora a ti.

Dejé escapar un suspiro de alivio.

—¿No crees que sería una buena idea mantener esta teoría extrema para ti misma? —pregunté.

—No se trata de ninguna teoría. Es un hecho. Y no tengo intención de darlo a la publicidad. Eso me convertiría en un blanco para esos lunáticos de las SS.

¡Así que ésa era la conexión con Borgoña! Aunque seguía sin ver por qué yo debería estar en peligro durante mi viaje allá. Aunque fuera realmente inocente —lo cual cualquier oficial de las SS sabía que era absurdo, puesto que yo era uno de los arquitectos de nuestra política—, mi misma prominencia en el Partido Nazi me mantendría a salvo de cualquier peligro en Borgoña.

Le pregunté a mi hija qué tenía que ver aquella elucubración suya con mi inminente viaje.

—Todo —respondió.

—¿Temes que ellos sospechen que he averiguado este pretendido secreto, que desde un principio no es más que una flagrante estupidez?

Me sorprendió respondiendo:

—No.

Hubo un silencio como de ejecución.

—¿Entonces qué? —pregunté.

—No es este crimen del pasado lo que te pone en peligro —me llegó en ominosos tonos el sonido de su voz—. Es un crimen del futuro.

—Deberías haber sido la poetisa de la familia.

—Si vas a Borgoña, arriesgas tu vida. Están planeando un nuevo crimen contra la humanidad que hará que la Segunda Guerra Mundial y los campos de concentración, tanto de los aliados como del Eje, no parezcan más que un preludio. ¡Y tú serás una de las primeras víctimas!

Nunca he sentido más agudamente el dolor de un padre por su descendencia. No podía impedir el llegar a la conclusión de que la mente de mi hija pequeña tenía sólo una tenue conexión con la realidad. ¡Sus actividades políticas tenían que ser la causa! Por otra parte, contemplé a Hilda con un genuino afecto. Parecía preocupada por mi bienestar de una manera que supuse no aplicaría a un desconocido. El decadente credo que había abrazado no la había conducido a una deslealtad hacia su padre.

Mis pensamientos retrocedieron hacia los grandes y viejos días de intrigas dentro del Partido y el período en los años de la guerra cuando me refería muy a menudo a ese sabio consejo de Maquiavelo: «Las crueldades deben ser cometidas de inmediato, puesto que de este modo cada una, separada, es menos sentida, y proporciona una ofensa menor». Por aquel entonces habíamos llegado peligrosamente cerca del *Götterdämmerung*, pero al final nuestra política había demostrado ser sana. Yo estaba más allá de todo aquello. El Estado estaba seguro, Europa estaba segura..., y la única amenaza concebible a mi seguridad procedía de fuentes extranjeras. Sin embargo, allí estaba Hilda, con su rostro convertido en una mezcla de preocupación y furia y... ¿quizás amor? Me estaba diciendo que me guardara de los borgoñones. ¡Había llegado a acusarles de complotar contra el propio Reich!

Recuerdo cómo me invitaron a una de las conferencias para decidir la formación de la nueva nación de Borgoña. Aquellos eran tiempos febriles en el período de posguerra. Como *Gauleiter* de Berlín (uno de los pocos nombramientos de ese título que siempre aprobé), yo me había sentido preocupado principalmente por el trabajo de Speer de construir Nuevo Berlín. La industria cinematográfica florecía bajo mi supervisión personal, estaba escribiendo mis memorias, y me hallaba fuertemente involucrado en proyectos diplomáticos. Realmente no le había dedicado muchos pensamientos a Borgoña. Sabía que había sido un país en tiempos medievales, y había leído un poco acerca del ducado de Borgoña. Recordaba que el país histórico había tratado en cereales, vinos y lanas.

En la conferencia anunciaron que el Borgoña histórico sería restablecido, abarcando la zona al sur de Champaña, al este de Bourbonnais, y al norte y oeste de Savoy. Hubo un cierto debate acerca de si restablecer los nombres originales de los lugares o tomarlos de Wagner para crear una serie de nombres

nuevos. Al final vencieron los partidarios de la segunda opción. La capital fue llamada Tarnhelm, según el casco mágico del *Nibelungenlied*, que podía cambiar a su portador en una enorme variedad de formas.

Hitler no distinguió oficialmente a ninguno de los departamentos que formaban las SS: Waffen, Calaveras o SS Generales. Los que nos hallábamos a su alrededor, sin embargo, nos dimos cuenta de que el regalo era hecho a aquellos miembros del círculo interior que se habían visto más íntimamente implicados tanto en el aspecto ideológico como práctico del programa de exterminación. ¡Los auténticos creyentes! Dada la política de secreto del Reich, no había necesidad de publicitar las razones del regalo. Himmler, como *Reichsführer* de las SS y consejero de Hitler en asuntos raciales, fue naturalmente decisivo en esta transferencia de poder a la nueva nación. Su rival, Rosenberg, halló la muerte.

Los oficiales que debían supervisar la creación de Borgoña fueron cuidadosamente seleccionados. Su misión era asegurarse de que Borgoña se convirtiera en una nación única en toda Europa, dedicada a ciertos valores caballerescos del pasado y a la formación de puros especímenes arios. No era más que la extensión lógica de nuestra propaganda, la secularización de los mitos y leyendas con los cuales habíamos alimentado al pueblo durante los oscuros días de las esperanzas perdidas. El resultado final fue un pintoresco reino de cuento de hadas que basaba sus recursos financieros casi exclusivamente en el turismo. A los Estados Unidos le encanta alardear de sus parques de diversiones, pero no tiene nada que pueda compararse a esto.

Hilda interrumpió mis ensoñaciones cuando me preguntó, con una voz que rozaba la severidad:

—Bien, ¿qué vas a hacer?

—A menos que puedas convencerme de lo que dices, seguiré mi viaje hasta Tarnhelm para ver a Helmuth. —Vivía en el cuartel general de los líderes de las SS, el territorio que estaba cerrado a los extranjeros, incluso durante la estación turística. Sin embargo, era habitual que algunos visitantes ocasionales de Nuevo Berlín fueran invitados allí. Las melodramáticas palabras de mi hija aún no me habían dado causa para preocuparme. En todo lo que podía pensar era en que me gustaría echarle las manos a la garganta a quien fuera que había metido aquellas ideas idiotas en su hermosa cabeza.

Ella estaba visiblemente inquieta, pero controlada. Se echó el pelo hacia atrás y dijo:

—No estoy segura de que la prueba que tengo para ofrecerte sea suficiente para convencerte.

—¿No estás yendo demasiado aprisa? —pregunté—. ¡Todavía no has hecho una sola acusación concreta! Olvida esa pose. Dime lo que crees que constituye el peligro.

—Ellos creen que eres un traidor —dijo.

—¿Qué? —Me asombró oír aquellas palabras, de cualquiera, por cualquier razón—. ¿A Alemania?

—No —respondió—. Al auténtico ideal nazi.

Me eché a reír.

—Esto es la cosa más loca que he oído nunca. Soy una de las claves...

—No lo entiendes —me interrumpió—. Estoy hablando de la religión.

—Oh, Hilda, ¿es eso todo? Tú y tu grupo habéis topado con algunos comentarios amenazadores de la Sociedad Thule, ¿no es así?

Entonces fue su turno de mostrarse sorprendida. Se sentó en la cama.

—Sí —respondió—. Pero, entonces, tú sabes...

—¿Los detalles? En absoluto. Cambian su juego cada pocos meses. ¿Quién tiene el tiempo necesario para mantenerlos? Déjame decirte algo. Los líderes de las SS siempre han mantenido lazos con un grupo ocultista llamado la Sociedad Thule, pero no hay nada de sorprendente en ello. Es un ejercicio puramente académico de jugar con lo oculto, igual que su equivalente británico, la Golden Dawn. ¡Estoy seguro de que eres consciente de que muchos prominentes ingleses han pertenecido a ese club!

«Esas personas han sido siempre unos excéntricos inofensivos. Nuestro movimiento las utilizó sin preocuparse de sus insignificantes creencias. Es lo mismo que tratar con cualquier persona religiosa a la que deseas a tu lado. Si recibes cooperación, no será a través de insultar sus creencias espirituales.

—Pero, ¿qué hay de los mensajes que interceptamos? —siguió ella—. El tono amenazador, la casi trastornada...

—¡Así es como se divierten! —insistí—. Escucha, estás familiarizada con Horbiger, ¿no? —Asintió—. Los borgoñones creen en todo eso. ¡Incluso después del lanzamiento del satélite de Von Braun, que no alteró de modo alguno el hielo eterno, como ese viejo estúpido predijo! A sus seguidores no les importan los hechos. Demonios, aún siguen creyendo que la luna que vemos en nuestro cielo es la cuarta luna que ha tenido el planeta, que está hecha de hielo como las otras tres, que todo el cosmos no es más que una lucha constante entre el fuego y el hielo. Incluso nuestro *Führer* jugueteó con esas ideas en los viejos días. Los borgoñones no desean abandonar sus sagradas ideas simplemente porque la ciencia moderna las haya

hecho saltar en pedazos, del mismo modo que los baptistas fundamentalistas de los Estados Unidos no desean escuchar a Darwin.

—Entiendo —dijo—. Estás actuando como si no fueran peligrosos.

—No lo son.

—Pronto Helmuth será aceptado en el círculo interior.

—¿Por qué no? Ha estado trabajando para ello desde que tenía diez años.

—Pero el círculo interior —repitió ella, cargando el énfasis.

—Y así será un Joven de Hitler durante todo el resto de su vida. Nunca crecerá.

—No lo entiendes.

—Estoy cansado de esta conversación —dije llanamente—. ¿Recuerdas hace algunos años, cuando él fue a ese peregrinaje a la Sajonia Inferior, a uno de los santuarios de Himmler? Te sentiste terriblemente trastornada, pero no pudiste hallar razón alguna por la que no debiera ir. Tuviste pesadillas. Tu madre y yo nos preguntamos si no sería porque, como niña, te sentías asustada por Wagner.

—Ahora tengo razones.

—¡Misteriosos mensajes amenazadores! ¡La Sociedad Thule! Debería ser tomado con un poco de sal. En una ocasión vi a Adolf Hitler escuchar una arenga de un creyente particularmente poco realista en el culto nórdico, hacer una ligera inclinación de cabeza cuando el hombre hubo terminado, entrar en su oficina privada, donde yo le acompañé..., y estallar en carcajadas que hubieran podido despertar a los muertos. No deseaba ofender al tipo. El hombre era un buen nazi, al fin y al cabo.

Mi hija estaba rebuscando en su bolso mientras yo le contaba todo eso. Cuando hube terminado me pasó un trozo de papel. Lo desdoblé y leí:

JOSEPH GOEBBELS DEBE LLEGAR SEGÚN LO PREVISTO
PARA EL RITUAL
NUNCA SE LO DIRÁ A NADIE

—¿Qué es esto? —le pregunté. Estaba empezando a irritarme.

—Un miembro de la Liga para la Libertad interceptó un mensaje de Borgoña a alguien en Nuevo Berlín. Estaba codificado, pero pudimos descifrarlo.

—¿A quién iba dirigido el mensaje?

—A Heinrich Himmler.

De pronto sentí un terrible, terrible frío. Nunca había confiado en *der treue Heinrich*. De acuerdo, tampoco había confiado en nada que procediera de la Liga Alemana para la Libertad, con una contradicción en su propio nombre. Sin embargo, algo dentro de mí me estaba arañando en la boca del estómago. Algo me dijo que quizá, sólo quizá, podía haber peligro después de todo. Por loco que hubiera estado Himmler durante los años de la guerra, se había vuelto mucho peor en tiempo de paz. Al menos era competente en lo que a su propio imperio industrial se refería.

—¿Cómo sé que esta nota es auténtica? —pregunté.

—No lo sabes —respondió—. Tuve que correr un gran riesgo para traértela, si eso te ayuda a creermelo.

—¿Los borgoñones te hubieran detenido?

—Si hubieran sabido de ella. Me refería a la Liga Alemana para la Libertad. Te odian tanto como el resto de ellos.

Mi rostro enrojeció de ira, y me puse en pie de un salto, tan bruscamente que descargué una tensión insoportable en mi pie malo. Tuve que sujetarme a una lámpara cercana para no caer.

—¿Por qué —casi siseé— perteneces a esa despreciable pandilla de estúpidos y presuntuosos?

Ella también se puso de pie, cogiendo su bolso mientras lo hacía.

—Padre, me marchó. Puedes hacer lo que quieras con esta información. Te ofreceré una última sugerencia. ¿Por qué no tomas otro confortable tren de pasajeros de vuelta a Nuevo Berlín, y llamas a Tarnhelm para decirles que irás un día más tarde? Observa cuál es su reacción a esto. No pudiste asistir a mi graduación en la universidad, y no por ello soy peor. ¿Importaría tanto para mi hermano que tú no acudieras a celebrar con él el acontecimiento hasta después de la ceremonia?

Se volvió para irse.

—Espera —dije—. Lamento haberte hablado tan duramente. Sé que tus intenciones son buenas.

—Ya hemos pasado por esto mismo antes —respondió, aún de espaldas a mí.

—No veo mal alguno en hacer lo que sugieres. Si eso ha de hacerte feliz, retrasaré el viaje.

—Gracias —dijo, y salió. Observé la puerta cerrada durante varios minutos, sin moverme, sin realmente pensar.

Media hora más tarde estaba de vuelta en la estación de ferrocarril y subía a un tren de pasajeros aun más lento de vuelta a Nuevo Berlín. Me gusta este tipo de viajes. Los motores cohetes eran mantenidos al mínimo. El tenso zumbido que emitían no hacía más que acentuar el hecho de su gran potencia contenida. Los trenes son la forma más humana de transporte de masas.

En mi agitado estado mental no podía efectuar ningún trabajo serio. Decidí relajarme y reanudar la lectura de la novela inglesa de misterio. Había reducido la trama a tres sospechosos, todos ellos miembros de la aristocracia, por supuesto..., todos gente altamente ofensiva. El sirviente, al que había eliminado, era demasiado obvio. Como es típico del género, unas cuantas frases clave dan la solución si sabes cuáles son. Acababa de pasar por lo que consideré que era una de esas frases, y volví a ella. Levanté la vista de mi libro para meditar en el rompecabezas, y observé que la mujer sentada frente a mí leía también un libro, un título francés que me sonó vagamente familiar: *Le Théosophisme, histoire d'une pseudo—religion*, de Rene Guenon.

Volví a mi libro, y entonces observé de pronto que el tren reducía su marcha. No había razón alguna para ello, puesto que aún estábamos lejos de nuestra siguiente parada. Miré por la ventanilla, y no vi nada excepto un paisaje boscoso bajo un estrellado cielo nocturno. Un hombre alto al otro lado del pasillo le estaba preguntando algo al revisor. Su más bien largo monólogo podía reducirse a una simple pregunta: ¿a qué se debía el retraso? El pobre funcionario agitó la cabeza, desconcertado, e indicó que iría delante para preguntar. Fue entonces cuando noté el gas.

Era amarillo. Brotaba por el sistema de aire acondicionado. Como todos los demás, me puse de pie con la esperanza de hallar una salida. Ya estaba tosiendo. Mientras me volvía hacia la ventanilla, con la idea de soltar el cierre de emergencia, resbalé y caí hacia atrás, sobre el acolchado del asiento, mientras la consciencia me abandonaba. Lo último que recuerdo fue lamentar seriamente no haber tenido tiempo de haber probado un vaso de vino de aquella aldea.

Debí soñar. Estaba de pie, a solas, en medio de un gran lago, helado en pleno invierno. No iba vestido para el clima, sino que llevaba tan sólo mi uniforme del Partido. Bajé la vista hacia la helada extensión a mis pies, y observé que mis botas estaban recién lustradas, aunque su brillo empezaba a cubrirse ya con copos de nieve. Oí el sonido de cascos resonando huecamente en el hielo, y levanté la vista para ver a un pequeño ejército a caballo acercándose. Los reconocí de inmediato. Eran los Caballeros Teutones. La oscura armadura, los serios rostros, los grandes caballos negros, las brillantes lanzas y espadas y escudos. No podían ser nadie más.

No parecían amistosos. Eché a andar alejándome de ellos. El sonido de su aproximación era un trueno que golpeaba mi cerebro. Maldije mi cojera, maldije mi incapacidad de huir, me hallé repentinamente suspendido en el aire, y luego caí sobre el hielo, con lo que me desollé las rodillas. Luché por darme la vuelta y oí un espeluznante grito, y todos estuvieron a mi alrededor. Hubo un sisear de hojas en el inmóvil y helado aire. Grité. Luego intenté razonar con ellos.

—Ayudé a Alemania a ganar la guerra... Creo en la raza aria... Ayudé a destruir a los judíos... —Pero sabía que no servía de nada. Estaban matándome. Las espadas se hundieron profundamente.

Desperté a bordo de un pequeño reactor a primeras horas del amanecer. Por un momento creí que me encontraba atado a mi asiento. Cuando miré para ver qué tipo de cuerdas sujetaban mis muñecas a los brazos del sillón vi que estaba equivocado. Atribuí la sensación de constricción a los efectos del gas. Alcé dolorosamente una mano..., luego, con mayor angustia aún, alcé la cabeza y observé que el compartimento estaba vacío excepto yo. La puerta de la cabina del piloto estaba cerrada.

La tarea más difícil a la que me enfrenté fue girar la cabeza hacia la izquierda a fin de tener una mejor vista de nuestra localización. Una docena de diminutas agujas se clavaron en los músculos de mi cuello, pero lo conseguí. Estaba situado cerca del ala, y pude ver una buena porción del paisaje desenrollarse como un mapa debajo de ella. Estábamos sobre una destartalada estación de ferrocarril. Un último tramo de vía serpenteaba desde ella durante quizás un kilómetro —parecíamos volar paralelamente a ella—, hasta cortarse bruscamente, bloqueada por un tremendo roble, cuyo tamaño era apreciable incluso desde aquella altura.

Supe inmediatamente dónde estábamos. Acabábamos de cruzar la frontera oriental de Borgoña.

Me recliné en mi asiento, intentando relajar los músculos, aunque con escaso éxito. Insistieron testarudamente en actuar a su modo pese a que mi voluntad les decía lo contrario. Me notaba terriblemente sediento. Supuse que si me ponía de pie me sentiría seriamente mareado, así que decidí llamar:

—¡Azafata!

Apenas la voz hubo brotado de mi boca cuando un hombre joven y rubio con una immaculada chaqueta blanca apareció detrás de mí con un pequeño pero selecto menú en la mano.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Una explicación.

—Me temo que no se halla en el menú. Estoy seguro de que hallará usted lo que busca cuando llegemos a nuestro destino. Mientras tanto, ¿quiere cenar?

—No —dije, sumergiéndome otra vez en las profundidades de mi asiento, terriblemente cansado de nuevo.

—¿Un poco de café? —preguntó, insistente, el hombre.

Asentí. Era un café muy bueno, y pronto me sentí mejor. Miré de nuevo por la ventanilla y observé que estábamos sobre un lago. Había un largo barco surcando el agua limpia y azul..., su cabeza de dragón miraba desafiante al horizonte. Mi hijo me había escrito acerca del Club Vikingo cuando pasó a residir en Borgoña. Ésta debía ser una de sus embarcaciones.

Treinta minutos y dos tazas de café más tarde el intercomunicador anunció que íbamos a aterrizar en Tarnhelm. Desde el aire la vista era excelente: varios monasterios —ahora dedicados al entrenamiento de las SS como *Ordensbürgen*— estaban situados cerca del pueblo que alojaba a los siervos soviéticos. Más allá había aún otro lago, y luego se alzaba el imponente castillo en el que sabía que encontraría a mi hijo.

Había una estrecha pista de aterrizaje dentro de los terrenos del castillo, y el piloto era un estupendo profesional. No llevábamos ni cinco minutos en el suelo cuando entró en el avión mi propio hijo Helmuth en persona. Le miré. Su pelo era rubio y sus ojos azules. El único problema era que mi hijo no tenía el pelo rubio ni los ojos azules. Por supuesto, sabía que el pelo podía estar teñido, pero de alguna manera parecía realmente auténtico. En cuanto a los ojos, no podía hallar explicación alguna excepto unas lentes de contacto. Helmuth había perdido también peso, y nunca había parecido tan musculoso o sano como ahora.

Allí estaba yo, rodeado por el misterio..., furioso, desconcertado, inquieto. Y, sin embargo, lo primero que escapó de mis labios fue:

—Helmuth, ¿qué te ha ocurrido?

Captó lo que quería decir.

—Es auténtico pelo rubio —dijo, orgulloso—. Y el color de los ojos es también real. Lamento no poseer el auténtico genotipo, como tampoco lo tienes tú. Recibí un tratamiento hormonal para cambiar el color del pelo. Un tratamiento especial de radiaciones se ocupó de los ojos.

Mientras decía esto me ayudó a ponerme de pie, puesto que aún me sentía algo mareado.

—¿Por qué? —le pregunté. No dijo nada más al respecto.

El sol hirió mis ojos cuando bajamos por la rampa del avión. Dos hombres, altos y jóvenes —también de pelo rubio y ojos azules— se unieron a mi hijo y ayudaron a conducirme al interior del castillo. Iban vestidos con ropas de caza bávaras, con largos cuchillos enfundados en su cintura. Sus atuendos tenían el olor del cuero recién curtido.

Pasamos del patio a la muralla interior. El vestíbulo que atravesamos estaba cubierto por alfombras rojas de pelo largo e iluminado por antorchas que humeaban en las paredes; arrojaban extraños efectos de luz sobre las numerosas armaduras. No pude evitar pensar en los castillos medievales que Speer dibujaba para sus hijos cada Navidad.

Fue un largo trayecto hasta que alcanzamos una escalera de piedra, que empezamos a subir de inmediato. Yo no me hallaba completamente recuperado de los efectos del gas, y deseaba hacer una pausa. Mi pie malo me estaba dando considerables dificultades. No deseaba mostrar la menor debilidad a aquellos hombres, y sabía que mi recio hijo estaba inmediatamente detrás de mí. Subí aquellos escalones sin disminuir en absoluto el paso.

Finalmente llegamos a una planta inundada de la luz emanada por multitud de tubos fluorescentes. Una consola de televisión de circuito cerrado dominaba el centro de la estancia, con imágenes de todas las demás plantas del castillo, desde el alcázar hasta la más alta de las torres. También había un retrato de Meister Eckhart.

—Espera aquí —anunció Helmuth, y, antes de que pudiera protestar, él y los otros dos desaparecieron por el mismo lugar por el que habíamos entrado, y cerraron la puerta tras ellos. Estudié el amplio ventanal de la derecha de la estancia, con un confortable diván junto a él. Me senté agradecido, y examiné mi posición desde el nuevo y ventajoso punto de observación. A mis pies había otro patio. En una

esquina se alzaba lo que no podía ser otra cosa más que una pira funeraria no utilizada. Su altura era sorprendente. Ningún cuerpo había en ella. A lo largo de la pared que corría desde la pira hasta el otro extremo del recinto había letras inscritas en un tamaño que hacía fácil leerlas incluso desde aquella distancia. Era una cita familiar: CUALQUIER DESCRIPCIÓN DE ORGANIZACIÓN, MISIÓN Y ESTRUCTURA DE LAS SS NO PUEDE SER COMPRENDIDA A MENOS QUE UNO INTENTE CONCEBIRLA INTERIORMENTE CON SU PROPIA SANGRE Y CORAZÓN. NO PUEDE EXPLICARSE POR QUÉ TENEMOS TANTA FUERZA PESE A QUE SOMOS TAN POCOS. Debajo de la cita, con letras igual de grandes, estaba el nombre de su autor: HEINRICH HIMMLER.

—Una afirmación que conoce usted muy bien —dijo una voz grave a mis espaldas, y me volví para enfrentarme a Kurt Kaufmann, el hombre más importante de Borgoña. Habíamos coincidido socialmente en algunas ocasiones en Nuevo Berlín.

Sonriendo del modo más cortés que me fue posible (en esas circunstancias), dije:

—Kurt —remarcando que no me dirigía a él de un modo formal—, no tengo la menor idea de por qué, al parecer, me ha secuestrado, ¡pero puede estar seguro de que pagará por ello!

Hizo una inclinación de cabeza.

—Lo que no consigo apreciar usted, doctor Goebbels, es que recibiré ese pago.

Estudí su rostro: el rizado pelo de su cabeza y barba y, por supuesto, los brillantes ojos azules. El monóculo que llevaba en uno de ellos parecía completamente superfluo. Sabía que tenía una visión de 20/20.

—No tengo la menor idea de lo que está hablando.

—Es cierto, a usted le fallan las ideas —respondió—. Los hechos, en cambio, no le fallan. Sabemos que su hija se puso en contacto con usted...

Incluso en aquel momento el diálogo me sorprendió por lo notablemente melodramático. Sin embargo, me estaba ocurriendo a *mí*. Ante la mención de mi hija no conseguí enmascarar mis sentimientos. Kaufmann tuvo que darse cuenta de la expresión de consternación en mi rostro. Todo el asunto se estaba convirtiendo en un feo juego que temía estar perdiendo.

Me puse de pie.

—Las asociaciones de mi hija con un grupo político subversivo son bien conocidas. —No había razón alguna para no dialogar abiertamente con él—. Intenté disuadirla de su conducta suicida. ¿Por qué están espiando ustedes estas cosas?

El plan fracasó miserablemente.

—Teníamos escuchas en la habitación—dijo con suavidad.

—¿Se atreven a espiarme a *mí*? ¿Tienen alguna idea del peligro?

—Sí —dijo—. Es usted quien no la tiene.

Fui a comentar algo, pero él levantó una mano reclamando silencio.

—No siga. Pronto tendrá más respuestas de las que desea. Ahora le sugiero que me siga.

La estancia tenía varias puertas. Salimos por una en el extremo opuesto de mi punto de entrada original. Atravesamos otro vestíbulo. Éste, sin embargo, estaba iluminado eléctricamente, y en su extremo entramos en un ascensor. El contraste entre la moderna tecnología y la simplicidad borgoñona se estaba volviendo más estridente a cada momento. Como la mayoría de los alemanes que habíamos visitado el país, sólo lo conocía de primera mano como turista. Los informes que había recibido en su tiempo acerca de sus operaciones de entrenamiento no eran tan detallados como me hubiera gustado, pero ciertamente no proporcionaban el menor atisbo de una terrible conspiración contra la Madre Patria. El pensamiento era demasiado fantástico para darle crédito. Incluso ahora esperaba un desarrollo más en consonancia con los hechos conocidos. ¿Podía todo aquel asunto ser una elaborada broma pesada? ¿Quién correría el riesgo de una estupidez así?

Las puertas del ascensor se abrieron, y nos hallamos contemplando las almenas del castillo. Seguí a Kaufmann, y observé que la vista era absolutamente magnífica. A la izquierda vi los siervos importados de la Unión Soviética trabajando en los campos; a la derecha vi a jóvenes borgoñones haciendo gimnasia al cálido sol matutino. Estaba acostumbrado a observar muchas cabezas rubias en las SS. Sin embargo, allí no había otra cosa más que una de pronto predecible homogeneidad.

Contemplamos los jóvenes cuerpos. Más allá de ellos, otros hombres igualmente jóvenes iban vestidos con cotas de malla y cascos. Estaban practicando entre sí la más intensa esgrima que jamás hubiera visto.

—¿No es eso un poco peligroso? —pregunté a Kaufmann, haciendo un gesto hacia los espadachines.

—¿Qué quiere decir? —murmuró, mientras uno de los hombres hundía su espada en el pecho de otro. La sangre manó como una fuente mientras el cuerpo se derrumbaba al suelo. Me quedé alucinado, y la voz de Kaufmann pareció sonar muy lejana cuando débilmente le oí decir—: ¿Ha observado que el perdedor no ha lanzado el menor grito? Eso es lo que nosotros llamamos disciplina. —Se me ocurrió pensar que tal vez el hombre había muerto demasiado rápidamente como para poder expresar su opinión.

Kaufmann pareció irónicamente divertido ante mi enfermiza expresión.

—Doctor Goebbels, ¿recuerda usted la *Kirchenkampf*?

Recobré mi compostura.

—¿La campaña contra las Iglesias? ¿Qué ocurre con ella?

—Martin Bormann se sintió decepcionado ante su fracaso —dijo.

—No más que yo. Los años de guerra permitieron dedicar poco tiempo a asuntos menos importantes. Ya sabe usted que la política económica que establecimos después de la guerra ayudó a minar la fuerza de las Iglesias. Nunca han sido más débiles que ahora. El cine europeo se burla constantemente de ellas.

—Pero aún existen —dijo Kaufmann con voz llana—. Los dioses de las tribus germanas no son estúpidos..., su indignación es mayor que nunca. —Contemplé con sorpresa a aquel hombre mientras seguía predicando—: Los dioses recuerdan cómo los misioneros romanos construyeron las primitivas iglesias cristianas en los lugares sagrados, en la creencia de que el populacho seguiría subiendo a las mismas colinas a las que habían subido siempre para adorar..., ¡sólo que ahora rendirían su homenaje a un falso dios!

—Es difícil curar a las masas de sus adicciones —señalé.

—¿Compara usted la religión a una droga?

—Esa fue una de las pocas afirmaciones juiciosas de Marx —respondí, con un tono deliberado en mi voz. El rostro de Kaufmann se ensombreció rápidamente; frunció el ceño—. No todas las religiones son iguales —concluí, en un tono más condescendiente. No deseaba discutir con él acerca de las dos fes de Borgoña, los restos de los gnósticos de Rosenberg y la mayoría de los paganos de Himmler.

—Usted dice eso, pero sólo son palabras. Déjeme contarle una historia acerca de usted mismo, Herr Goebbels. —No consideré el repentino formalismo como una buena señal, no del modo en que lo dijo. Prosiguí—: Usted siempre se enorgulleció de ser el auténtico radical del Partido Nazi. Remachó esto cada vez que le fue posible. Nadie odiaba más a la burguesía que Goebbels. Nadie se mostraba más ardiente acerca de quemar libros que Goebbels. Como *Reichspropagandaminister*, puso en marcha brillantemente las manifestaciones contra los judíos.

Ahora el hombre empezaba a tener sentido. Apunté otro dato a su admirable lista:

—Oí a algunos de los jóvenes canturrear el *Horst Wessel* ahí durante la gimnasia. —Fabricar un mártir para proporcionar al Partido su himno seguía siendo uno de mis favoritos. Mi influencia pesaba aún en el mundo alemán, incluida Borgoña.

Kaufmann había estado observando las hileras de hombres que practicaban planchas..., al tiempo que observaba la retirada del cadáver del campo de torneos. Ahora su pétreo rostro se volvió hacia mí y se quebró en una desagradable sonrisa. Prefería su ceño fruncido.

—Ha comprendido usted mal la dirección de mis comentarios, *Herr Doktor*. Se lo aclararé. En una ocasión, me contaron una historia acerca de usted. Yo era sólo un simple soldado por aquel entonces, pero la historia causó en mí una impresión indeleble. Estaba usted en una fiesta, exhibiéndose ante sus amigos a través de cuatro breves discursos políticos: el primero presentaba el caso de la restauración de la monarquía; el segundo cantaba las alabanzas de la República de Weimar; el tercero demostraba cómo el comunismo podía ser adoptado con éxito por el Reich alemán; el cuarto, finalmente, estaba a favor del nacionalsocialismo. Lo aliviados que se sintieron al oír este último. Lo tentados que habían estado de mostrarse de acuerdo con cada uno de los otros tres.

No daba crédito a lo que oía. ¿Cómo podía aquel estúpido simplón estar a cargo de algo excepto un insignificante departamento burocrático? ¿Acaso no tenía el mínimo sentido del humor o de la ironía?

—Estaba demostrando el poder de la propaganda —le dije.

—¿En qué cree usted realmente? —pregunté.

—Esto es ridículo —casi grité—. Está usted asumiendo...

—No es necesario que conteste —dijo consoladoramente—. Soy consciente de que usted ha creído solamente en una cosa en su vida: en un hombre, no en una idea. Con Hitler muerto, ¿qué le queda para creer?

—Esto es una locura —respondí, y no me gustó el tono agudo de mi propia voz en mis oídos—. Cuando fui nombrado director del Reich para la Guerra Total, demostré mi genio en la comprensión y

operación de los mecanismos de una dictadura. En aquellos momentos fui crucial para el esfuerzo de guerra.

Ignoró completamente mi observación y prosiguió su solitario discurso:

—Hitler fue más que un hombre. Fue una parte viviente de una idea. No siempre reconoció su propia importancia. Fue elegido por la Sociedad Vrill, la sagrada orden del Pabellón Sagrado, el más puro y espléndido producto de los creyentes en Thule. Adolf Hitler fue el médium. La Sociedad lo utilizó convenientemente. Él fue el punto focal. Detrás de él había poderosos magos. La gran obra sólo ha empezado. Pronto será el momento de dar el segundo paso. Sólo los auténticos hombres merecen el *Lebensraum*.

Kaufmann estaba exaltándose, podía verlo. Se acercó a mí y dijo:

—Usted es un animal político, Goebbels. Cree que la política es un fin en sí misma. La verdad es que los gobiernos no son nada frente al destino. Estamos cerca de la limpieza total del mundo. Debería sentirse orgulloso. Su propio hijo jugará un papel importante en ella. La broma más espléndida es que el moderno método científico también tendrá su papel.

Se volvió para irse. Yo no tenía más remedio que seguirle. No había otro lugar donde ir excepto directamente hacia abajo, a una muerte cierta.

Entramos de nuevo en el ascensor.

—¿He sido traído aquí para ser testigo del honor concedido a mi hijo? —pregunté.

—En parte. Usted también tendrá un papel. ¡Ya vio el telegrama!

Aquello era suficiente. Ya no podía haber la menor duda. Estaba atrapado en medio de locos. Tras decidir lo que tenía que hacer, fingí un ataque de dolor en mi pie malo y me agaché al mismo tiempo. Cuando Kaufmann fue a ofrecerme su ayuda, lo golpeé salvaje, casi ciegamente. Intenté darle en las ingles con la rodilla pero, al fallar esto, dejé caer mi puño sobre su nuca. El estúpido quedó sin sentido y cayó pesadamente de bruces. Me felicité a mí mismo por aquella proeza para un viejo.

Apenas el cuerpo había golpeado el suelo cuando el ascensor se detuvo y las puertas se abrieron automáticamente. Salté fuera al vestíbulo. De pie allí había un gigante de dos metros, desnudo, que se inclinó y me alzó en el aire. Estaba riendo. Su voz sonaba como una tuba.

—Me llaman Thor —dijo. Me debatí. Él mantuvo su presa.

Entonces oí la voz de mi hijo:

—Esto, padre, es lo que llamamos un auténtico ario.

Fui llevado como si fuera simple equipaje a lo largo del vestíbulo, mientras oía voces distantes que hablaban de Kaufmann. Fui arrojado al duro suelo de una habitación brillantemente iluminada, y la puerta fue cerrada tras de mí. Había sufrido un tirón muscular en mi espalda y me quedé tendido allí, jadeando presa del dolor, como un pez fuera del agua. Pude ver que me hallaba en una especie de laboratorio. En un rincón había una zumbante máquina cuya finalidad no pude adivinar. Una mujer joven, con una bata blanca de laboratorio, estaba de pie ante mí. No pude dejar de observar inmediatamente dos cosas acerca de ella: era morena, y sujetaba una espada que apuntaba directamente a mi garganta.

Cuando lo examino en retrospectiva, todo el asunto tiene un claro aire de irrealidad. Los acontecimientos se estaban volviendo más fantásticos en proporción directa a la velocidad con la que ocurrían. Tenían toda la lógica de un sueño.

Mientras permanecía tendido en el suelo, bajo aquella espada sujeta por un tan improbable guardián (siempre había apoyado el servicio militar para las mujeres, pero cuando me enfrenté a su realidad descubrí que me resultaba un poco difícil tomarlo en serio). Empecé a hacer inventario de mis achaques. El dolor de la espalda estaba disminuyendo en tanto que no me moviera. Sin embargo, empezaba a darme cuenta de que la mano con la que había golpeado a Kaufmann parecía un globo ardiente que se estuviera hinchando sin límite previsible. Mi visión era confusa, y sacudí la cabeza intentando aclararla. Oí débiles voces de fondo, y luego una particularmente resonante más cerca, hablando con una absoluta autoridad:

—Oh, no sea ridícula. Ayúdele a levantarse.

La mujer dejó a un lado la espada, y fue repentinamente ayudada por una joven japonesa a levantarme del suelo y propulsarme en dirección a una silla cercana. Seguí sin ver al propietario de aquella poderosa voz.

Luego me encontré sentado, y las mujeres se alejaron. Él estaba de pie allí, con las manos en las caderas, mirándome con esa especie de sonda analítica que siempre he respetado. Al principio no le reconocí, sino que tuve la extraña sensación de hallarme en una película. El rostro me hizo pensar en algo demasiado ridículo como para darle crédito..., y luego supe quién era realmente: el profesor Dietrich, el

genetista desaparecido. Lo examiné más atentamente. Mi primera impresión había sido más correcta de lo imaginado. El hombre apenas se parecía a las fotografías de su juventud. Su pelo se había vuelto blanco y lo había dejado crecer. Viéndole en persona, no pude dejar de observar lo angulosos que eran sus rasgos..., lo muy parecidos al rostro del difunto actor Rudolf Klein—Rogge en el papel del doctor Mabuse, el personaje de Fritz Lang que se había convertido en el símbolo de la supercientífica y astuta Alemania para el resto del mundo. Aunque los filmes posteriores fueron prohibidos para el alemán medio, la serie hecha en los Estados Unidos (la segunda vida de Mabuse, podríamos decir) se había vuelto tan popular en todo el mundo que los oficiales del Reich consideraban una señal de distinción poseer copias de todas. Nosotros seguíamos prefiriendo la serie original, donde Mabuse era obviamente judío.

Desde la muerte de Klein—Rogge, otros actores habían interpretado el papel, pero los productores siempre habían buscado aquel sorprendente rostro. Este hombre, Dietrich, era ideal para el papel. Thea von Harbou lo hubiera aprobado.

—¿Qué es lo que está mirando? —preguntó. Se lo dije. Se echó a reír—. Eligió usted la profesión adecuada —continuó—. Posee una imaginación cinematográfica. Me siento halagado por la comparación.

—¿Qué es lo que ocurre? —pregunté.

—Muchas cosas. No todas las necesarias. Esta comedia que están representando en su beneficio, por ejemplo, es más bien inútil.

Estaba empezando a sentirme cómodo en la silla, y mi espalda había dejado momentáneamente de molestarme. Esperaba no tener que moverme para otra visita turística con guía a algo que no estaba seguro de que deseara ver. Para mi alivio, Dietrich acercó una silla, se sentó frente a mí y empezó a hablar:

—Supongo que Kaufmann tenía previsto presentarle a Thor cuando se abrieran las puertas del ascensor y gozar de su expresión sorprendida mientras era escoltado por el vestíbulo hasta mi laboratorio. ¡No pensó que usted pudiera improvisar la escena! Bueno, sólo son aficionados, y usted es el experto cuando se trata de un buen y estúpido melodrama.

—Thor... —empecé a decir débilmente, pero no pude pensar en nada que añadir a continuación.

—No es que sea muy inteligente. Me siento impresionado de que terminara su actuación tan expeditivamente. Le pido disculpas por mi ayudante. Estuvo contemplando toda la escena en uno de nuestros monitores, y debió de llegar a la conclusión de que era usted un tipo peligroso. En persona, quiero decir. Todos sabemos de lo que es capaz de hacer oficialmente.

Mientras hablábamos, observé mis alrededores. El tamaño del laboratorio era tremendo. Era como hallarse en un almacén científico. Aunque carente de entrenamiento técnico, observé que parecía haber sin embargo una falta de disposición sistemática: los materiales estaban mezclados de un modo claramente chapucero, aunque hubiera alguna buena razón para la proximidad de aparatos totalmente distintos. Sin embargo, me di cuenta de que me hallaba fuera de mi campo y de que quizá no estaba recibiendo más que una respuesta estética.

—Cerraron su expediente —dije—. Yo creía que había sido secuestrado por agentes estadounidenses.

—Ésa fue la historia pantalla.

—Entonces, ¿fue secuestrado por los borgoñones?

—Una deducción razonable, pero equivocada. Me presenté voluntario.

—¿Para qué?

—Doctor Goebbels, dije que tiene usted una imaginación cinematográfica. Eso es bueno. Le ayudará a apreciar esto. —Hizo chasquear los dedos, y la joven japonesa estuvo tan rápidamente a su lado que no vi de dónde había salido. Llevaba en las manos una pequeña caja de plástico. La abrió y me mostró su interior: dos cilindros, cada uno de ellos con una pequeña copa de succión en uno de sus extremos. Sacó uno.

—Examine esto —dijo, pasándomelo.

—¿Uno de sus inventos? —pregunté, observando que era tan ligero como si estuviera hecho de papel. Pero podía decir también que, fuera cual fuese el material, era recio.

—Lo descubrió un colega —me explicó el profesor—. Ahora está muerto, desgraciadamente. Cosas de la política. —Recuperó el cilindro, hizo algo con el extremo no puntiagudo, luego se puso de pie—. No le dolerá —dijo—. Si coopera, le prometo una experiencia cinematográfica distinta de cualquiera otra que jamás haya experimentado.

De nada servía resistirme. Me tenían cogido. Fuera cuales fuesen sus propósitos, no estaba en posición de oponerme. Tampoco puedo negar que mi curiosidad se había despertado ante aquella especie de juguete.

Dietrich se inclinó hacia adelante y dijo:

—Permítame fijar esto a su cabeza, y disfrutará, si quiere, de una producción única del Ministerio de Propaganda borgoñón..., la historia de mi vida.

Sin más palabras, apretó la pequeña copa de succión contra el centro de mi frente. Hubo una sensación hormigueante, ¡y luego mi visión empezó a disminuir! Supe que mis ojos seguían abiertos y que no había perdido el conocimiento. Por un momento temí que fuera a quedarme ciego.

Aparecieron nuevas imágenes. Empecé a soñar mientras seguía totalmente despierto, excepto que no eran mis sueños. ¡Eran los sueños de alguien distinto!

¡Yo era alguien distinto!

Era Dietrich..., de niño.

Estaba abrochándome el cuello en un frío día de febrero antes de ir a la escuela. El rostro que me miraba desde el espejo tenía un aspecto de querubín..., era casi hermoso. Me sentí feliz de ser quien era.

Mientras recorría las adoquinadas calles, me golpeó de repente, con una solemne fuerza, la idea de que era judío.

Mis padres alemanes habían sido estrictos, ortodoxos y serios. Un accidente industrial me los había arrebatado. Pero no iba a estar solo mucho tiempo. Un tío en España había enviado a buscarme y fui a vivir allí. Se había convertido en un gentil (no sin dificultad), pero fue capaz de aceptar en su hogar a un niño de una familia judía practicante.

No fueron necesarios más que unos cuantos días en la escuela para que empezaran las palizas, que se fueron incrementando en ferocidad. Había una burbujeante fuente a corta distancia del patio de la escuela donde iba a lavarme la sangre.

Un día observé el agua volverse carmesí sobre el ondulante reflejo de mi arañado rostro. Decidí que, significara lo que significase el ser judío, yo no podía calificarme como tal. Después de todo, mi sangre tenía el mismo color que la de mis compañeros de clase. En consecuencia, no podía ser un auténtico judío.

Anuncié esta revelación en la escuela al día siguiente, y casi me mataron por mis palabras. Un chico particularmente estúpido se mostró tan alterado por mi lógica que expresó su desagrado con una crítica hecha con un dos por cuatro. Sin embargo, de algún modo, en medio de todo aquel dolor y angustia —mientras huía para salvar mi vida—, no creo que condenara a mis atacantes. Mi conclusión fue que seguramente los judíos tenían que ser unas criaturas monstruosas para inspirar aquella exhibición. Maldiciendo la memoria de mis padres, estuve seguro de que, a través de alguna feliz casualidad, yo no era realmente de su misma carne y sangre.

Por sorprendente que parezca, me convertí en un antisemita. Llevé una Estrella de David al patio de juegos y, a plena vista de todos mis compañeros de clase, la destruí. Quemé también una imagen de un rabino. Algunos no se mostraron impresionados por esta exhibición, pero otros los contuvieron de reanudar las palizas. Por primera vez conocí la seguridad en aquel patio. Ninguno de ellos se mostró amistoso conmigo, sin embargo; no parecían saber cómo enfrentarse a la situación.

De pronto las imágenes de la infancia de Dietrich desaparecieron en una girante oscuridad. Me sentí confuso, desorientado.

Había pasado el tiempo. Ahora era el joven Dietrich de vuelta a Alemania, dedicado al trabajo de mi vida en la investigación genética. Me uní al Partido Nazi en la víspera de su poder, no tanto por vanidad como a causa de la lectura pragmática del Zeitgeist. Naturalmente, utilicé mi linaje gentil español, y deleité a mis nuevos «amigos» con una poco conocida cita del dogma de Karl Marx, aproximadamente de 1844: «Una vez la sociedad ha conseguido abolir la esencia empírica del judaísmo —propaganda y sus precondiciones—, el judaísmo se volverá una imposibilidad».

Por aquel entonces los nazis estaban desarrollando sus teorías eugenésicas. Decir que las bases de sus programas eran en el mejor de los casos pseudocientíficas es hacerles un cumplido. En el mejor de los casos, la única ciencia implicada era la terminología adoptada del campo de la eugenesia.

Yo, sin embargo, estaba efectuando auténticas investigaciones, pese a las limitaciones con las que me enfrentaba debido a las exigencias de fondos y propaganda del Partido. Mi trabajo implicaba la eugenesia negativa, el estudio de cómo eliminar los genes defectuosos del acervo genético a través de la procreación selectiva. Suponiendo que toda una sociedad pudiera convertirse en un laboratorio, los genes defectuosos podrían ser eliminados en una generación, aunque el problema podía resurgir de tanto en tanto debido a los genes recesivos (fácilmente manejables).

Una vez tomada la decisión de extirpar algo de la población, quedaba abierta la puerta hacia *qué* impulsar, es decir, la eugenesia positiva. Entonces, mientras nos limitáramos a una cuestión de una afección genética en particular, podríamos conseguir algo. Pero, incluso entonces, se planteaban problemas. ¿Y si algún genio valioso padecía de este defecto genético? ¿Había que arrojar por la borda la posibilidad de obtener descendencia inteligente sólo a causa de un riesgo?

Añadamos a esta válida preocupación las extraviadas y místicas ideas de los nazis con respecto a la genética, y las complicaciones son realmente abrumadoras. Ellos deseaban procrear en busca de cualidades que en muchos casos caían fuera de la esfera de la auténtica genética..., porque empezaban cayendo fuera de la realidad.

Durante este período de mi vida hice otro descubrimiento. Ya no era racista. Mi antisemitismo se desvaneció como al soplo de una brisa vagabunda. Había averiguado que no había bases científicas para ello. La sincera creencia nazi de que los judíos eran criaturas fuera de la naturaleza estaba podrida de raíz. En cuanto a las ideas culturales/místicas que giraban en torno de los judíos, cuanto más averiguaba cómo las percibían los nazis, más convencido estaba de que el Partido de Hitler estaba compuesto por locos. (Una nota irónica era que muchos judíos europeos ni siquiera eran semitas, pero esto es otro asunto. Los nazis se preocupaban poco, digamos, de los árabes. Iban tras los judíos europeos, por las razones que fueran.)

Aunque había trazado el círculo completo en la cuestión del racismo, algo más me había ocurrido mientras tanto. Mi odio hacia un grupo de humanidad *no* se había desvanecido. Mi visión de la herencia común del *Homo sapiens* me conducía a despreciar a toda la raza humana. Las implicaciones de esto se me escapaban por aquel entonces, pero constituyó el punto crucial de mi vida.

Incluso en la cúspide de su popularidad, el mundo de la genética se vio sólo ligeramente influenciado por el pensamiento nazi. Los científicos son ante todo científicos, luego, si acaso, ideólogos. En la extensión de que la mayoría de los científicos poseen una filosofía, ésta es un tipo general de humanismo positivo: eso podía decirse de mi maestro en genética, un hombre brillante —que resultaba encajar por coincidencia en el estereotipo ario—, y su colaborador, un judío que estaba abierto a su historial familiar, al contrario que yo.

Ellos fueron los primeros en descubrir la estructura del ADN. No, no se hallan en los libros de historia. Por aquel entonces Hitler había llegado al poder. Los nazis destruyeron muchos de sus papeles cuando fueron juzgados como enemigos del Estado..., por incorrecciones políticas que nada tenían que ver con la investigación. Pero yo nunca fui hallado culpable de albergar ninguna noción traidora. Mucho antes de que el mundo oyera hablar de ello, continué su trabajo sobre el ADN. Publicar esta información era lo último que deseaba hacer. Tenía otras ideas. Gracias a proporcionarles a los nazis el galimatías necesario para hacer que su política idiota sonara bien, no fui molestado. Incluso habría un lugar para mí en el Nuevo Orden. Recordaba cuando Einstein dijo que, si su teoría de la relatividad demostraba no ser cierta, los franceses lo declararían alemán, y los alemanes lo llamarían judío. Al menos yo conocía por anticipado mi lugar.

A través de la bruma de los recuerdos de Dietrich yo aún podía pensar; podía reflexionar en que lo que estaba asimilando directamente de unos esquemas tomados de la mente de otro. Estaba impresionado de que existiera un hombre así, trabajando en secreto durante décadas en aquello que sólo recientemente había polarizado la atención mundial. Apenas hacía un año que las noticias habían hablado de las uniones genéticas logradas por los microbiólogos. Sin embargo, él había hecho el mismo tipo de experimentos hacia décadas.

Lo que había sido un goteo se convirtió de pronto en un torrente de conceptos y fórmulas más allá de mi comprensión. Sentí la tensión de todo ello. Tendí unos temblorosos dedos hacia el cilindro y...

Las imágenes se detuvieron; las palabras se detuvieron; el calidoscopio que estallaba dentro de mi cabeza se detuvo; la presión se detuvo...

—No ha terminado usted el programa, doctor Goebbels —dijo Dietrich—. Al menos había otros diez minutos antes del «cambio de bobina». —Sujetaba en su mano el otro cilindro, lanzándolo ligeramente al aire y recogéndolo como si no tuviera la menor importancia.

—Es demasiado —jadeé— todo de una vez. Espere, acabo de recordar algo. Thor, en el vestíbulo..., ¿es posible? —Pensé de nuevo en lo que había experimentado. Dietrich había dejado los simples programas eugenésicos muy atrás. Su investigación se dirigía ahora hacia los misterios químicos de la propia vida, como alguna especie de alquimista loco buscando el conocimiento de un Frankenstein—. ¿Hizo usted...? —Me detuve, sin saber cómo formular la pregunta—. ¿Creó usted a Thor?

Se echó a reír.

—¿Qué más hubiera querido! —dijo, casi alegremente—. ¿Tiene alguna idea de lo que está diciendo? Hallar la fórmula genética para construir seres humanos requiere un lenguaje que no poseo.

—¿Un lenguaje?

—Tiene uno que romper el código, ser capaz de leer las maravillas jeroglíficas no sólo de uno, sino de millones de genes. Todo está ahí, en los cromosomas, pero todavía no he sido capaz de encontrarlo. Nadie lo ha sido. —Acercó su rostro al mío, sonriente, los ojos muy abiertos y fijos—. Pero seré el primero. ¡Nadie puede ganarme en ello, porque sólo yo puedo hacerlo!

Por un momento pensé que estaba de nuevo en presencia de Hitler. Este hombre era ciertamente un visionario. Más aún, era peligroso de un modo que iba más allá de lo que podía serlo cualquier político.

—¿Por qué está usted aquí? —pregunté.

—Me financian bien. Mire esos juguetes —dijo, señalando lo que explicó era una cámara atmosférica—. El trabajo es caro. ¿Sabe usted cómo hay que invadir el territorio oculto de la propia vida? Con radiaciones y venenos para romper las estructuras y empezar de nuevo. ¡Construir! Nunca podré vivir lo suficiente, nunca recibiré el apoyo financiero necesario. Éste es un trabajo de muchas vidas. Si tan sólo dispusiera de herramientas más sutiles...

Antes de perderlo en sus ensoñaciones científicas, cambié de tema:

—El pelo y los ojos de mi hijo han cambiado.

—Eso no es más que cosmética —dijo desdeñosamente.

—¿Las SS quieren que usted haga eso?

—Es considerado una marca de distinción. Mi cosmetóloga —señaló hacia la joven japonesa— proporciona este menor y poco importante servicio.

Sólo unas cuantas personas con el pelo rubio y los ojos azules trabajaban en el laboratorio. Pregunté por qué no todo el mundo se había sometido al tratamiento. La razón era que los pocos que veía allí eran auténticos miembros de ese genotipo. Dietrich fue claro al respecto:

—Aquí no jugamos a los juegos de las SS.

Me mostró su lugar de trabajo, tratando a los técnicos como si fueran simple equipo caro. Me pregunté cómo reaccionaría Speer a todo aquello. El lugar era más grande de lo que había pensado al principio. Me pregunté qué haría Holly con todo aquello, encajada en su pequeño cubículo de la universidad.

La aparentemente interminable caminata activó de nuevo mis dolores. Mi anfitrión observó las molestias y sugirió que nos sentáramos de nuevo. No había vuelto a guardar el otro cilindro. De algún modo, no me sorprendí cuando sugirió que probara su contenido.

—¿Compartí realmente sus recuerdos? —quise saber.

—Una producción cuidadosamente montada, pero sí.

—¿Hay más de lo mismo en éste?

—Lo que tengo en mis manos son imágenes tomadas desde otro punto de vista. Creo que puede que las considere más interesantes aún. —Depositó el cilindro en mi palma—. ¿Quiere probar?

—Tengo un millar de preguntas por hacer.

—Esto ayudará.

Me encogí de hombros y coloqué el cilindro en el mismo punto de mi frente, y... *no supe quién era.*

Busque en vano la identidad dentro de la que me había sumergido. Era lo que me pareció una consciencia incorpórea flotando muy arriba sobre el continente europeo. Era como mirar en todas direcciones a la vez. La Luna sobre mi cabeza era enorme, muy cercana a la Tierra..., y era de hielo.

¡El *Welteislehre* de Horbiger! Era una proyección de una de sus profecías, cuando la Luna cayera hacia la Tierra, ocasionando grandes trastornos en su corteza..., y produciendo extrañas mutaciones en la vida del planeta.

Era un panorama que se desenrollaba como el Gusano Ouroboros: épocas antiguas y el lejano futuro se fundían juntos en un círculo irrompible. El mundo y la civilización que yo conocía no eran más que una fugaz aberración en la historia del globo.

Vi la antigua Atlántida, no la mencionada por Platón, sino la correspondiente a una época en la que se suponía que el hombre no existía. La primera Atlántida, habitada por enormes gigantes que precedieron al hombre y enseñaron a la raza humana todos sus conocimientos más importantes: contemplé al auténtico Prometeo.

Luego se me mostró que el panteón de los dioses nórdicos también tenía una base en aquella revelación. La fabulosa Asgard no era un mito, sino una leyenda..., un vago recuerdo de las gigantescas ciudades que en su tiempo habían poblado el mundo.

La humanidad era increíblemente más vieja de lo que calculaban las mejores estimaciones de los científicos. Más sorprendente que eso era el parpadeante tapiz que pintaba con una miríada de colores un lejano pero inevitable futuro. Toda la raza humana había perecido excepto un parco número de arios. Y esos últimos hombres, esos idealizados vikingos, se preparaban felizmente a su exterminación..., dejando paso al *Übermenschen*, que nada tenía en común con ellos excepto su apariencia superficial. La raza humana —tal y como yo la conocía— nada tenía en realidad de «humana». Los arios eran mostrados como el tipo más aproximado al Auténtico Hombre, pero cuando las mutaciones ocasionadas por el descenso de la Luna trajeran de vuelta a los gigantes, entonces los arios podrían unirse a sus semejantes en un bienvenido olvido. Los amos habían regresado. Cuidarían de este mundo, y efectuarían los ritos de camino

al nuevo apocalipsis, el *Ragnarök*, cuando el ciclo se iniciara de nuevo..., porque la Luna de hielo se estrellaría finalmente contra el planeta.

Esas imágenes ardieron en mi cerebro: ciudades monstruosas con espiras que amenazaban las estrellas; la ciencia completamente reemplazada por una magia funcional que era el poder central de esos superhombres psicocinéticos que necesitaban muy poca cosa más; todo enorme, interminable, brillante..., tan brillante que cegaba mi visión y mi mente...

Arranqué con un grito el dispositivo de mi transpirante piel.

—¡Esto es una locura! —exclamé, sujetándome la cabeza con las manos—. No puede ser realmente cierto. La religión de las SS..., ¡no!

Dietrich, ante mi sorpresa, apoyó una confortadora mano en mi hombro.

—Por supuesto que no es cierto —dijo. Debía haber lágrimas en mis ojos. Mi expresión era una máscara de confusión. Siguió—: Lo que ha visto usted no es más cierto que una de sus películas o una campaña típica del Ministerio de Propaganda. Es más convincente, lo admitiré. Del mismo modo que el primer cilindro le permitió a usted asomarse al contenido de una mente, la mía, este otro le ha ofrecido una imagen compuesta de lo que cree un cierto grupo; un esfuerzo de colaboración, podríamos decir.

—Los fanáticos religiosos de las SS —murmuré.

—Tienen una colorista predicción aquí, una historia hipotética, una fe. Por supuesto, no tiene el mismo valor que mi autobiografía.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? —pregunté, desconcertado—. ¿Qué tiene que ver su historia con la de ellos?

Dietrich se puso de pie y se llevó las manos a la espalda. Cada vez se parecía más al doctor Mabuse. Su voz, de algún modo, sonó diferente, como si estuviera hablando a una audiencia muy amplia.

—Me han contratado para realizar una tarea genética. En este laboratorio está siendo desarrollado un virus que solamente no afectará a los hombres y mujeres rubios y de ojos azules. Sí, doctor Goebbels, el virus lo matará a usted, con sus pelo oscuro y sus ojos marrones, y a mí también, con la misma facilidad que a mi ayudante japonesa. Y su hijo morirá también, porque su apariencia actual, después de todo, sólo es cosmética. Significa que la mayor parte de los miembros del Partido Nazi perecerán, al no encajar «racialmente» con este estándar.

«Estoy hablando del más amplio programa de genocidio de todos los tiempos. Una gran proporción de las poblaciones de Suecia, Dinamarca e Islandia sobrevivirán. Lástima para las SS que virtualmente toda esa gente piense que sus ideas son pura locura, incluso maldad. Ya sabe usted que gran parte de la población del mundo posee sistemas éticos más bien estrictos arraigados en sus pequeñas y peculiares culturas. Ese tipo de cosas proporcionaron a los nazis algunos momentos difíciles al principio, ¿no?

Me eché a reír. Era el tipo de risa que no resulta fácil de controlar. Me volví histérico. Mi concentración fue dirigida a intentar detener los alocados sonidos que brotaban de mi boca y no me di cuenta de nada más. De pronto me sorprendí de hallarme tendido en el suelo. Unos brazos me estaban poniendo de pie, y el profesor me clavaba una aguja hipodérmica. Mientras la oscuridad caía sobre mí, me pregunté por qué no había imágenes acompañándome. ¿Acaso aquel cilindro que tocaba mi brazo no tenía ninguna historia que contar?

Tuve la sensación como si hubiera dormido durante días, pero me recuperé unos pocos minutos más tarde, al menos según mi reloj. Estaba tendido en un camastro y él estaba de pie junto a mí. Supe quién era realmente: el doctor Mabuse.

—Goebbels, creí que estaba hecho usted de mejor pasta —me llegó su hosca voz.

—Es usted un lunático —respondí roncamente.

—Eso no es justo. ¿Qué es lo que le parece indecoroso en mi conducta?

—Dijo que había sido usted antisemita. Luego me dijo que había rechazado el racismo. ¡Ahora forma parte de un complot que lleva el racismo hasta mucho más lejos que cualquier otra cosa que haya oído!

—Ha estado usted fuera de contacto con las cosas.

—¡Todo este asunto es un puro amasijo de contradicciones!

—Me hiere usted profundamente —respondió pesaroso, pero su voz sonaba inhumana—. Esperaba más de un nazi consciente. Mis patrocinadores desean un proyecto basado en razones racistas. Yo no creo en sus teorías, religión u orgullo. De hecho, esta pura raza rubia a la que adoran nunca ha existido; fue simplemente una adaptación climatológica al norte de Europa, y nunca se difundió tanto como creen los nazis. Fue un rasgo en un grupo amplio de población. Yo no creo en los mitos de las SS. Mi colaboración en el proyecto es por otras razones.

—No puede haber ninguna otra razón.

—Olvida usted lo que ha averiguado hoy. Recuerde que llegué a odiar a toda la raza humana. Eso no significa que olvidara mis razones o empezara a reconsiderar las cosas. Si los borgoñones me dan los medios necesarios para borrar de la faz del planeta a la mayor parte de la humanidad, exceptuándolos a ellos del holocausto, me sumo a su causa. El flautista es el que dicta la melodía.

—No puede seguir adelante con su trabajo. ¡Morirá!

A veces uno tiene la certeza de haber perdido todas sus oportunidades, de que le ha sido cerrada la puerta contra cualquier esperanza de volver atrás, sólo después de que la losa de la tumba ha sonado lúgubramente al cerrarse. El conocimiento tiene la costumbre de llegar demasiado tarde. Ésa fue la emoción que me aferró con su dogal de hierro tan pronto como esas palabras escaparon de mis labios. El doctor Mabuse nunca podía ser un estúpido. Era imposible. Incluso mientras hablaba, pude anticipar sus palabras:

—Oh, lo *siento*. Olvidé decirle que algunas personas fuera de la categoría de los afortunados podrán salvarse. Puedo hacerlas inmunes. En este sentido, yo me convertiré en un Noé, recogiendo especímenes para el arca de un especialista. Reclamaré a cualquiera que considere digno de ser salvado.

—¿Por qué odia a la raza humana? —pregunté.

—Y pensar que un nazi tiene las agallas de formular esta pregunta. ¿Por qué odia usted a los judíos? —contraatacó. No pude pensar en nada que decir. Prosiguió—: Moralmente, hay muy poca diferencia entre nosotros. Sé por lo que abogó usted durante la Segunda Guerra Mundial, Goebbels. La diferencia entre nosotros es que yo he situado mis miras más altas. ¿Qué importa si la Alemania nazi resulta aniquilada? ¿Con qué derecho puede un nazi criticarme?

Seguí insistiendo en el tema:

—¿Por qué lo hace? No habrá destruido a toda la humanidad. Borgoña permanecerá.

—Entonces Borgoña y yo nos dedicaremos a jugar a un pequeño juego —dijo.

—¿A qué se refiere, en nombre de Dios?

Otra voz entró en la conversación:

—En nombre de Odín...

Era Kaufmann; avanzó hasta reunirse con nosotros. Me sentí complacido de ver que llevaba un vendaje en la cabeza y que su rostro había perdido todo su color. ¡Deseé golpearle de nuevo! Me hacía pensar en Himmler en sus peores momentos.

Tengo la firme creencia de que la mente nunca deja de trabajar, ni siquiera en la más profunda inconsciencia. Mientras permanecía inconsciente, la solución a la última parte del rompecabezas se había presentado por sí misma. No necesitaba preguntarle a Mabuse acerca de su parte.

Es realmente comprensible que dos partes que no tienen nada en común excepto un objetivo igualmente deseable lleguen a un acuerdo de conveniencia. Estaba el pacto entre Alemania y la Unión Soviética a principios de la guerra, por ejemplo. El caso actual era diferente en un aspecto importante: yo dudaba de que esta alianza en particular pudiera durar lo suficiente como para satisfacer a ambos lados. Estaba seguro de que éste era el talón de Aquiles.

¡Un reino de ópera cómica con un científico loco! Si mi hija sabía esto, ¿por qué no me había dicho más? ¿O ella también estaba sólo adivinando en la oscuridad?

El caballero de armadura y el hombre de laboratorio: ¡dos cosas que simplemente no pueden mezclarse! Desde la fundación de Borgoña había estado funcionando una actitud anticientífica y antitecnológica. Incluso los críticos franceses que jamás habían tenido nada bueno que decir sobre el Reich conseguían alabar Borgoña por su falta de técnica moderna. (Nunca había sido posible hacer callar a los franceses, de modo que les permitíamos que hablaran casi de cualquier cosa excepto de política práctica. Siempre podía contarse con los escépticos y los cínicos entre ellos para racionalizar acerca de su lugar en la Europa de posguerra, por mucho que les escociera en su orgullo. ¿Qué otra cosa podían hacer?)

Aquí tenía a un genetista mucho más avanzado que cualquier otro en el campo haciendo causa común con una nación abocada a la destrucción de la ciencia. El que los borgoñones confiaran en sus motivos resultaba peculiar; el que él confiara en los de ellos era aun más extraño.

La explicación que se me había ocurrido era ésta: al contrario que los científicos que pertenecían a la tradición humanista y creían que la ingeniería genética podía mejorar la vida de los seres humanos (ingenuos curanderos, pero útiles para un hombre de Estado como yo), el doctor Mabuse deseaba hallar el secreto de manipular los bloques de construcción de la vida a fin de poder crear algo no humano. Esta criatura que tenía en mente podía ser muy bien confundida por un buen borgoñón como uno de los Nuevos Hombres o Übermenschen, y considerado un objeto de adoración. Allá donde otros podían oponerse a esos nuevos seres, los borgoñones —adiestrados desde su nacimiento en la aceptación religiosa de los seres superiores con forma humana— no presentarían obstáculo alguno.

En cuanto a los borgoñones, los líderes como Kaufmann tenían que creer que la malvada ciencia moderna había producido al menos un genio que era el vehículo a misterios más altos: una marioneta del Destino.

Miré al rostro de aquellos dos hombres, dos rostros tan diferentes, dos mentes tan diferentes. Había algo familiar allí: un fervor, una loca devoción a La Causa, y un ansia hacia la práctica de ritos sacrificiales. Como ministro de Propaganda había buscado inculcar esa expresión en la población con respecto a los judíos.

Era evidente que no me habían hecho partícipe descuidadamente de sus maquinaciones. O bien se me permitiría unirme a ellos, o moriría. En cuanto a la posibilidad de lo primero, no lo consideraba probable. Quizá los prejuicios engendrados en mí por Hilda tuvieran su parte de culpa, pero de hecho sabía que no podía formar parte de un plan así contra la Madre Patria. ¿Podía convencerles de que sería leal? No, no lo creía. ¿Podía convencerles si me endurecía contra el shock y no desplegaba más que entusiasmo hacia su empresa? Lo dudaba.

Quedaba la cuestión de por qué había sido elegido para el privilegio. El mensaje que me había mostrado Hilda estaba lleno de desagradables implicaciones. Decidí correr el riesgo; me senté erguido, señalé a Mabuse y le grité a Kaufmann:

—¡Este hombre es judío!

Pude decir que había sido un error por el intercambio de expresiones entre los dos. Por supuesto, tenían que saberlo. Nadie podía mantener un secreto así en el propio país de las SS. Si dejaban de lado las ideas y la profesión del doctor Mabuse, podían dejar de lado cualquier cosa. Ésta era una ocasión en la que el cebo tradicional de «¡Judío!» no servía a un nazi. No me gustó la situación. No deseé estar en el lado receptor.

La voz de Mabuse pareció hablarme a mí, pero las palabras iban dirigidas en beneficio de Kaufmann:

—Es una lástima que no pueda trabajar usted con la nueva tecnología del entretenimiento. Esperaba que pudiéramos transferir sus memorias de su aventura con Lida Barova. Puesto que ella fue su mayor escándalo, hubiera sido un buen espectáculo.

Antes de que pudiera responder a su ataque, la hosca voz de Kaufmann anunció:

—No haga esperar a su hijo.

—¡Es él quien tiene que esperarme a mí, no al revés!

Kaufmann pareció no haber oído aquello.

—Está con sus compañeros. Venga.

Mabuse me ayudó a levantarme del diván, y luego avanzamos de nuevo por el pasillo. Me sentía inseguro sobre mis pies, me dolía la mano, y parecía como si mi cabeza estuviera rellena de algodón. Tantos pensamientos al azar girando en mi mente, desplazados con facilidad por las preocupaciones inmediatas acerca de mi futuro bienestar...

El atardecer se acercaba rápidamente cuando entramos en el patio que había visto antes desde la oficina de Kaufmann. La enorme pira funeraria estaba aún allí, sin usar. Excepto que ahora había un féretro a su lado. Estábamos demasiado lejos para apreciar el cuerpo que había en él, pero a cada paso que dábamos nos íbamos acercando.

Una puerta al lado de la pira se abrió, y por ella emergió una hilera de jóvenes, vestidos con todas las galas negras de las SS. A la cabeza iba mi hijo. Avanzaron firmemente en nuestra dirección. Helmuth ofreció a Kaufmann el saludo nazi. Éste respondió de igual modo. Evidentemente, yo no estaba de humor para imitarles.

—Padre —dijo gravemente Helmuth—, se me ha concedido el privilegio de dirigir este ritual. Por favor, acércate al cuerpo.

Había una tal formalidad en su tono que dudé de interceder con una súplica paterna. La expresión de su rostro era completamente impasible a mi humanidad. Hice lo que me pedía.

Ni por un momento había sospechado la identidad del cuerpo. Sin embargo, cuando contemplé aquel familiar rostro cerúleo, supe que aquello encajaba con el esquema borgoñón. Tenía que ser su cuerpo. Una vez más, me hallé de pie delante de Adolf Hitler.

—Fue un ultraje —dijo Kaufmann— conservar su cuerpo como si fuera Lenin. Su alma pertenece al Valhalla.

Tenemos intención de enviarla allí hoy. —Mi boca se abrió con una pregunta que no podía ser formulada mientras me volvía hacia Kaufmann. Éste asintió solemnemente—. Sí, Herr Goebbels. Usted fue uno de sus más leales colaboradores. Usted le acompañará.

Hay veces en que ninguna resolución de mostrarse honorable y valiente es suficiente; intenté echar a correr, pero muchas manos fuertes estuvieron al instante sobre mí. Helmuth apoyó la suya en mi hombro.

—No lo hagas peor —susurró—. Tiene que ser así. Conserva tu dignidad. Quiero sentirme orgulloso de ti.

Nada restaba por decir. Nada excepto enfrentarme a una horrible muerte. Me debatí en vano, haciendo todo lo posible por ignorar la existencia de Helmuth. No era una sorpresa que hubiera sido seleccionado para este honor. Tenía perfectamente sentido en el demente esquema de las cosas.

Acercaron una rampa de aluminio. Dos robustos hombres de las SS empezaron a arrastrar el cuerpo de Hitler por el plano inclinado, mientras Helmuth permanecía detrás, sin duda con la intención de escoltarme por aquel poco agradable camino.

—La forma de su muerte será un secreto de Estado de Borgoña —dijo Kaufmann—. Conseguimos una buena publicidad de su Ministerio cuando ejecutamos a esos dos husmeadores franceses por pasarse de la raya: Louis Pauwels y Jacques Bergier. Esto es diferente. —Hizo una pausa, luego añadió—: Además, pronto la publicidad ya no tendrá la menor importancia.

Mis opciones se veían reducidas a nada. Incluso frente a la muerte no podía rendirme por entero. Los años que había pasado perfeccionando el arte de la propaganda me habían enseñado que ninguna situación es tan desesperada que no pueda salvarse nada de ella. Revisé los hechos: pese a su acuerdo temporal, Kaufmann y el nuevo Mabuse estaban trabajando realmente con finalidades cruzadas. Si pudiera explotar aquellas diferencias, podría crear disensión entre sus rangos. Mabuse tenía los triunfos en su mano, así que decidí atacar a Kaufmann.

—Supongo que soy libre de hablar —le dije a las espaldas de Kaufmann mientras éste observaba la roja esfera del sol ponerse más allá de las murallas del castillo. El cielo estaba estriado de naranja y oro..., las tenues hilachas de los cúmulos que parecían tan tranquilizadamente distantes. Había un millón de otros lugares donde hubiera podido estar yo en aquel momento, a no ser por un retorcido giro del destino. ¡Tenía que haber alguna manera de escapar!

Nadie respondió a mis palabras, de modo que proseguí:

—Usted no es genetista, ¿verdad, Kaufmann? ¿Cómo sabe que puede confiar en Dietrich? —Era Dietrich para ellos, pero para mí siempre sería Mabuse—. ¿Y si está mintiendo? ¿Y si el proceso no puede hacerse lo suficientemente específico como para excluir a ningún grupo de la acción del virus?

Mabuse se echó a reír. Kaufmann respondió sin volverse:

—Para mayor seguridad inmunizaremos a todo el mundo en Borgoña, incluidos sus ayudantes. Si algo va mal, será una pena perder a todos esos excelentes especímenes arios por todo el mundo.

—Nada irá mal —dijo Mabuse.

No pensaba ceder tan fácilmente, de modo que atacué de nuevo con:

—¿Cómo sabe que él no le inyectará a usted algún veneno cuando llegue el momento? Podría ser como una repetición de la peste negra que asoló Borgoña en 1348.

—Aplaudo su inventiva sugerencia —dijo Mabuse.

—Tenemos fe —fue la sorprendente respuesta de Kaufmann.

—Una fe que yo recompensaré —tronó la monstruosa voz de Mabuse—. No son estúpidos, Goebbels. Algunos auténticos creyentes poseen los suficientes conocimientos médicos como para detectar un intento de fraude como el que usted sugiere.

Desesperado, me dirigí de nuevo a mi hijo:

—¿Tú confías en esto?

—Estoy aquí —me llegó su respuesta en voz muy baja—. He pronunciado el juramento.

—Esto no está bien —rió Mabuse—. Deje de intentar salvar su piel.

Tenían ya el cuerpo de Hitler arriba de la rampa. Los hombres de las SS se pusieron firmes. Todo el mundo aguardó. Tuve la impresión de que el sol poniente se detenía en su descenso, aguardando también.

—Padre —dijo Helmuth—, Alemania se ha vuelto decadente. Ha olvidado sus ideales. Que se haya permitido vivir a mi hermana Hilda es suficiente prueba de ello. Mírate a ti mismo. Ya no eres el hombre que fuiste en los viejos y grandes días del genocidio.

—Hijo —dije, con voz temblorosa—, lo que está ocurriendo en Borgoña no es lo mismo.

—Oh, sí lo es —dijo el doctor Mabuse.

Kaufmann avanzó unos pasos hacia donde estaba yo y torció el cuello para mirar a los hombres en la parte superior de la rampa con los restos mortales de Adolf Hitler. Dijo:

—Los nazis fueron buenos matando durante la guerra. Judíos, gitanos, y muchos otros cayeron por la espada, incluso cuando pagaron un alto precio de manos de otros elementos del programa de guerra. Speer siempre deseando su mano de obra esclava para las necesidades industriales. Los contables siempre

contando monedas. ¡La muerte en masa fue por su propio bien, una promesa de las cosas mejores que iban a venir!

«Después de la guerra, sólo a Borgoña pareció importarle. Los gobernantes que surgieron de Nuevo Berlín fueron despreciables, relajando las leyes de la censura y no reforzando estrictamente los estándares raciales. ¿Sabe que un toque de judaísmo es considerado como algo sexualmente excitante en los más decadentes cabarets de Alemania de hoy en día? Incluso la política de eutanasia para los viejos y los ciudadanos no deseables no fue nunca más que meras palabras sobre un papel, después de que los católicos y luteranos interfirieran. El Partido se vio corrompido desde dentro. Dejó que muriera el sueño.

El tipo de odio que motivaba a aquel líder borgoñón no me resultaba extraño. Nunca, ni en mis peores pesadillas, se me había ocurrido que yo pudiera ser una víctima de aquel tipo de pensamiento.

Kaufmann hizo un gesto hacia los hombres en la rampa, y éstos colocaron el cuerpo de Hitler sobre la pira.

—Es el momento —murmuró tristemente la voz de Helmuth en mi oído. Otros jóvenes de las SS me rodearon. Helmuth sujetó mi brazo. Echamos a andar.

Otros hombres de las SS habían aparecido en torno de la seca pirámida de madera y paja. Sujetaban antorchas encendidas. Kaufmann hizo un gesto, y prendieron fuego a la pira. El crujir y chisporrotear crispó mis nervios mientras empezaba a elevarse un humo blanquecino. Pasarían unos minutos antes de que las llamas alcanzaran la parte superior para consumir el cuerpo de Hitler..., y cualquier otra cosa que estuviera cerca de él. Mi único consuelo era que no habían utilizado líquido inflamable —un temible material moderno— para apresurar el infierno.

En algún lugar en aquel llameante destino estaban Odín y Thor y Freyja aguardando. No tenía ninguna prisa por ir a saludarles.

Me pregunté cómo debieron sentirse los miembros de la SA cuando los de las SS cayeron sobre ellos y el ladrido de sus armas convirtió sus vidas en ensangrentadas ruinas. Quizás hubiera debido pensar en Magda, pero no lo hice. En vez de ello todos mis pensamientos fueron dirigidos a milagros y salvaciones de último minuto. Cómo había predicado la esperanza en las horas finales de la guerra antes de que cambiara nuestra suerte. Había alimentado a Hitler con historias del golpe diplomático de Federico el Grande frente a un desastre militar. Había comparado la bomba atómica —cuando la obtuvimos— con el notable cambio de suerte de la Casa de Brandeburgo. Ahora me hallaba suplicando al cruel destino una victoria personal del mismo tipo.

Estaba en la parte superior de la rampa. Las manos de Helmuth me empujaban firmemente por la espalda. Sobre él había recaído la tarea de entregar el cuerpo vivo de su padre a las llamas. Debían haberlo considerado un pupilo lo suficientemente adepto como para confiarle una tarea tan severa.

Tan completamente absorto estaba en mis pensamientos de una repentina salvación milagrosa que apenas me di cuenta de la distante explosión. Alguien a mis espaldas dijo:

—¿Qué fue eso?

Oí a Kaufmann gritar algo desde el suelo, pero sus palabras se perdieron en una explosión más fuerte que se produjo mucho más cerca.

Una voz maniaca gritó:

—¡Debemos terminar el rito! —Era Helmuth. Me empujó hacia un espacio vacío. Caí sobre el cadáver de Hitler, y me aferré a su torso para evitar caer a una abertura bajo la cual rugía el impersonal ejecutor.

—Demasiado pronto —estaba diciendo uno de los camaradas de mi hijo—. El fuego todavía no es lo bastante alto. Tendrás que dispararle o...

Yo estaba rodando ya hacia el otro lado del cuerpo de Hitler cuando oí la detonación. Por el rabillo del ojo pude ver a Helmuth llevarse las manos al estómago mientras caía hacia las rojizas llamas.

Disparos. Fuego de ametralladora. Más explosiones. Un ejército estaba trepando por el muro del patio. Un helicóptero zumbaba sobre nuestras cabezas. Mi primer pensamiento fue que debía de tratarse del Ejército alemán que había acudido a salvarme. Me sentía demasiado aliviado y agradecido como para preguntarme cómo era posible algo así.

La conflagración allá abajo se estaba acercando por momentos. El humo que llenaba mis ojos y mis pulmones iba a asfixiarme. Estaba considerando un salto desde allí arriba —algo arriesgado, en el mejor de los casos—, cuando una brecha en el ondulante humo me ofreció una mejor oportunidad. Los hombres habían despejado la rampa para protegerse contra la artillería.

Me arrojé de nuevo sobre el cuerpo de Hitler y golpeé la rampa de metal con un sonido sordo. Lo que me impidió caer fue el cadáver de un hombre de las SS, a cuya pierna conseguí aferrarme cuando empezaba a rodar hacia atrás. Luego me levanté y corrí tan rápidamente como pude, yendo sobre mis pies hasta una cuarta parte del camino al suelo y rodando lastimosamente el resto del camino. Las silbantes

balas no me acertaron. Me quedé tendido en el suelo, temiendo que me dispararan de nuevo si me levantaba.

Incluso desde aquella limitada posición pude evaluar algunos aspectos del encuentro. Los borgoñones habían abandonado temporalmente su inclinación a luchar con espadas y lo estaban haciendo en cambio con metralletas. (La única excepción era Thor, que corrió hacia adelante presa de una furia asesina, blandiendo un hacha. Las balas lo hicieron pedazos.) La batalla parecía estar yendo mal para ellos.

Luego oí la más grande explosión de mi vida. Era como si el castillo se hubiera convertido en uno de los cohetes de Von Braun cuando un chorro de llamas entró en erupción desde debajo del suelo y todo el edificio se estremeció con las vibraciones. El laboratorio debía de haber quedado destruido en un solo instante.

—Es Goebbels —canturreó una voz—. ¿Está vivo?

—Si lo está, pronto remedaremos esto.

—No —dijo la primera voz—. Veamos.

Unas brucas manos me dieron la vuelta..., y esperé ver una vez más los rostros de los hombres de las SS. Éstos eran jóvenes, de acuerdo, pero había algo inquietantemente familiar en ellos. ¡Me di cuenta de que podían ser judíos! El pensamiento, incluso entonces, de que mi vida había sido salvada por judíos fue demasiado para poder soportarlo. Eran unos rostros que había visto y en los que había pensado demasiadas veces para poder contarlas.

—Vendadle los ojos —dijo alguien. Así lo hicieron, y fui empujado, ciego, a través del patio, mientras los ruidos de la batalla resonaban a todo mi alrededor. En una ocasión nos detuvimos y nos agazapamos detrás de algo. Hubo un intercambio de disparos. Luego echamos a correr, y fui empujado hacia algún refugio de alguna clase. El sonido zumbante lo identifiqué al instante a mis oídos como un helicóptero alzando el vuelo; y nos elevamos y nos alejamos de aquel maldito castillo. Se oyó un débil y agudo silbido..., alguien debía estar disparándonos aún. Y entonces la lucha se alejó y se perdió en la distancia.

Una hora más tarde habíamos aterrizado. Seguía con los ojos vendados. Se oía hablar en voz baja en alemán. De pronto oí unas palabras en ruso. Éstas a su vez fueron seguidas por un comentario en yiddish; y sonó una frase en lo que tomé por hebreo. Las distintas conversaciones fueron interrumpidas por una voz profunda hablando en francés y anunciando la llegada de una persona importante. Al cabo de unos cuantos susurros más —en alemán de nuevo—, me fue retirada la venda de los ojos.

Delante de mí estaba Hilda, vestida con un mono de combate.

—Cuéntame qué ha ocurrido —dije, y añadí, como pensándolo mejor—: si quieres.

—Padre, has sido rescatado de Borgoña por una operación militar de fuerzas combinadas.

—Usted sólo fue incidental —añadió un hombre delgado y de pelo oscuro a su lado.

—Permíteme presentarte a este oficial —dijo ella, apoyando una mano en el brazo del hombre—. No utilizamos nombres, pero pertenece al Ejército Sionista de Liberación. Mi participación fue patrocinada por el brazo guerrillero de la Liga Alemana para la Libertad. Desde tu secuestro, el resto de las organizaciones se han vuelto clandestinas. También estamos recibiendo apoyo soviético en nuestras filas.

Si todo lo demás que había ocurrido parecía improbable, aquello era suficiente para convencerme de que finalmente había perdido la razón y estaba sumergido en lo imposible.

—No existe ningún Ejército Sionista de Liberación —dije—. Hubiera oído hablar de él.

—No eres el único que tiene conocimiento de todos los secretos —fue su irónica respuesta.

—¿Ahora eres sionista? —pregunté a mi hija, pensando que ninguna otra cosa podía asombrarme. Estaba equivocado de nuevo.

—No —respondió—. No apoyo el estatismo de ninguna clase. Soy anarquista.

¿Ya continuación qué? Su admisión me abrumó hasta lo más profundo. Un enorme negro barbudo dijo:

—Sólo se requiere algo para pertenecer a este ejército, nazi. Debes oponerte al nacionalsocialismo, sea alemán o borgoñón.

—También tenemos comunistas, padre —continuó mi hija—. Las pequeñas guerras que Hitler siguió manteniendo hasta bien entrada la década de 1950, penetrando siempre más profundamente en la Unión Soviética, hicieron más conversos hacia Marx de los que puedes darte cuenta.

—Pero tú odias el comunismo, hija. Me lo has dicho una y otra vez. —En retrospectiva, no era prudente para mí decir aquello en tal compañía, pero ya no me importaba. Me sentía emocionalmente exhausto, entumecido, vacío.

Picó el anzuelo.

—Odio todas las dictaduras. En la batalla del momento debo aceptar a todos los camaradas que pueda conseguir. Tú me enseñaste eso.

No pude impedir el seguir hablando, pese al riesgo. Tenía la sensación de que aquella era la última oportunidad que tenía de alcanzar a mi hija.

—Los bolcheviques fueron peores estadistas de lo que nosotros lo fuimos nunca. Seguro que los juicios por crímenes de guerra que celebramos al final de las hostilidades te enseñaron esto, aunque no lo aprendieras de tu propio padre.

Alzó la voz:

—Conozco el mal que se cometió. Supongo que esperarás que tu querida princesa sea capaz de recitar aún los nombres de los campos de la muerte soviéticos: Vorkuta, Karagand, Dalstroi, Magadan, Norilsk, Bamlag y Solovki. Pero no fue hasta hace poco que se me ha ocurrido que hay algo hipócrita respecto de los vencedores juzgando a los vencidos. Ni siquiera intentasteis buscar jueces de países neutrales.

—¿Qué esperabas de los nazis? —añadió el negro.

Mi hija me recordó a mí mismo, mientras seguía desgranando su discurso a todos nosotros, tanto captores como cautivo:

—El primer paso en el camino a la anarquía es darte cuenta de que toda guerra es un crimen; y que la causa es el estatismo. —Antes de que yo pudiera hablar, otros miembros del grupo empezaron a discutir entre ellos; y supe que estaba en manos de auténticos radicales. Los primeros días del Partido habían sido así. Y, fuera o no Hilda una anarquista, resultaba claro que el líder de aquel ejército *ad hoc*, que para mí resultaba muy oficial, era el delgado judío del pelo oscuro.

Se inclinó hacia mí y vomitó lo siguiente:

—La lealtad personal de su hija le impide aceptar las pruebas que hemos reunido acerca de su participación en el asesinato en masa de los judíos. Es usted tan malvado como Stalin.

Mi querida y dulce hija. Intenté abrazarla, y no sólo conseguí que varias armas apuntaran bruscamente hacia mi persona, sino que recibí el rechazo de ella. ¡Me abofeteó! Sus palabras fueron acidas cuando dijo:

—La lealtad sólo llega hasta aquí. Fuera cual fuese tu participación en el asesinato de civiles inocentes, el resto de tu carrera es un libro abierto. Eres un hombre malvado. No puedo seguir mintiéndome a mí misma al respecto.

No quedaba lugar para la furia. No quedaba lugar para otra cosa más que un ansia de seguridad. Estaba dispuesto a entregar de buen grado a toda mi familia a la pira funeraria de Hitler si, haciendo esto, podía regresar a mi casa en Nuevo Berlín. El comportamiento de aquellos soldados independientes me indicaba que no guardaban malas intenciones hacia mí.

Hilda debió de leer mis pensamientos.

—Van a dejarte ir, esta vez, como un favor hacia mí. Admitimos desde un principio que Borgoña era prioritario. Todo lo demás ha de esperar, incluido el despertar acerca de mis... padres.

—¿Cuándo puedo irme?

—Estamos cerca de la frontera de Borgoña. Mis amigos desaparecerán hasta una fecha posterior, en la que *tal vez* los veas de nuevo. En cuanto a mí, abandono definitivamente Europa.

—¿Adonde irás? —No esperaba una respuesta a eso.

—A la República de los Estados Unidos. Mis credenciales radicales son un bien apreciado allí.

—Los Estados Unidos —dije apáticamente—. ¿Por qué?

—Sólo hazme creer que estás preparando otro de tus discursos ideológicos. Dedica éste a los derechos individuales, y tendrás la respuesta. Puede que no sea una utopía anarquista, pero es el paraíso comparado con tu Europa. Adiós, padre. Y adiós al fantasma de Hitler.

Me vendaron de nuevo los ojos. Pese a los entremezclados sentimientos, me sentía agradecido de estar vivo. Me soltaron junto al gran roble que había observado cuando volábamos hacia Borgoña. Mientras me quitaba la venda, oí el helicóptero elevarse a mis espaldas. Mis ojos se enfocaron en la placa clavada al árbol y que indicaba cómo los hombres de las SS habían arrancado las vías del ferrocarril y trasplantado allí aquel tremendo roble para bloquear toda evidencia del mundo moderno. Se había necesitado una cantidad ingente de mano de obra.

Cuan fácilmente puede reducirse la mano de obra a carne muerta.

Me volví y vi las ondulantes colinas verdes de un mundo que nunca había comprendido por completo extenderse hasta el horizonte. Aparté la vista con un estremecimiento, rodeé el árbol, y empecé a seguir el

oxidado rastro paralelo del otro lado. Me conduciría a la vieja estación desde donde podría llamar a mi casa..., a lo que creía que era mi casa.

POST SCRIPTUM DE HILDA GOEBBELS

ESTACIÓN ESPÍRITU

(Comunidad Orbital Experimental)

Charles A. Lindbergh)

1 de enero de 2000

A partir de este punto los diarios de mi padre se vuelven incoherentes. Debió registrar sus experiencias borgoñonas poco después de regresar a Nuevo Berlín. Pese a lo muy demagogo público que ha sido siempre, sus diarios son sorprendentemente francos. Debió ser mortificante para él cuando le asignaron ayuda psiquiátrica. Sabían lo que había ocurrido. Enviaron una fuerza de choque completa para limpiar Borgoña. Ellos también pasaron a la clandestinidad poco después de que yo escapara. Qué época fue aquella. Cuando el polvo se asentó de nuevo, mi padre había perdido toda su influencia.

A veces intento descifrar las últimas anotaciones de mi padre, garabateadas a lo largo del último año de su vida. En 1970 era un hombre roto, descoyuntado por el asunto borgoñón, temeroso de las represalias de la clandestinidad, incapaz de comprender por qué su hija preferida le odiaba de aquel modo. Un esquema consistente de sus últimos escritos es que su pesadilla recurrente de los Caballeros Teutones se había visto desplazada por un terror judío: un ejército de Golems reunido por el doctor Mabuse, el cual, después de todo, era capaz de trabajar para cualquiera. Aunque no había la menor razón para creer que Dietrich hubiera sobrevivido a nuestro ataque aquella tarde, mi padre marchó a la tumba creyendo que aquel hombre era inmortal.

Las imágenes que afloran una y otra vez a esas tristes páginas incluyen un paisaje de edificios destruidos, mausoleos vacíos, huesos, y otras ruinas que muestran que nunca consiguió superar su obsesión por La Guerra. En cuanto a mi madre, que finalmente lo abandonó, no hace ningún comentario excepto *das Nichts*. Incluso al final retuvo los hábitos de un literato alemán. En un momento determinado se congratula del «ataque al corazón» sufrido por Himmler la víspera del regreso de mi padre..., y luego incluye comentarios acerca de cómo Rosenberg ha sido finalmente vengado. Este material se halla entremezclado con facturas del colmado de los días de la Gran Inflación, de los problemas que tuvo para conseguir dinero para el Partido a mediados de la década de 1930, y una diatriba contra Horbiger. Antes de que se pueda entresacar algo en claro de todo esto, se sale por la tangente acerca de los nazis que creían en la tierra hueca, y llena páginas con minuciosos detalles relativos a la dieta de Hitler.

Aquellos de mis críticos que creen que estoy suprimiendo material son bienvenidos a examinar estas páginas en cualquier momento que lo deseen. El único material de valor aparece en el primer apéndice a sus *Anotaciones finales*; en él mi padre afirma haber llegado al convencimiento de que el cuerpo de Hitler fue sustituido por otro en su tumba..., cosa que han negado acaloradamente hasta hoy los nuevoberlineses.

Después de todos estos años, produce una extraña sensación contemplar de nuevo las páginas del diario. Me describen acertadamente como la joven y testaruda muchacha que era, aunque me pregunto si llegó a darse cuenta de que yo me hallaba ya firmemente en la clandestinidad cuando le advertí acerca de Borgoña. Si sólo pudiera ver la excéntrica vieja en que me he convertido.

Me hubiera gustado poder hablar con él en su lecho de muerte, como él hizo con Hitler. La principal pregunta que le hubiera formulado habría sido cómo pensaba que las autoridades del Reich hubieran permitido alguna vez que sus diarios, desde 1965 en adelante, aparecieran en Europa. Las primeras y más famosas anotaciones, de 1933 a 1963, han sido publicadas como parte de los registros oficiales alemanes. Las entradas que empiezan en 1965 serían enterradas, y enterradas *profundamente*, por cualquier dictadura. La idea de mi padre de que no se aplicaba ninguna censura a las clases privilegiadas —en su sociedad supuestamente sin clases— no tenía en cuenta delicados documentos de Estado, como este registro del asunto de Borgoña, o su altamente delicada conversación con Hitler. Si las auténticas *Anotaciones finales* no hubieran sido sacadas subrepticamente de Europa como una de las últimas acciones de la clandestinidad, para serme entregadas en Nueva York, nunca me habría hallado en posición de llegar a un acuerdo con las memorias de mi padre. Ni hubiera dispuesto del libro que me lanzó en mi carrera. A los estadounidenses les encanta leer acerca de los secretos de los nazis.

Ahora, mientras inicio una nueva vida de semirretiro aquí arriba en la primera ciudad espacial estadounidense, iluminada a partes iguales por la luz de la Tierra y la luz de la Luna, siento el deseo de reconsiderar este período de la historia. Además, si no escribo un nuevo libro, creo que me volveré loca.

Ayer me hicieron hablar ante una audiencia de quinientas personas acerca de mi vida como escritora. Deseaban saber cuánta investigación había dedicado en mi serie acerca del Japón y la China de la posguerra. Deseaban saber cómo me enfrentaba al bloqueo del escritor. Pero lo que más deseaban era oírme hablar acerca de los nazis, los nazis, los nazis.

Un apuesto joven japonés me salvó al preguntarme cuál consideraba el momento más grande de mi vida. Le dije que fue cuando me convertí con éxito en una ladrona. Una vez la audiencia de dedicados empresarios libres dejó de jadear como peces fuera del agua, me expliqué. Allá en los años ochenta, el espectro del cáncer fue finalmente rechazado, gracias a los nuevos trabajos derivados de las investigaciones originales del doctor Richard Dietrich. Sí, la más agradable ironía que jamás haya saboreado fue que el logro definitivo de «Mabuse» fue orientado hacia la vida y no hacia la muerte; yo lo hice posible. Fui yo quien puse sus papeles en manos de los científicos estadounidenses.

Debo hacer repetidas pausas mientras escribo este añadido. Mi espalda no me da más que problemas, y acudo al menos tres veces al día a terapia de gravedad cero. Cómo le hubiera encantado esto a Hitler. Después del último intento de bomba contra él, su principal preocupación fue el daño a su brazo *Sieg Heiling*, y su rasgo más característico..., su ano. ¡Y pensar que mi padre adoró literalmente a ese hombre! Supongo que si Napoleón hubiera conseguido unificar Europa habría sido igual de popular.

Ahora estoy reclinada en un sofá amarillo en Observación 10A. Hay una impresionante vista de Europa extendiéndose a mi derecha, aunque no puedo distinguir Alemania. La Madre Patria se halla oculta bajo nubes. Lo que puedo ver del continente está más claro que en cualquier mapa; no hay fronteras.

¿Quién pudo predecir la última consecuencia de la guerra de Hitler? Ciertamente, yo no. Reconocí lo que era la Alemania nazi, porque crecí allí. Era una organización en el sentido más moderno del término. Era una cinta transportadora. La ideología de Hitler era la excusa para operar los controles, pero ese mecanismo tenía vida propia. Nacieron horrores de esa máquina; pero también hubo frutos. Medallas y alambre espinoso; diplomas y sentencias de muerte..., todo era lo mismo para la máquina. El monstruo parecía imparable. En el vientre de un Estado así resultaba fácil convertirse en un anarquista. El siguiente paso era igual de fácil..., unirse a un grupo propio, luchar contra el grupo al que uno odia. Ninguno de nosotros, en ningún bando: ni los borgoñones, ni los clandestinos, ni el propio Reich, podían ver lo que estaba ocurriendo realmente. Sólo unos pocos pacifistas captaron el meollo del asunto.

Adolf Hitler consiguió exactamente lo opuesto de todas sus metas a largo plazo, y lo hizo al ganar la Segunda Guerra Mundial. La realidad económica subvertió al nacionalsocialismo.

El alemán medio acostumbraba defender a Hitler diciendo que nos había sacado de la Depresión, sin molestarse en señalar que el modo en que el glorioso *Führer* compensaba a todas las clases alemanas era saqueando a los extranjeros. Éste no era el método más amistoso de deshacer el daño de Versalles. Pero cuando Europa empezó a retirar las viejas barreras al comercio, los beneficios económicos empezaron a extenderse. Un próspero mercado negro se aseguró de que todos pudieran beneficiarse de la nueva abundancia, y la ideología resultó dañada con ello. Mientras los borgoñones intentaban realmente instrumentar las ideas hitlerianas, el resto de Europa gozaba de la nueva prosperidad.

Mi padre fue lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de esta tendencia, pero evitó cuidadosamente trazar la conclusión obvia: la Alemania nazi se estaba convirtiendo en menos nacionalsocialista a cada década que pasaba. Pese a toda la palabrería acerca del Destino de la Raza, era la mente técnica de Albert Speer la que gobernaba el Imperio alemán. Nuestros fanáticos marginales proporcionaban el decorado. Hitler pretendía conseguir la segregación permanente de la raza; su Nuevo Orden duró sólo el tiempo suficiente como para derribar las barreras de la separación racial, y la economía haría el resto. Hay más matrimonios interraciales ahora que nunca, gracias a Adolf Hitler.

Hoy en día, Alemania es testigo del florecimiento de los revisionistas históricos que están bajando de su pedestal el mito de Hitler. Están mostrando sus pies de arcilla. Están preguntando por qué Alemania utilizó un arma nuclear contra una población civil, mientras que el presidente Dewey restringió sus bombas atómicas a blancos militares japoneses en mar abierto. Incluso un alemán cabeza cuadrada puede darse cuenta de ello al cabo de poco. Las juventudes del Reich protestan contra el tratamiento dado a los soviéticos por las Oficinas Culturales de Rosenberg, y nadie dispara contra ellos, nadie los arresta..., ¿y quién sabe si conseguirán algo? Si esto se mantiene así, quizá mis libros, incluidas estas *Anotaciones finales del doctor Joseph Goebbels*, se hallen disponibles en el mercado libre, en vez de ser simplemente best sellers en el mercado negro como lo son ahora. Los Estados Unidos siguen siendo aún la única sociedad sin censura.

Más que cualquier otra cosa, me siento animada por lo que ocurre cuando científicos e ingenieros alemanes y estadounidenses trabajan juntos. Las magníficas nuevas autopistas en África demuestran esto. Pero nada es más hermoso que las ciudades del espacio..., los complejos estadounidenses y alemanes, el japonés, y finalmente el de Israel. He recibido una invitación para visitarlo. Estoy deseando poner el pie en una colonia que demuestra que *Der Jude* no puede ser detenido por un simple *Führer*. Han regresado a su Tierra Santa, pero a una altitud inesperada.

¿Qué haría mi padre con este cuerdo nuevo mundo? Su último testamento fue el tormento de un alma que había visto su victoria convertirse en algo extraño y de la que se despreocupaban sus arquitectos. Su vida fue melodrama, pero su muerte una farsa barata. Ni siquiera supieron qué decir en su funeral, él, el gran orador del nacionalsocialismo. Sin su mano guía, no pudieron ofrecerle un mutis wagneriano.

La ironía final recae sobre él, y su instrumento es el doctor Mabuse. Mi padre creía sinceramente que, con Adolf Hitler, el tanto tiempo esperado Zarathustra, el nuevo hombre había descendido de la montaña. Ésta, por encima de todas las demás, fue la mayor mentira en la vida de Joseph Goebbels.

El nuevo hombre ascenderá del tubo de ensayo. Rezo para que sea más sabio que sus padres.

Hilda Goebbels

PAUL JOSEPH GOEBBELS
NACIDO EL 29 DE OCTUBRE DE 1897
MUERTO EL 15 DE MARZO DE 1970

LA PAZ DEL REICH Sheila Finch

Greta divisó a su contacto tan pronto como entró en el drugstore Walgreen's. Aunque llevaba una camiseta de golf y unos pantalones anchos como cualquier otro hombre o muchacho en Indianápolis un domingo de junio, el envaramiento de su espalda y la sugerencia de botas debajo de la mesa eran inconfundibles. Se deslizó en el reservado frente a él y depositó el bolso de bandolera a su lado sobre la mesa, pero sin soltar la correa. Tiró hacia abajo de su falda para evitar que el vinilo del asiento se pegara a sus muslos. El penetrante aroma del café ardiendo en el calentador se mezclaba con el más suave perfume del jabón Ivory, derrotando los esfuerzos del aire acondicionado de reducir todos los olores al anonimato.

—La humedad excede ya el récord del año pasado para esta época del año. —El nerviosismo aferró su garganta, y la frase que su amigo irlandés había ensayado cuidadosamente con ella brotó un poco demasiado aguda.

El hombre alzó los ojos del chocolate malteado y asintió brevemente.

—*Gruff Gott, Fräulein Bradford.*

Tendría unos sesenta años, con un corto pelo color gris acero y una profunda voz de barítono. Ella sabía cuál tenía que ser la respuesta; pese a todo, sintió un miedo irracional. Pero la máquina de discos vibraba con el sonido de la última gran banda, y si algunos de sus colegas de los laboratorios Lilly estaban por allí, las posibilidades de que la hubieran oído eran escasas.

—Preferiría que habláramos en inglés —dijo.

—Como quiera. —Su acento era impecablemente británico—. Y sí, es excesivamente húmedo.

Ella hubiera podido decirle el porcentaje exacto de humedad, la presión barométrica, las máximas y mínimas de temperatura, el factor de probabilidad de que lloviera antes del anochecer..., todo lo que leía quedaba firmemente grabado en su mente, incluso las trivialidades. Reconoció el deseo nervioso de escapar a tales trivialidades y lo aplastó.

El camarero rodeó el mostrador y se dirigió hacia ellos.

—¿Qué va a ser?

El hombre, observó Greta, le estaba frunciendo el ceño a su falda. Se apresuró a colocar una servilleta de papel sobre sus expuestas rodillas. Era estúpido haberse puesto una tan corta..., ¿acaso no acababa de leer el editorial de aquella mañana acerca de la conexión entre la moda y la inmoralidad? *La ominosa tendencia de la década de 1980*, lo había llamado el periódico. *Un desafío a nuestros más profundos valores de familia e Iglesia.*

—Café —dijo—. No..., que sea una Coca.

El camarero se alejó, y ella miró al alemán.

—¿Cómo debo llamarle?

—Señor Smith servirá —dijo él suavemente.

Ella sintió un deseo irracional de terminar con aquello. No importaba la agonía anímica por la que había pasado desde que O'Hara la llamara por primera vez. Tenía que salir de los Estados Unidos ahora. No podía dejar perder la oportunidad que se le había presentado en aquellos momentos críticos. Este hombre representaba su mejor oportunidad de cruzar la frontera sin pasaporte..., cosa que nadie en su división en Lilly tenía posibilidad de conseguir.

El alemán la estaba observando por debajo de una alzada ceja.

—Parece intranquila —dijo.

—Tengo lo que me ha pedido.

La ceja se alzó un poco más, y ella pensó: *Es un personaje salido de una vieja película. Debería llevar monóculo.* Luego se dio cuenta de que éste era precisamente el efecto que él pretendía.

—¿Y qué puede ser eso, señorita Bradford?

—No juegue conmigo, señor Smith —dijo ferozmente.

—Sólo lo preguntaba por curiosidad. Parecería más lógico que la información fluyera en el otro sentido. Después de todo, los Estados Unidos son incapaces de lanzar un satélite meteorológico que funcione durante más de un par de meses, pero el hijo del *Führer* camina por la Luna.

Guardaron silencio mientras el camarero colocaba el vaso de Coca—Cola ante ella.

—Serán cincuenta centavos.

—Permítame. —El alemán depositó las monedas sobre la mesa con precisión militar.

Cuando estuvieron solos de nuevo, ella dijo:

—Necesitaré garantías.

—Por supuesto.

—Pasaje seguro e inmediato a Inglaterra, o ni siquiera consideraré la cuestión.

—Ah. —El hombre se reclinó en su asiento y cruzó los brazos—. Más tarde, quizá. Pero primero un necesario desvío a Munich.

—¿Por qué? —preguntó ella.

No había sido difícil adivinar lo que querían, aunque nadie había dicho una palabra al respecto. No era que ella tuviera muchos problemas en decidir entregárselo..., sólo un estúpido o un mártir no admitiría que su propio bienestar venía primero, y ella no era ninguna de las dos cosas. Había pensado cuidadosamente en aquello. Cualquiera de las dos cosas debían ser preciosas para él, pero los papeles podían ir a cualquier parte, mientras que ella sólo deseaba ir a Londres.

El hombre extrajo una cajetilla dorada.

—¿Un cigarrillo? —Ella negó con la cabeza. Él volvió a guardar la cajetilla sin coger ninguno—. Tengo entendido que abandonó usted la Madre Patria a una edad muy temprana.

—En 1941. Tenía dos años. ¿Qué tiene que ver esto con...?

—Entonces disfrutará de una breve visita de reencuentro.

—¿Quiere decir que despertará un montón de malos recuerdos?

El hombre la miró calmadamente.

—Sintiendo como siente, señorita Bradford, ¿por qué acepta nuestra ayuda?

También había pensado en aquello. Pero tenía que salir de allí antes de que fuera demasiado tarde, antes de que la mano de la Alianza de las Iglesias Protestantes estrujara todos los aspectos de la vida estadounidense y la aplastara. Las visitas misioneras ya habían empezado, aunque por el momento se limitaban a animarla educadamente a que acudiera a la iglesia. La cada vez más extensa Federación Paneuropea parecía el mejor refugio. Alemania era su Estado más poderoso; no la sorprendía que reconociera el valor de lo que ella sabía.

No respondió.

—Mis disculpas —dijo él—. Una pregunta carente de tacto. Uno sólo puede imaginar el terror de vivir con el miedo a los inminentes pogroms contra aquellos con sus habilidades.

Ella miró a su alrededor. Los otros clientes del Walgreen's —en su mayoría hombres— contaban monedas para la máquina de discos o bebían sus sodas con sus libros de cómics abiertos sobre las mesas.

—¿Qué quiere decir?

—Los dones psi que seguramente ha heredado usted, señorita Bradford.

—¿Mis qué?

Entonces fue él quien se mostró genuinamente desconcertado.

—¿Cree que no sabemos lo de su sangre *Zigeuner*?

Por supuesto, pensó ella. Desde 1946 Alemania había empezado a hacer las paces con los judíos expatriados, ofreciendo generosas acomodaciones y un despliegue público de contrición. Estaba incluso en los libros de historia estadounidenses, que raras veces tenían en cuenta nada que ocurriera fuera de las fronteras de los cuarenta y ocho estados. Ahora, al parecer, era el turno de los romanis..., de lo que quedaba de ellos. Bien, si deseaban enfundarse la toga de arpillera y echar ceniza sobre sus cabezas por una gitana cuyos padres habían muerto en un campo de trabajo bávaro, suponía que ella sería capaz de tolerarlo por unos días. Pero un billete a Londres era el precio que deseaba a cambio de su información sobre los proyectos de investigación de la Compañía Farmacéutica Eli Lilly.

Aferró con fuerza el bolso de bandolera e inspiró profundamente, deseando que sus manos dejaran de temblar.

—¿Cuan pronto puede arreglarlo? —preguntó.

No era como si tuviera a alguien o algo que lamentara abandonar. Tenía tras de sí dos matrimonios rotos, y hogares en más de una docena de estados a lo largo de los años. Un efecto colateral de una memoria indeleble era una incesante necesidad de escapar. Pero las itinerantes doblemente divorciadas no eran exactamente populares en los Estados Unidos en estos días.

—¿Digamos que ahora mismo, señorita Bradford? —El hombre se puso de pie—. Por supuesto, tiene tiempo de terminar primero su Coca.

La bruma de primera hora de la mañana se extendía sobre la pequeña pista de aterrizaje de las afueras de Munich cuando tomaron tierra. En alguna parte mugió una vaca cuando Greta salió soñolienta del reactor privado que la había trasladado vía la neutral Irlanda. El aire era frío y lleno de aromas de trébol y tierra recién arada; se alegró de la capa de fieltro que le había prestado el señor Smith. El hombre sujetó su brazo y la hizo volverse hacia la limusina Volkswagen que les aguardaba. El bolso de bandolera golpeó contra su costado, abultado con el pequeño fajo de euromarcos que había recogido en Irlanda, donde O'Hara le había aconsejado que obtendría un mejor cambio para sus dólares. Todo lo que tenía en el mundo estaba ahora en aquel bolso. Pero una cosa entre las demás era tan valiosa que nunca echaría en falta el resto.

El chófer uniformado de la limusina se puso firme cuando se acercaron, y dirigió un rígido y deferente saludo que su sangre recordó con una oleada de frío presentimiento.

—Ya casi estamos, Fräulein. —El señor Smith mantuvo la portezuela abierta para ella—. Veinte minutos en coche, no más.

De la radio del chófer brotaba una estridente canción acompañada por un pesado ritmo de batería.

—Uno de los más antiguos grupos de rock ingleses —dijo el hombre, al captar su ceño fruncido—. Muy populares aquí. Los Beatles, se llamaban. ¿Ha oído hablar de ellos en los Estados Unidos? No, supongo que no.

Cerró la partición de cristal, confinando los secos sonidos al otro lado con el conductor.

El interior olía a cuero y madera pulida, y a un ramito de lirios del valle en un pequeño jarrón de cristal sujeto a la parte de atrás del asiento del conductor. Ella apretó su mejilla contra la ventanilla y contempló desfilar los campos enquistados de gris, los apiñados pueblos aún dormidos, las iglesias con sus cúpulas en forma de cebolla atrapando los primeros y brillantes rayos del sol a través de la bruma, las vacas aguardando a ser ordeñadas, las bruñidas y resplandecientes telas de araña de los robots recolectores acurrucados sobre los campos de verduras. Los siglos XVI y XX coexistían pacíficamente allí.

¿Y los Estados Unidos?, pensó. Los Estados Unidos se habían retirado a un sueño del siglo XIX.

Excepto en un área.

Flanqueando los bien delimitados campos, como si él también se hallara al borde de la consciencia, dormitaba el bosque, *ur-wald*, donde generaciones de sus antepasados habían detenido sus carros y acampado..., hasta las leyes que los habían declarado indeseables, una amenaza para el progreso del destino ario. Un pálido creciente de luna era visible aún por encima de los pinos.

—¿Recuerdos tristes? —preguntó el señor Smith—. Admito que los campos de trabajo son una mancha en los anales de la Madre Patria. Odio pensar en lo que podría haber ocurrido si no se hubiera firmado la tregua de 1942. Siempre he tenido la sensación de que si hubiera aguardado hasta fines de junio de 1941 para iniciar Barbarroja, como había planeado originalmente, el Führer hubiera repetido el error de Napoleón de tener que enfrentarse con el invierno además de con el Ejército soviético. Se trató de un trueque, por supuesto. Menos tiempo para prepararse, y un cierto rencor por parte de Mussolini, que tenía otros planes..., pero mejor tiempo. ¿Quién puede imaginar lo que hubiera podido hacer en aquel frío enero de 1942, en vez de forjar los inicios de la unificación europea? Ojalá su alma haya encontrado el descanso en el Valhalla, ¡pero el Führer estaba inclinado a una política racial más bien derrochadora!

—No recuerdo nada de mis padres, Herr Smith —dijo ella fríamente, enfatizando el tratamiento alemán del nombre código que él le había dado—. Fui enviada clandestinamente a una familia inglesa en Essex, y luego a Nueva York, justo antes de la paz en Europa.

Él la miró pensativo durante unos momentos antes de volverse hacia su propia ventanilla.

—Mi madre era inglesa..., ambas naciones se remontan al mismo pueblo, ya sabe. ¡Pero ya hemos llegado!

La limusina había estado ascendiendo por una serpenteante carretera de adoquines. En ese momento se detuvo en la parte superior de la baja colina, ante una imponente mansión cuadrada. Hileras de altas ventanas a lo largo de la fachada principal destellaban a la luz del sol; las banderas restallaban secamente en sus palos; los geranios estaban en flor, perfectamente cuidados a ambos lados del sendero.

—¿Dónde estamos?

—*Das Dachauer Schloß...*, el viejo palacio de Dachau, que data del siglo dieciséis —dijo el hombre, mientras el chófer abría la portezuela—. Pero no se sentirá incómoda. Ha sido modernizado.

La condujo al interior, a un vestíbulo de alto techo. Ella fue consciente de los oscuros suelos de madera pulida y las gruesas alfombras orientales, el brillo del peltre en las mesas de caoba, los tapices representando valquirias y héroes wagnerianos que se alineaban a lo largo de las paredes. El calor brotaba de un discreto radiador bajo una ventana mainelada, expulsando el frío de la habitación más pequeña donde fue conducida. La habitación estaba dominada por un magnífico juego de cornamentas sobre la chimenea, cuyas llamas eran más ornamentales que necesarias. Cuernos de caza, jarras de cerveza elaboradamente pintadas, fajos de plumas de perdiz atados con descoloridas cintas, daban a la habitación el aire de un santuario pagano. Había un sillón adornado con brocados junto a la ventana, para aprovechar la magnífica vista sobre los formales jardines.

—*Bitte, warten Sie hier, Fräulein* —dijo Herr Schmidt—. ¡Pero lo siento! Siempre olvido que es doloroso.

Salió.

Greta aferró el bolso de bandolera contra su pecho como si fuera un bebé a punto de ser arrancado de sus brazos. ¿A quién estaba esperando? Un científico podría ser la respuesta lógica, si sabían la importancia de lo que llevaba. Las ciencias físicas alemanas habían conocido una gran expansión tras el regreso de los grandes hombres como Einstein y Von Braun. Europa estaba ajetreadamente en paz, lanzándose hacia la Luna y más allá. Pero las ciencias del espacio eran algo que el gobierno estadounidense no había animado en la oleada de aislacionismo que había aferrado al país tras dos años solo contra Japón. La mayoría de estadounidenses no habían deseado ser arrastrados a la guerra; ser dejados solos para terminarla había resultado particularmente exasperante. Ni siquiera la victoria había sido suficiente para disipar la desilusión hacia los antiguos aliados. El Tratado de la Costa del Pacífico, firmado en Hawai en 1944, se había visto seguido por un desagrado nacional hacia la guerra y las armas y las ciencias físicas que las producían.

Pero los Estados Unidos habían estado promoviendo discretamente una revolución biológica, cuyas dimensiones estaban a punto de proporcionarle la libertad a la doctora Greta Bradford.

Con un impulso repentino, extrajo el fajo de notas y diagramas de su bolso y lo metió bajo el almohadón de brocado.

Apenas había vuelto a dejar el almohadón en su sitio cuando la puerta se abrió y entró una mujer regordeta de pelo blanco, de unos setenta años, con un traje tirolés verde y dorado. Una svástica de oro suspendida de una fina cadena reposaba sobre el lazo de su blusa. El viejo rostro exhibía una simplicidad campesina, sin los signos de la dura vida de los campesinos. Se apoyaba en un bastón, y tendió una mano a Greta antes de que Schmidt, que iba detrás de ella, pudiera hacer las presentaciones.

—*Die gnädige Frau, Eva Hitler* —dijo el hombre.

—Me alegra tanto que esté usted aquí —dijo la viuda del *Führer* en un cuidadoso inglés.

Azarada, Greta murmuró:

—Comprendo el *Deutsch*, sólo estoy un poco oxidada...

—¡Olvídelo! Me gusta tener la oportunidad de practicar. —Sonrió conspiradoramente a Greta—. Me ayuda a sentirme más segura de mí misma cuando visito a la reina en Londres. ¡Esos sajones idiotas han sido siempre unos snobs tan grandes! ¿Nos sentamos?

Un dachshund de pelo largo —tan viejo, en años de perro, como su ama— fue a sentarse a sus pies. Schmidt se retiró, casi chocando con una joven de rostro de buen color que llevaba una bandeja con el café.

Un asomo de lavanda derivaba de la vieja mujer cada vez que se movía.

—Ocupe esta silla baja de ahí, es más cómoda. Es mi favorita, junto a la ventana. —Frau Hitler se sentó también, al parecer sin darse cuenta de la nueva inclinación del almohadón del asiento—. Tome un poco de café.

Sonaba nerviosa. Extraño, pensó Greta; tendría que ser ella la que se sintiera inquieta. Normalmente los espías y desertores no eran recibidos en audiencia por las viudas de los grandes hombres. Se sentó torpemente, dejando caer el bolso de bandolera a sus pies, y aceptó el café en una delicada taza Rosenthal. El café era muy oscuro y denso al paladar.

Frau Hitler inclinó la cabeza hacia ella en una especie de asentimiento.

—A la turca. Todo el mundo en Europa bebe el café a la turca ahora. ¡Incluso los ingleses!

Greta añadió más azúcar. La vieja dama charló acerca del fresco aire en aquella parte de Bavaria —no podía resistir la capital en verano, «el *Föhn*, ya sabe»—, el coste de calentar un palacio barroco, la deplorable temporada de ópera que acababa de terminar en Munich, el declive de la buena descendencia

entre las esposas de los nuevos líderes europeos. Greta escuchó en silencio, asintiendo ocasionalmente, mientras la tensión anudaba su estómago. Se sentía impaciente por ir al grano, pero aquella vieja charlatana no era de las que podían apreciar la importancia de lo que tenía para ofrecer.

Frau Hitler se interrumpió en mitad de una frase. Hizo una señal a Greta para que cerrara la puerta que la sirvienta había dejado abierta de par en par.

—Bradford no es el nombre por el que la conocí una vez —dijo.

Greta se sobresaltó, haciendo resonar la pequeña taza en su platito.

—Yo..., la familia inglesa...

—Lo sé. Ellos le dieron su nombre. ¿Sabe cuál es el suyo auténtico? —La vieja dama miró por la ventana, con la servilleta de lino retorcida una y otra vez entre sus artríticos dedos—. Tshurkurka, creo. Aunque puedo estar equivocada, después de todos estos años. Todos ellos tenían unos nombres tan difíciles.

Dijo esto con una tranquilidad tan suave que Greta se sintió abrumada. La sensación de algo a punto de ser revelado estrujó su pecho.

—El nombre de su madre era Rupa. Ella me leyó la mano en más de una ocasión. Tendría apenas veinte años cuando usted la vio por última vez. Una mujer pequeña, de pelo oscuro..., muy parecida a usted, sólo que más delgada aún.

La cabeza de Greta empezó a latir incontroladamente.

—¿Por qué me dice todo esto?

—No pude salvarla, ¿entiende? —Frau Hitler se volvió de la ventana, y sus ojos reflejaron la luz de tal modo que parecieron iluminarse por dentro—. *Der Führer* era un hombre muy testarudo, y yo no tenía influencia en aquellos días. Había tantos locos rodeándole, exigiendo su atención. Siempre resultaba difícil tratar con él, no paraba de ir de la más extrovertida confianza, el Adolf del que me enamoré, hasta la paranoia. Más tarde, los médicos controlaron estos cambios de humor con sus medicinas. Era un maníaco depresivo, ¿sabe?

El pequeño fuego chisporroteaba y escupió una pequeña chispa en la chimenea. Frau Hitler bebió su café. Greta aguardó, su propio café olvidado como los papeles debajo del almohadón.

—En una ocasión, ella me hizo una advertencia para Adolf..., lo leyó en las cartas. El próximo invierno sería el peor en nuestras memorias, me dijo. Yo no sabía por qué sería importante, pero se lo dije a él. Creo que fue la única vez que me escuchó, ¡e incluso entonces tuve que hacerlo de rodillas! Bueno. Pero conseguí salvar a los hijos de Rupa. Y ella me sonrió antes de irse.

—¿Hijos? —jadeó Greta.

—Tenía usted un hermano..., un bebé —dijo Frau Hitler, con su atención centrada de nuevo en el brumoso *Hofgarten*—. ¿Sabe?, me mantuve informada de todo lo que le ocurrió a usted, incluso después de que fuera enviada a los Estados Unidos.

—Pero, ¿por qué?

—Pensé que podía resultar útil algún día. Una romani, ¿entiende? Hasta ahora no fue así, por supuesto. —Guardó silencio unos instantes. Luego tomó el *Suddeutsche Zeitung* que había en un escabel a su lado—. ¿Ha visto usted el periódico? Mi hijo se está haciendo un nombre por sí mismo en el espacio.

Lo sostuvo de modo que Greta pudiera ver los titulares de la primera página: *Wolfgang macht die Mondexpedition*. Había una borrosa foto de prensa acompañando al texto. El golpetear en su cabeza se estaba convirtiendo en una migraña en toda regla.

—El periódico no lo dice todo. Wolfli ha salido por su cuenta fuera de la base lunar. No se llevó la radio consigo..., creo que hay algo de la impetuosidad de Adolf en él. O quizá sea que siempre está intentando vivir según la leyenda de un gran hombre. Bueno. No ha habido ninguna comunicación con él desde hace más de cuatro días. Eso no sería demasiado alarmante..., Wolfli es valiente y competente. Pero ha ocurrido algo.

Su rostro era una máscara de dolor; arrugas en las que Greta no había reparado al verla antes destacaban ahora como las cordilleras y valles de la propia Luna.

—Hay que advertir a Wolfli del peligro al que se enfrenta a causa de una repentina actividad de las manchas solares que nuestros científicos han monitorizado.

—Y Wolfli... —dijo—Greta, deslizándose sin pensar en la forma diminutiva del nombre.

—...es su hermano. Yo nunca pude tener hijos, ¿sabe? ¡Oh, nunca se lo dije a Adolf! No creo que lo hubiera comprendido, ni siquiera después, cuando el señor Churchill consiguió meterle algo de buen sentido en la cabeza. Siempre creyó que el bebé era su propio hijo; estaba demasiado ocupado en sus cosas por aquellos tiempos como para darse cuenta de algo, de modo que se casó conmigo.

Miró a Greta, buscando comprensión. Greta le devolvió una mirada pétrea, aferrada por la impresión y la incredulidad, entre las que asomaba la ira. *¿Mi hermano?*

Frau Hitler suspiró y miró pensativamente a través de la ventana como si estuviera recorriendo el túnel formado por los altos árboles, que revelaban secretos largo tiempo ocultos.

—Hoy, *Führer* es casi una mala palabra. Ahora todo es canciller y primer ministro.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó roncamente Greta.

—Es usted romani —dijo Frau Hitler—. Los romanis tienen el Don. La necesito. Wolfli la necesita.

Ella abrió mucho la boca.

—¿Piensa usted que soy una *psíquica*?

La viuda de Hitler asintió.

—Nadie más puede alcanzarle. ¡Pero usted tiene una posibilidad! Una gitana inglesa me dijo en una ocasión que los lazos entre la sangre romani son fuertes.

—¡Eso es absurdo! —Greta se echó a reír. Allá, en aquella parte del mundo que era el centro de la ciencia, *¿esto?*—. Soy una científica, Frau Hitler. Dígame que está usted bromeando.

—No. Herr Schmidt la llevará al Centro de Comunicaciones Espaciales Von Braun de Munich inmediatamente. Él no sabe nada de lo que acabo de decirle, ¡nadie lo sabe!, pero hará todo lo que yo le pida. Allí tienen el equipo necesario. No sé cómo describirlo, pero aumentará su Don de alguna manera. Y usted alcanzará a Wolfli y lo salvará.

Greta miró fijamente a la vieja mujer. *¿Era amor o locura o ambas cosas lo que ardía en sus ojos?*

—Mire, fui traída aquí para vender secretos, secretos biológicos, técnicas de escisión de los genes...

—Se interrumpió. De todos modos, aquella mujer era demasiado simple para que entendiera—. Cosas que Alemania pueda usar en su ventaja. ¡Pero no esto!

—Eso es lo que usted supone. Herr Schmidt sabe ser tan secreto, ¡nunca le hubiera dicho una palabra! Sea como sea, usted ha venido aquí porque yo di la orden de que la trajeran. Porque la vida de Wolfli depende de usted. Y su seguridad depende de mí, del mismo modo que mi secreto depende de usted. Una situación kármica desde todos lados, *nicht wahr?*

—Aprecio el que sea usted una buena madre para él —dijo Greta en tono más gentil—. Pero no soy telépata.

Los viejos y líquidos ojos la miraron firmemente.

—Sigue siendo una ciudadana de ese lúgubre país, *¿entiende?* Si no salva a Wolfli, haré que la devuelvan allí.

El punto más alto del nuevo edificio de comunicaciones espaciales en la orilla izquierda del Isar, a unos cuantos kilómetros más allá de las oficinas del gobierno de la Federación Paneuropea en las afueras de Munich, estaba coronado con su abeto ritual. La mitología alemana parecía acogedoramente a gusto con la ciencia alemana en aquella región.

Schmidt la condujo a través del laberinto de corredores que conectaban los laboratorios, oficinas y salas de conferencias. Uno de los giros los llevó ante el economato militar, supuso, mientras fruncía la nariz ante el intenso olor del chucrut que se estaba preparando para la comida. Sus pases fueron exigidos y exhibidos varias veces. Perros guardianes les miraron suspicazmente, con las mandíbulas chasqueando en anticipación. Cada vez fueron introducidos más adentro. El sonido de sus pies no tardó en sonar hueco por los corredores.

Greta había decidido no responder a la charla intrascendente que él se había sentido obligado a mantener en su camino hasta allí, y finalmente el hombre renunció a sus intentos. Ella insistió en desviarse hasta el pequeño cementerio rodeado de bajas colinas en las afueras de Dachau, donde habían sido enterradas las víctimas del campo de concentración. Allí, donde el aroma de las lilas flotaba como incienso, bajo los iconos de una religión cristiana de la que ellos se habían burlado, yacían sus padres, de manera anónima, con unos cuantos centenares más de cadáveres. Gitanos, judíos e indeseables políticos compartían una fosa común, infortunados que no habían sobrevivido al duro trabajo y a la malnutrición del campo entre 1933 y 1942. Sin desearlo, las estadísticas de la muerte, leídas hacía mucho tiempo en un momento desprevenido, acudieron a su mente. Se inclinó y arrancó una hierba de entre el suave terciopelo del césped. En algún lugar, no muy lejos, un cuclillo dejó oír su llamada.

¡Hipócrita!, pensó salvajemente. *¿Cómo podía conducirla a algo mejor lo que estaba dispuesta a traficar?* Pero no sentía la menor responsabilidad hacia la nación que acababa de abandonar, el menor vínculo de deber o lealtad, salvo hacia ella misma. Quizás eso fuera lo que significaba ser gitana. Rechazada por todos los países, sintiéndose en su casa en todas partes y en ninguna parte.

Se alejó. No podía llorar a aquella gente, porque apenas sabía quiénes eran. Sus auténticos padres habían sido los inmigrantes alemanes de segunda generación de Nueva York que la habían criado y la habían enviado a la universidad. Y si bien ella no había sido capaz de quererles, al menos los había honrado. Ahora ellos también estaban muertos, por lo que el único y débil lazo que había sentido hacia algo estaba cortado. Una dura rabia brotó en ella, junto con algo más, una emoción que al principio no pudo nombrar.

Hizo que Schmidt efectuara un segundo desvío antes de abandonar Dachau, a una joyería, donde utilizó un buen número de sus nuevos euromarcos. Entonces alisó su oscuro pelo y notó el oscilar de los pesados aros de oro en sus lóbulos. El hombre no hizo comentario alguno acerca de su nueva imagen.

Schmidt mantuvo abierta una puerta de acero y le hizo señas de que entrara. Una incierta confusión de sonidos fluyó hacia ella..., murmullos de voces, un débil zumbido de maquinaria, inidentificables golpeteos y zumbidos, el ocasional raspar de una silla de acero contra las baldosas del suelo. Se detuvo en el umbral, casi sin creer lo que veía. Las bancadas de ordenadores y monitores que se alineaban a lo largo de toda una pared de la habitación estaban más allá de la más alocada imaginación de una bioquímica de Indiana, tanto en número como en complejidad. Por comparación, los científicos farmacéuticos podían muy bien estar trabajando con abacos y reglas de cálculo. Sufrió durante largos minutos una envidia que retorció sus entrañas; luego recordó lo que había llevado con ella.

Un hombre bajo y de pelo blanco con una bata de laboratorio aguardó pacientemente a que ella completara su inspección.

—Josef Krantzl, Fräulein. —Hizo una inclinación de cabeza—. *Einkommen, bitte.*

Abrió camino a través de la estancia llena de maravillas tecnológicas hasta otra habitación, más pequeña y parcamente amueblada. La luz era más suave allí. En una mesita baja al lado de un sillón reclinable de cuero había un artilugio ovalado lleno de correas y cables. Un ordenador pequeño se apoyaba discretamente contra una pared.

—*Der Apparat...* —empezó a decir Krantzl, señalando con una mano el casco.

Tras ella, Schmidt preguntó:

—¿Quiere que traduzca?

Greta le miró glacialmente.

—Como quiera.

Krantzl se lanzó de inmediato a una larga y apasionada explicación de su trabajo, de las teorías sobre las que se sustentaba, del aparato que había construido, del nicho en el que encajaba dentro del programa espacial alemán. Cuanto más hablaba, más se apartaba del *Hochdeutsch* que ella había aprendido de sus padres adoptivos: las vocales se hacían más amplias, las consonantes se confundían en el dialecto bávaro que ella apenas reconoció como alemán. Pero no estaba dispuesto a admitirle eso a Schmidt. El hombre permanecía de pie, con el aire expectante de alguien con un destino en la vida, aguardando a una víctima que se ahogara para lanzarse a salvarla.

Las ciencias físicas alemanas, explicó Krantzl, se fundaban en el trabajo de tres maestros: Einstein, Jung y Freud. Interceptando su desconcertada expresión ante aquella extraña mezcla, habló elocuentemente de la unión de los espacios interior y exterior, del papel de la Mente en el universo, de los efectos de la revolución mecánico—cuántica en la teoría psiónica. Por el camino invocó el papel místico que la Madre Patria debía jugar en el destino del mundo, y las repercusiones cosmológicas de los herederos de Siegfried dejando marcadas sus huellas en el jamás hollado polvo de la Luna.

Se sintió agotada intentando seguir su retorcida lógica. Había oído algunas descabelladas teorías científicas propuestas por encima de una copa de más de bourbon de Kentucky..., ¡pero nada como aquello! Una mirada al impassible rostro de Schmidt indicó a Greta que, si Krantzl estaba loco, la suya era una locura compartida por sus compatriotas.

—Desgraciadamente —terminó Krantzl su disertación sobre las ciencias psíquicas alemanas—, ese segmento de la población que posee esos dones en una medida extraordinaria es escaso, debido a las desafortunadas circunstancias del pasado reciente.

—Se refiere al error que cometió el *Führer* con los romanos —aclaró Schmidt.

Ella sintió deseos de echarse a reír, pero el asunto no era divertido.

—¿Un error, dice? ¿Y qué se supone que debo hacer yo? ¿Tranquilizar sus conciencias cooperando con esta parodia de lectura de una bola de cristal?

Krantzl mostró una expresión apenada.

—Si tuviera usted tiempo de leer toda la literatura, Fräulein Bradford...

—El tiempo es el único elemento del que no disponemos —observó secamente Schmidt—. Hay en juego la vida de un hombre.

El científico frunció los labios, pero guardó silencio.

—Por cierto —dijo lentamente Greta—, es Fräulein Doktor Bradford.

—Creo que los franceses tienen una palabra para eso —dijo Schmidt—. *Touché*, Fräulein Doktor Bradford.

—Si tan sólo pudiera comunicarse usted con Herr Hitler —suplicó Krantzl—. Advertirle del peligro de las radiaciones solares..., conseguir que volviera a la base...

Y, entonces, la asaltó un pensamiento que había estado reprimiendo desde su entrevista en el barroco esplendor de la casa de verano de Eva Hitler. El hombre cuya vida estaba en peligro era su hermano. Frente al galimatías místico que acababa de oír, aquél era un hecho simple, no más fantástico que la certidumbre de su propia supervivencia. Y había una cosa respecto de los romanis que ella sabía muy bien..., los lazos familiares eran lo más importante.

Tshurkurka. Wolfgang und Greta Tshurkurka. Unidos por la sangre.

Echó a un lado su reluctancia científica. ¿Qué importaba el que ella no creyera en la telepatía? Le debía a su hermano el intentarlo. Se sentó en el sillón reclinable y alzó el casco, cuyos cables colgaron sobre su regazo.

—Estoy preparada cuando lo esté usted, Doktor Krantzl.

Horas más tarde...

¿Quizá días? El paso del tiempo no era apreciable en aquella silenciosa habitación...

Sintió calambres en el cuello. Alzó las manos y empezó a soltar las correas del pesado casco.

—¡Por favor! —Krantzl se volvió, agitado, de la pantalla que estaba controlando—. Todavía no hemos establecido contacto.

—Necesito un descanso.

—¡Estamos tan cerca! —gimió él.

Greta lo dudaba. Se masajeó el cuello, sentía la cabeza fantásticamente ligera sin el casco. Había sido una experiencia extraña, intentar hacer algo que todo su entrenamiento científico le decía que era una tontería. Apaciguó aquella parte de sí misma con el pensamiento de que tenía pocas elecciones excepto hacer lo que le habían ordenado si quería alcanzar alguna vez Inglaterra. Ya había tenido bastante de vagar de un lado para otro; ahora estaba preparada para aposentarse en algún tranquilo pueblo de Essex. Lo bastante cerca de Londres como para trabajar, y quizás ir al teatro, pero...

Las ruedas de la silla de Krantzl chirriaron cuando éste se agitó, impaciente por reanudar su trabajo.

Para ganar tiempo, Greta dijo:

—Explíqueme de nuevo cómo se supone que funciona esto.

Lo lamentó de inmediato, porque el hombrecillo se volvió al momento elocuente. Los términos poco familiares cayeron sobre ella: tomografía de resonancia magnética nuclear, cartografiando los complicados microcircuitos del cerebro..., estimulación tomográfica por haces de partículas, aumentando y transfiriendo las ondas específicas psi de su actividad neural al espacio.

Algo de aquello tenía resonancias de auténtica ciencia, aunque su preparación, limitada como estaba a la biología y a la química, no era suficiente para que consiguiera separar la física de la psíquica. Se preguntó si los físicos estadounidenses habían soñado alguna vez en lo avanzados que estaban los alemanes, o si les importaba.

—Esta explicación sería innecesaria, Fräulein Doktor Bradford —dijo Schmidt— si los Estados Unidos no hubieran perdido interés en la investigación física. Estaban tan avanzados como nosotros en la carrera hacia la escisión del átomo antes de que terminara la guerra. ¡Así se desarrolla la historia, a través de pequeñas decisiones!

—Por supuesto —dijo Krantzl, vacilante—, muchos de nuestros mejores físicos fueron judíos que aceptaron la oferta del *Führer* de instalarse en Palestina cuando...

—¡Ya basta! —dijo Schmidt, y Krantzl calló.

Greta cerró los ojos, eliminando al hombre y el asomo de amenaza que se agazapaba tras los untuos modales de su personalidad. La preocupación acerca de los papeles que había dejado en el estudio de Frau Hitler remordía sus entrañas. Puesto que sabía que no era aquello lo que deseaban de ella, ¿qué iban a hacer con ellos?

Si los encontraban alguna vez.

Greta suspiró. La experiencia en sí había sido frustrante, porque ella no tenía ni idea de lo que debía hacer mientras estaba bajo el casco transmisor. Y Krantzl no le había ofrecido sugerencia alguna. Se suponía que su sangre romani debía decirle cómo hacerlo.

Intentó enviar mensajes subvocalizados —*Wolffi, ¿puedes oírme? Wolffi, ¿puedes oírme?*—, pero pronto se cansó de ello. Visualizar al hombre cuya atención esperaba atraer tampoco funcionó, porque la única imagen que tenía de él era la granulada foto del periódico que Frau Hitler le había mostrado. Hubiera debido pensar en pedir una foto más íntima, quizás un retrato de cuando era un bebé, algo que su subconsciente pudiera reconocer y a lo que pudiera responder.

De vuelta al trabajo.

Pensó en la Luna —la primera avanzadilla del hombre en el espacio—, el disco plateado a través de cuyas fases los romanis medían el tiempo...

No podía concentrarse.

Su mente derivó alejándose de su tarea, no sólo rechazando la idea de la comunicación telepática sino vaciándola de todo pensamiento. En un momento determinado se deslizó hacia un sueño ligero, sólo para ser despertada con un sobresalto por un indignado Krantzl, que vio el cambio revelador de las ondas cerebrales en su pantalla.

—Estamos perdiendo el tiempo, Fräulein Doktor Bradford —interrumpió secamente la voz de Schmidt. El hombre se estaba volviendo más exigente a cada hora que pasaba. Greta estudió los duros rasgos de su rostro.

—¿Qué esperan conseguir *ustedes* de esto..., de rescatar al hijo de Frau Hitler? ¿Por qué es tan importante?

—Somos una raza sentimental —dijo él, imperturbable—. El hijo de un gran hombre...

—Tonterías.

Schmidt se permitió una pequeña e incierta sonrisa.

—Europa ha disfrutado de cuarenta años de paz..., maravilloso, ¿no? Pero la paz no es algo necesariamente bueno para la gente. Se vuelve gorda y perezosa. Pierde la fuerza interior que hizo invencible a la Madre Patria. Algunos de nosotros vemos la necesidad de rectificar el asunto, de dirigir los pasos de nuestra nación de vuelta al estrecho sendero del destino alemán. ¡Somos llamados a ser los líderes del mundo, Fräulein! No mercaderes regateando sobre el precio del queso y las salchichas en el mercado de valores de Londres.

—¿Están planeando deshacer la Federación?

—La Federación sufre ya la inacción. Hace que los Estados eslavos, siempre un semillero de locas ideas políticas, paranoicas en el mejor de los casos, sueñen con la separación. Y demasiada paz ha animado a los griegos a recordar un pasado homérico que murmuran restaurar. El Duce tenía razón; ¡hubiéramos debido enseñarles una lección hace mucho tiempo! Sin una meta común para alimentar la imaginación de los hombres, la Federación se destruirá a sí misma. No, ustedes los granjeros estadounidenses han estado mirando hacia Asia tanto tiempo que no ven el futuro europeo avanzar hacia sus puertas.

—Entonces, es la guerra contra los Estados Unidos.

—Quizá no al principio.

Era impensable, pero terriblemente posible.

—¿Y dónde encaja Wolfgang en todo esto?

—*Hitler* —rectificó el hombre—. Un nombre a conjurar.

Y tenían la tecnología necesaria para hacerlo, pensó ella.

—Pero está usted retrasando las cosas, Fräulein Doktor Bradford. Por favor, vuelva a ponerse el casco.

Greta sintió una momentánea urgencia de decirle la verdad.

Al otro lado de la habitación, Krantzl levantó nervioso la vista.

—¡Esto es un intento científico, *Kamerad*!

Greta alzó el casco.

No funcionó mejor esta vez. Se obligó a sí misma a repetir el nombre de su hermano como un mantra, apeló a imágenes fantásticas de una base lunar extraída de las novelas de ciencia ficción que había leído cuando niña en Brooklyn, antes de que fueran prohibidas. Mantuvo las espectaculares imágenes como mándalas asimétricos en su mente, buscando alguna magia oculta en su herencia que eludía a sus intentos conscientes de aferrarla.

Nada.

El dolor de cabeza contra el que había estado luchando pulsó y fue extendiéndose.

—Miren..., ¡eso no funcionará! No sé lo que esperan de los genes romanos, pero...

Chilló cuando Schmidt aferró su brazo, y lo retorció a su espalda. Una bruma púrpura de dolor nubló su pensamiento. Esperó oír el restallar del hueso al romperse en cualquier momento.

El hombre siseó a su oído:

—*Es muß Erfolg haben!* ¡Inténtelo de nuevo!

Jadeando en busca de aliento, intentó llamar el nombre de Wolfgang en su cabeza.

—¡De nuevo! —Schmidt dio un nuevo tirón a su brazo.

—Quizá... —empezó a decir tentativamente Krantzl.

—¡De nuevo!

Las lágrimas ardieron tras sus ojos cerrados. Luchó por retenerlas. Su madre había renunciado a sus hijos en bien de su seguridad y había ido sonriendo al campo de concentración. Eso era valor. Ella no podía hacer menos.

—¡No lo está intentando lo suficiente, Fräulein!

Chilló cuando la articulación de su brazo se salió de sitio. Los aros de oro en sus lóbulos golpearon contra su cuello cuando se agitó contra la presa.

Los hijos de Rupa..., usados y abusados como incontables generaciones de romanos antes que ellos. Las multicolores caravanas perseguidas de frontera en frontera. La sonriente y oculta traición de los honestos ciudadanos. Y siempre el miedo a los perros, los cuchillos en las largas y frías noches bajo una luna enemiga.

En la gris oleada agónica que atravesó todo el cuerpo de Greta, sólo fue consciente de un par de ojos negros tras una curva de cristal y un ardiente punto de contacto, una madeja de sedosa telaraña colgando en el vacío.

Cuando recobró el sentido estaba tendida en un diván bajo un tapiz que había visto antes. Las doncellas salían del Rin con los pechos al aire, acunando en sus brazos el fabuloso oro de los Nibelungos. El fuego parpadeaba alegremente sobre la entretejida escena en la penumbrosa habitación. Su brazo estaba vendado y firmemente sujeto contra su pecho, y un sordo dolor flotaba en alguna parte, en el límite de su atención. Alguien estaba frotando su frente con algo frío y fragante.

—Gracias a los dioses —dijo Eva Hitler—. ¡No puedo ni imaginar lo que le ocurrió a Herr Schmidt! Sabe que aborrezco la violencia. Acostumbraba decirle a Adolf...

Greta se sentó, ignorando las protestas de Frau Hitler. La pequeña habitación giró momentáneamente.

—Wolfgang...

—¡...contactó con nosotros casi inmediatamente! —respondió con voz alegre ella—. ¡Dijo que había tenido el presentimiento de que algo no iba bien! Volvió sano y salvo a la base lunar.

Greta se echó de nuevo hacia atrás y cerró los ojos. ¿Coincidencia? Probablemente. Después de todo, Wolfgang era un experto astronauta.

—¡Bien! Ahora, déjeme trabajar de nuevo con el *Kolnischewasser*...

No podía creer en la telepatía, no importaba la sangre que hubiera heredado. Muchas cosas extrañas en la vida se debían a coincidencias. El principio del sincronismo de Jung, lo hubiera llamado Krantzl. Apartó de sí el pensamiento.

Hubo una llamada en la puerta..., luego, sin aguardar respuesta, Schmidt entró. El dachshund se apresuró a buscar la seguridad detrás de su ama.

—¡Hans! —dijo Frau Hitler con desagrado—. Hubiera debido...

—¿Qué más quieren ustedes de mí? —exclamó Greta—. Ya tienen a su nuevo *Führer* sano y salvo.

Intentó sentarse, pero los hinchados dedos de Frau Hitler, oliendo intensamente a la colonia que había estado usando, la empujaron gentilmente hacia atrás.

—Tiene usted más talentos de los que sospechábamos, Fräulein —dijo el hombre—. He comprobado el trabajo que estuvo haciendo en los Laboratorios Lilly. —Asintió pensativamente en dirección a ella. Tenía su bolso de bandolera en su mano—. Aquí había algo que usted consideraba importante. Algo que esperaba intercambiar con nosotros cuando la recogimos. Su billete a Inglaterra, creo.

—Ustedes eligieron una moneda de cambio distinta —murmuró Greta—. He cumplido con mi parte del trato.

—Y si yo elijo de nuevo, ¿quién puede impedírmelo? Vamos, Fräulein, ¿dónde están los papeles que trajo con usted? No estaban en su bolso. No tengo tiempo para trucos de gitana. —Arrojó despectivamente el bolso sobre la alfombra.

—¿De qué está usted hablando, Hans? —preguntó Frau Hitler.

—Todas las armas son útiles en la guerra —dijo el hombre—. En especial las biológicas, que pueden llamar a las plagas del infierno, retorcer los cuerpos de los hombres, incluso destruir las mentes, ¿no estoy en lo cierto, Fräulein?..., dejando los ejércitos indefensos. Es de lo más apropiado, ¿no?, que una nación de granjeros sea la primera en averiguar cómo envenenar las cosechas. ¡Oh, sí! Sabíamos que la compañía Lilly estaba trabajando en recombinaciones del ADN, un área que nosotros habíamos olvidado. Fuimos un poco lentos actuando en ello. Nos confiamos en la seguridad de saber que su país no estaba siguiendo los caminos más provechosos de la fisión nuclear. Luego ocurrió esto, y usted, afortunadamente, cayó en nuestras manos.

La piel de Greta se erizó mientras él hablaba. Esto era lo que ella había pretendido hacer, así que, ¿por qué la repentina reluctancia? El hombre despertó un miedo primigenio en ella. Era un cazador, el hombre con el cuchillo en medio de la noche...

—¡No habrá más guerra! —dijo imperiosamente la vieja dama—. Contradice la visión de Adolf para Europa. En su lecho de muerte habló de los mil años de paz....

—¡La llamada *Paz del Reich!* —dijo Schmidt, silabeando las palabras con evidente desagrado—. ¡Un concepto bastardo, como la frase en sí! Un nuevo Hitler verá las cosas de diferente modo.

Ella podía decirle la verdad acerca de Wolfgang Tshurkurka, y entonces quizá se sintiera desanimado.

Y el corazón de una vieja mujer se vería roto. Eso no hubiera debido importarle a Greta Tshurkurka, gitana, pero de alguna manera se dio cuenta de que sí le importaba.

No dijo palabra.

—Si el *Führer* no hubiera aceptado la paz cuando lo hizo, si hubiera aprovechado la ventaja que era toda suya —murmuró Schmidt—, ¡entonces hoy tendríamos un Imperio alemán, no una Federación de tenderos! Somos la única nación europea importante a la que le ha sido negado un Imperio. Ahora tenemos una segunda oportunidad.

—Sí —dijo Frau Hitler—. ¡Un Imperio en el espacio!

Él contempló las voluptuosas doncellas del Rin en pleno esplendor de su triunfo.

—Lamento ahora haber ido con Rudolf Hess a Inglaterra en la primavera de 1941..., ¡dejándonos caer en paracaídas como un par de escolares románticos sobre un valle escocés! Por supuesto, entonces yo *no era* más que un muchacho... ¡Hess comprendió la fascinación inglesa hacia la imagen de joven poeta que yo proyectaba tan bien! Pienso para mí mismo que si yo no hubiera sido tan elocuente, si la misión hubiera fracasado y no hubiéramos conseguido persuadir a los testarudos británicos de que unieran sus fuerzas con las nuestras contra la amenaza comunista, ¡qué diferentes habrían sido entonces las cosas!

—Pero la guerra habría continuado, Hans...

—¡Y Alemania habría vencido! No habríamos necesitado lloriquear tratados, prometer amarnos los unos a los otros y darnos besos como los campesinos en las bodas.

¿Cómo podía ella estar segura acerca de Wolfgang Tshurkurka, nacido de gitana, educado por un nazi? Quizá nunca lo supiera, y no saberlo podía constituir un terrible error.

Como si ella, antes que Greta, poseyera el Don de los romanis, Frau Hitler dijo:

—Wolfli no es así. No lo eduqué para que fuera así. Conquistará las estrellas, no a la gente.

La vieja mujer irradiaba una fuerza más allá de su estatura, pensó Greta. En aquel instante estuvo dispuesta a creer que tenía razón.

Schmidt hizo un ruido impaciente con su garganta.

Frau Hitler bajó la vista hacia Greta durante un largo instante, con expresión pensativa.

—Usted ha cumplido doblemente con su parte del trato, Fräulein Bradford. Alemania recordará eso.

Se volvió hacia la chimenea, sacando algo de un bolsillo del delantal bordado que cubría los voluminosos pliegues de su traje tirolés. Las llamas crecieron cuando las primeras hojas las alcanzaron.

Schmidt cruzó la estancia en tres largas zancadas.

—*Gott in Himmel! Was tun Sie?*

—¡No me toque, Hans! —Frau Hitler se irguió, de espaldas a la chimenea, protegiéndola con su bastón alzado amenazadoramente—. No tiene ningún derecho a impedirme que haga lo que quiera con la basura que encuentre en mi propia casa.

Desaparecido. Su billete a Inglaterra se volatilizó en una nubécula de chispas.

Pero las fórmulas para la destrucción, las ecuaciones en sí que conducían a las mentes retorcidas y a los cuerpos grotescos estaban grabadas en su cerebro durante tanto tiempo como ella viviera.

Schmidt maldijo en voz alta, en alemán e inglés.

—Ahora déjenos solas, Hans —dijo Frau Hitler mientras el humo procedente de las últimas hojas giraba en la habitación—. Olvidaré esta falta de educación, pero por hoy ya ha cubierto su cupo.

—Puede que consiga retrasarnos, *gnädige Frau*, ¡pero no podrá detenernos! —Dio un taconazo y salió bruscamente de la habitación.

Greta se reclinó contra la almohada. ¿Cuánto tiempo llevaba sin dormir? Desde Indianápolis... Pronto debería pensar en qué iba a hacer allí en Alemania. Su único talento era como bioquímica..., tal vez hubiera otras naciones ansiosas por comprar lo que ella sabía, si estaba dispuesta a venderlo...

Su hombro empezaba a pulsar.

Fue consciente de los artríticos dedos de la vieja mujer apoyados contra su frente, e hizo un esfuerzo por disimular su cansancio.

—Me alegro de que los quemara —dijo.

Frau Hitler sonrió.

—¿No cree que ya oí hablar demasiado de selección genética hace años? Nuestro destino, y nuestro peligro, es pensar siempre en mejorar la raza, ¿sabe? Pero no de esta manera.

Greta dejó escapar el aliento. Si todo hubiera sido tan simple...

Notó la acción de los analgésicos y tranquilizantes que indudablemente le habían inyectado. Schmidt sospechaba que poseía los poderes mentales equivocados. No había sospechado que las fórmulas para el desastre estaban realmente grabadas en su mente.

Un tesoro que no valía nada, como el resto de trivialidades, porque sabía que nunca se decidiría a utilizarlas de nuevo.

Perversamente, lo único que sintió fue un gran alivio.

—Quizás haya llegado el momento de que le diga a Wolfli mi secreto. Él también tiene ya hijos..., ahora lo entenderá. Además, una cierta seguridad contra Herr Schmidt puede resultar útil. ¡Uf! Nos esperan de nuevo tiempos interesantes. Llega a resultar aburrido.

Letárgicamente, Greta abrió los ojos de nuevo y vio las manos de la vieja mujer con sus hinchados nudillos. Una de las fórmulas en las que alguien en Lilly había estado trabajando prometía un alivio para la artritis..., la había visto en una ocasión, aunque no le había prestado mucha atención, absorta como estaba en aquellos momentos en sus propias ecuaciones mortíferas. Si se concentraba lo suficiente podría reconstruirla, al menos lo suficiente como para proporcionarle a alguien las bases necesarias para desarrollarla.

Greta suspiró.

—Mañana, yo...

—¿Se quedará en Alemania el tiempo necesario para dar la bienvenida a Wolfli de vuelta a casa?

—No, yo..., ¿qué?

—Necesito a alguien que me acompañe a Londres el mes próximo. Las fiestas de verano de la reina son siempre tan divertidas, pero agotan a una mujer de mi edad. Esperaba que usted viniera conmigo.

Las lágrimas que Schmidt no había sido capaz de arrancar brotaron ahora de sus ojos.

Frau Hitler se reclinó en su sillón favorito, con el dachshund en su regazo.

—Y no me sentiré ofendida si luego no vuelve conmigo, ¿sabe?

Detrás de ella, Greta tuvo un atisbo de la brillante luna enmarcada en la mainelada ventana..., una promesa de que la Paz del Reich sería mantenida aún un cierto tiempo más.

—Los hijos de Rupa la bendicen, Eva Hitler —dijo Greta—. Y la Historia también.

NUNCA NOS ENCONTRAREMOS DE NUEVO

Algis Budrys

La brisa susurraba a través de los tilos. Era cálida y suave mientras derivaba a través del bulevar. Se aferraba a los vestidos de las muchachas que caminaban junto a sus jóvenes acompañantes y agitaba su pelo cortado a la moda. Hacía restallar la bandera que remataba los edificios del gobierno, y acompasaba el sonido de un reactor —un Heinkel o un Messerschmitt— que se alzaba al cielo desde el aeródromo de Tempelhof. Pero cuando tocó al profesor Kempfer en su banco, sólo llevó el aroma de los perfumes parisinos y la visión de los alegres colores de las faldas que oscilaban en torno de las largas y sanas piernas de las muchachas.

El doctor profesor Kempfer enderezó sus agotados hombros y alzó su pesada cabeza. Sus profundos y cansados ojos lucharon por romper su ya sempiterna mirada turbia.

Volvió a ser primavera, se dio cuenta con una débil sorpresa. Las hermosas muchachas comían de nuevo apresuradamente a fin de poder salir con sus jóvenes acompañantes a pasear a lo largo del Unter Den Linden, y esos jóvenes, con sus chaquetas de amplios hombros, tenían la mirada limpia y estaban llenos del despertar de su propia fuerza.

Y, por supuesto, ese día el profesor Kempfer no llevaba gabán. No era tampoco, en absoluto, el cómico pedante que llevaba chanclos a plena luz del sol. Era sólo que, simplemente, lo había olvidado. La tensión de aquellos últimos días había sido demasiado grande.

Todos aquellos meses —aquellos años— los había dedicado a la investigación patrocinada por el gobierno, y a lo otro también. Cuatro o cinco horas para el gobierno, y luego todo un día para lo otro, mucho más importante, que nadie conocía. Doce, dieciséis horas al día. Luego a casa, a su agradable apartamento del gobierno, donde Frau Ritter, la casera, le tenía preparada la cena. Una vez cenado, a la cama. Y, por la mañana: cacao, alguna pasta, y al trabajo. Al mediodía abandonaba su laboratorio por un rato para ir allí y comerse una rebanada de pan moreno con queso que Frau Ritter le había envuelto en papel encerado y metido en su bolsillo antes de que saliera de casa.

Pero ahora todo había terminado. No la sinecura del gobierno..., eso era sólo un trabajo para mantener ocupado al viejo sabio que, después de todo, había obtenido la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro por su trabajo con el radar detector antisubmarinos. Eso, por supuesto, había sido hacía quince años. Aunque no podían jubilarle, ya nada se esperaba de un débil viejo que trasteaba con los aparatos que le habían proporcionado para que se entretuviera.

Y tenían razón, por supuesto. Nada *saldría* nunca de allí. Pero lo otro...

Ahora ya estaba hecho. Después de aquel último descanso volvería a su laboratorio en la Himmlerstrasse y daría el último paso. Así que podía relajarse un poco y gozar del calor del sol.

El profesor Kempfer sonrió cansadamente a la luz del sol. El buen y constante sol, pensó, que se ofrece a todos nosotros, no importa quiénes seamos o dónde estemos. Primavera..., abril de 1958.

¿Habían sido realmente quince años..., y dieciséis desde el final de la guerra? No parecía posible. Pero entonces un día había sido exactamente igual que cualquier otro para él, con sólo una bombilla eléctrica en el sótano donde se hallaba instalado su auténtico aparato, una luz eléctrica que nunca le decía si era la mañana, el mediodía o la noche.

¡Me he convertido en un cavernícola!, pensó con una repentina convicción. He olvidado pensar en términos de tiempo serial. ¡Qué pequeño y extraño truco me he jugado a mí mismo!

¿Había estado *realmente* viniendo allí, a aquel banco, cada día despejado, durante *quince años*? ¡Imposible! Pero....

Contó con los dedos. 1940 fue el año en que se rindió Inglaterra, con sus Fuerzas Aéreas destruidas y la Luftwaffe volando en un espacio aéreo no protegido para apoyar la rápida invasión. Él había sido enviado a Inglaterra más tarde aquel mismo año, para supervisar el embarque a casa del radar antisubmarino de onda ultracorta de la escuela de guerra de la Royal Navy. Y 1941 fue el año en que los submarinos alemanes se hicieron cargo del firme control del Atlántico. 1942 fue el año en que los soviéticos perdieron Stalingrado, murieron de hambre por millones, y se rindieron a una Wehrmacht bien alimentada con barcos cargados de carne argentina. 1942 fue el fin de la guerra, sí.

De modo que *había* sido tanto tiempo.

Me he convertido en un viejo encerrado en mí mismo, pensó, ligeramente divertido. Tan atareado con mis cosas..., y el mundo ha seguido girando, mientras yo permanecía sentado aquí y habría podido observarlo, si me hubiera tomado la molestia. El mundo...

Sacó el bocadillo del bolsillo de su gabán, lo desenvolvió y empezó a comer. Pero, después de los primeros mordiscos, lo olvidó, y lo mantuvo sujeto en una mano mientras miraba sin ver ante él.

Sus pálidos y temblorosos labios se curvaron en una retorcida sonrisa. El mundo..., el joven y vigoroso mundo, tan lleno de fuerza, tan confiado..., mientras yo trabajaba en mi sótano como algún bolchevique soñando en una fantástica bomba que barriera a todos mis enemigos de un solo golpe.

Pero lo que tengo no es una bomba, y no tengo enemigos. Soy un honrado ciudadano del mayor Imperio que el mundo haya conocido. Hitler lleva trece años muerto en aquel accidente de coche, y el nuevo canciller es un tipo distinto de hombre. Nos ha prometido que no habrá guerra con los estadounidenses. Tenemos paz, y triunfo, y todo esto crea un tipo de atmósfera distinto de la guerra y la desesperación. Ahora nos hemos relajado. Tenemos los frutos de nuestra victoria..., ¿qué no tenemos en nuestro Imperio de los mil años? La civilización occidental está segura por fin de las hordas del Este. Nuestro futuro está asegurado. No hay nada, nadie, contra quien luchar, y esa gente joven que pasea por aquí nunca ha conocido un momento de duda, una fugaz pregunta acerca de su lugar en un mañana eternamente esplendoroso. Pronto moriré, y el resto de nosotros que conocieron los viejos días morirán pronto también. Todo pertenecerá a la gente joven..., todo este mundo eterno. Ya pertenece a ellos. Es sólo que algunos de nosotros, los viejos, aún no nos hemos apartado del camino.

Contempló a los paseantes. ¿Cuántos años me quedan realmente? ¿Tres? ¿Dos? Podría morir mañana.

Permaneció sentado, absolutamente inmóvil, por un momento, escuchando la espesa y vieja sangre deslizarse por sus venas, el fibroso aletear de su corazón. Mirar hacía que le dolieran los ojos. Respirar hacía que le doliera la garganta. La piel de sus manos era como manchado papel viejo.

Quince años de trabajo. Quince años en aquel sótano, construyendo lo que había construido..., ¿para qué? ¿Iba a cambiar algo aquel aparato? ¿Iba a arrancarle alguna fruslería a aquel Imperio? ¿Iba a alterar siquiera la vida de un ciudadano en aquel dorado futuro?

Este mundo seguiría siendo exactamente igual a como era ahora. Nada cambiaría en lo más mínimo. De modo que, ¿para qué había trabajado? ¿Para sí mismo? ¿Para el gastado cascarón de un solo hombre?

Visto desde aquella luz, parecía un hombre muy estúpido. Estúpido, loco..., monomaniaco.

Buen Dios, pensó en una oleada de terrible intensidad, ¿voy a persuadirme a mí mismo de no usar lo que he construido?

Durante todos aquellos años había trabajado, trabajado..., sin detenerse, sin pensar. Ahora, en su primer momento de descanso, ¿iba a renunciar bruscamente a todo?

Un voluminoso cuerpo ocupó un lugar en el banco a su lado.

—Jochim —dijo la complaciente voz.

El profesor Kempfer alzó la vista.

—¡Ah, Georg! —exclamó, con una risa azarada—. Me has sorprendido.

El doctor profesor Georg Tanzler rió de buen grado.

—¡Oh, Jochim, Jochim! —murmuró, sacudiendo la cabeza—. ¡Vaya tipo raro eres! Te he encontrado aquí un millar de veces al mediodía, y cada vez parece que te sorprende. ¿En qué estás pensando, aquí en tu banco?

El profesor Kempfer dejó que su mirada se perdiera.

—Oh, no lo sé —dijo suavemente—. Contemplaba a la gente joven.

—Las muchachas... —El codo de Tanzler se clavó amistoso en sus costillas—. Las chicas, ¿eh, Jochim?

Un velo cubrió los ojos del profesor Kempfer.

—No —susurró—. No es así. No.

—¿Qué, entonces?

—Nada —dijo sombríamente el profesor Kempfer—. No miraba nada.

El talante de Tanzler cambió de inmediato.

—Bueno —declaró con precisión—, si quieres que te diga la verdad, yo también lo creo así. Todo el mundo sabe que trabajas día y noche, aunque no tienes ninguna necesidad de hacerlo. —Tanzler resucitó una risita—. Ahora nada nos empuja a correr. Los australianos y los canadienses han sido derrotados por

nuestra flota. Los estadounidenses tienen las manos llenas en Asia. Y tu proyecto, sea cual sea, no ayudará a nadie si te matas trabajando demasiado.

—Sabes muy bien que no hay ningún proyecto —murmuró el profesor Kempfer—. Sabes que simplemente es trabajo inútil. Nadie lee mis informes. Nadie comprueba mis resultados. Me proporcionan el equipo que pido, y no les importa, siempre que no sea demasiado. Sabes muy bien todo eso. ¿Por qué finges lo contrario?

Tanzler frunció los labios. Luego se encogió de hombros.

—Bueno, si te das cuenta de ello, entonces es que te das cuenta de ello —dijo alegremente. Luego cambió de nuevo de expresión y apoyó una mano en el brazo del profesor Kempfer, en un gesto de camarada—. Jochim, han pasado quince años. ¿Todavía quieres seguir enterrándote?

Dieciséis, corrigió para sí el profesor Kempfer, y entonces se dio cuenta de que Tanzler no estaba pensando en el fin de la guerra. Dieciséis años desde entonces, sí, pero quince desde que muriera Marthe. ¿Sólo quince?

Debo acostumbrarme a pensar de nuevo en términos de tiempo serial. Se dio cuenta de que Tanzler aguardaba una respuesta, y consiguió encogerse de hombros.

—¡Jochim! ¿Me has estado escuchando?

—¿Escuchando? Por supuesto, Georg.

—¡Por supuesto! —bufó Tanzler, haciendo que su bigote se agitara—. Jochim —dijo seriamente—, no es como si fuéramos jóvenes, lo admito. Pero la vida sigue, incluso para los viejos chochos como nosotros. —Tanzler era sus buenos cinco años más joven que Kempfer—. Debemos mirar hacia delante..., debemos vivir para el futuro. No podemos dejarnos hundir en el pasado. Sé que querías mucho a Marthe. Cualquier hombre quiere mucho a su esposa..., no hace falta decirlo. ¡Pero quince años, Jochim! De acuerdo, es lógico lamentarse. Pero *llorarla* de esta manera..., ¡no es sano!

Un brillante destello cantó a través de las firmes barreras que el profesor Kempfer había creído que eran perfectas.

—¿Estuviste *tú* alguna vez en un campo, Georg? —preguntó, agitado por una contenida violencia.

—¿Un campo? —Tanzler fue pillado por sorpresa—. ¿Yo? ¡Por supuesto que no, Jochim! Pero..., pero tú y Marthe no estuvisteis tampoco en un auténtico *Lager*..., fue sólo un... un... ¡Bueno, estuvisteis bajo la protección del Estado! ¡Pese a todo, Jochim!

—Pero Marthe *murió* —dijo testarudamente el profesor Kempfer—. Bajo la protección del Estado.

—¡Esas cosas *ocurren*, Jochim! Al fin y al cabo, tú eres un hombre razonable: Marthe..., la tuberculosis..., incluso las sulfamidas tienen sus limitaciones..., ¡eso hubiera podido ocurrirle a *cualquiera*!

—Ella no estaba tuberculosa en 1939, cuando fuimos situados bajo la protección del Estado. Y cuando finalmente yo dije que sí, que trabajaría para ellos, y me dieron el radar detector para que trabajara en él, me prometieron que sólo se trataba de una ligera congestión en sus bronquios, y que tan pronto estuviera bien de nuevo la enviarían de vuelta a casa. Y la guerra terminó, y ellos no la enviaron de vuelta a casa. Hitler personalmente, con sus propias manos, prendió la Cruz de Caballero en mi pecho, pero no la devolvieron a casa. Y la última vez que fui al sanatorio a verla, estaba *muerta*. Y ellos corrieron con todos los gastos, y me dieron mi laboratorio aquí, y un apartamento, y ropa, y comida, y una excelente casera, pero Marthe estaba *muerta*.

—¡Quince años, Jochim! ¿Todavía no nos has perdonado?

—No. Por un momento, hoy..., hace sólo un rato..., creí que podía. Pero..., no.

Tanzler frunció de nuevo los labios y dejó escapar lentamente el aliento.

—Bueno —dijo—. ¿Qué piensas hacernos por ello?

El profesor Kempfer sacudió la cabeza.

—¿A vosotros? ¿Qué debería haceros? Los hombres que dispusieron todas esas cosas están muertos o se están muriendo. Si tuviera algún medio de hacerle algún daño al Reich, y no lo tengo, ¿cómo podría vengarme en estos jóvenes? —Miró hacia los paseantes—. ¿Qué soy para ellos, o qué son ellos para mí? No..., no, no voy a haceros nada.

Tanzler alzó las cejas y juntó las yemas de sus gruesos dedos.

—Si no vas a hacernos nada a nosotros, entonces, ¿qué vas a hacerte a ti?

—Voy a dejarlo correr todo.

El profesor Kempfer se sentía avergonzado ya por su estallido. Tenía la sensación de haber traicionado su carácter esencial. Al fin y al cabo, era un hombre de ciencia, un pensador, un hombre *razonable*..., no podía permitirse descender a niveles emocionales. El profesor Kempfer se sintió azarado al pensar que Tanzler podía creer que aquel tipo de actitudes eran típicas en él.

—¿Quién soy yo —intentó explicar— para juzgar a toda una nación..., un Imperio? ¿Quién es un hombre solo para decidir lo que está bien y lo que está mal? Contemplo a esos jóvenes, y los envidio con todo mi corazón. Ser joven; descubrir todo el mundo dispuesto de manera ordenada para beneficio particular de uno; verse situado encima de una tabla, libre de cabalgar para siempre sobre la cresta de la ola, nunca tener que nadar. ¿Quién soy yo, Georg? ¿Quién soy yo?

»Pero no me gusta este lugar. Así que me marchó.

Tanzler le miró enigmáticamente.

—A Carlsbad. Para las aguas de radio. Son muy sanas. Iremos juntos. —Palmeó animadamente el brazo del profesor Kempfer—. ¡Una espléndida idea! Reservaré asientos en el tren de la mañana. Tendremos unas vacaciones, ¿eh, Jochim?

—¡No! —Se puso trabajosamente de pie, retirando la mano de Tanzler de su brazo—. ¡No! —Se tambaleó cuando Tanzler lo soltó. Empezó a caminar aprisa, más aprisa de lo que lo había hecho en años. Miró por encima del hombro, y vio a Tanzler andar pesadamente tras él.

Echó a correr. Levantó un brazo.

—¡Taxi! ¡Taxi! —Se dirigió al bordillo de la acera, mientras los jóvenes que paseaban le miraban con los ojos muy abiertos.

Cruzó a toda prisa la planta baja del laboratorio, con el corazón bombeando alocadamente. Sus ojos estaban fijos en la lisa puerta gris de la escalera de incendios, y rebuscó la llave en los bolsillos de sus pantalones. Tropezó con un banco y envió algunos aparatos al suelo con un estrépido infernal. Ante la puerta se recuperó y, utilizando las dos manos, metió la llave en la cerradura. Al otro lado, cerró la puerta a sus espaldas e hizo girar de nuevo la llave, y escuchó el ronco silbar de su respiración en sus fosas nasales.

Luego bajó con pasos resonantes la escalera de incendios, con la boca abierta. Tanzler. Tanzler debía estar al teléfono, en alguna parte. Quizá la Policía del Estado estuviera ya fuera, en las calles, en sus coches, acudiendo hacia allí.

Abrió de golpe la puerta del sótano y la cerró con llave a sus espaldas, en la oscuridad, antes de encender la luz. Con el pecho doliéndole terriblemente, se sostuvo con los pies separados y contempló al opaco resplandor de la amarillenta luz las hileras de grises armarios de metal. Se alzaban a su alrededor como los bloques de piedra de un templo maya, con diales por inscripciones y luces piloto por joyas, y avanzó por el estrecho pasillo entre ellos, lenta y tranquilamente ahora, como un último y debilitado acólito. Mientras caminaba accionó conmutadores, y los armarios empezaron a resonar a coro.

El pasillo le condujo, irrevocablemente, al punto focal. Leyó lo que le decían los diales del panel maestro, y observó el indicador de las necesidades de energía ascender centímetro a centímetro hasta el verde.

¡Si se les ocurría accionar los interruptores generales del edificio!

¡Si disparaban a través de la puerta!

¡Si estaba equivocado!

Ahora había gente golpeando la puerta. Desesperadamente débil, accionó el conmutador de disparo.

Hubo un resonar galvánico, medio dolor, medio placer, como si el índice de vibración de los átomos de su cuerpo se viera cambiado en un grado infinitesimal. Luego se halló sumergido en una profunda oscuridad, respirando un mohoso aire, mientras las partes de su equipo que se habían visto incluidas en el campo caían al suelo a su alrededor.

No había dejado nada tras de sí. Los reóstatos vitales, por diseño, habían venido con él. Los sobrecargados aparatos en el laboratorio del sótano habían empezado a heder y a arder bajo la oleada de energía, y a escupirle al rostro de Georg Tanzler.

El sótano donde estaba ahora no era idéntico al que había abandonado. Eso sólo podía significar que, en este Berlín, algo serio le había ocurrido al menos a un edificio de la Himmlerstrasse. El profesor Kempfer rebuscó en la oscuridad con cansada paciencia hasta hallar una puerta, y mientras buscaba consideró el pensamiento de que algún levantamiento, natural o provocado, había llenado el suelo docenas de metros por encima de su cabeza, dejando sólo aquella bolsa de vacío en la que había quedado encajado su aparato.

Cuando finalmente halló la puerta, se reclinó contra ella durante un tiempo y luego, suavemente, la abrió. No había nada excepto oscuridad al otro lado, y al primer paso tropezó, cayó de bruces sobre un corto tramo de escaleras y se golpeó fuertemente la cadera. Recuperó el equilibrio. Trepó sobre temblorosas piernas, tan lenta y silenciosamente como le fue posible, aferrándose a la rasposa y recién aserrada madera de la barandilla. Parecía incapaz de recuperar el aliento. Tuvo que inspirar profundamente en busca de aire, y la oscuridad penetró a través de él con rojos torbellinos.

Alcanzó la parte superior de las escaleras y otra puerta. Por las rendijas se filtraba una dura luz gris, y escuchó atentamente, intentando oír por encima del rápido batir de su propio pulso en sus oídos. Cuando no oyó sonido alguno durante largo rato, la abrió. Estaba al extremo de un largo corredor flanqueado por puertas, y al final había otra puerta que se abría a la calle.

Ansioso de salir del edificio, y sin embargo reluctante de abandonar lo único que conocía de aquel mundo, avanzó por el corredor con una exagerada cautela.

Era un edificio de mala calidad. La pintura de las paredes era barata, y el linóleo del suelo estaba gastado, cuarteado y levantado en algunos trechos. El yeso tenía grietas. Todo era basto: a medio terminar, con la pintura puesta de cualquier manera, todo opaco y deslustrado. Había números en las puertas, y sucias esterillas de cuerda ante algunas de ellas. Era una casa de apartamentos, pues..., pero, por la manera en que las puertas estaban casi pegadas las unas a las otras, los apartamentos no podían ser más que cubículos.

Deprimente, pensó. Deprimente, deprimente... ¿Quién podía vivir en un lugar así? ¿Quién podía construir una casa de apartamentos para gente de medios tan mediocres en aquel vecindario?

Pero, cuando alcanzó la calle, vio que su calzada de adoquines estaba repleta de baches y remiendos, y que todos los edificios eran como aquél..., fachadas grises, sombrías, feas. No pudo reconocer ninguno de ellos..., ni una piedra o muro de la Himmlerstrasse que él conocía, con su pulida calzada de cemento y sus jóvenes árboles creciendo alegremente a lo largo de las aceras. Y, sin embargo, sabía que tenía que estar en el lugar exacto donde la Himmlerstrasse había estado —estaba—, y no podía comprender.

Empezó a caminar en dirección al Unter Den Linden. Distaba mucho de estar seguro de poder alcanzarlo a pie, en sus condiciones, pero pasaría a través de las partes más familiares de la ciudad, y quizá pudiera conseguir algún indicio de lo que había ocurrido.

Había sospechado que el mundo de probabilidad al que su aparato podía ajustarle más fácilmente sería uno en el cual Alemania habría perdido la guerra. Eso significaba una enorme y espectacular diferencia, y, aunque había refinado su trabajo tanto como le había sido posible, cualquier primer modelo de cualquier equipo estaba sujeto a ser relativamente errático.

Pero, mientras caminaba, se sintió helado y repelido por lo que vio.

Nada era lo mismo. Nada. Incluso el trazado de las calles había variado un poco. Había nuevos edificios por todas partes..., nuevas construcciones de un estilo y acabado que las había hecho viejas el mismo día en que fueron terminadas. Era el tipo de reconstrucción total que, no tenía la menor duda, los constructores proclamaban testarudamente que era «tan buena como nueva», porque decir que era tan buena como el viejo Berlín hubiera sido invitar a amargas sonrisas.

Por las calles, la gente era hosca, gris y sucia. Le miraban con rostros inexpresivos, a él y a su traje, y, en una ocasión, una mujer rechoncha que llevaba a la espalda un saco atado con cuerdas lleno de bultos informes se volvió hacia su compañero, parecido a ella, y murmuró mientras pasaban por su lado que se parecía a un estadounidense, con sus ropas extravagantes.

La frase lo asustó. ¿Qué tipo de guerra había sido aquella, que los estadounidenses eran aún odiados en el Berlín de 1958? ¿Cuánto podía haber durado, para hacer desaparecer tantos edificios? ¿Qué era lo que había golpeado tan cruelmente Alemania? Y, sin embargo, incluso los «nuevos» edificios tenían realmente algunos años de antigüedad. ¿Por qué un estadounidense? ¿Por qué no un inglés o un francés?

Recorrió las grises calles, contemplando con una aterida sensación de shock aquel lúgubre Berlín. Vio hombres de uniforme con informes gorros, pantalones marrones, botas baratas y bastas camisas azules. Llevaban brazales con la palabra *Wolkspolizei* impresa en ellos. Algunos no se habían molestado en afeitarse aquella mañana, o en vestirse con uniformes limpios. Los civiles los miraban de reojo y fingían no haberlos visto. Por alguna razón indefinible pero bien recordada, el profesor Kempfer pasó junto a ellos tan discretamente como le fue posible.

Trató de captar lo que veía con los embotados recursos de su abrumado intelecto, pero no había ningún punto de referencia por el cual empezar. Incluso se preguntó si quizá la guerra fuera algo que aún se estaba luchando, con inimaginables alianzas e impensables antagonistas, con todos los recursos lanzados a un brutal y terco forcejeo del que toda esperanza, tanto de derrota como de victoria, habían desaparecido, y sólo un interminable esfuerzo gravitara sobre el futuro.

Luego dobló la esquina y vio el rechoncho vehículo militar, y los soldados de holgados uniformes con las estrellas rojas en los gorros. Estaban aparcados bajo un deteriorado cartel que decía en alemán, encima de algunas líneas de ilegibles caracteres cirílicos: *¡Atención! Abandona usted la Zona de Ocupación de la URSS. Entra en la Zona de Ocupación de los Estados Unidos. Muestre sus papeles.*

¡Dios de los cielos!, pensó, retrocediendo. Los bolcheviques. Y estaba en su lado de la línea. Se dio bruscamente la vuelta, pero por unos instantes fue incapaz de moverse. Notaba tensa la piel de su rostro. Luego echó a andar torpemente, siguiendo el mismo camino por el que había llegado hasta allí.

No había llegado a ciegas a este mundo. No se había atrevido a llevar nada de su apartamento, por supuesto. No con Frau Ritter observándole. Como tampoco había esperado que sus reichsmarks le fueran de alguna utilidad. En previsión de aquello se había llevado consigo dos anillos de diamantes. Había esperado que tendría que andar hasta la joyería del distrito antes de instalarse en aquel mundo, pero no había esperado más dificultades.

Había esperado que Alemania hubiera perdido la guerra. Alemania había perdido ya otra guerra en el transcurso de su vida, y quince años más tarde un hombre en su posición habría necesitado efectuar un intenso estudio para detectar el hecho.

El profesor Kempfer había pensado en todo aquello lenta, sistemáticamente. En lo que no había pensado era en que el control soviético pudiera hallarse entre él y la joyería del distrito.

Estaba haciendo cada vez más frío a medida que avanzaba la tarde. El día, sospechaba, no había sido tan cálido desde un principio como lo había sido en su Berlín. Se preguntó cómo era posible que el hecho de que Alemania hubiera perdido la guerra pudiera cambiar el clima, pero lo más importante era que estaba temblando. Empezaba a llamar la atención no sólo por su traje sino también por la falta de un abrigo.

Ahora no tenía ningún lugar donde ir, ningún lugar donde pasar la noche, ninguna forma de conseguir comida. No tenía papeles, y ningún conocimiento de dónde conseguirlos o qué tipo de maniobra sería necesaria para mantenerlo a salvo de un arresto. Si algo podía salvarle de un arresto. Por parte de los soviéticos.

El profesor Kempfer empezó a andar con paso arrastrante, el cuerpo aterido y tembloroso. Más y más transeúntes lo miraban con ojos inquisitivos. Tal vez fuera su instinto hacia un hombre perseguido. No se atrevía a mirar a los ocasionales policías.

Era un hombre viejo. Hoy había corrido, y se había estremecido en nerviosa anticipación, y había terminado quince años de trabajo, y todo había sido un error de pesadilla. Sintió que su corazón empezaba a latir de una manera poco natural en sus oídos, y notó el golpeteo dentro de su pecho. Se detuvo, y se tambaleó, y luego se obligó a sí mismo a cruzar la acera para poder reclinarse contra un edificio. Apoyó la espalda contra la pared y dobló ligeramente las rodillas, y dejó que sus manos colgaran a sus lados.

Se le ocurrió el pensamiento de que había, para él, una manera de escapar a otro mundo más. Sus omóplatos rascaron hacia abajo la pared unos cuantos centímetros.

Había gente mirándole. Lo rodeaban a una distancia de quizás unos dos metros, observándole con curiosidad casi infantil. Pero había algo en ellos que hizo al profesor Kempfer preguntarse por las condiciones que podían producir esos niños. Mientras les devolvía la mirada, pensó que quizá desearan ayudarlo..., eso explicaría por qué no seguían su camino hacia sus propios asuntos. Pero no sabían qué tipo de complicaciones podía acarrearles su ayuda..., excepto que seguro que habría complicaciones. Así que ninguno de ellos se le acercaba. Se agrupaban a su alrededor, observándole, formando un núcleo que en cualquier momento atraería a un *Volkspolizier*.

Les miró en silencio, respirando de la mejor manera que podía, las palmas de sus manos planas contra la pared. Había mujeres recias y maduras, hombres de redondeados hombros, jóvenes de rostros fruncidos, muchachas con una sabiduría incalculable en sus ojos. Y había una mujer vieja con un rostro como de pájaro, avanzando rápidamente por la acera, mirándole con curiosidad, luego apresurando el paso, rodeando la multitud y alejándose...

Había una posibilidad de escapar de aquel mundo que el profesor Kempfer no se había permitido considerar. Se apartó de la pared, dispersando a la multitud como si hubiera usado la fuerza física, y se dirigió a la mujer que se alejaba.

—¡*Marthe!*

Ella se volvió en redondo, su bolso cayó al suelo. Se llevó una mano a la boca. Susurró, por entre sus nudillos:

—Jochim... Jochim... —El se aferró a ella, y se sostuvieron mutuamente—. Jochim..., los bombardeos estadounidenses te mataron en Hamburgo..., ayer envié dinero para que pusieran flores en tu tumba..., Jochim...

—Fue un error. Todo fue un error. Marthe..., nos hemos encontrado de nuevo el uno al otro...

Desde una cierta distancia, ella no había cambiado mucho. Observándola moverse de un lado para otro de la habitación mientras él permanecía tendido, caliente y limpio, terriblemente cansado, en la cama de ella, se dijo para sí mismo que no había envejecido ni la mitad que él. Pero cuando se inclinó sobre él con el tazón de sopa caliente en sus manos, vio las profundas arrugas en su rostro, en torno de sus ojos y boca, y, cuando habló, oyó las notas secas y quebradizas en su voz.

¿Cuántos años?, pensó. ¿Cuántos años de soledad y dolor? ¿Cuándo habían bombardeado los estadounidenses Hamburgo? ¿Cómo? ¿Qué tipo de aviones podían bombardear Alemania desde bases en el hemisferio occidental?

Tenían tanto que explicarse el uno al otro. Mientras ella trabajaba para que él se sintiera cómodo, las preguntas volaron entre ellos.

—Fue algo con lo que tropecé por casualidad. La teoría de los mundos de probabilidad..., de los universos alternativos. Suponiendo que la característica fuera una diferencia en la vibración atómica, diminuta, ¿comprendes?, casi infinitamente diminuta..., suponiendo que en algún lugar en el conjunto del universo cada variación posible de cada acontecimiento *tuviera* lugar..., entonces, si podía hallarse algún medio de alterar el ritmo vibratorio dentro de un campo, cualquier objeto contenido en ese campo pasaría a formar parte automáticamente del universo correspondiente a ese índice de vibración...

»Marthe, puedo aburrirte con esto más tarde. Háblame de *Hamburgo*. Cuéntame cómo perdimos la guerra. Háblame de Berlín.

Escuchó mientras ella le explicaba cómo sus enemigos los habían rodeado con una especie de dogal..., cómo las grandes extensiones blancas de la Unión Soviética se habían tragado a sus hombres, y los bombarderos británicos habían matado a los niños en mitad de la noche. Cómo la Wehrmacht luchó, y luchó, y aplastó a sus enemigos y los hizo retroceder una y otra vez, hasta que todos los mejores soldados hubieron muerto. Y cómo los estadounidenses, con sus dólares, habían derramado incontables toneladas de equipo sobre sus enemigos para proseguir la lucha. Cómo, al final, las escuadrillas buitre de bombarderos habían retumbado inagotablemente por el cielo alemán, matando, matando, matando, hasta que todos los hogares alemanes y todas las familias alemanas resultaron destruidos. Y cómo, entonces, los estadounidenses, con su bomba infernal que había matado a cien mil civiles japoneses, se alzaban sobre todo el mundo e intentaban intimidarlo, con sus bombas y sus dólares, hasta el sometimiento final.

¿Cómo?, quiso saber el profesor Kempfer. ¿Cómo podía haber ocurrido todo aquello?

Fue reuniendo lentamente las piezas, mortificado al descubrir que se irritaba cada vez que Marthe le interrumpía con constantes preguntas acerca de su Berlín y en especial acerca de su equipo.

Y, una vez todas juntas, seguían negándose a parecer lógicas.

¿Cómo podía alguien creer que Goering, enfrentándose a todo sentido común, hubiera desviado a la Luftwaffe, de destruir las bases de la RAF, a un ridículo ataque contra las ciudades inglesas? ¿Cómo podía alguien creer que los científicos electrónicos alemanes se negaran persistentemente a creer que el radar de onda ultracorta era algo práctico..., se negaran a creerlo incluso cuando los aviones de caza aliados localizaban a los submarinos que salían a la superficie por la noche con una terrible precisión?

¿Qué tipo de mundo de pesadilla era aquél, con Alemania dividida y los soviéticos controlando Europa, controlando Asia, tendiéndose hacia el Medio Oriente que ningún ruso, ni siquiera los soñadores zares, habían esperado seriamente alcanzar alguna vez?

—Marthe..., debemos salir de este lugar. Debemos haberlo. Tendré que reconstruir mi máquina. — Sería increíblemente difícil. Trabajando clandestinamente como había debido hacerlo siempre, uniendo los componentes..., incluso ahora, que el trabajo ya había sido hecho una vez, podía requerir varios años.

El profesor Kempfer miró dentro de sí mismo en busca de las fuerzas que iba a necesitar. Y no estaban allí. Simplemente habían desaparecido: agotadas, consumidas, devoradas.

—Marthe, tendrás que ayudarme. Requerirá parte de tus fuerzas. Necesitaré tantas cosas..., papeles de identidad, algún tipo de trabajo para que podamos subsistir, dinero para comprar equipo... —Su voz se arrastró y murió. Había tanto por hacer, y le quedaba tan poco tiempo. Sin embargo, de alguna forma, debía hacerlo.

La impotencia, la sensación de una inevitable derrota, lo abrumó. Era aquel mundo. Lo estaba envenenando.

La mano de Marthe acarició su frente.

—Tranquilízate, Jochim. Duerme. No te preocupes. Todo está bien ahora. Mi pobre Jochim, ¡qué terrible aspecto tienes! Pero todo estará bien de nuevo. Ahora debo volver a mi trabajo. Ya llevo horas de retraso. Volveré tan pronto como pueda. Duerme, Jochim.

Él dejó escapar su aliento en un largo y cansado suspiro. Alzó un brazo y acarició la mano de ella.

—Marthe...

Despertó ante la suave urgencia de Marthe. Antes de abrir los ojos había aferrado la mano de ella, apartándola de su hombro y apretándola fuertemente. Marthe dejó que el contacto se prolongara unos instantes, luego lo rompió con suavidad.

—Jochim..., mi superior en el Ministerio está aquí para verte.

Abrió los ojos y se sentó.

—¿Quién?

—El coronel Lubintsev, del Ministerio de Gobierno del Pueblo, donde trabajo. Le gustaría hablar contigo. —Le acarició tranquilizadamente—. No te preocupes. Todo está bien. Hablé con él..., le expliqué. No está aquí para arrestarte. Aguarda en la otra habitación.

Miró torpemente a Marthe.

—Debo... debo vestirme —consiguió decir al cabo de un momento.

—No..., no, quiere que permanezcas en la cama. Sabe que estás agotado. Me pidió que te asegurara que todo irá bien. Descansa en la cama. Le haré entrar.

El profesor Kempfer se reclinó hacia atrás. Miró sin ver al techo hasta que oyó el sonido de una silla al ser arrastrada hasta su lado, y entonces volvió lentamente la cabeza.

El coronel Lubintsev era un hombre recio de rojizo rostro con algunos pelos grises en su cabeza. Tenía una sonrisa sorprendentemente juvenil.

—Doctor profesor Kempfer, me siento honrado de conocerle —dijo—. Soy el coronel Lubintsev, asignado como consejero en el Ministerio de Gobierno del Pueblo. —Extendió gravemente su mano, y el profesor Kempfer se la estrechó con un esfuerzo consciente.

—Encantado de conocerle —consiguió murmurar.

—Oh, vamos, vamos, doctor profesor. ¿Le importa que fume?

—Por favor. —Observó mientras el coronel aplicaba un mechero al extremo de un largo cigarrillo, mientras Marthe hallaba rápidamente un plato pequeño para usarlo como cenicero. El coronel le dio las gracias a Marthe con una inclinación de cabeza, dio unas cuantas caladas, y se dirigió al profesor Kempfer mientras Marthe se sentaba en una silla contra la pared del fondo.

—He revisado su expediente —dijo el coronel Lubintsev—. Es decir —con una sonrisa—, nuestro expediente sobre su difunta contraparte. Veo que encaja usted con las fotografías tanto como cabía esperar. Tendremos que efectuar una identificación más exhaustiva, por supuesto, pero más bien creo que será una formalidad. —Sonrió de nuevo—. Estoy completamente dispuesto a aceptar su historia. Es demasiado fantástica para no ser cierta. Por supuesto, a veces algunos agentes extranjeros eligen sus historias pantalla con esa idea en mente, pero no en este caso, creo. Si lo que le ha ocurrido a usted puede ocurrirle a cualquier hombre, nuestro expediente indica que Jochim Kempfer puede muy bien ser ese hombre. —De nuevo la sonrisa—. En cualquier contraparte.

—Tienen ustedes un expediente —murmuró el profesor Kempfer.

Las cejas del coronel Lubintsev se alzaron en una expresión complacida.

—Oh, sí. Cuando liberamos su nación, sabíamos exactamente qué científicos merecían nuestra ayuda en su trabajo, y dónde encontrarlos. Poseíamos laboratorios, agendas de proyectos, lugares donde vivir, ¡todo!, todo listo para ellos. Pero debo admitir que nunca creímos que pudiéramos conseguir acomodarle alguna vez a usted.

—Pero ahora sí pueden.

—¡Sí! —Una vez más, el coronel Lubintsev sonrió como un muchacho que se lo está pasando bien en unos grandes almacenes—. ¡Las posibilidades de su dispositivo son tan infinitas como el universo! Piense en la enorme ayuda a la gente de su nación, por ejemplo, si pudieran traer herramientas y equipo de estos lugares alternativos como el que usted acaba de abandonar. —El coronel Lubintsev agitó su cigarrillo—. O sí, cuando los estadounidenses nos ataquen, podemos transportar bombas desde un mundo donde la revolución es un hecho cierto, y las hacemos aparecer en los Estados Unidos de éste.

El profesor Kempfer se sentó en la cama.

—¡Marthe! Marthe, ¿por qué me has hecho esto?

—Chiss, Jochim —dijo ella—. Por favor. No te canses. No te he hecho nada. Ahora cuidarán de ti. Podremos vivir juntos en una hermosa villa, y tú podrás trabajar, y estaremos de nuevo juntos.

—Marthe...

Ella agitó la cabeza y sus labios se fruncieron ligeramente.

—Por favor, Jochim. Los tiempos han cambiado mucho aquí. Ya le expliqué al coronel que era probable que tu cabeza aún estuviera llena de la antigua propaganda nazi. Él lo comprende. Aprenderás a verlo todo como lo que fue. Y nos ayudarás a poner a los estadounidenses de nuevo en su lugar. —Sus ojos se llenaron súbitamente de lágrimas—. Todos estos años he visitado tu tumba tan a menudo como me ha sido posible. Todos estos años he estado pagando flores, todas las noches he llorado por ti.

—¡Pero estoy *aquí*, Marthe! ¡Estoy aquí! No estoy muerto.

—Jochim, Jochim —dijo ella suavemente—. ¿He pasado todo ese dolor para nada?

—He traído conmigo a un experto técnico —siguió el coronel Lubintsev, como si no hubiera ocurrido nada—. Si le explica usted las facilidades que necesita, podremos empezar de inmediato con los trabajos preliminares. —Se puso de pie—. Le haré entrar. Yo debo irme ahora. —Dejó su cigarrillo en el plato y extendió su mano—. Me siento muy honrado, doctor profesor Kempfer.

—Sí —susurró el profesor Kempfer—. Sí. Honrado. —Levantó la mano, la tendió hacia la del coronel, pero no pudo sostenerla el tiempo suficiente para alcanzarla. La dejó caer sobre el cobertor, inerte, y el profesor Kempfer no pudo hallar las fuerzas necesarias para moverla de allí—. Adiós.

Oyó salir al coronel con unas cuantas palabras murmuradas a Marthe. Estaba completamente agotado, y sólo oyó una especie de zumbido.

Volvió la cabeza cuando entró el experto técnico. El hombre era todo ansia, todo entusiasmo:

—¡Jochim! ¡Esto es sorprendente! Quizá deba presentarme primero; trabajé con su contraparte durante la guerra..., fuimos muy buenos amigos. Me llamo Georg Tanzler. ¡Jochim! ¿Cómo está usted?

El profesor Kempfer alzó la vista. Veía a través de una profunda bruma que se iba espesando por momentos, y oyó su corazón preparándose para detenerse. Sus labios se fruncieron.

—Creo que voy a marcharme de nuevo, Georg —consiguió susurrar.

¿OÍIS LLORAR A LOS NIÑOS? Howard Goldsmith

Empezó con un anuncio en la sección de clasificados del *Der Spiegel*. Decía, en alemán:

CASA AMUEBLADA EN ALQUILER. Dos plantas, piedra arenisca, remodelada. Precio de ganga, 600 DM. Preguntar en Mühlenbergstrasse 31.

Me sorprendió la cifra de 600 DM. Debía de ser un error del periódico. Lo más probable era que fuesen 800 o 900 DM. Cogí el teléfono y marqué el número del *Der Spiegel*. Alguien en el departamento de anuncios clasificados me confirmó la exactitud de la cifra. El anuncio había sido puesto la tarde antes.

Mi mujer Ellen y yo teníamos nuestras miras puestas en alquilar una casa desde nuestra llegada a Alemania, hacía unas semanas. Yo trabajaba para un reputado joyero alemán en los Estados Unidos. Puesto que estaba en Munich para abrir una sucursal, la firma se haría cargo de los gastos. Pero las casas escaseaban.

—Ellen —llamé—, aquí hay un anuncio que deberíamos investigar.

Mi mujer desde hacía dos meses salió del dormitorio con expresión inquisitiva.

—Déjame ver —dijo, acariciando mi hombro con su barbilla—. Hummm... —murmuró, al leer el anuncio—. Suena demasiado bueno para ser cierto. Toda una casa. *Lebensraum*. —Abrió los brazos en cruz.

Fruncí el ceño.

—Recuerda que eso es lo que pedía Hitler.

—*Jawohl, mein Herr* —respondió, poniéndose firmes con un seco taconazo.

Me eché a reír.

—Limitate a no hacer tus imitaciones de las SS en público —le advertí, atrayéndola sobre mis rodillas—. Conseguirás que nos metan en la cárcel por subversivos.

Se echó a reír también y me rodeó el cuello con los brazos.

—Al menos, la cárcel será un cambio de escenario. Esta habitación de hotel me está dando claustrofobia.

—Entonces comprobemos el anuncio —dije.

Ellen se puso de pie y corrió hacia la puerta.

—Mühlenbergstrasse, ahí vamos.

Me metí el *Der Spiegel* en un bolsillo y un callejero en el otro, y la seguí.

El edificio se alzaba delante de nosotros, viejo y destartado, con sus ladrillos manchados y las ventanas claveteadas. Dos gárgolas miraban con congelada ferocidad desde sus perchas encima de la entrada. A un lado del edificio, un cartel deslucido por la intemperie colgaba medio suelto de un oxidado clavo: JOHANN KLEIST, ARZT.

Ellen dejó escapar un suspiro de decepción. Rodeé su cintura con un brazo en un gesto de ánimo. Su cuerpo se apretó contra el mío.

—Esto no estaba incluido en los votos matrimoniales.

—Fue idea tuya alquilar una casa —le recordé suavemente.

—Una casa, no un mausoleo.

—Al menos podemos echarle una mirada al interior. —Llamé al timbre.

La puerta se abrió unos centímetros. Un par de ojos pequeños y muy juntos atisbaron desde el otro lado. La puerta se abrió un poco más para revelar a un hombre corpulento de rasgos anchos y pesados.

Unos hirsutos pelos grises salpicaban su rostro. Iba vestido con un arrugado traje de tweed. Un cigarro colgaba de la comisura de su boca.

—¿Doctor Kleist? —pregunté, inseguro.

Asintió con un gruñido indistinto de asentimiento.

—¿Amerikaner?

—Ja. *Mein Namen ist Paul Konig...*

—Su acento es indescifrable. Será mejor que hablemos en inglés.

—Estupendo. Hemos venido por lo del anuncio. ¿Podemos ver la casa?

—¿A qué se dedica usted en Munich?

—Trabajo para una firma de joyeros.

—Ah. ¿Es ésta su esposa? —preguntó, dejando escapar una nube de humo.

—Sí.

—Entren.

Aferré la mano de Ellen. Mientras pasábamos al penumbroso vestíbulo, una vaga y acechante sensación de intranquilidad se agitó en mi interior. Pude ver que Ellen estaba afectada del mismo modo. La casa rezumaba un frío y mohoso aire. Un olor acre, como de formaldehído —o líquidos de embalsamar— inundaba el lugar.

El doctor Kleist nos condujo a una salita de estar. Se hallaba llena de pesados muebles de caoba. La habitación contigua estaba vacía.

—La utilizaba como oficina —explicó el doctor Kleist—. Ahora estoy retirado.

Nos mostró el comedor y la cocina, luego nos condujo escaleras arriba a los dormitorios. El mobiliario era espartano y carente de todo adorno, el papel de las paredes descolorido y manchado.

—Tengo un poco de prisa —dijo el doctor Kleist—. Estaba haciendo las maletas cuando llegaron ustedes. Si pueden darme su decisión...

—¿El alquiler son seiscientos marcos? —pregunté.

Asintió con la cabeza.

Miré a Ellen. Ella se humedeció pensativamente el labio superior. Pude decir que estaba sopesando las posibilidades de la casa contra sus actuales condiciones. Al final, la escasez de casas decidió la cuestión.

—Creo que nos la quedaremos —dijo Ellen.

Mientras bajábamos las escaleras oímos un ruido, como si un cierto número de gente estuviera golpeando el suelo con sus pies desnudos. El doctor Kleist miró bruscamente por encima del hombro. Su rostro se puso muy pálido y una extraña luz brilló en sus ojos.

—¿Hay ratones en el desván? —preguntó alarmada Ellen.

—¿Ratones? —dijo distraído el doctor Kleist—. No, no, son sólo las planchas de madera, que crujen. —Se apresuró escaleras abajo con un aire furtivo, lanzándose a un fluir de rápidas y desconectadas palabras—. Tengo que marcharme. Tómenlo o déjenlo. ¿Dónde está mi equipaje? Oh, sí... —Se dirigió hacia la sala de estar.

Cogió los maletas y las llevó fuera, a su coche. Mientras regresaba, el mismo sonido golpeteante sonó de nuevo arriba, como ratones deslizándose sobre pequeñas y rápidas patas. Una mirada vidriosa y acorralada brilló en los ojos del doctor Kleist. Retrocedió hacia la puerta, la abrió de golpe y salió de nuevo a la calle.

—Vendré a recoger las otras maletas dentro de uno o dos días —refunfuñó roncamente—. Es decir, si aún desean la casa.

—Sólo son ratones —susurré al oído de Ellen—. Algunas personas sienten hacia ellos un terror morboso.

—Yo soy una de ellas —dijo Ellen.

—Contrataremos a un exterminador. No te preocupes por ello. Confía en mí, ¿de acuerdo?

Ellen asintió animosamente con la cabeza.

—Nos la quedamos —dije.

El doctor Kleist metió su robusto cuerpo en el coche. Sus rasgos parecían algo más relajados.

—Necesitaré..., ¿cómo lo dicen ustedes?

—Un depósito.

—Sí, un depósito.

Extendí un cheque. Se lo metió en el bolsillo, me tendió las llaves de la casa, y el coche se alejó rápidamente.

Ellen y yo regresamos al hotel y dejamos la habitación. Tomamos un taxi de vuelta a la casa y metimos nuestro equipaje.

—Amor —dije—, tengo que volver a la oficina. Estaré en casa a las seis. ¿Estarás bien?

—Supongo que sí —dijo Ellen—. Me acostumbraré a los ratones. —Se estremeció ligeramente.

—Mira, quizá no haya ratones. Esas casas viejas crujen mucho. Nos ocuparemos de ello mañana, ¿de acuerdo?

Como respuesta, Ellen empezó a mordisquearme la oreja.

—¡Hey!

—Procedo de una larga dinastía de roedores —susurró Ellen—. El tío Harry era conocido como la rata más grande de todo el condado de Orange.

—¡Y ahora me lo dices!

A las cuatro recibí una llamada en la oficina. Era de Ellen.

—Paul, hay algo terriblemente malo en esta casa. —Su voz temblaba al borde del pánico.

Sentí un repentino estremecimiento en la base de mi espina dorsal.

—¿Malo?

—Los objetos no dejan de moverse por toda la cocina. Cucharas, tenedores. ¡Un cuchillo cruzó volando el aire! Y hay una mancha de sangre en la oficina del doctor. ¡No hay manera de quitarla!

—Tómalo con calma, Ellen. Estás permitiendo que te domine la imaginación. No hubiera debido dejarte sola en una casa extraña el primer día.

—No me trates con ese tono condescendiente, Paul. No soy una niña.

—Por supuesto que no, Ellen. Mira, voy ahora mismo y hablaremos de ello.

Cuando colgó, Ellen parecía estar sollozando sin lágrimas, con un sonido seco y sin aliento.

Llamé un taxi y llegué a casa en quince minutos. Ellen me recibió en la puerta.

—¿Lo has oído? —exclamó en un ronco susurro. Sus ojos no dejaban de mirar hacia uno y otro lado de la casa.

—¿Qué, Ellen?

—¡Escucha!

En la distancia oí un sonido que se parecía al lamento de un niño perdido. ¿O era simplemente el agudo silbar del viento? Escuché tensamente. El roto y gimoteante llanto de un niño hendió la semioscuridad.

Ellen me miró con ojos alucinados.

—Ha estado sonando toda la tarde.

—Debe de ser el bebé de los vecinos —dije.

—Lo he comprobado —dijo ella, con una nota de angustia en su voz—. No tienen ningún bebé.

—Entonces debe de venir del patio de atrás.

—Ven, te mostraré algo —dijo, y cogió mi mano. Me condujo a una ventana trasera. Miré a una alta pared de ladrillo. No había patio de atrás.

—¿Quieres saber algo más? —dijo Ellen—. El doctor Kleist fue un prominente médico investigador en un campo de concentración, durante la Segunda Guerra Mundial. Su especialidad era las mujeres embarazadas: inyectaba a los fetos con diversas drogas que los convertían en abortos o monstruosidades. El campo de Dachau está cerca de aquí. Algunos de esos experimentos tuvieron lugar en su propia oficina. ¡*En este edificio!*

—¿Los vecinos te contaron eso?

Asintió con la cabeza.

—Después de la guerra, el *Führer* lo recompensó con la Medalla del Honor por sus contribuciones científicas.

—El muy hijo de puta.

—¡Chisss! —Ellen miró reflexivamente a uno y otro lado, por simple hábito. Ella tenía más razones que yo para temer ser oída en Alemania, aunque los agentes nazis eran casi igual de vigilantes en los Estados Unidos.

—Entonces, ¿por qué esta gran prisa de marcharte ahora?

—¡La casa está encantada, Paul!

No servía de nada discutir con Ellen en ese estado. Me pregunté cuándo veríamos al doctor Kleist de nuevo. Teníamos sólo su palabra de que volvería a buscar sus maletas. Resistimos la tentación de abrirlas. ¿O quizá temíamos lo que pudiéramos encontrar?

En cualquier caso, odiaba el pensamiento de volver al hotel. Y nunca he sabido que Ellen fuera supersticiosa. Quizá todo pasaría. Quizá lo que habíamos oído no era más que un gato callejero maullando en el callejón. Entonces recordé que tampoco había callejón.

Cenamos sin hambre, picoteando apenas la comida. Después nos sentamos en el sofá, con la radio muy alta. Abracé a Ellen, alisando su sedoso pelo, inmerso en las profundidades de sus ojos color avellana.

Quizá las sonatas de Bach para flauta y clavicordio hubieran relajado a nuestros poltergistas a la inactividad. Al menos nada desusado ocurrió aquella tarde.

Nos fuimos temprano a la cama, sintiendo ambos la tensión de un día ajetreado. Me adormecí, y de pronto me di cuenta de que estaba completamente despierto, con Ellen sentada en la cama a mi lado. Sus ojos estaban clavados en la pared opuesta. Un débil rayo de luna incidía sobre ella, enmarcando una oscilante silueta. Tenía un rostro de contorsionados rasgos embrionarios y unas estrechas rendijas como de cerdo por ojos. Sentí muy dentro de mí un acceso de revulsión. Mi piel se puso de gallina.

Me volví hacia Ellen. Su rostro estaba crispado por el miedo. Me sentí incapaz de decir palabra. La tensión murió en mi garganta. Encendí bruscamente la luz, y la figura desapareció.

Ellen se estremeció, cubierta por un frío sudor.

—Todavía está ahí —exclamó, en un aterrado susurro.

—No fue nada, Ellen. Sólo un juego de las sombras.

—Te digo que todavía está ahí. Apaga la luz y lo verás.

Apagué la luz.

—¡Mira! ¡Se está arrastrando por el lado de la cama!

—¿Dónde, Ellen? No lo veo.

—Esta trepando por las sábanas. ¡Dios mío! Está sobre mi pecho..., ¡chupando el pezón! ¡Sácalo de ahí!

—¡Es tu imaginación, Ellen! No veo ninguna maldita cosa.

Ella se puso en pie de un salto, echando a un lado las sábanas. Su pierna se enredó entre las ropas. Tiró desesperadamente de ellas.

—Se está enroscando en mi cadera. ¡Oh, Dios! ¡Está en mis ingles!

Tiré frenéticamente de las sábanas, consiguiendo al fin desenredarlas, y las arrojé al otro lado de la habitación.

Ellen me rodeó con sus brazos, sollozando con pequeños jadeos entrecortados.

—Tranquila; todo está bien, cariño. —La deposité suavemente sobre las almohadas.

—Sentí algo cuando me desperté, Paul..., una sensación como de sofoco. Unas manos apretaban mi garganta. Unas manos *pequeñas*.

—No eran *manos*, Ellen —gruñí, e intenté refrenar mi impaciencia. Abrí la ventana—. Está muy cerrado aquí dentro. Intenta volver a dormirte. ¿Quieres que te traiga algún somnífero?

Me lanzó una hueca e inexpresiva mirada. Abrí un cajón y saqué un frasco de medicinas. Cuando fui a buscar un vaso de agua, Ellen se sentó en la cama y gritó:

—¡No me dejes sola!

—Sólo voy al cuarto de baño por un poco de agua, Ellen.

Me metí en el cuarto de baño y regresé con el agua. Ellen tragó la pastilla en una especie de trance. Se tendió en la cama con los ojos muy abiertos. Sus párpados se fueron cerrando gradualmente, su respiración se hizo más profunda y regular.

Volví a mi lado e intenté dormir, pero los pensamientos siguieron mordisqueándome. Luego, un sonido me despertó con un sobresalto. El grito de un bebé, como transido de dolor, resonó por toda la casa. Fue como una señal para todo un coro de chillidos y llantos que brotaron en una marea de salvaje fuerza. Crucé la habitación hasta la puerta. Cuando la abrí, un estridente rugir barrió todo el pasillo.

Ellen se irguió de un salto en la cama. Se llevó frenéticamente las manos a los oídos. Cerré la puerta de golpe y corrí de nuevo junto a ella.

—¡Están intentando matarnos, Paul! —Sus músculos faciales se estremecían en espasmos de terror.

—¿Matarnos?

—Los niños que el doctor Kleist asesinó.

—¡Ellen! —Estaba desvariando, aterrada más allá de todo lo concebible.

—Tenemos que enfrentarnos a ellos, Paul.

Agité la cabeza, incrédulo.

—Ellen, me doy cuenta de que toda esta experiencia crispa los nervios y no tengo explicación alguna para ella, pero...

—¿Acaso no lo ves, Paul? —interrumpió secamente—. Están buscando venganza. Tenemos que demostrarles que no somos unos carniceros como Kleist.

Se levantó de la cama y tiró de mí hacia la puerta. La seguí, como en sueños. Hubo un momento de silencio cuando abrió la puerta, luego un furioso rugir..., un coro de agudas y estridentes voces. De la oscura boca del pasillo emergió un horrible ejército de niños arrastrando tras ellos cordones umbilicales. Una luz pálida, fosforescente, se reflejaba en sus terriblemente contorsionados rasgos. Sólo sus ojos parecían vivos, ardiendo intensamente con miradas acusadoras. Sus filas se apretujaban más y más. Avanzaron con sus inciertos pasos cojeantes, con una desconcertante rapidez.

Un chillido de terror brotó de los labios de Ellen.

—¡El doctor Kleist no está aquí! —gritó—. ¡Dejadnos solos!

Siguieron avanzando, con los brazos extendidos, sus pálidas y regordetas manos abriéndose y cerrándose espasmódicamente.

—¡Somos norteamericanos!

Empujé a Ellen al interior del dormitorio y cerré de golpe la puerta. Un pandemónium de gritos estalló a lo largo del corredor, seguido por un rápido deslizarse por las escaleras.

—Van abajo, a la oficina de Kleist —jadeó Ellen—. Van en su busca.

Nos sentamos en la cama, incapaces de movernos, demasiado abrumados para hacer algo. Yo estaba mucho más allá de poder ofrecer una explicación racional. La casa fue quedándose mortalmente silenciosa. Los minutos se arrastraron lentamente. Pasó una hora. Y seguimos sentados allí, completamente despiertos, hasta que la gris luz del amanecer dispersó las últimas sombras.

Bajamos y registramos las habitaciones. Estaban vacías.

—¿Crees que Kleist volverá alguna vez? —preguntó Ellen.

—Sospecho que sí lo hará..., durante el día. Me gustaría que volvieras al hotel, Ellen. Yo aguardaré aquí hasta el anochecer, luego me reuniré contigo. Quiero arreglar algunas cosas con Kleist.

—Pero, ¿por qué? Esto no es asunto tuyo.

—Ahora sí es asunto mío.

—Pero tú no eres judío.

Bajé la cabeza.

—Mi abuela materna era judía. Lamento no habértelo dicho nunca antes.

Ellen tragó saliva.

—No hubiera importado en absoluto. El asunto es que *nadie lo sabe*. Ni siquiera yo lo sospeché. ¿Por qué removerlo ahora?

—Es algo personal, Ellen. Intensamente personal.

Escrutó mi rostro.

—Entonces aguardaré contigo.

—Pero puede que Kleist ni siquiera vuelva hoy.

—Aguardaremos todo lo que sea necesario..., con los otros.

—Los otros —repetí átonamente.

—Su odio no es hacia nosotros. No creo que seamos molestados.

A falta de nada mejor que hacer, Ellen y yo pasamos el día limpiando la casa. Tenía razón respecto de la mancha de sangre en la oficina. Por mucho que frotamos no conseguimos eliminarla.

Hacia el atardecer fuimos recompensados con una llamada en la puerta. El doctor Kleist estaba allí fuera, trasladando incómodo el peso de su cuerpo de uno a otro pie. Ellen lo dejó pasar. Entró en el

vestíbulo con pasos lentos y preocupados. Cuando la luz se reflejó en él, vimos que sus ojos estaban rodeados por círculos oscuros. Un mechón de pelo colgaba revuelto sobre su frente.

—Entre —le animó Ellen.

—He venido a buscar mis cosas —dijo el doctor Kleist con voz rasposa—. ¿Le importaría a su esposo sacarlas?

Me adelanté unos pasos.

—Me gustaría charlar algunas palabras con usted, doctor Kleist.

Retrocedió automáticamente.

—Sólo unas pocas palabras, mientras tomamos una taza de café.

—No, gracias. Tengo prisa. Si me permite coger mis cosas...

—Insisto en que se quede, doctor Kleist.

Kleist lanzó una nerviosa mirada a su alrededor.

—¿De qué se trata? —preguntó, bajando la voz hasta convertirla en un gruñente susurro.

—Estoy seguro de que no rechazará usted la hospitalidad de una taza de café.

—Ustedes los estadounidenses convierten en una institución religiosa su maldita pausa para el café. Ya se lo he dicho, ¡tengo que irme! —Giró sobre sus talones.

—Ellen, cierra con llave la puerta.

Ellen estaba entre Kleist y la puerta. El hombre intentó pasar por su lado, con el rostro tenso y duro.

—No tan aprisa —dije, y le hice dar la vuelta.

Ellen hizo girar la llave de la puerta.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó Kleist, con el rostro oscurecido por la ira y la preocupación, los labios fruncidos en una horrible mueca.

—Venga al comedor —dije, y sujeté su brazo.

Sus hombros se colapsaron en un impotente encogimiento.

—De acuerdo, si insiste. Pero sólo unos minutos.

Arrastré una silla junto a la mesa.

—Siéntese.

Se dejó caer en la silla con un gesto de resignación.

—Ahora cuéntenoslo todo acerca de esta casa.

Se puso a medias de pie.

—¿Qué quiere decir? Ya les mostré la casa ayer.

—Háblenos de los otros.

—¿Los otros? ¿Qué otros? —Sus ojos se dilataron, alarmados. Un nervio se contrajo en la comisura de su boca.

De pronto inclinó la cabeza hacia un lado y se giró bruscamente en su silla.

—¿Lo han oído? ¿El ruido de pasos? Están viniendo. ¡Aprisa, tenemos que irnos!

—¿Quién está viniendo?

Los pasos descendieron lentamente las escaleras.

Kleist se pasó una temblorosa mano por el pelo.

—*No hay tiempo para explicaciones.* —Un oscuro enrojecimiento dominó todo su rostro—. ¡Vamos, salgamos de aquí!

Lo aferré fuertemente por los hombros, mientras se debatía frenéticamente en su silla.

—*Laß mich gehen!* ¡Déjeme ir! —exclamó—. *¡Amerikanisch hund!* ¡Haré que lo fusilen!

De las penumbrosas sombras del vestíbulo apareció una procesión de niños con angélicos pero curiosamente teñidos y retorcidos rostros.

Avanzaron rápidamente a un ritmo sincopado y decidido, con pasos pequeños pero deliberados. A medida que se acercaban a Kleist, sus ojos se encendieron con odio y furia concentrados.

Kleist se sobresaltó violentamente. El blanco de sus ojos brilló alocado. De un salto se puso de pie con un grito ahogado, agitando los brazos contra los espectros.

—*¡Veggeh!* —chilló, y su voz se quebró en un doloroso jadeo.

—¡*Bereuen sich!* —le respondió un grito agudo y fúnebre—. ¡Arrepiéntete! —Las palabras se arremolinaron a nuestro alrededor, resonantes en volumen y urgencia—. ¡*Bereuen sich!* —El canto creció hasta convertirse en un coro ritual que reverberó por todos lados mientras las figuras se acercaban más y más.

—¡Alejaos, hediondas crías de la prostitución! ¡Sucias sabandijas judías! ¿Queréis que me arrepienta? Me regocijo de haberos matado..., a vosotros y a las putas de vuestras madres. Lo hice por la Madre Patria. Y volvería a hacerlo. ¡Lo haré ahora!

Kleist se puso de pie adoptando un porte militar, tironeando en un reflejo de los faldones de un uniforme fantasma. Sintió una súbita infusión de audacia y placer ante su propio e inesperado desafío.

—Todos vosotros no sois más que fenómenos: pequeñas bestias deformes y retorcidas. ¡Volved todos a donde pertenecéis! ¡Ja, ja, ja! —Se sumió en un ataque de resonante risa histérica, agitando su cabeza hacia adelante y hacia atrás sobre el hinchado tocón de su cuello.

Con una repentina expresión de horror, se llevó alocado las manos a la garganta, y su respiración se convirtió en un horrible jadeo lleno de estertores. Manchas purpúreas aparecieron en su rostro y cuello mientras se derrumbaba sobre la silla.

—*Achhh...* —Se contorsionó en una violenta sacudida convulsiva y se derrumbó hacia adelante, los ojos fijos en una vacía y firme mirada. Eran los ojos cavernosos y huecos de un hombre muerto.

—¡Mira su garganta! —exclamó Ellen.

Había marcas de quemaduras, como las producidas por una cuerda..., ¡o un cordón umbilical!

Los niños tan palpablemente presentes hacía unos instantes se habían desperdigado como una brigada fantasma, dejando un rastro de bruma.

Oímos la puerta delantera abrirse y cerrarse. Ellen y yo corrimos a la ventana y miramos fuera. Había un enorme camión en la acera opuesta, inmóvil, con el motor en marcha. En su costado podía leerse:

CIRCO DE LOS HORRORES DEL HOLOCAUSTO
PRESENTANDO A LOS ENANOS DE DACHAU
MAESTROS DE LA ILUSIÓN

La siguiente hora transcurrió en medio de la ofuscación. De algún modo conseguí telefonear para pedir una ambulancia. Las SS llegaron poco después. Les contamos, simplemente, que Kleist se había derrumbado de pronto.

Inspeccionaron nuestros papeles y nos llevaron con ellos para ser interrogados.

—Ambos son estadounidenses —dijo el *Standartenführer* de las SS, Wilhelm Richter, examinando nuestros pasaportes—. ¿Trabaja usted para una firma de joyería?

—Sí. Fue fundada por un alemán, Bernhard Froebel, en 1912.

—Ah. ¿Vio usted un camión por las inmediaciones?

—¿Un camión?

—Un camión utilizado por una compañía itinerante de fenómenos judíos. Se les permite vivir solamente por su valor como entretenimiento para las tropas.

Ellen y yo dijimos que no habíamos visto ningún camión.

Richter se volvió hacia mí.

—¿Cómo explica usted las marcas de quemaduras en el cuello del doctor Kleist? —preguntó bruscamente.

Adopté una expresión desconcertada.

—¿Marcas de quemaduras?

—Marcas de una cuerda.

—No sé nada de esto. De pronto se llevó las manos al cuello, como si luchara por respirar.

—¿No nos está ocultando usted nada? —preguntó.

—Absolutamente nada. ¿Por qué debería hacerlo?

—¿Y usted? —preguntó, mirando fijamente a Ellen.

—Ocurrió exactamente tal como lo ha descrito mi marido. No tengo nada que añadir; excepto quizá que las marcas de quemadura podían pertenecer a alguna herida anterior.

Richter nos retuvo un poco más mientras sus hombres comprobaban nuestros papeles. Luego nos soltó. No había motivo alguno que nos relacionara con la muerte de Kleist. Tenía un historial cardíaco, con bastantes posibilidades de un ataque repentino. Dos hombres de las SS nos llevaron de vuelta a la casa.

La propiedad de la casa pasó a un heredero. Ellen y yo vivimos en ella varios meses antes de regresar a los Estados Unidos. En cuanto a «los otros», aquello fue lo último que supimos de ellos.

TRANSMISIONES ENEMIGAS

Tom Shippey

Hacen chistes sobre las escuelas de Adolf Hitler, ya saben. Como aquel en el que un policía de Londres se encuentra al niño pequeño con su camisa negra y sus pantalones cortos, sollozando desconsoladamente en la calzada. «¿Qué te ocurre, hijo?», le pregunta el policía. «Me he per-di-dooo», gime el niño. «Está bien, ¿de dónde vienes?» «Vengo de *Chiswick*.» «Bueno, ¿y qué estás haciendo todo el rato con la cabeza inclinada?» «Oh —dice el muchacho, empezando a llorar de nuevo—, acabo de estar en una conferencia de jefatura.»

Todo con buen humor, por supuesto. La gente reconoce realmente que a nosotros, los Hijos de Hitler, se nos ha enseñado a confiar en nosotros mismos de modo que nos sintamos más libres de servir a la nación y a la comunidad. Ésa es la meta principal del nacionalsocialismo. Eso es lo que me decía a mí mismo, al menos, mientras mi tren me conducía finalmente a Oxford aquella tarde.

Admito que empecé el viaje desde la «Garterhouse» en Church Stretton de un humor más bien malo. Me puse furioso cuando me sacaron de la fila de los planeadores justo antes de que llegara mi turno. Cuando Onkel Eric, el director, me dijo que hiciera las maletas y que debía ir a Oxford, y que tendría que terminar más tarde mi curso, bueno, me sentí abrumado.

Dos cosas me hicieron cambiar de opinión. Una fue el creciente convencimiento de que incluso dejar de lado el ser miembro pleno de la Orden de Hitler podía ser menos importante que ser seleccionado para entrenamiento como Soñador. La otra, sin embargo, el incidente que cambió por completo mis sentimientos al respecto, fue lo que ocurrió en Worcester.

Nuestro tren era simplemente un tren local, así que no presté demasiada atención cuando nos colocaron en una vía lateral en la estación de Worcester y aguardamos. Pero entonces me di cuenta de que la gente salía de las casas a lo largo de la vía, y de las salas de espera, y de la oficina del jefe de estación, y llamaba a sus amigos para que se apresuraran, de modo que asomé la cabeza por la ventanilla de mi vacío compartimiento.

Aquel enorme tren venía hacia mí a una enorme velocidad. Todo en él era plateado, incluso las ruedas y las plataformas, excepto la gigantesca máquina diesel negra que tiraba de él. Toda la línea de vagones estaba alternativamente marcada con el trébol violeta que era el signo de la radiación y la svástica negra del Partido. Era un tren del Servicio Atómico que transportaba los desechos nucleares de la planta de energía de Bristol, suponía, a las zonas de almacenaje en las tierras altas de Escocia.

Mientras el tren cruzaba la estación sonó un silbato, y los soldados del Servicio Atómico salieron rápidamente al furgón de cola y se agruparon en la plataforma inferior. La gente los vitoreaba y saludaba, y ellos sonreían y devolvían los saludos. Todos llevaban metrallas al hombro, y había un avión de reconocimiento trazando cabriolas muy lentamente sobre nuestras cabezas, como debía haberlos a cada metro del viaje. Todo, estrictamente hablando, innecesario, por supuesto, puesto que nunca se había producido ningún problema, accidente, pérdida o robo en ningún punto de todo el proyecto de energía nuclear en toda Europa. Pero el secreto detrás de todo ello es simple minuciosidad: y dedicación. Hacer que todo el conjunto funcione en cada una de sus partes como si fuera un reloj suizo. En eso somos buenos los alemanes. Cualquiera que no crea en ello puede simplemente mirar al otro lado del Atlántico.

Bueno, pensé, si esos hombres pueden pasar sus vidas sentados sobre montones de plutonio, yo puedo presentarme al entrenamiento como Soñador. Y, cuando uno piensa en ello, difícilmente puede hallarse una ocupación más importante u honorable. Es la ciencia más alemana, la que nos distingue de todas las demás razas. ¡He oído decir que, sin la *Traumtechnik*, Adolf Hitler no nos hubiera podido dirigir a los alemanes —es decir, a nosotros los más grandes alemanes— a través de la coalición y las victorias sobre el Este y los Estados Unidos en 1946! Suena un poco desleal incluso pensar eso. Pero lo que quiero decir es que fue un logro fantástico para el Führer elegir este camino a través de todas las cosas que pudieron ir mal y conducirnos hasta este lugar, el mejor de todos los mundos posibles. Sin embargo lo hizo, y no es en absoluto desleal reconocer este logro.

Así pues, mientras el tren entraba lentamente en la estación de Oxford y yo salía de él con mi maleta y la dirección del Instituto para la Tecnología de los Sueños, me sentí mucho más animado. Estaba empezando a pensar que quizá yo fuera algo especial.

El hombre en el «tanque de los sueños» parecía pensar también lo mismo. Su nombre era Raven — doctor Edward Raven, me dijo—, nombrado director de Análisis de Sueños como actividad complementaria a su puesto en la Universidad de Oxford. Era un hombre joven, calculo que nacido justo en el momento de la segunda *Anschluss* entre Gran Bretaña y Alemania. Tenía mi expediente frente a él.

—Te llamas Grenville —dijo—. ¿No es ése un nombre francés? —Por supuesto, la gente siempre piensa lo mismo.

—Es un nombre normando —le dije—. Indica que una ciudad de Normandía fue mantenida como feudo personal por un vikingo llamado Grani. Indica que mi buena sangre se remonta a un millar de años.

—Y eres un muchacho del Pozo de la Vida —siguió.

—Exacto. Mi madre decidió que era su deber hacia el *Führer* entregarle su primer hijo. Así que fue a la fundación del «Pozo de la Vida» en Clerkenwell y concibió allí de un padre acreditado. Eso fue en 1964. —No añadí que mi madre hizo eso por el primer *Führer* en persona, no por un sucesor, aunque ella siempre se había mostrado orgullosa de ser una de las últimas que podía decir aquello.

Luego siguió revisando mi carrera como Niño de Hitler y mi progreso a través del Partido, pero ambos sabíamos que lo más importante ya había sido dicho. No se podía conseguir un mejor acervo genético que el mío.

Pese a todo, seguía sintiéndome sorprendido de que pensarán que era un Soñador.

—La ciencia alemana —me dijo— ha demostrado que el tener sueños proféticos es una cualidad fuertemente heredada. Es un asunto de coordinación mental. —En realidad utilizó la palabra alemana *Gleichschaltung*, que creo que es mejor. «Coordinación» es una débil palabra latina sin fuerza en ella. Pero, si eres *gleichgeschaltet*, eres «como conectado», como una llamada telefónica zumbando a lo largo de toda la línea. Y algunas mentes, dijo Raven, y sobre todo la del *Führer*, se hallan conectadas a lo largo de todo el camino hasta el futuro.

»¿Qué hubiera ocurrido —me preguntó Raven a medida que se iba excitando— si Hitler no se hubiera dado cuenta de esto en 1941, tras su intenso estudio de la obra de Carl Jung? ¡No se hubiera dedicado al Me 262, el cazarreactor! Hubiera malgastado dinero en Von Braun y sus ridículas bombas autovolantes. Hubiera intentado continuar la *Blitzkrieg* más y más en el interior de la Unión Soviética, en vez de adoptar la política del «Este bárbaro» y permitir que Ucrania se cualificara para la germanización. Tal vez no hubiera visto el potencial del dispositivo esnórquel, permitiendo así a la camarilla de Churchill aferrarse al poder en su país. Pero todas esas cosas, todas esas políticas e invenciones, fueron adoptadas enteramente como resultado de la *Traumtechnik*.

»Y te digo, Grenville —prosiguió, bajando un poco la voz—, que la situación es en estos momentos crítica. Puede que no parezca que estamos en guerra. Pero la paz de investigación y cambio ha estado calentándose firmemente. Si nos equivocamos esta vez..., bueno, todo lo que diré es que los pueblos alemanes, la *Europverein*, puede caer tras los estadounidenses y sus mestizos aliados de manera muy seria.

«Afortunadamente, sólo disponen de ciencias materiales, mientras que nosotros tenemos también las ciencias psíquicas. Es por eso por lo que hemos estado probando a la población en su conjunto. Estamos seguros de que tus dos padres eran Tráumer, y por todo lo que podemos decir tus abuelos también mostraban destellos de la habilidad. La tienes en todos tus genes, y estás en la edad correcta para desarrollarla y utilizarla. Y aquí en Oxford disponemos de analistas entrenados como yo mismo, con años de experiencia en el IAA en Berlín, para recoger todo lo que sea vital.

Me sentí ligeramente exaltado a medida que se desarrollaban todas estas explicaciones, porque parecía todo tan correcto. Me habló de las drogas y los dispositivos de grabación y del modo que tenían de intentar dirigir los sueños hacia áreas determinadas, pero cuando hubo acabado le pregunté si todo aquello era necesario para un Soñador con un auténtico talento. Puesto que, en realidad, había tenido ya recientemente un extraño sueño, y parecía referirse a la guerra, a una guerra futura..., no una de la que hubiera oído hablar. Se mostró de inmediato muy interesado, y sacó una grabadora, y me pidió que le contara todo respecto de aquel sueño.

Transcripción de Sueño, RAG(i)

12 de junio de 1985, Oxford

Me hallaba en un gran compartimiento de metal, como un hangar. Estoy casi seguro de que estaba en un barco: había esa débil especie de vibración a través del metal, aunque debía ser un barco grande, porque no notaba el menor balanceo. Pero la auténtica razón por la que creo que era un barco es que me sentía terriblemente consciente de lo que había fuera, y de lo delgadas que eran las paredes. Esto es lo más sorprendente acerca del sueño: tenía miedo en él, me sentía realmente asustado. Incluso en él sueño

pensé que esto era peculiar. Nunca he estado en una guerra, pero siempre he supuesto que podría arreglármelas tan bien como el hombre de mi lado, y nunca me he sentido asustado entrenándome para alguna cosa. Pero en este sueño tenía frío, y sudaba, y temblaba de pies a cabeza, y no deseaba hablar con nadie. No dejaba de pensar en lo delgadas que eran las paredes, y en cómo algo podía golpear contra una de ellas y atravesarla en cualquier momento y dejar penetrar el mar.

Suponía que tendría que hacer algo, puesto que nos hallábamos en guerra. Llevaba un mono con capucha, de alguna especie de tela antirreflectante, y llevaba atado a mi alrededor algo, como un chaleco salvavidas. Tenía la impresión de que todo había ido bien hasta ahora, pero que ahora había problemas.

La cosa principal que ocurrió realmente en el sueño fue esto: no muy lejos, como a una cubierta o un par de compartimientos de distancia, oí un gruñir. No un golpe o un estallido, sino un gruñir, que ascendió de la nada hasta hacerse muy fuerte en un par de segundos, y luego se desvaneció en la distancia. Supe que era el lanzamiento de un misil. Me hizo sentir aún más asustado, porque sabía que era el lanzamiento de un misil defensivo, para interceptar algo hostil..., un avión quizá, pero pensé que debía ser otro misil. Sabía que eso no siempre funcionaba.

La otra cosa que tenía en mi cabeza era la idea de «desperdicios», o quizá «ventana». Quiero decir nubes de fragmentos metálicos que son arrojados para confundir al radar del atacante y desviar sus misiles. Alguien había lanzado éste, pero me preguntaba cuánto tiempo estaría ahí arriba y si tendríamos que seguir disparándole.

Esto es realmente todo lo que puedo decir acerca del sueño: era más un estado de ánimo que una acción. Pero lo que me ha estado preocupando desde que lo tuve hace cuatro semanas es el hecho de que no se parece a nada de lo que nunca haya oído hablar. El barco era una embarcación de superficie de paredes delgadas, creo que un portaaviones, y nosotros no tenemos ninguno en estos momentos. ¿Qué utilidad podría tener, con el Atlántico y el Pacífico completamente cubiertos de satélites y submarinos? Pero no puede haber sido un portaaviones de la guerra de Anschluß, porque se estaban disparando misiles, y ellos no tenían ninguno entonces. El sueño, simplemente, no encaja en ninguna situación de la que haya oído hablar. Y no era yo quien estaba en aquel sueño. La persona del sueño era un cobarde; o se trataba de un civil, sin la menor clase de entrenamiento.

La única otra cosa que puedo recordar es una voz diciendo muy suavemente: «Atlántico Sur». Al día siguiente examiné un mapa y pensé en las islas Falkland. Pero allí no había habido ninguna batalla desde 1914, y entonces no tenían misiles. No puedo extraer el menor sentido de todo ello, señor, estratégicamente hablando. ¿Quién puede querer enviar una flota de guerra a las Falkland?

Unos días más tarde me hallaba en un bar de Oxford con esa chica Else, también una Soñadora entrenada.

Era uno de esos lugares con una gran pantalla de televisión sobre la barra, y el sonido transmitido a través de auriculares individuales en los reservados, que podías conectar o desconectar a tu elección. Estaban pasando un programa de noticias acerca de Etiopía, con el joven emperador inaugurando un gigantesco complejo de irrigación, el estadio número setenta y algo del conjunto del plan «África verde». Else estaba un poco desconcertada al respecto.

—Pero, ¿Mussolini no conquistó Etiopía? —preguntó.

—Sí, pero los ingleses se la arrebataron y, después de que cambiamos de bando, el *Führer* decidió no volver a deponer a Haile Selassie. Así que los etíopes consiguieron su independencia un poco antes que el resto de África y Asia. Bajo la hegemonía europea, por supuesto. Todo formó parte de la política de *Konfliktlosigkeit*. Aún sigues sin saber decir «desconflictividad» —reí.

—Todo parte de la *Traumtechnik* también —dijo Else, y guardó silencio. Esto me hace pensar..., si alguien quiere alguna prueba de lo buena idea que es la independencia limitada para los países subdesarrollados sólo tiene que echar una mirada a los Estados clientes de los Estados Unidos en América del Sur. Por supuesto, los yanquis no los llaman «subdesarrollados», dicen que se hallan «en vías de desarrollo», pero, ¿qué desarrollo pueden tener cuando todo su dinero les es sorbido y su independencia sólo les sirve para luchar unos contra otros? Gigantescos aeropuertos construidos con ayuda estadounidense. Ninguna carretera entre los aeropuertos porque no poseen una infraestructura industrial. Propietarios de haciendas y ciudades miserables. Tanques y aviones, pero no cloacas. Sequías y epidemias y hambrunas. Nosotros, los europeos, simplemente no dejamos que nuestros vecinos perezcan de este modo.

Justo en aquel momento el programa de la televisión cambió cuando una mayoría de los clientes del bar pulsó sus botones indicando que querían ver la cobertura de los Juegos Olímpicos de Pekín, con Diego Pereira corriendo por la Federación Alemana: procede de Andalucía, por supuesto, y tiene sangre vándala como yo la tengo normanda. Else y yo pulsamos nuestros botones para indicar que queríamos la vuelta al

Canal 1, pero los demás votos ganaron. Naturalmente, el bar podría haber puesto pantallas individuales con los auriculares, pero eso no hubiera sido *völkish*. Bajo el nacionalsocialismo tenemos que someternos a la mayoría, y eso es justo.

Así que volví a mi auténtico trabajo, que era ligarme a Else. No ligármela físicamente, aunque también tenía eso en mente: era muy étnica y atractiva, con sus trenzas y su bronceado, y sabía que había sido miembro de la Liga de las Doncellas, conocida por todo el mundo como «Las Calientacolchones». Pero correspondía a ella hacer el primer movimiento, por supuesto, y además deseaba que me hablara un poco. Llevaba soñando bajo controles desde hacía ya un par de semanas, mientras que yo iba a empezar aquella noche.

—Las drogas son más bien blandas —me dijo—. No desean en absoluto que te duermas profundamente. Tengo la sensación..., no sé. Como si tuvieras que estar exactamente en el nivel correcto, no demasiado profundo, ni tan cerca de la superficie que simplemente sueñes en lo que te ha ocurrido durante el día. La parte más difícil es cuando te despiertan y tienes que empezar a contarlo todo de inmediato. Tienes que revivir de nuevo toda la experiencia del sueño, porque nunca sabes qué dato de información es más vital..., eso es trabajo del analista. Pero no debes sumirte en él de una manera disciplinada y militar, porque entonces hay el peligro de organizar e interpretar tú mismo los hechos en vez de dejar que fluyan a través de ti.

—¿Has tenido *tú* algún sueño presciente? —pregunté.

—Creo que sí. No te lo dicen. Por supuesto, no lo saben seguro hasta mucho más tarde. Pero creo que puedes *sentir* un auténtico sueño. Siempre hay algo deshilachado en él.

Después de eso no dijo más, excepto que pronto lo averiguaría por mí mismo. Esperaba que tuviera razón. Después de todo era una buena camarada, como se supone que deben ser las chicas en la actualidad. Así que nos pagamos mutuamente un par de cervezas más, y después de eso, afortunadamente, decidió llevarme de vuelta al recinto y demostrarme su técnica de calentar colchones hasta que llegara la hora de ir al *Traumtank*.

Aquella era su noche libre, así que no fue conmigo. Mientras salía de la habitación dijo:

—Ve con cuidado, Richard. También lo llaman el traumatanque. —No pretendía ponerme nervioso, estoy seguro de ello.

Transcripción de Sueño, RAG 1

22 de junio de 1985, Oxford

Es oscuro, completamente oscuro, y todo el lugar huele espantosamente. Parte del olor es heno, y parte equino, pero también huele a polvo y sudor. El lugar huele de algún modo a pobreza, como si la gente en él —hay otros tres o cuatro hombres más a mi alrededor— no hubiera comido nada sólido desde hace mucho tiempo y no pudiera retenerlo caso de hacerlo. Su sudor huele mal.

Estoy tendido sobre picoteante paja, completamente vestido. Es extraño, porque es de noche, y pese a todo llevo un traje completo, un traje formal, con chaqueta y pantalones y una camisa sin cuello. Todo muy sucio. Necesito un afeitado.

Pero lo más importante es que tengo esa terrible erección. Es terrible, me hace sentir enfermo hasta el fondo del estómago, y no puedo evitar sentir frío. ¿Por qué eso? Todo lo que sé es que estoy realmente asustado de que la puerta de arriba se abra aunque sólo sea una rendija y deje entrar un poco de luz, porque entonces..., entonces la Frau estará allí. ¿Y qué haré yo entonces? Sé que tendré que ir con ella. Pero sé que será algo absolutamente terrible. Los otros hombres lo saben también, pero desean apasionadamente que yo me vaya. Algo me dice que soy el más joven.

Ahora puedo ver la silueta de la puerta, y hay alguien fuera. Mi estómago está tan mal que me pongo de rodillas y gruño sólo una vez, y mi pene se yergue recto a lo largo de mi vientre. Es la única cosa en mí que parece gruesa. Es como si..., deseo ir porque soy joven y sigo teniendo terribles fantasías acerca de reclinar a la Frau contra su sillón y fornicaría hasta que le pida piedad a Dios. Pero sé que no debo hacerlo, no debo ceder, no hay ninguna posibilidad en absoluto de que me salga con bien de ello. Pero los otros hombres no me dejarán retirarme, aunque saben también que no hay ninguna posibilidad. No se reirán de mí, se sentirán terriblemente agradecidos mañana, cuando recibamos un poco de ración extra y menos trabajo, pero no me dejarán solo ni por un segundo, no me permitirán usar mi mano, porque...

La puerta se abre ahora. Hay una forma en la oscuridad fuera, con una vela. «Komm», dice, sólo eso. Unas manos me empujan. Me pongo de pie.

Mientras voy a la puerta, hay algo de nuevo en mi cabeza, una especie de árbol con tres ramas, y una plaza de un poblado, y una pequeña multitud mirando. Dios, Dios, si tan sólo hubiera nacido mujer...

Raven no pudo hacer mucho con este sueño, estoy completamente seguro. Le pregunté de qué se trataba —contar los sueños parece fijarlos en tu memoria—, pero todo lo que hizo fue gruñir y dijo: «*Pölnische Wirtschaft*». Eso significa «administración polaca», que es lo que esa gente acostumbraba decir para referirse al caos o a un completo embrollo. ¿Quizás ésa sea la conexión? De todos modos ya no hay polacos ahora, todos han sido cualificados para la germanización o enviados al Este, más allá de los Urales. Sin embargo, de una cosa estoy seguro. Eso fue un auténtico sueño. No uno mío. Como el del Atlántico Sur, el personaje en él no era yo.

Raven, de todos modos, se muestra insatisfecho. Hay un aire de tensión en todo el Instituto ahora, con más Soñadores entrenados apareciendo a cada día que pasa, y toda la hilera de cabinas portátiles instalada para que puedan soñar en ellas, y a nadie se le permite ir a Oxford cuando está fuera de servicio. Todos tenemos que estar atentos a las noticias y a la situación mundial, y examinar los periódicos cada día, y leer el *Neuer Wissenschaftler* y el *Scientific Europe*. Asistimos a conferencias y debates con conferenciantes extranjeros también, y de tanto en tanto somos llamados para dar nuestra comprensión consciente de la situación mundial a uno de los miembros del Estado Mayor. Alguien ha hecho que el ordenador de la sección de ingeniería de la Universidad escriba en gigantescas letras góticas «La suerte sólo favorece a las mentes preparadas» formando una bandera, que ahora cuelga sobre la mesa presidencial en el comedor. Else encuentra todo esto regocijante.

Les dije a todos ellos en una de esas reuniones que mi impresión del mundo era la siguiente. Había tres potencias nucleares en el mundo: la Federación Alemana, los Estados Unidos de América, y Japón, más o menos por ese orden de fuerza. Cada una posee un respaldo de Estados subditos, con diferentes grados de independencia. Nosotros tenemos África y el Este hasta tan lejos como la India, los Estados Unidos poseen Canadá y toda América del Sur, Japón tiene China y la costa asiática y todas las islas asiáticas. Nadie se preocupa acerca de las tierras asiáticas centrales, con su completo barbarismo. Las grandes potencias se hallan separadas entre sí por el Atlántico, el Pacífico y el océano índico.

Ahora, desde que la Rolls—Royce desarrolló el estratorreactor para los motores hidrox, y todos los demás captaron la idea, los satélites tripulados están siendo usados para la observación, de modo que esos océanos se hallan completamente cubiertos. También pululan con submarinos cazadores—asesinos, de modo que no hay la menor posibilidad de que alguna potencia pueda alcanzar a otra por aire o mar. Podemos golpear nos unas a otras con nuestros misiles balísticos intercontinentales, y para eso no hay ninguna defensa conocida. Pero hay la fuerte sensación de que alguna se halla al borde de conseguirla. Estamos en el espacio. ¿Podemos hallar alguna manera de derribar los misiles intercontinentales en la parte más alta de su trayectoria, con láseres o quizá proyectiles? ¿Podemos nosotros bombardear todas las bases estadounidenses a la vez con misiles lanzados desde el espacio? ¿Podemos estar seguros de que ellos no tomarán represalias desde el espacio sobre nuestras ciudades? Si atacamos, en vez de defendernos, tenemos que estar absolutamente seguros de que nuestro golpe sea definitivo.

Es con esto que quieren que soñemos. Después de que yo dijera todo esto, Raven se puso de pie en la parte de atrás y dijo que Grenville había expresado el estado de opinión casi tan lejos como un escritor líder *Beobachter* podía llegar (lo cual es un cumplido, creo, aunque él pretendió que fuera insultante). Pero que teníamos que recordar que las cosas nunca habían sucedido exactamente así. Lo que yo había dicho estaba edificado sobre la noción de que los márgenes de la tecnología humana podían ser decisivos. Pero esos márgenes son demasiado arriesgados, demasiado complicados, y al mismo tiempo demasiado familiares para la política práctica. O bien uno tiene que estar un poco atrás del margen, por la fiabilidad, o mucho más allá de él, por la sorpresa. La guerra de Unificación Alemana, señaló, fue vencida gracias a dos dispositivos, la bomba atómica alemana, que era algo completamente inesperado, y el cazareactor Me 262, que estaba basado en un aparato que la Royal Air Force hubiera podido tener en la década de 1930 pero al que no prestó la menor atención. La bomba A hizo que Inglaterra cambiara de bando y abandonara a los yanquis, pero nadie podía usar una bomba A sobre Alemania o Japón porque los 262 poseían un dominio completo del aire por encima de los bombarderos aliados. Necesitábamos algo como esta combinación ahora, nos dijo. Son cosa sabida que los simples científicos materiales han fracasado. Y hay proyectos «cielo azul» por todas partes, que nadie sabe si llegarán a funcionar.

Ésa era su gramática, no la mía. A veces habla así para demostrar que es *völkisch*, pero también estaba muy excitado, mirando a su alrededor con ojos ansiosos como si todos estuviéramos sometidos a juicio. Creo que es él quien está sometido a juicio: no resultados, no Instituto. Y quieren resultados, rápido.

—Lo que deseamos de vosotros —terminó—, es una espada y un escudo.

—¿No bastaría sólo un escudo? —preguntó uno de los chicos nuevos. No es un Niño de Hitler, sino que fue a una de esas decadentes instituciones a las que el Partido no ha puesto freno, como Harrow o Winchester.

—Necesitamos también una espada —gruñó Raven—. No pertenece a la naturaleza de la raza alemana permanecer sentada pasivamente.

—Entonces necesitan también algo más —dijo el aristócrata—. Necesitarán un pretexto.

Transcripción de Sueño, RAG 7

1° de julio de 1985, Oxford

¡Santo Woden, lo harto que estoy de las ropas que no dejan de ponerme en estos sueños! Y la gente. Esta vez. Llevo un uniforme perfectamente familiar, es feldgrau y puedo decir que soy sargento de infantería con traje de campaña de verano. Pero el cabeza cuadrada metido en el uniforme no puede con él. Se abrocha la guerrera del modo equivocado, no sabe para qué son las hebillas de las correas, y que me maldiga si no intenta meterse las botas en el pie equivocado. Durante todo el tiempo permanezco sentado un palmo por encima de su hombro derecho, gritándole lo que tiene que hacer, y algo de ello incluso parece llegarle, pero de una manera lenta, torpe y equivocada.

Entonces salimos de los barracones y caminamos, una hilera de nosotros conmigo al frente, a lo largo del linde de un bosque. Es oscuro, pero el cielo empieza a palidecer a mi derecha, eso debe ser el Este. Alguien me ha dado un rifle, que llevo cruzado delante del cuerpo, sujeto con las dos manos. No puedo ver si es un automático, o si está cargado, y no dejo de gritarle al imbécil que lo levante, pero todo lo que hace es trastear con la recámara como si estuviera buscando algo. No deja de pararse y mirar hacia atrás, y él resto de los hombres se paran también, y miran a su alrededor, pero parecen haberse desviado, y siguen avanzando torpemente, no espaciados o incluso agrupados o en cualquier otra formación que puedan tomar unos soldados, sino simplemente como una manada de vacas caminando a lo largo de un seto. Son unos soldados muy peculiares, sobre todo soldados alemanes. ¿Cómo este tonto del culo puede haber llegado a ser sargento?

Ha observado algo. Hay más gente a su derecha, toda de uniforme también, con armas en las manos. Tras ellos, a medida que el cielo se ilumina, puedo ver alzarse torres, y alambradas entre las torres, parece como una estación de radio, alguna especie de vieja estación de radio, o eso quizá sea el plato de un radar...

Pero sinseso está complacido, terriblemente complacido; corre hacia los hombres con los uniformes marrones como si hubiera reconocido a alguien, se están gritando los unos a los otros, quizás a veinte metros de distancia. Huelo alguna especie de trampa, intento hacer que se dé la vuelta y levante el rifle, los otros hombres han captado algo también y están empezando a dispersarse. Hay como un parpadeo entre los árboles de atrás y veo a los hombres con los uniformes marrones empezar a caer por todas partes, pero las torres están parpadeando también, y hay un enorme y largo sonido bra—a—ang bajo mis pies y me veo volando por los aires, girando lentamente sobre mí mismo, y me gustaría dar un salto mortal y aterrizar sobre mis pies como hacemos en los ejercicios, pero qué puedo hacer con ese torpe de ahí, es demasiado rígido y lento y... Eso es todo.

Raven está furioso conmigo, pero es una especie de furia controlada, y es también como si yo le cayera bien, y sabe que él me cae bien a mí, y simplemente desea que yo haga algo que está seguro que puedo hacer fácilmente, si sólo consiguiera agarrarme a lo necesario.

—Sabemos que eres un auténtico Soñador, Richard —me dice—. No te diré cómo lo sabemos, pero esto es una ciencia, no sólo un juego de salón, y puedo decirte por tus lecturas que estás agarrando algo. Pero todo lo que deseas es usar tu talento para este *Suppentopschnüffelei*, este meter el dedo en el cazo de la sopa de los demás. No hay nada importante ahí. Ese sueño que tuviste acerca del portaaviones y los misiles gruñendo, eso creo que fue realmente bueno. ¿Sabes?, por un tiempo nos preguntamos si no habrías estado en una nave espacial, no un barco de superficie, y tuve a un montón de gente comprobando los efectos de sonido y si podías haber llevado algo en el espacio que tu mente consciente hubiera interpretado como un chaleco salvavidas. Si hubieras tenido ese sueño aquí hubiéramos podido extraer algo vital de él, algo que hubiera dado un indicio a todo el Consejo de Guerra. Pero desde entonces todo ha sido trivial. No sé qué estás recogiendo. Recuerdas lo que te dije acerca del *Gleichschaltung*, bien, lo que tú necesitas es algo de *Selbstgleichschaltung*. Coordinarte a ti mismo. Conectarte tú mismo a través.

Entonces fue a gritarle a alguien, pero tengo que admitir que tiene razón. Salí después de nuestra entrevista y encontré a Else, que se ha enredado con el aristo de Winchester que le habló a Raven y cuyo nombre es Charlie Kent. Ahora que todos estamos encerrados en el recinto durante todo el tiempo, las relaciones se están volviendo muy intensas, y también cambian muy rápido. No es que me sienta ofendido

por Else. De hecho, incluso puedo comprender lo que ve en Kent. Es un tipo extraño y siempre dice lo que piensa, pero al menos sabes por donde anda.

Los encontré leyendo el *Times* y el *Beobachter*, como si siguieran órdenes, y les pregunté qué pensaban de ello. Kent me dijo francamente que creía que nos encaminábamos a una guerra.

—¿Cómo podemos tener una guerra? —le pregunté—. No hay ningún lugar contra el que luchar. No hay ninguna posibilidad de una revuelta contra nosotros en África, o en Arabia. ¿Cómo pueden los nativos desafiar a las tropas europeas? Y los estadounidenses no pueden reforzar a nadie en nuestras posesiones, del mismo modo que nosotros no podemos infiltrar soldados en Brasil. Pueden empujar un poco de tanto en tanto con un submarino para probar nuestras patrullas marítimas, pero ése es el único teatro de conflicto posible.

—Está el espacio —dijo—. Pero el auténtico problema es que yo estaba equivocado acerca de necesitar un pretexto. Ya hemos ido más allá de eso. Ambos lados, dejando aparte a los japoneses, nos hallamos ahora a la par, pero ambos estamos justo al borde de una superioridad decisiva, así que tiene que ser atacar mientras las cosas siguen igualadas. O rendirse. Nadie piensa que podamos seguir equilibrados por mucho tiempo.

—¿Cuál es el margen estadounidense? —pregunté.

—Son mejores que nosotros en contramedidas electrónicas —dijo llanamente—. También en computadoras. Quizá sean capaces de embrollar todos los sistemas de guía de nuestras ojivas de combate con pulsos magnéticos. Entonces podremos golpear a los Estados Unidos, pero no podremos golpear a los objetivos a los que apuntábamos. Y nuestra tendencia ha sido hacia ojivas más y más pequeñas cada vez, con sistemas de guía mucho más precisos.

—¿Cuál es nuestro margen? —pregunté.

—Si observas el pasado —dijo—, verás que Alemania ha mostrado una sorprendente habilidad para vencer siempre con recursos inferiores desde 1939. Eso se debe a que no se ha malgastado nada y los esfuerzos han sido dirigidos siempre al lugar correcto, lo cual es raro donde la opinión educada dice que se debería.

—Eso se debe a que tenemos un destino divino —dijo Else, con los ojos brillantes. Kent contempló el dibujo de girasoles de su blusa, y la runa de gloria de mi brazalete, que mi padre me dio en la ceremonia de dedicación cuando aún era un bebé, y alzó las cejas, como hacen los aristos. Creo que los miembros de su familia aún deben de ser cristianos a la antigua usanza, no neopaganos, ni siquiera cristianos arios.

De todos modos, estaba interesado en lo que decía. Tenía que haber algún artilugio oculto en alguna parte. ¿Un resonador de neutrones, para hacer que las ojivas de combate estallaran en sus lugares? ¿Un husmeador de radiaciones que pudiera guiar a proyectiles ligeros desde el espacio hasta cualquier silo, incluso aunque tuvieran las compuertas herméticamente cerradas? Algo más loco que eso. Me senté y leí durante un rato acerca del proyecto HEIMDALL, construir un telescopio realmente gigantesco en el espacio, con unas propiedades tales de enfoque de luz y coordinación que incluso se podrían ver los planetas alrededor de otras estrellas. Es llamado así según el dios en la Edda que puede ver crecer la hierba y el aliento en la boca de un pez. Pero si se lo volvía de otro lado..., se podía ver cada puesto de misiles de los Estados Unidos, eso completamente seguro, y no había el menor margen de tecnología de riesgo en eso.

Y luego estaba RATATOSKR, llamado así según la ardilla en la Edda que corre arriba y abajo de las ramas del mundo—fresno, pasando mensajes a todo el mundo. Decían que el satélite de las universidades conjuntas suizas había dedicado un esfuerzo considerable a escuchar en busca de comunicaciones alienígenas. Si llegaba algo a través de eso, ¿qué podíamos conseguir? ¿La antigravedad? ¿Amplificadores psíquicos? ¿Habían intentado transmitir ondas de sueño?, me pregunté. ¿O escucharlas?

Casi me quedé dormido durante el día, lo cual está muy verboden, por supuesto, pensando en los bigotes de la ardilla tendiéndose hacia el espacio para captar lo que teníamos que saber. Espero que me esté volviendo *gleichgeschaltet* ahora.

Transcripción de Sueño, RAG 8
4 de julio de 1985, Oxford

Esta mujer lleva consigo el dolor como un feto muerto. Se aposenta aquí en la base de su abdomen, sin variar de posición ni moverse ni intentar salir, sino empujándola hacia adelante todo el tiempo con su peso. Está allí incluso cuando ella olvida su dolor. Y luego recuerda, y todo lo que desea hacer es sentarse y dejar que el dolor haga caer su rostro contra la mesa a fin de poder llorar.

Pero no lo hace, nunca; en vez de eso cuadra los hombros y alza la cabeza y camina calle abajo escuchando a las demás mujeres y respondiéndoles. «Sí, Frau Ott, es una dura prueba, pero si mi Johann

tiene la fuerza de soportar su destino, yo debo tener la fuerza de soportar el mío. No, Frau Wemer, no hay confirmación oficial todavía, lógicamente no podemos esperar una, no participaré en la ceremonia del Día del Recuerdo a los Héroes este año. Por supuesto, Frau Luschke, me sentiré muy feliz de contribuir a las colectas winterhilfe en la calle y en la organización del guiso comunal.» Mantiene erguida la cabeza y alzada la barbilla, y cuando llega a casa tiene buen cuidado de frotarse las marcas y las heridas que sus uñas han dejado en las palmas de sus manos durante todo el tiempo.

Durante todo el tiempo, también, sabe que existe una salida. Hay una voz ahí fuera en la oscuridad que puede decirle lo que necesita saber, pero es la voz del enemigo, y aunque diga lo que ella desea oír, abrirse a ella es hacer una muesca en la armadura, dejar entrar una línea de comunicación que puede enviar a través de ella quién sabe qué. No debe ser así. Pero las otras lo saben también, las estúpidas mujeres en las tiendas con sus idiotas atuendos informes y sus rostros civilizados, y un día una de ellas se le acerca en la cola del pan y empieza a murmurar: «Frau Edel, usted no me conoce, pero sé de usted y de su desgracia, sé que no estaría bien para usted pero seguro que sí lo está para mí, después de todo somos vecinas. De todos modos, lo que tengo que decirle es que él está bien, envían esas listas, ya sabe, y creo que puede confiar en ellas, bien, dan su nombre cada vez. Disculpe, no debo decir más, pero de todos modos es cierto, él está bien, y quizá pueda volver a casa, ya sabe, después...». Y se aleja rápidamente, como un ratón que ha dejado caer un mendrugo delante del gato.

Y el dolor aparece de nuevo. Aparece inmediatamente, como una burbuja que ha sido pinchada, y sólo cuando aparece siente el sólido peso que ha estado allí todo el tiempo. Pero mientras camina de vuelta con el negro y pesado pan en su bolsa, piensa, y siente algo más, esta vez una furia, que sube por su pecho, no baja por su abdomen. ¿Por qué debe sufrir todo ese tiempo, y para nada? ¿Cómo se atreve esa otra mujer a apartar de ella el sufrimiento, y hacer que no tenga valor, como un gesto, unas cuantas palabras educadas que no significan nada? No va a su apartamento con las brillantes superficies y las ventanas cerradas, no, se dirige al Ayuntamiento y a la oficina donde tiene su sede el Ortsleiter.

Más tarde, las mujeres en la cola del pan la empujan y parecen furiosas como si desearan gritarle, y la ración de pan es sesenta gramos más corta y es depositada sobre el mostrador como si fuera un ladrillo, pero ella les hace frente a todas y empieza a alejarse de ellas. Sólo cuando llega a la puerta algo se rompe en su interior y se vuelve en redondo y empieza a gritarles: «No lo entendéis, si les dejamos entrar en una cosa les dejaremos entrar en todas, no debemos aceptar nada de ellos, ni siquiera un nombre...»

Simplemente se apiñan y la miran en silencio y al final se marcha, intentando enderezarse el sombrero allá donde la aguja se ha desprendido. Pero, mientras camina, los muchachos en la calle, que no han cumplido todavía la edad militar, ni siquiera con el uniforme de la Jugend, la miran, y alzan sus brazos izquierdos, y dejan caer sobre ellos las imaginarias hojas de sus manos derechas. No hay guillotina aquí, ahora los llevan a todos al cuartel general de la Gau, según las nuevas regulaciones.

Los lugares de ejecución ya no son mencionados en las transmisiones de la Rundfunk, para evitar que sean adversamente asociadas con las indispensables medidas de represión.

Algo curioso ocurrió después de ese último sueño, porque no puedo recordar absolutamente nada de él. Creo que debieron darme otra dosis de algo, para anularme adecuadamente. Desperté por la mañana del 5 aún en mi cama del Traumtank, pero ni siquiera podía recordar el haber entrado en él. Debe de ser buena señal. De inmediato pensé que debía haber tropezado con algo sobre lo que ellos no deseaban que hablara con los demás..., o sobre lo que quizá ni siquiera deseaban que especulara conmigo mismo, en caso de que afectara mis reacciones en otra ocasión.

*Raven me confirmó esto entrando en el momento en que me levantaba. Se mostró educado, lo cual es poco habitual, y tranquilo, como si hubiera tomado una decisión respecto de algo. Me dijo que podía regresar al recinto, pero que volvería a soñar aquella noche, y, si los acontecimientos se veían coronados por el éxito, tal vez fuera transferido a la mañana siguiente al propio IAA, el *Institut für Anerkennung und Analyse* en Berlín.*

—Has ido más allá de mí ahora —dijo, como quien cuenta un chiste—. Puedes decirles a tus amigos que tal vez no te vean por un tiempo.

»Una cosa más —añadió mientras salíamos—. Estoy preparando una serie de instrucciones especiales para ti para última hora de esta tarde, sólo el tiempo suficiente para que absorbas la información. Ven con tu maleta preparada. No podrás hablar con nadie después de las instrucciones.

Fui a ver a Else, con la esperanza de que se sintiera obligada a darme un apasionado adiós, pero Kent estaba con ella. No pareció terriblemente complacido, ni siquiera impresionado, por lo que le dije. No dijo palabra durante largo rato, y luego todo lo que salió de sus labios fue:

—Bien, cuídate, Richard. —¡Como si pudiera, aunque lo deseara! Decían de él por el comedor que estaba teniendo malos sueños, y no sólo cuando se hallaba de servicio.

La reunión para recibir las instrucciones, cuando llegó, fue realmente notable. Había otras dos personas además de Raven. Una no dijo nada en absoluto, sino que se limitó a mirarme. A medirme es una palabra más acertada. Me miraba, luego bajaba los ojos a un expediente, luego volvía a mirarme. Al cabo de un tiempo se limitó a ir pasando páginas. Pero perdí interés en él tan pronto como el otro empezó a hablar.

Me dijo que era del Laboratorio de Investigación de Armas Avanzadas en Munich, donde se han efectuado casi todos los grandes adelantos..., no el estratorreactor Rolls—Royce, cierto, pero sí el sistema de satélite ERWIN y los misiles palanca volante de «caída libre» y los detectores de submarinos SIRENA y todo ese tipo de cosas. Su trabajo, dijo, era dar instrucciones a los Soñadores con un auténtico potencial. Me pregunté por un momento cuántos de nosotros estábamos flotando por ahí.

—Lo que tienes que comprender —dijo— es que los yanquis tienen un presidente que está completamente ido. Piensa que se halla en el Salvaje Oeste, por el amor de Dios. Si desean atraer su atención hacia cualquier sistema de armas, tienen que llamarla con algún nombre sacado de los cómics de Billy el Niño.

»Bien, hay algunas de esas armas de las que hemos oído hablar. Una es la CAMISA FANTASMA, que es un sistema de defensa puntual para lanzaderas de misiles intercontinentales contra cualquier tipo de ataque también con misiles. Afirman que pueden ver llegar los misiles, incluso desde el espacio, calcular tiempos y trayectorias, y derribarlos sin armas atómicas, ni siquiera explosivos, simplemente golpeando el misil y desparramándolo por todos los Estados Unidos en pedacitos, si no se vaporiza. Creemos que es un buen sistema, es muy probable que funcione, pero sólo contra ataques del tipo ahora previsible.

«Estamos más preocupados con algunas de las otras. Hemos oído, por ejemplo, hablar de DANZA SOLAR. Puede ser fácilmente disimulado como un proyecto pacífico, aunque nadie se llama a engaño al respecto. Pueden enviar satélites para acumular la energía solar y transmitirla en haces a bancos receptores de la superficie en forma de microondas. Puede funcionar también, y realmente necesitan la energía, en especial puesto que se están quedando sin petróleo y su programa de energía nuclear es terriblemente malo, con todos esos accidentes y fugas. Pero, una vez tengan esos satélites ahí arriba en el espacio, ¿qué les impide que sufran una avería en su dirección, eh? Pueden presentarlo como un accidente, pero pueden asar toda una ciudad sin la menor perspectiva de intercepción.

—Pero tomaríamos represalias —dije.

—Sí, lo haríamos. DANZA SOLAR actuaría mejor contra blancos civiles y desprotegidos. Pero hay rumores también de algo llamado POSTAS. Creemos que su programa de aterrizaje en Marte es un camuflaje para esto. Si tienen naves tripuladas actuando en el sistema solar, allá donde no podamos verlas, o no al menos hasta que HEIMDALL sea operativo, pueden ser capaces de localizar pequeños asteroides y alterar sus órbitas lo suficiente como para que impacten contra la Tierra.

—¿Y qué ocurriría entonces?

—Un impacto de una de estas «postas» lo suficientemente grande, en el centro de un complejo de misiles intercontinentales, lo barrería de un plumazo. Si logran disparar una perdigonada de ellas..., y al mismo tiempo operar DANZA SOLAR contra nuestros centros de comunicaciones y CAMISA FANTASMA contra los misiles que consigamos disparar, pueden esperar salirse de todo ello con unos daños mínimos, mientras que nosotros, por supuesto, estaremos indefensos. Y luego nos echarán encima a los PERROS SOLDADO.

—¿Qué es eso?

—Utilizar a los soviéticos. —Nadie hizo el menor comentario acerca de eso. Los esclavos que habían fracasado en cualificarse para la germanización habían sido enviados y contenidos al este de los Urales desde hacía cuarenta años, pero todos sabíamos que nada les gustaría más que saltar sobre nuestras gargantas, aunque fuera tan sólo con arcos y flechas.

—¿Y nosotros? —pregunté—. ¿Qué tenemos nosotros?

Entonces me habló de MJOLLNIR y BIFROST y SJALFVEGIR. Ésos eran nombres de la mitología germánica noruega, el martillo de Thor, el sendero del arco iris al hogar de los dioses, y la espada que los enanos hicieron para Frey, el señor de la fertilidad. No creo que deba hablar nada sobre ellos, ni siquiera en un diario, pero consideré una gran señal de confianza el que estuvieran dispuestos a discutir tales cosas conmigo. ¡No me sorprende que los mantengan secretos de los escritores líderes *Beobachter!*

—¿Lo ves? —me dijo Raven al final—, te dejamos que te sitúes justo en el centro. Esperamos algo grande a cambio. Sueña bien, Richard. Es más importante de lo que crees..., incluso para ti.

Un rostro, mirándome. Podría ser un rostro absolutamente hermoso si tuviera algo detrás, pero tan pronto como lo miras ves que le falta el espíritu. El rostro en sí es demasiado redondo, y la boca cae ligeramente abierta, y mientras un ojo te mira directamente con una especie de honesto interés, el otro está siempre un poco desviado, como si su propietario no pudiera impedir que alguno de los dos se extraviara. El pelo está cortado en torno de la frente y sienes como para hacer que el rostro parezca más redondo aún. Pero, por encima de todo, es la piel. Parece floja, como si los pequeños músculos debajo de ella nunca hubieran trabajado. Dicen que uno utiliza diecisiete músculos para sonreír, y si sólo utilizas dieciséis de ellos la gente puede decir de inmediato que tu sonrisa no es sincera. Es por eso por lo que actuar es algo tan difícil. Este rostro sonríe todo el tiempo, pero su sonrisa nunca es sincera. La coordinación ha desaparecido.

Y tampoco es sólo el rostro, porque el propietario de ese rostro tiene un brazo también, y el brazo sujeta una corta barra de hierro. No por su lugar correcto, cerca del extremo, sino demasiado cerca del punto de equilibrio. Sin embargo, intenta golpear con ella, rígida y torpemente, sin el menor movimiento de muñeca, sino empujando desde el hombro, con un gruñido, una y otra vez, empezando a patear con el pie derecho al mismo tiempo. Una baba blanca empieza a brotar de su rostro, y una mirada de loca excitación aparece en sus ojos.

Frente al rostro..., ¡ahora puedo decir lo que es! Lleva el uniforme negro y el galón trenzado y la doble S rúnica en su cuello. Es un Rottenführer de un Einsatzkommando de las SS. ¿Qué está intentando este sueño...? Sí, sí, seguiré antes de que se desvanezca.

Una multitud de gente ha salido a la plaza. Parecen nerviosos, y los hombres llevan sombreros y barbas negras. Mire, doctor, son judíos, he visto fotos de ellos. [En este punto el sujeto se volvió extremadamente inquieto y requirió ser tranquilizado y animado.] Bien, los judíos están mirando a los lunáticos y los lunáticos se están dirigiendo hacia los judíos, pero no parecen saber qué hacer.

El Rottenführer pierde ahora la paciencia, avanza unos pasos y —no puede ser un auténtico sueño, tiene que ser algún tipo de transmisión enemiga— golpea a una niña judía a un lado de la cabeza con una barra de hierro. Su coordinación es perfecta, como un jugador de tenis, y la niña se derrumba de inmediato, está muerta. Ahora los lunáticos han captado la idea, trotan hacia adelante, pero los judíos no parecen en absoluto dispuestos a echar a correr. Uno le grita algo al Rottenführer, una mujer ha caído de rodillas y se aferra a él, pero el resto han empezado a dispersarse, sólo que ahora es demasiado tarde. Todos están entremezclados. Puedo ver a uno de los lunáticos a horcajadas sobre un viejo, está intentando golpearle a un lado de la cabeza, le está golpeando, pero no hace oscilar el brazo para dar sus golpes, es más bien como si estuviera triturando, y la sangre mana de una docena de lugares a la vez, pero el viejo sigue agitándose e intentando apartar su rostro del suelo.

Todo el mundo corre ahora por la plaza, excepto aquellos que han sido atrapados, están entrando y saliendo de los vehículos y cureñas que hay aparcados aquí y allá. Algunos de ellos han trepado a las ventanas de la gran casa en una esquina de la plaza, y hay dos hombres mirando hacia fuera. Uno es joven, un ayuda de campo, un capitán. El otro es un general, un teniente general creo, mirando hacia abajo con desprecio y disgusto en su rostro. El más joven señala, le dice algo, le suplica que ordene el cese de todo aquello. Puedo oírle gritar: «¡Están matando a mujeres y niños en la calle fuera del Cuartel General!». El general se da la vuelta, chasquea los dedos hacia un soldado de pie firme junto a la ventana.

Fuera, los lunáticos persiguen a los judíos a través de las calles de la ciudad de Karno, mientras el Einsatzkommando observa. Dentro, la Wehrmacht planea el siguiente estadio de la marcha sobre Moscú.

¿Qué ha dicho el general? Ha dicho: «Corran las cortinas».

¿Pero quién ha dado las barras de hierro a los locos?

Informe final sobre el sujeto Soñador

Richard Adolf Grenville,

dictado por Edward Raven, director de Análisis,

Instituto para la Tecnología del Sueño, Oxford

Resulta claro que el sujeto —corno ha diagnosticado él mismo en el sueño RAG 8— era una especie de Feindhörer, es decir, uno que escucha con credulidad las transmisiones enemigas, un delito castigado con la mayor severidad en el Eje durante la guerra de Unificación.

Las auténticas preguntas son: ¿de dónde derivó el sujeto sus sueños, y por qué insistió en seguir una línea tan perversa, pese a su aparente lealtad superficial y deseo de cooperar?

En cuanto a la primera pregunta, no resulta claro si el sujeto estaba describiendo acontecimientos reales o no. Tomando el sueño RAG 9, es sabido que existe una ciudad en la Unión Soviética llamada Karno. Sin embargo, los Ejércitos alemanes nunca la alcanzaron, y por supuesto no hubo ninguna marcha de la Wehrmacht sobre Moscú. Es imposible afirmar si un *Einsatzkommando* hubiera realizado o no acciones como las descritas, dentro de la política general de la *Endlösung* o «solución final». Uno debe recordar que los otros sueños de Grenville de la guerra de Unificación, implicando el caso de la *Feindhörer* (RAG 8), la provocación del incidente fronterizo (RAG 7) y las medidas tomadas para impedir la contaminación racial por los trabajadores forzados extranjeros (RAG 1) parecen en línea con los hechos históricos, aunque no se pueden relacionar con incidentes individuales. Hay también el desconcertante caso del sueño de las «Falkland» (RAG i), que no es ni historia ni futuro plausible. La conclusión evidente es que los sueños de Grenville no son sobre lo que fue, ni sobre lo que será, sino sobre lo que *podría haber sido*: una realidad, ciertamente, pero transportada un cuarto de tono en dirección al horror.

En cuanto a la razón detrás de esta perversidad, hemos conseguido identificarla más allá de toda duda. El escrutinio de los registros de la Casa Somerset por los archivistas de la Federación ha probado sin duda posible que «Grenville», en este caso, es una forma adaptada al inglés del alemán «Grünfeld». Sin embargo, sólo recurrieron a tales adaptaciones en la década de 1930 aquellas personas ansiosas de ocultar su conexión con Alemania, principalmente los refugiados semitas. Ahora estamos seguros de que el padre de Grenville, aunque le fue concedido el honor de «engendrador» sobre la base de su excelente hoja de servicios en la guerra de los Campos Petrolíferos, fue hijo de un judío que ocultó sus orígenes a todo el mundo. En consecuencia, Grenville es un Mischling y, al parecer, una regresión. Su caso proporciona una condenable evidencia contra la escuela «ambientalista» estadounidense de psicología, y una recia prueba para la teoría alemana de la determinación genética.

El conocimiento de este hecho abría la posibilidad de unas «instrucciones de sacrificio» finales, con la (vana) esperanza de conseguir un último Sueño con éxito. Al final de éste, a Grenville se le puso fin con una inyección letal, siguiendo las instrucciones del Acta de Purificación de la Raza de 1949.

Hay que lamentar su pérdida. Sin embargo, resulta claro que en un nivel profundo era incapaz de participar en el soleado sueño alemán. En vez de ello, prefirió vagar por los senderos colaterales de la historia, que sólo conducen a los bosques de la pesadilla.

VALHALLA

Gregory Benford

Adolf Hitler quitó el seguro de la pistola. Metió una bala en la recámara. Miró el arma.

Eva Braun tomó con dedos torpes la cápsula de cianuro de la mesa frente a ella. Abrió ligeramente la boca y miró con ojos vidriosos la pequeña pildora.

Estaban sentados en un diván color rojo intenso situado frente a la deprimente pared gris de cemento del bunker. El rostro de Hitler estaba abotagado y cerúleo.

—Muérdela fuerte —dijo, con una voz llana y áspera que apenas tenía ningún parecido con el famoso grito fuerte y resonante de los antiguos filmes.

Alzó el cañón de la Luger hasta su sien. Eva suspiró suavemente y abrió de nuevo la boca. Así que no habría unas últimas palabras de amor.

Fue entonces cuando me materialicé.

Hitler captó el destello ultravioleta cuando broté a la existencia ante ellos.

—*Ich sagt...* —dijo roncamente, con voz jadeante, y mis auriculares tradujeron—: Dije que queríamos estar solos durante diez minutos... —y entonces me vio.

Me congratuló su shock. Era muy propio de él.

Yo llevaba su misma ropa, el uniforme de campaña gris de general, con la gorra alta. Todos los detalles eran correctos, incluso el pálido y enfermizo rostro y la temblorosa mano, un recuerdo del intento de asesinato por parte de los oficiales de su propio ejército.

La apretó contra su costado izquierdo. Imitándole, hice lo mismo. Pisé una botella de vino rota, mis botas crujieron sobre los vidrios y dije:

—*Führer!* He venido a ti a través de un millar de años hasta éste tu supremo momento.

Quizás un tanto florido, pero nuestros analistas habían calculado que daría la nota correcta. Había habido mucha barroca y desesperada retórica en aquellos días finales en Berlín. En su estado de depresión y de colapso nervioso, Hitler podía responder solamente a las afirmaciones más exageradas. Había ignorado a Albert Speer cuando el hombre había acudido a darle su adiós hacía algunos días. Speer era un tipo exacto, frío. Esos modales no servirían para mis propósitos.

—Yo... usted... parece... —Agitó vagamente la Luger, con ojos acuosos.

Avancé rápidamente y cogí la pistola. La primera cosa a evitar era cualquier sonido que pudiera hacer que los oficiales del Estado Mayor que permanecían fuera abrieran la pesada puerta. Si entraban y nos encontraban, la historia se vería alterada y todo nuestro plan fracasaría. Me vería lanzado hacia adelante, al futuro. Hitler se suicidaría de todos modos, muy probablemente, pero la perturbación en el flujo temporal nos impediría poder regresar otra vez a aquel momento.

—Sí, puedo explicar eso —murmuré—. ¿Madame?

Me incliné hacia Eva y bajé suavemente la mano que sostenía el cianuro. Ella no alteraría los acontecimientos si era tratada con formalidad; eso quedaba completamente claro según el perfil de personalidad que habíamos reconstruido a partir de los datos históricos. Miró a Hitler y su mano empezó a temblar. En su rostro se mezclaban emociones conflictivas, pero no había ninguna resolución, ninguna proyección de una influencia enfocada. Pude ver que los psicoteóricos se habían equivocado con ella. No era el poder oculto detrás del trono.

Hitler dijo:

—Si esto es un plan de Goebbels...

—*Führer*, esto no es un fútil intento...

—No abandonaré Berlín. No permitiré que un..., un *sosías* ocupe mi lugar. —Alzó un tembloroso dedo y gritó—: ¡No correré y me esconderé de mis enemigos subhumanos que...!

—Por supuesto que no. El mundo respetará lo que se hace aquí.

—¡Este chiste barato! ¡Va usted disfrazado...! ¡No lo haré!

Hitler se puso en pie de un salto, lleno de furiosa energía. Sus ojos se desorbitaron con una furia repentina, muy parecida a la de los antiguos filmes. Tuve que interrumpirle antes de que la gente de fuera pudiera oírle. Eso significaba un cambio en el escenario que habíamos preparado, pero no podía evitarlo.

—¡La inmortalidad, *Führer!* Eso es lo que te ofrezco. ¡He venido hasta ti desde el futuro!

Hizo una pausa.

—¿Qué...?

Me adelanté unos pasos.

—Piensa en los tiempos por venir, *Führer*. Habrá días gloriosos de nuevo..., lo sé. Vengo de allí. Más de mil años después de ahora serás el más famoso de todos los hombres de esta época.

Dudó, y la rabia que ardía en él desapareció. El agotamiento regresó a su arruinado rostro.

—Yo..., un millar de...

Sólo había mentido ligeramente acerca de su fama. Había un físico cuyo nombre tenía mucho más peso aún que el suyo en nuestro tiempo, pero no sería juicioso mencionarlo. Era una extraña coincidencia que ambos vivieran en el mismo país al mismo tiempo.

Y una mentira más grande: yo no procedía simplemente de una época futura. La física no era tan simple como eso. Pero las sutilezas como aquélla apenas podían penetrar en la agitada y loca mente a la que me dirigía.

De todos modos, mi propio código de honor exigía que efectuara sólo excursiones menores fuera de la verdad. Tenía que ser cuidadoso.

—Tus metas mundiales, *Führer*..., ¿te gustaría saber cómo se han desarrollado?

—¿Mis... metas...? —Parecía desconcertado—. Los judíos...

—¡Sí! ¡Limpiar Europa de judíos! ¿Y el destino de Alemania, señor?

—Deutschland..., está acabada..., sus propias debilidades..., no ha sido culpa mía... yo puse todo..., pero había... cobardes... traidores... espías...

—Luchaste por convertir Alemania en la potencia dominante de Europa, ¿no? Puedo decirte, *Führer*, que, cincuenta años después de este deprimente día, ¡lo habrás conseguido!

—Deutschland... destruida... Berlín...

—¡Los judíos nunca regresarán al núcleo de Europa, *Führer!* Nunca regresarán a tu país natal en tal número, jamás. —Aquello era cierto, pero no por las razones que él podía imaginar—. Y Alemania surgirá de sus cenizas. Su economía superará a la de los bolcheviques, igualará a la de los capitalistas estadounidenses dentro de cuatro décadas.

Sus ojos se iluminaron. Me miró a mí, luego a Eva.

—¿Es esto..., es posible...? Eva...

—Así es como será el futuro de Europa. Has realizado tu gran tarea. —Sonreí, di un resonante taconazo.

No captó la ironía en el gesto ni en la palabra «gran»..., estaba demasiado inmerso en sus propias fantasías. Sin embargo, yo había dicho estrictamente la verdad. Él había roto la estructura del mundo en el que había nacido, y había dejado tras de sí una Alemania y una Europa profundamente divididas. Estos acontecimientos eran grandes en el sentido de su tamaño e implicaciones. Él, por supuesto, interpretaría la palabra con un sentido distinto. Eso era lo que yo esperaba, pero no alteraba el hecho de que había dicho la verdad. Para conseguir un fin noble uno debe ceñirse a la verdad.

Eva Braun dijo, con voz tensa y apenas audible:

—Adolf, es como dijiste que sería. Tu fe...

El rostro de Hitler se iluminó, sus ojos giraron con una nueva y repentina excitación. El hombre aún había tenido algunas locas reservas interiores.

—¡Sí! ¡Lo sabía! Me mantuve firme en el sueño de Deutschland cuando todos a mi alrededor me fallaban. ¡Indomable! Y esto, esto...

—*Führer*, queda poco tiempo —dije rápidamente, calmándolo—. He venido de una sociedad que no puedes imaginar, pero en mi tiempo eres comprendido mucho mejor que ahora. —Esto también era cierto. Podíamos analizar el pasado con las herramientas de la exacta teoría sociométrica—. Somos devotos de la justicia. Miramos hacia atrás, a tu época, y vemos errores, grandes injusticias. Mi pueblo me ha enviado a ti para corregir una injusticia.

Frunció el ceño, parpadeó. Se tambaleó unos instantes, casi retrocedió. ¿Qué nuevas fantasías habían despertado en él mis palabras? Sus manos se agitaban, como si aferraran el vacío aire.

Como habíamos sospechado, aunque había estallidos de la antigua energía, estaba cerca del colapso. Probablemente era incapaz de comprender gran parte de lo que yo decía. Indudablemente mi sutil frasear se le escapaba.

—Porque el que tú mueras aquí por tu propia mano, Führer, después de todo lo que has hecho..., un resultado así es, para mi sociedad, impensable. —Sonreí de nuevo.

La mirada de Hitler vaciló. Por un momento pensé que iba a desmayarse, y todas nuestras esperanzas se verían hundidas.

Pero no..., estaba contemplando la habitación a mis espaldas. Era el pequeño saloncito de su suite personal, llena con un curioso mobiliario de madera. Los residuos de las fiestas —fragmentos de trajes desechados, botellas, bandejas de carne a medio terminar— se esparcían por toda ella. Pero Hitler estaba contemplando el aura azul que tenía yo a mis espaldas. Vi bruscamente que me enmarcaba en un halo de fuego.

Los ojos de Hitler se desorbitaron cuando lo vio. Dio un paso hacia delante.

—¡Valkiria! —exclamó.

Calculé rápidamente. *Valkiria*. Mi subsistema traductor me dijo que esto significaba, literalmente, que elige los caídos. Eran las doncellas que conducían las almas de los héroes muertos en la batalla al Valhalla.

De alguna manera extraviada, Hitler pensaba que el futuro que yo estaba describiendo era un paraíso nórdico.

Estuve tentado de dejar que lo creyera. Pero entonces vi que hacer esto sería injusto para él. Tenía que efectuar una elección tan informada como fuera posible. El honor lo exigía.

—No, *Führer* —dije rápidamente—. No estás destinado al Valhalla todavía. No hay ninguna necesidad de morir. Yo...

—¡Soy el más grande guerrero que el mundo haya visto nunca! —Se envaró. Con la columna vertebral tensa, hinchó el pecho. La rugiente furia brilló de nuevo—. Yo destruí a los polacos, a los bobalicones franceses, a...

—Por supuesto, en nuestra época sabemos todo esto —dije con tono apaciguador—. No tenemos la menor duda. Aunque vengo desde más de un milenio en el futuro, esta guerra sigue siendo la más grande que el mundo haya conocido. —No añadí que las explosiones que se introducirían dentro de unos pocos meses terminarían para siempre con la posibilidad de un conflicto racional a ran escala, y que este hecho, más que cualquier otro, era lo que convertiría la Segunda Guerra Mundial en un acontecimiento tan importante.

—Adolf—dijo tranquilizadamente Eva—, este hombre no es un dios. Dice que viene de...

—¡Lo he oído! Tuve una visión una vez..., en el Rin..., e1 azul...

Avanzó con paso vacilante para tocar el resplandor ultravioleta detrás de mí. Me eché a un lado, pero el halo me siguió. El portal aún seguía centrado en mí, y Hitler no podía alcanzarlo. Lo intentó unas cuantas veces, y luego dejó caer vagamente el brazo.

—Ella tiene razón, señor —dije—. Mi sociedad me ha enviado hacia atrás hasta este momento para rescatarte. Tu vida no debe terminar aquí. Te llevaré conmigo al lejano futuro, *Führer*. A un mundo más justo, donde...

Su cabeza se irguió bruscamente. De pronto fue de nuevo el hombre que había sido antes, vibrante, poseído.

—¡Muy bien! Veo un resplandeciente Valhalla azul, y tú me dices que es el futuro. ¡Ésos no son más que nombres! ¡Sólo nombres! Lo vi ahí en el Rin, y ahora lo veo al como realmente es... —Alzó un dedo, lo agitó dramáticamente, como en los viejos días—, y los sueños, mis sueños, aún no han terminado. ¡Lo sabía! Goebbels me lijo que nunca me sometiera, ¡y no pienso hacerlo! Me he mantenido, y ahora has venido por mí. Es tal como yo...

Hubo una hueca llamada en la puerta.

Hitler parpadeó y luego sonrió. Se volvió hacia allá.

—Ellos..., ahí fuera..., si pueden ver esto, hará que sus espinazos... Dejaré...

Aquello era crucial. Lo retuve con una mano.

—No, eso no es posible.

—¿Qué? Si te ven, verán que...

—Führer, la historia..., la historia de este mundo en particular..., depende de que tu Estado Mayor nunca vuelva a verte. A sus ojos, tú morirás aquí.

—Yo... no...

—Es el orden natural de las cosas. He venido a salvarte para el futuro. No puedes hacer nada más por esta Alemania, esta tierra que no te merece.

Hablé con pasión, porque creía en esas palabras. Hicieron su efecto. Hitler asintió cansadamente y dijo con voz rota:

—Deutschland..., no me apoyó..., merece esto...

Evan Braun dijo con voz muy clara:

—Es por esto por lo que usted va vestido así.

Asentí con la cabeza. Era más lista de lo que los historiadores habían pensado. Como intelectuales, siempre subestimaban la sagacidad natural de aquellos del distante pasado.

Pero Hitler ignoró su observación. Quizá, con sus dañados oídos, sus palabras ni siquiera le habían llegado. Sonrió, con la boca crispada en una arrogante mueca.

—Yo rescaté a Mussolini, ¿no? Es de derecho que algún poder superior me salve a mí, ¿no? —Hizo una pausa, perdido en sus confusos pensamientos. Recordé que Mussolini había sido capturado por los partisanos hacía tan sólo unos días, y fusilado, y luego colgado cabeza abajo en la plaza de un mercado junto con su amante, para que toda la gente pudiera verlo. Ese recuerdo, pensábamos, era la razón por la que Hitler y Eva Braun habían decidido aquella manera de morir. Pero Hitler sólo quería recordar en este momento el rescate por parte de sus tropas. Esto era típico de la irrealidad que impregnaba su bunker en aquellos últimos días—. Soy el arquitecto del nacionalsocialismo, y sin mí morirá, morirá, y...

Estaba desvariando. Retrocedí unos pasos, apartando una silla rota, y comprobé las matrices paramétricas en torno de la corona azul del portal. Se desprendió de mí y se llenó con motas naranjas y amarillas.

—Yo lo construí..., nadie excepto yo tuvo la visión... —Estaba en lo cierto, por supuesto. El otro gran movimiento condenado de la época había sido obra de Marx, Lenin y Stalin, pero el nacionalsocialismo era el trabajo de una sola persona.

Y todo aquello seguía siendo más o menos cierto, en mi propia línea temporal. La verdad —demasiado técnica para explicársela a aquel confundido tirano— era que yo no procedía de *su* futuro. Las leyes de la causalidad y de la conservación masa—energía me impedían sumergirme directamente en mi propio pasado. Tenía que deslizarme lateralmente a este mundo similar, moverme a la vez por el tiempo y por el espacio de probabilidad. De otro modo, las paradojas de la causalidad se apoderarían de mí, átomo a átomo, en un breve destello carmesí.

Yo procedía de un mundo alternativo, en el que las legiones de Hitler habían dominado a los soviéticos. La diferencia crucial residía en el Tratado de Churchill de 1942, que resolvió la estancada guerra en el frente occidental, proporcionando al Estado Mayor General alemán mano libre sobre las enormes estepas del Este.

Sólo la entrada de los estadounidenses en 1943, empujados por el enormemente estúpido ataque japonés a Pearl Harbor, mantuvo la guerra. Los ataques de los submarinos alemanes a los barcos estadounidenses recrudesció la guerra occidental, lo que condujo a una final y aplastante derrota para Alemania en 1947.

Pero, por aquel entonces, la Solución Final había sido llevada a sus últimas consecuencias. Los gitanos, los judíos, millones de eslavos...

Aquellos años dejaron una mancha negra en toda la civilización, una mancha mucho peor que en este mundo de probabilidad en particular. Sin embargo, este Hitler que tenía ahora delante de mí estaba cortado por el mismo patrón. En mi mundo había resultado victorioso en muchas otras y más tenebrosas hazañas. Y había dejado odios más profundos, que habían seguido hirviendo durante un siglo, sin disminuir.

En nuestro mundo, Hitler había engordado en el punto muerto de mediados de la década de 1940, alabado por las naciones ocupadas, honrado como un semidiós en enormes ritos a la luz de las antorchas en las atestadas calles de Munich. Su rechoncho y satisfecho rostro irradiaba desde los carteles, contento, presidiendo serenamente sobre los ahogados gritos de las constantes matanzas que se extendían por toda Europa. Cuando los ingenieros alemanes iniciaron las primeras emisiones de televisión, Hitler las utilizó con el genio intuitivo que había desplegado en sus discursos en los estadios, manipulando a su pueblo con una hábil y tenebrosa furia.

Terminado su trabajo en Alemania, las SS se dedicaron más sistemática y cuidadosamente a la exterminación de una nueva categoría general de almas indefensas, los criminales del *Reich*. Hitler victorioso no se había ablandado, pero dirigió a la prensa para que lo retratara de esa manera. La campaña de propaganda hizo mucho para minar la resolución aliada, lo que retrasó durante años la derrota alemana.

Y con ello talló el horror de aquella década catastrófica en la memoria de los supervivientes.

Este mundo se había salido demasiado bien de todo ello...

Una nueva llamada a la puerta. En otro instante, los generales forzarían la entrada.

—*Führer!* Tienes que irte ahora.

—Yo... —Se volvió lentamente hacia el diván—. Eva...

Ella no se levantó. Sabía.

Tuve que capturar aquel momento para desviar sus pensamientos hacia su destino.

—Hay un gran final aguardándote. ¡Tómalo ahora!

Apoyé una mano en su hombro y lo animé hacia adelante. No le empujé. Simplemente le ayudé.

Eva Braun no se levantó. Mientras animaba al viejo hombre hacia adelante, vi que tomaba la cápsula de encima de la mesa.

Sentí los campos aferrarle, tirar de él, arrebatármelo. Ya estaba.

Me senté rápidamente en el sillón.

¡La Lüger! Allí estaba, sobre la mesa.

Él la había sujetado con su mano derecha. La agarré de la misma forma y comprobé el seguro. Estaba preparada.

Eva Braun sujetaba el cianuro entre sus dedos, me miraba.

—Tiene que comprenderlo —le dije—. Hay razones por las que debe ir solo. Es... —Me resultaba difícil mirarla directamente a los ojos—. Es lo mejor para él. Y lo mejor para usted.

No habló. Supe que tal vez debería obligarla, pero eso podía ser un error. Y no podía apretar el gatillo hasta que ella hubiera tomado el veneno. Los textos eran claros acerca de este punto..., ella había muerto envenenada.

Hablé rápidamente, clavando mis ojos en los suyos, acuosos, para impedir que mirara hacia la murmurante aura azul.

—Entiéndalo, somos una sociedad devota de la justicia. En nuestra época la hemos perfeccionado hasta un grado que no puede llegar a imaginar. Es la pasión que nos consume. Quizá demasiado. Esta época fue una terrible y dolorosa prueba para mi mundo. Debemos borrar su rastro de nuestra psique colectiva.

—Lo que dice no tiene sentido... —murmuró débilmente, aferrando la pildora.

—No puedo explicárselo. Nuestro modo de actuar le resultaría incomprensible. No podemos alterar la historia de esta época, y tenemos bloqueado el visitar nuestro propio pasado. Sin embargo, nuestro pueblo grita justicia, grita...

No pude seguir, no pude apelar a las palabras que expresaran mis emociones, yo, el biznieto de un hombre que había vivido en Europa en aquella época, pese a sus orígenes gitanos..., era demasiado.

Hice un mudo gesto hacia la corona azul. Hitler estaba dentro de ella ahora, moviéndose lentamente como un buceador en aguas profundas, mientras las enmarañadas líneas temporales lo envolvían, absorbiéndolo hacia delante.

La miré suplicante, y de algún modo ella captó algo de lo que yo quería decirle. Eva Braun murmuró:

—Creo que le comprendo.

Se llevó la cápsula a la boca y mordió fuertemente. Juraría que sonrió, en el último instante.

Un sonido desde la puerta. Alcé el cañón a mi sien. Hallarían los dos cuerpos, como decía la historia.

Miré a Hitler nadando en las líneas de flujo, y se volvió hacia mí. Había visto hacia el otro lado, la habitación que le habíamos preparado.

Se volvió hacia mí, y en su rostro vi la sorpresa y el terror, fui testigo del inicio del penetrante grito. Me uniría a él en un instante, cuando la bala reventara mi cerebro y la esencia de la vida que ese horrible cuerpo cultivado en probeta arrastraba consigo, la esencia de la vida que era mi auténtico yo, regresara, atraída hacia el portal que se estaba cerrando y hacia mi futuro que no perdonaba, y en el que Hitler estaría atrapado.

Ningún sonido escapó de aquella bolsa de doblado espaciotiempo. Sólo la fría y despiadada luz azul se derramaba fuera de ella.

Por un último e inolvidable momento saboreé la imagen de Hitler girando sobre sí mismo en la chisporroteante aura azul, la boca muy abierta, intentando huir de la visión de los dispositivos y las máquinas y los animales que se abría ante él. Intentando alejarse infructuosamente de las cosas que harían finalmente justicia, y le causarían, burbujeantes, un dolor infinito, infinitamente prolongado.

Apreté el gatillo, ansioso por deslizarme a través del portal, ansioso por oír el grito de Hitler.

FIN